

Mábel Montes

DOS SANSONES



A LOS PIES DE DALILA

 **esencia**



Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Desencuentros
Acuerdos
Tentaciones
La goleta
Vete a la mierda
Sembrar furias y recoger pasiones
Un plan para olvidar
El ladrón de pizzas
La trampa
Siéntelo
Adicto
Incendios virtuales
Entrecot añojo
De la manita de tu sinceridad
Todo pasa
Fuego
La verdad
Un instante de debilidad
El gato y el ratón
La quinta parte de un segundo
El último deseo
Sin control
Lágrimas sobre el papel
Abriendo los ojos
Perdiendo el rumbo
Rotos
Déjate llevar
El último golpe
Mi valquiria
Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Daniela es una mujer de armas tomar que aborrece a los tipos chulos. Sergio es un chulo al que le ponen las mujeres de armas tomar. El día que Sergio la contrató para organizar la fiesta de inauguración de su gimnasio, Daniela no imaginó que a los quince minutos de conocerse estaría estampando el culo de su cliente contra un tatami, y menos aún, que terminaría planteándose rechazar el trabajo por darse un revolcón con un capullo que la sacaba de quicio y la atraía a partes iguales.

Cuando al fin el deber profesional se impuso al deseo y decidió mantener las distancias, ella ignoraba que había provocado a un hombre al que le volvían loco los desafíos...

¿Cuánto podrá resistirse la indomable Daniela a la insistencia, a las tretas y a los encantos de Sergio?

Seguramente, más de lo que os gustaría...

*Dedico esta novela, bajo coacción
y amenazas, a mis hijos, Lucía y Rubén:
¡yo os quiero más!
Y a mi madre, a la que adoro*

DESENCUENTROS

Oigo los suaves trinos de los pajarillos antes de que la voz de Minnie Riperton empiece a entonar su dulce *Lovin' You*.¹ Alargo la mano sin abrir los ojos, tanteo la mesilla de noche hasta encontrar el móvil y apago la alarma. Da igual lo apacible que sea la música que me despierte, siempre es el peor momento del día. Me tapo la cabeza con el edredón y le gruño a la mañana. En realidad no pongo el despertador porque lo necesite, sino para despertarme antes de...

Toc, toc, toc.

—¡Buenos días! Arriba, Dani, ¡es viernes! —Los animados gritos de Sandra se oyen desde el otro lado de la puerta.

No penséis que su alegría mañanera antinatural es porque sea viernes, no; mi compañera de piso se levanta de este humor todos los días de su vida y, lo peor, no puede contenerlo. Al menos a lo largo de los años he conseguido que no entre en mi habitación para bailarme sobre la cama. Sandra es alocada y espontánea, y tiene una sonrisa perenne. Tanto optimismo y energía a veces puede agotarte, pero también llena tu vida de luz.

The Boy Does Nothing,² de Alesha Dixon empieza a sonar a toda leche desde el comedor.

Sonrío en contra de mi voluntad, me desperezo y salgo de la cama. Joder, ¡qué frío! Me enfundo mi bata de lana del Pirineo.

Abro la puerta y paso por delante de la cocina, allí me encuentro a mi alocada amiga bailando mientras exprime naranjas. Ya está duchada, vestida, peinada y maquillada, siempre se levanta antes que yo, en casa sólo tenemos un baño y ella hace el primer turno. Me dedica una sonrisa radiante y levanta el vaso, ofreciéndomelo.

—Buenos días —consigo decir.

Ella me sonrío condescendiente, le divierte el estado zombi en que me encuentro hasta después de la ducha y, aunque parezca que no por su forma de despertarme, intenta respetarlo.

—¡Vamos, a la ducha! Tenemos sólo hasta las ocho y cuarto para ultimar los detalles de esta noche.

Bajo el chorro de agua, poco a poco voy despejándome y animándome, hasta que al final termino cantando la canción que todavía suena en el salón.

Cuando vuelvo a la cocina, envuelta en mi albornoz, Sandra ya tiene preparado el desayuno.

—Te adoro —declaro con pasión en agradecimiento.

—Lo sé —responde ella riendo—. Y yo a ti. ¿Cómo hacemos lo de esta noche?

—¿A qué hora terminas hoy?

—Si no hay mucho trabajo, puedo salir a las seis y decirle a Jorge que cierre —contesta.

Jorge es su empleado, trabajan juntos en la inmobiliaria de ella.

—Supongo que a esa hora ya estaré lista —digo yo—. Tengo una visita a las nueve en Playafels para conocer a un cliente nuevo y luego ultimaré los detalles del evento que tengo este sábado, pero está casi todo hecho, así que si quieres vamos a comprar juntas. —Sandra asiente—. ¿Vamos a casa de Abril a eso de las diez y media? Así le damos tiempo a cenar y la sorprenderemos más.

—¡De acuerdo!

Conduzco por el paseo marítimo de Castelldefels. Son las nueve menos cuarto de la mañana y el cielo está decorado con esponjosas nubes perfiladas de luz por el sol. El olor a mar entra por mi ventanilla entreabierta. Me siento de muy buen humor.

El GPS me indica que gire a la derecha y, tras callejear un rato, llego a la dirección de mi nuevo cliente. Aparco el coche y camino comprobando los números de la calle hasta llegar al 39. Me detengo y levanto la vista para mirar el letrero. Leo: SANSÓN. CENTRO DE ENTRENAMIENTO PERSONAL.

¿Sansón?

—Pufff. —No puedo evitar reírme... ¡Menuda horterada de nombre para un gimnasio!

—¿Qué? —pregunta alguien a mi lado.

Me asusto y pego un pequeño bote antes de volverme hacia la voz, replicando:

—¿Qué de qué?

¡Dios! Es un mastodonte, debe de ser un cliente del gimnasio. Es moreno; el pelo, rizado y húmedo, le cae sobre los ojos, aunque no lo suficiente para ocultar que los tiene rasgados y de un azul muy oscuro, y que me recorren de arriba abajo de forma descarada. Está muy bueno.

—¿Qué te hace tanta gracia? —me pregunta.

—¿Y a ti qué te importa?

Levanta una ceja y una sonrisa maliciosa aparece en su rostro.

—Acabas de pararte delante de mi gimnasio, mirar el cartel que han colgado hace tan sólo veinticuatro horas y reírte de él.

¡Ay, mierda! ¡Es mi cliente!

—No me reía de tu cartel.

Su ceja se dispara hacia arriba indicando que no me cree, mientras sus ojos y su boca se burlan de mí; parece estar disfrutando de mi incomodidad. Lo mandarían a la mierda ahora mismo si no fuera porque soy la persona que ha contratado para organizar la fiesta de inauguración del gimnasio de cuyo nombre me he reído.

Da un paso al frente, acercándose a mí más de la cuenta, tanto, que puedo oler la mezcla de champú, café y menta que desprende, y afirma en tono confidencial:

—No te creo, Daniela.

¿Sabe quién soy?

Su sonrisa burlona se amplía como reacción a la sorpresa que no he sabido disimular. Me siento ofendida y me tenso, cabreada. Respiro hondo para intentar controlarme, pero...

—Tienes razón, Sergio —convengo, simulando una calma que no siento. Digo su nombre para que tenga claro que yo también sé con quién estoy hablando—. El nombre del gimnasio me parece ridículo. Siempre me ha parecido una muestra muy pobre de imaginación ponerles a los gimnasios nombres de cachas mitológicos o bíblicos, pero además creo que Sansón es el peor de todos.

Ahora es él quien se queda con la boca abierta. ¡Ja!

—¿Qué tienes en contra de Sansón?

—Su fuerza no tenía nada que ver con el entrenamiento, era un don de los

dioses, y la perdió por idiota.

Su sonrisa ha mutado en un ceño fruncido y se dedica a escrutarme con una intensa mirada que pretende ser intimidatoria. Yo me mantengo erguida y desafiante, sin apartar los ojos de los suyos ni perder la compostura, aunque, seguramente, no pueda decir lo mismo de mi contrato. Menudo capullo.

De pronto su expresión seria es barrida por una carcajada, mientras se rasca la nuca y dice:

—La verdad, no lo había visto de ese modo. ¿Quieres pasar?

Parpadeo sorprendida unos segundos antes de responder:

—Claro.

Echa a andar; todo rastro de hostilidad ha desaparecido de su actitud. Lo sigo hasta el local, calculando, distraída, lo que debe de medir su espalda entre hombro y hombro.

Una vez dentro, el calor de la calefacción me parece desmesurado y me quito la chaqueta. La recepción es muy amplia, moderna y minimalista; está decorada con gusto. Sonrío al no ver ninguna representación del personaje bíblico que da nombre al local partiendo columnas. Y a pesar de que soy consciente de que él ha dado su brazo a torcer en nuestra pequeña batalla verbal, y de que lo más inteligente sería no sacarlo más a colación, sobre todo teniendo en cuenta para qué nos hemos reunido, no puedo morderme la lengua.

—Me gusta. Me alegra no ver esculturas de porcelana y pan de oro de tíos musculosos por todas partes...

—Eso sería totalmente innecesario, aquí los tíos musculosos somos de carne y hueso.

Al tiempo que habla se quita la cazadora de cuero. Debajo lleva una camiseta de tirantes azul marino, que se ciñe a su impresionante cuerpo como una segunda piel, dejando ver el pecho más ancho y con más bultos que yo jamás haya visto en vivo y en directo —y eso que conozco a muchos deportistas—, sus descomunales brazos son como mis dos muslos juntos... ¡Joder! Es tan espectacular que tengo que contenerme para no acercarme y tocarlo, tan sólo por inocente curiosidad.

Reconozco que tardo más de un minuto en recordar que hay una cabeza con ojos, y probablemente algo de cerebro, encima de todo ese escultural amasijo de músculos. Así que cuando al fin levanto la vista hacia él, su cara de absoluta petulancia y satisfacción por mi abstracción involuntaria no me sorprende.

—Perdóname, es que nunca había visto nada tan grande —balbuceo avergonzada. Las palabras salen solas, sin ningún filtro de control por mi parte.

—¿Quieres que te lo enseñe todo? —se ofrece él con una sonrisa fanfarrona.

Por un fugaz segundo no puedo evitar imaginarlo sin ropa y preguntarme cómo me sentiría atrapada bajo ese cuerpazo... pero en cuanto soy consciente de por dónde van mis pensamientos, me cabreo de inmediato, conmigo misma por mi reacción y con él por su inadecuada sugerencia. Me pongo a la defensiva.

—¿Perdona?

—Que por dentro es más grande... el gimnasio, digo. Es a lo que te referías, ¿no? Si quieres te lo enseño —me aclara, mientras hace evidentes esfuerzos para aguantarse la risa.

Lo fulmino con la mirada. Lo peor no es que se esté cachondeando de mí, sino que en el fondo me hace gracia. Decido ignorar sus palabras: esta vez me ha ganado la partida. Me pongo en modo profesional y reconduzco la conversación.

—¿Quieres celebrar la inauguración en el gimnasio?

—La verdad es que había pensado hacerlo fuera de aquí, en alguna sala con discoteca o... No sé, acepto sugerencias, para eso te he contratado.

—Entonces no hace falta que me lo enseñes, seguro que encontramos un sitio que, aunque no sea tan grande, sea más adecuado. El tamaño no es lo más importante en estos casos.

Me mira levantando una ceja. «¡Ja! Te la he devuelto, mamón.»

—Igual podrías echar un vistazo de todas formas; puede que te guste lo que veas y decidas apuntarte.

—Gracias, pero no. Ya tengo donde entrenarme y estoy más que satisfecha.

Me mira de arriba abajo, evaluándome descaradamente.

—No se te ve muy fuerte.

—La fuerza bruta no lo es todo: el cerebro y la técnica siempre pueden superarla.

La amplitud del local hace que sus carcajadas se multipliquen en el espacio. Menudo fanfarrón. Ahora soy yo quien lo contempla con una ceja levantada, mientras me imagino a mí misma dándole una paliza para borrarle

esa expresión.

—Si no fueras una chica, te demostraría ahora mismo lo equivocada que estás.

¿¡Si no fuera una chica!?! Ya, ¡se acabó!

Con un gesto brusco, dejo la chaqueta sobre el mostrador y clavo mis ojos en los suyos, desafiándolo con la mirada. Puedo ver la incredulidad en su rostro antes de que mi cabeza desaparezca, hundiéndose en mi jersey al quitármelo. Cuando reaparezco, él sigue paralizado con la misma expresión. Sin dejar de mirarlo, sonrío, me quito los zapatos de tacón y le hago un gesto tipo Matrix con la mano para que se acerque.

—Vale, estás más fuerte de lo que parecía —reconoce, mientras mira mis brazos un momento, para después desviar la vista al escote de mi ajustada camiseta de tirantes de AC/DC.

—¿Tienes un tatami?

—¿Un tatami? —repite confuso.

—¿No has dicho que ibas a demostrarme que estaba equivocada? Vamos a comprobarlo, hombretón.

—¿Estás loca? No voy a pelear con una chica.

—Mujer, si no te importa. Y no serás el primer tío al que le pateo el culo. Creo que lo que te pasa es que tienes miedo. Vamos, prometo no tocarte el pelo, Sansón.

—Estás como una cabra... —sentencia, pero el brillo de sus ojos me confirma que ha aceptado el desafío—. Sígueme.

Avanzamos por el pasillo. Se detiene en la segunda puerta y la abre, haciéndome un gesto caballeroso con la mano para que pase primero. La sala será de unos cincuenta metros cuadrados, un tatami azul ocupa el ochenta por ciento del espacio. Dejo mi ropa y los zapatos en un banco y me coloco en el centro. Voy a darle una lección a este chulito de playa.

Sergio se quita las zapatillas y se acerca hacia mí sonriendo, con las manos en los bolsillos en una actitud despreocupada, y se queda a escasos dos pasos... Joder, la proximidad de su cuerpo me afecta más de lo que me gustaría, sentir su calor hace que el mío se caliente; aun así, consigo no desviar mi atención de mi objetivo: darle una lección por bocachancla.

—¿Y ahora qué? —me pregunta con actitud condescendiente.

—El que vaya al suelo, pierde.

Levanta de nuevo una ceja y sonrío; no, más bien lo que hace es reírse de

mí, aunque intenta disimularlo. Yo le devuelvo la sonrisa, sabiendo que la confianza será su perdición.

—Vale —acepta encogiéndose de hombros y sacando las manos de los bolsillos.

Espero a que dé el primer paso, atenta a sus movimientos. Él me contempla despreocupado y veo sus ojos oscurecerse de deseo mientras me mira. Al fin se decide y alarga los brazos para coger los míos. Lo hace despacio, con un gesto que dista mucho de ser amenazador, pero yo no le doy tiempo a más, muevo el brazo apartando los suyos, apoyo las manos en él y le lanzo una patada al estómago; cuando se dobla, le pateo una pierna y lo empujo, haciéndole perder el equilibrio.

Lo miro tirado en el suelo, boca abajo sin moverse, y pienso que igual se me ha ido un poquito la mano... Joder, es entrenador personal, su cuerpo es su herramienta de trabajo. Justo en este momento me pregunto qué coño estoy haciendo peleándome con un cliente, que además todavía no ha firmado el contrato. Nunca he podido evitarlo: los chulos me ofuscan y dejo de razonar para volverme tan chula como ellos.

Me acerco a él y me agacho a su lado.

—Perdona, Sergio, ¿estás bien?

Con un movimiento rápido, se vuelve y me abraza como un oso, inmovilizándome los brazos con los suyos; luego me arroja al suelo por encima de él, rodamos y se sienta sobre mis muslos, apoyando su peso en ellos e inutilizando mis piernas. Consigo soltarme de sus brazos, pero rápidamente me coge las muñecas y me las atrapa contra el suelo, colocándomelas a los costados. Vuelvo a entrar en estado «amazona justiciera» y maldigo en voz alta. Parezco una novata, tendría que haberlo previsto. Se inclina y su rostro está apenas a unos centímetros del mío. Tengo que contenerme para no darle un cabezazo y romperle la nariz, que es lo que me está gritando mi instinto defensivo.

—¿Krav Maga? —pregunta. Yo asiento sin aliento—. Eres buena, casi me ganas.

Me cuesta respirar, y no es sólo porque me esté aplastando; su cuerpo contra el mío y la cercanía de la calidez de sus labios forman un cóctel explosivo junto con la adrenalina, excitándome muchísimo y calmando, un poquitito, a mi fiera interior.

—Usar mi compasión como arma ha sido un golpe bajo —respondo a

media voz.

—Tu patada en mi tobillo tampoco ha sido muy elegante que digamos.

—¿Te he hecho daño?

—Tranquila, sólo has herido mi orgullo masculino, pero tal como ha terminado esto, creo que ha valido la pena.

Me mira con los ojos vidriosos de excitación, su sonrisa de pirata se acerca peligrosamente para abordar mis labios.

—Me estás ahogando —jadeo, con nuestras bocas casi rozándose.

Él alivia un poco el peso de mis piernas, yo le sonrío con dulzura. Su carnosa boca se posa suavemente sobre la mía, provocándome una sacudida de excitación que recorre todo mi cuerpo como un rayo y que descarga toda su energía en el centro de mi sexo. Lamo sus labios con estudiada lentitud, saboreando en ellos un sutil sabor a menta y tentación que casi me hace perder la cabeza... casi. Aprovechando que ha bajado la guardia, me impulso con las piernas y le hago una llave que lo pilla por sorpresa; no le da tiempo a reaccionar, ahora es él quien se encuentra con la espalda contra el suelo y mi rodilla apoyada en su durísima y tentadora entrepierna.

—No te muevas o aprieto —lo amenazo, presionando como advertencia.

Él sonrío y levanta las manos en un gesto de rendición.

Me levanto de un salto y le ofrezco la mano para ayudarlo a levantarse, pero cuando va a cogérmela la retiro.

—Sin trucos —le advierto.

—Sin trucos —asiente.

Vuelvo a tendérsela. Cuando se levanta, lo suelto en seguida, su contacto me quema.

—Ha sido muy interesante —afirma divertido, todavía con la mirada hambrienta y una erección monumental ahuecando sin complejos sus pantalones de deporte.

Me cuesta respirar, mi corazón palpita desbocado en mi pecho. No entiendo cómo hemos llegado a esto... Bueno, sí, por mi maldito temperamento. No soy capaz de resistirme a un desafío, aunque me esté jugando mi trabajo. ¿Cómo puedo arreglarlo? ¿Qué puedo hacer para que deje de mirarme como si fuera a saltar sobre mí de un momento a otro, o para no saltarle yo...?

El teléfono suena en la recepción y él lo ignora, lo que confiere más intensidad al momento si cabe. Continúa prendiéndome fuego con su mirada

lasciva. Yo estoy muy cerca de salvar la situación pegándome de nuevo a su boca; todavía puedo notar su sabor en mi lengua y quiero más. Me estoy planteando seriamente renunciar al curro a cambio de echar un buen polvo en su gimnasio, cuando oímos la puerta de entrada del local abriéndose, devolviéndonos a la realidad. Yo me vuelvo para mirar.

—¿Sergio? —Una voz femenina lo llama desde fuera.

—¡Voy! —contesta.

Suspira visiblemente fastidiado y ambos dirigimos automáticamente la mirada hacia su erección.

Sin ningún tipo de pudor, se recoloca el paquete, intentando disimularlo.

—Mejor, ¿no? —me pregunta.

Yo me quedo a cuadros ante su... ¿naturalidad? No puedo responder, pero si lo hiciera, «mejor» no sería la respuesta.

Él se da la vuelta y, tras calzarse, se marcha, supongo que a buscar a la chica que nos ha interrumpido.

Me visto y sigo sus pasos.

Apoyada en el mostrador veo a una tía cuadrada, con el pelo moreno recogido en una coleta. Están hablando sobre ampliar los horarios de las clases de *spinning*, por lo que deduzco que es trabajadora del gimnasio.

El teléfono vuelve a sonar, Sergio lo coge al mismo tiempo que yo llego hasta ellos.

—Hola —me saluda la mujer, mirándome extrañada y sin un ápice de simpatía, supongo que preguntándose de dónde he salido.

—Hola —la saludo a mi vez con tranquilidad, sin dar más explicaciones, mientras cojo mi carpeta del mostrador.

—Ah, eres la chica de la fiesta.

Su forma casi despectiva de decirlo hace que me imagine a mí misma con un vestido rosa y una corona de reina del baile.

—Daniela Camps, organizadora de eventos.

—Amélie —responde, haciendo un gesto con la cabeza que me deja claro que no quiere ni besos ni mano, lo que me parece perfecto.

Se mete detrás del mostrador para coger unos papeles; luego, cuando pasa al lado de Sergio, veo que le da un buen apretón en el culo antes de desaparecer por el pasillo. Él ni se inmuta, sigue apuntando lo que le dicen en un papel, mientras asiente a su interlocutor.

Lo miro y noto cómo se me enfrían las manos. Empiezo a flipar por todo

lo que ha pasado: no sólo le he pegado a mi cliente, sino que, además, le he dado un lametón en toda la boca. ¡Estaba dispuesta a tirármelo! En menudo berenjenal me he metido. Me doy cuenta de que me he cargado el contrato. Le recomendaré a otro organizador y me marcharé.

—Perdona, ya estoy. ¿Por dónde íbamos? —pregunta, con la misma sonrisa guasona y provocadora de hace un rato.

—Oye... siento lo de antes, no sé qué me ha pasado. Bueno, sí, me pico con facilidad. Pero todo esto ha sido muy poco profesional. Si quieres te paso el teléfono de un amigo que también organiza eventos...

Sale de detrás del mostrador y se acerca, apoyando una mano en mi hombro.

—¡Eh! Ha sido divertido, no hay ningún problema. He visto en tu web las fotos de las fiestas que has organizado y te quiero a ti, Daniela.

Lo contemplo, dudando.

—Felipe es muy bueno también, puedo pasarte su dirección web para que veas sus trabajos.

Él deja de tocarme, evitándome tener que retroceder para apartarme de su mano.

—Te he contratado y has aceptado el trabajo. No entiendo por qué ahora no puedes hacerlo —replica molesto.

—De acuerdo, lo haré, pero se acabaron los juegucitos.

—No me digas que ésta ha sido la única vez que te voy a tener debajo de mí, porque soy capaz de echarme a llorar como un niño... —Sonríe provocador, levantando una ceja.

Da un paso hacia delante, yo lo detengo colocándole una mano en su fuerte pecho y dedicándole mi mirada más fría de advertencia.

—Por esto no quiero trabajar contigo. Hemos traspasado una línea y si quieres que sea yo la que organice la inauguración, tenemos que volver a trazarla. Ni libertades, ni insinuaciones, ni más provocaciones por ninguna de las dos partes. Tontear sólo puede traernos problemas a ambos, si es que no nos los ha traído ya mi mala cabeza. Necesito que me asegures que vamos a tener una relación exclusivamente profesional y de absoluto respeto. Quiero que quede claro que no quiero nada contigo, Sergio, ni ahora ni cuando esto termine. Lo de antes ha estado totalmente fuera de lugar y te ofrezco mis más sinceras disculpas, pero no puede repetirse. Por mi parte, te doy mi palabra de

que no volveré a cometer el mismo error, y si me haces una sola insinuación más sobre ponerme debajo de ti, aunque sea en broma, al segundo siguiente será Felipe el que esté aquí organizándolo todo. Éstas son las condiciones.

—¿Vas a añadirlas al contrato? —pregunta. Parece enfadado.

—Me bastará con tu palabra.

—No entiendo por qué no podemos dejar que las cosas surjan o no de forma natural, ni que tengamos que hacer un decálogo de comportamiento antes de empezar.

—Bueno, ya hemos visto cómo hemos acabado dejando que las cosas surjan de forma natural... Hace sólo una hora que nos conocemos y no podríamos haber empezado con peor pie: nos hemos enzarzado en un pique absurdo nada más vernos, nos hemos peleado a los quince minutos y casi nos besamos a los veinte.

—¿Casi? Todavía tengo tu saliva en mis labios, preciosa —repone, asomando su lengua y relamiéndose.

Pongo los ojos en blanco, exasperada. Saco el contrato de mi carpeta y lo dejo sobre el mostrador.

—Ésas son mis condiciones. Firma sólo si vas a aceptarlas y si ése ha sido tu último comentario fuera de lugar. Si incumples tu palabra una sola vez, ya te digo que será Felipe el que termine el trabajo.

—Te doy mi palabra, pero si me permites la última cosa fuera de lugar antes de firmar...

Lo miro, sus ojos están retándome todavía. Sé que es una pésima idea, no obstante...

—Perfecto, adelante. Dime, pero yo no voy a responder.

Sonríe con picardía de nuevo. Se acerca y no me doy cuenta de que pretende besarme hasta que sus labios ya están pegados a los míos.

¡Dios! Su boca es tan buena, me besa de forma tierna y tentadora. Me estremezco de arriba abajo, mientras uso toda mi fuerza de voluntad para no reaccionar y permanecer estática. La punta de su lengua se cuela entre mis labios cerrados y los lame con lentitud de un lado a otro. Su duro cuerpo está pegado al mío, quemándome. ¿Y si le propongo quedar esta noche y olvidarnos del contrato?

No, no puedes hacer eso, Daniela.

Estoy todavía discutiendo conmigo misma cuando él se separa, me mira con el ceño fruncido y da la vuelta al mostrador. Coge un bolígrafo y firma el

contrato sin decir nada.

Cuando levanta la vista, su mirada es fría e indiferente.

—¿Me mandará un mail para proponerme locales?

—Supongo que es una inauguración privada, ¿no? ¿Sabes ya para cuántos?

—Sí, privada. Para unas cien personas. Había pensado en una cena tipo picoteo, barra libre y música.

—Perfecto, miraré unos cuantos locales y te llamaré. Cuando tengas la lista de invitados, envíamela.

—Espero su llamada —concluye, remarcando el «su» para hacerme notar que está tratándome de usted; menudo crío. Luego se sienta en la silla tras el mostrador y se pone a revolver papeles.

Y ya está. Me ignora como si ya me hubiera ido.

—Hasta luego, Sergio.

—Señor Ballester para usted, señorita Camps. No se tome libertades, por favor, yo también le pido respeto.

Lo fulmino con la mirada y me trago el veneno que desborda mi lengua.

—Hasta luego, señor Ballester, que tenga un buen día. —Estampo en mi cara la sonrisa más falsa que le haya dedicado a alguien en toda mi vida, asegurándome de que se note, me doy la vuelta y me marcho con paso firme y decidido.

Tengo clarísimo que esto va a acabar fatal.

ACUERDOS

Sandra y yo llegamos al rellano de la casa de Abril cargadas de bolsas. Son las diez y media de la noche.

Abajo hemos abierto con nuestra propia llave, pero arriba llamamos al timbre; nos sonreímos cómplices mientras aguardamos. Abril no nos espera y no quisiéramos sorprender a nuestra amiga bailando sobre el sofá en pelotas. En realidad... ojalá lo hiciéramos, pero apostarí a las dos manos a que está enterrada en una montaña de papeles de trabajo, como siempre.

Abril hace un año que prácticamente no sale de casa, salvo para trabajar o cuando conseguimos arrastrarla para tomar un café a mediodía. Cuando vivía con nosotras era una chica divertida y juerguista, una mezcla entre romántica empedernida y feminista atroz, que nos hacía reír con sus locas teorías sobre cómo tratar a los hombres. Ahora es una mujer herida... Las cicatrices que le dejó el hijo de puta de su ex no dan muestra de estar curando con el tiempo. Se ha refugiado en el trabajo hasta el punto de que lo ha convertido en el centro de su vida.

Sandra y yo, cansadas de no poder sacarla de casa, hemos decidido que se puede pasar sin hombres, pero no sin juergas nocturnas, y esta noche venimos a montar la en su casa, a acostumbrarla de nuevo a desmelenarse hasta que podamos sacarla de su madriguera.

Cuando abre la puerta la encontramos ataviada con un pijama polar de pantalón azul y camiseta blanca a rayas. Lleva el pelo amontonado encima de la cabeza, sujeto de cualquier manera con una goma mal puesta.

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta sorprendida.

—¡Reinaugurar oficialmente la «noche de chicas»! —coreamos Sandra y yo, agitando en el aire las botellas de ron que acabamos de sacar de las bolsas, para apoyar el numerito que hemos ensayado unas cuantas veces en el ascensor.

Entramos en su piso. La mesa de centro está cubierta de folios llenos de números y gráficos —¿cómo no?— y en el sofá brilla su ordenador portátil.

—Guarda el curro y haz un hueco para dejar todo esto —le pide Sandra, alzando las bolsas y la botella antes de dejarlas en el suelo, al lado de la mesa.

Abril niega con la cabeza, resignada y sonriendo.

—Podríais haberme avisado, mirad qué pintas llevo.

Sandra y yo nos abrimos los largos abrigos a la vez.

—¡Tachááán! —canturreamos al enseñarle nuestros pijamas.

Todas reímos.

—Si te hubiéramos avisado, nos habrías salido con que tienes mucho trabajo; ya nos conocemos tus trucos. Si no quieres salir de fiesta, la fiesta viene a buscarte, amiga, pero se han terminado las excusas para no divertirse —le advierto.

Vamos de la cocina al salón, cogiendo lo que necesitamos para preparar los cócteles.

—Muy bien, tenéis toda la razón del mundo, pero si esto se acaba convirtiendo en «la noche de sermonear a Abril porque no sale», os meto un somnífero en las bebidas y sigo trabajando —nos advierte, mientras pone música.

Por los altavoces se cuele en la fiesta *La vereda de la puerta de atrás*,³ de Extremoduro.

Nos sentamos en el sofá, sacamos los ingredientes de la bolsa y entre las tres empezamos la estudiadísima coreografía de preparar los mojitos. Hace años que no la practicamos, pero es como ir en bicicleta.

Nos miramos sonriendo, recordando aquellos tiempos en los que esto era una costumbre sagrada.

—¿Y Nacho? —le pregunta Abril a Sandra.

—He quedado con él mañana. Vamos al Magic. Si quieres apuntarte...

—¿Y tú? —se interesa ahora por mí, ignorando la propuesta de Sandra, dando por descontada la negativa—. ¿Has firmado el contrato del gimnasio?

—¡Eso, eso! Que te cuente lo de su contrato —se carcajea Sandra.

Yo la fulmino con la mirada.

—Sí, hemos firmado —digo sin más.

Ya hemos terminado de preparar los mojitos en una ponchera enorme, los sirvo en los vasos con un cucharón y los reparto.

—Pero no antes de que Dani le diera una paliza a su cliente —agrega mi compañera de piso.

—¿¡Le has dado una paliza!?! —pregunta Abril.

—No ha sido una paliza... —me justifico.

—¿Y qué ha sido entonces? —indaga divertida.

Resoplo antes de contestar:

—El tío se me ha puesto chulo y yo le he demostrado que a veces los músculos no lo son todo.

—¡Lo ha derribado! Y por lo que me ha contado, el tío era enorme — exclama Sandra con los ojos desorbitados.

Mis amigas se retuercen de risa en el sillón. Abril dice entre lágrimas:

—Pobre incauto, ¡mira que ponerse chulo contigo!

—Casi pierdo el contrato... —me lamento.

—Vamos, Dani, no te hagas tanto de rogar y cuéntale lo mejor.

Me rindo y le describo toda la escenita que he montado esta mañana y las condiciones que he puesto para firmar.

—No entiendo por qué no quieres enrollarte con él, si dices que está tan bueno —me cuestiona Sandra.

—Imagínate que nos enrollamos, folla de pena y se cuelga de mí... ¿Cómo me lo quito de encima el resto del tiempo que tenemos que currar juntos?

—Bien visto —ríe Abril—, pero ¿y cuando termines el trabajo?

—Después ya veremos... Pero no quería dejar la puerta abierta. Cuando lo conozca un poquito más y vea si me cae bien o me sigue sacando de quicio, ya decidiré. Aunque visto lo visto, y con lo idiota que se ha puesto con eso de tratarnos de usted, dudo muchísimo que cambie de opinión.

—Es normal que se haya cabreado. Ponte en su lugar. Imagina que te lanzas a besar a alguien y ese alguien no se inmuta.

Sonrío y levanto una ceja.

—Amiga, la imaginación no me da para tanta ciencia ficción.

Mis amigas se carcajean ante mi fanfarronería.

—A mí lo que me hubiera gustado es verte pateándole el culo. Creo que no te he visto jamás pegarle a alguien.

—Pues es impresionante —asegura Sandra sin pensar.

—¿Tú la has visto en acción? No me lo habías dicho.

Sandra y yo nos miramos. Menuda metedura de pata... La única vez que me vio pateándole el culo a un tío fue al ex de Abril y ella no sabe nada de eso.

—La he ido a buscar alguna vez al gimnasio y la he visto entrenando. Te aseguro que luego ya no la miras de la misma manera —improvisa mi amiga y parece que cuela.

Martes, cuatro menos cuarto de la tarde. Sergio... perdón, el señor Ballester y yo hemos estado intercambiando mails de trabajo muy formales y escuetos durante todo el día de ayer y esta mañana. Por desgracia, mi trabajo no se puede hacer a distancia a no ser que me den carta blanca, y él no me la ha dado. Estoy esperando que aparezca para ir a visitar algunos de los posibles emplazamientos para la fiesta. Hace un viento muy fuerte y un frío que pela, y él llega tarde. Por algún extraño motivo que ahora que tengo la nariz congelada no llego a comprender, he quedado con él en la calle, delante de la puerta del Rober's.

Veinte minutos tarde. Empiezo a plantearme seriamente cobijarme bajo el toldo del bar y tomarme un café bien calentito sólo por el placer de sostenerlo entre las manos, cuando lo veo aparecer por la esquina de la avenida dels Banys. Camino hacia él para moverme y así desentumecer mis músculos helados. Al verlo, el corazón me ha dado un vuelco y todavía me late desbocado. El mosqueo por la gélida espera y el tremendo palo que me da encontrarme con él en persona, tras el incómodo tratamiento en el que desembocó nuestro primer desencuentro, son motivos más que suficientes para mi nerviosismo, aunque me joda sentirlo. Por todo ello, no puedo más que sorprenderme cuando, inconscientemente, me veo admirando su aspecto mientras nos acercamos. Lleva una cazadora de piel negra y unos vaqueros gastados ajustados; camina con las manos en los bolsillos y con su enorme cuerpo encorvado hacia delante, seguramente para protegerse del frío viento. Sus rizos, largos y oscuros, revolotean alrededor de su cabeza, tapándole parte del rostro, aunque no lo suficiente para ocultar su gesto hosco. Es la viva imagen del típico motorista malote y, aunque ése nunca ha sido mi tipo de tío, me doy cuenta con fastidio de que él me parece atractivo.

—Perdone el retraso —se disculpa, insistiendo en su irritante costumbre de tratarme de usted.

Me trago la bronca que me gustaría echarle y asiento, quitándole importancia.

—No te preocupes. Pero la próxima vez quedaremos en algún lugar cerrado. Hace un frío del demonio.

Hace ademán de acercarse más a mí y luego se detiene de forma brusca, arrugando el ceño. Tengo la sensación de que por un momento ha pensado pasarme el brazo por los hombros para ayudarme a entrar en calor.

—Lo siento de verdad —se disculpa de nuevo, contrito.

—Vamos a ponernos en marcha antes de que salgamos volando. Iremos primero a un hotel. No sé si habrás ido alguna vez a una celebración por aquí, pero los salones son ideales para lo que tenemos en mente.

Al acabar de hablar me percató de que no lo he tratado formalmente. Mierda, es que no me sale.

Si se ha dado cuenta, no dice nada.

—Fui al Mediterráneo para el vigesimoquinto aniversario de bodas de mis padres, hace unos años. Estuvo bien, pero me parece algo formal, ¿no?

—Todo depende de la ambientación. Le aseguro que puedo conseguir que cualquier salón parezca todo lo informal que desee. La ventaja de hacerlo en un hotel o en un restaurante con salas privadas es que ellos se encargan de la comida, pero también podemos mirar pubs y locales, y contratar un *catering*. Si le parece bien, lo vemos todo y después decidimos.

Hemos visto las cinco salas que tenía previstas cuando nos sentamos a tomar un café en el bar del último hotel que hemos visitado.

—¿Qué te... le han parecido?

Al oírme titubear he visto un asomo de esa sonrisa canalla que me volvió loca el otro día.

—Realmente, señorita Camps, parece que le cueste horrores tratarme de usted.

Lo miro levantando una ceja. Es la primera vez que no habla de la inauguración. Durante todas las visitas hemos tocado exclusivamente los detalles de la fiesta y el trato ha sido encorsetado e incómodo.

—¿Puedo ser sincera?

—Adelante. No soy yo el que tiene problemas con la sinceridad...

—Me cuesta mucho tratarte de usted, la verdad, y me parece absurdo. Creo que hemos llevado esto demasiado lejos. ¿No podríamos olvidar nuestro encuentro del primer día y tratarnos de forma natural?

—¿Puedo ser sincero sin que me amenaces con hacer «chas» y que el tal Felipe aparezca a mi lado? —me pregunta.

Yo sonrío por su ocurrencia, sorprendida por la referencia a la canción de los ochenta. Tampoco se me escapa que ha vuelto a tutearme. Asiento con la

cabeza. Él continúa a media voz:

—A mí lo que me cuesta es dejar de pensar en ese primer encuentro. Esta distancia postiza me ayuda a recordar lo mucho que te molestaría que te comentara lo guapísima que estás hoy, o que no he podido dejar de pensar en tu lengua lamiendo mis labios. Por mí podemos dejar de tratarnos así cuando quieras, pero entonces rompemos también el resto de las normas. Lo que pasó, pasó, fuiste tú quien lo provocaste y yo lo disfruté. Asume las consecuencias.

—De acuerdo, pero...

—Sin peros, Daniela. O somos naturales y tenemos libertad para portarnos tal como somos, o somos formales y nos tratamos como si yo fuera un cliente engreído y cabrón. Tú decides.

—Creo que eres un cliente cabrón en cualquiera de las dos opciones.

Sergio se carcajea escandalosamente ante mi respuesta y luego me sonrío con malicia.

—Veo que ya has escogido.

—Si te pasas un pelo, te volveré a patear el culo.

—Cuento con ello. —Se inclina un poco hacia mí y me susurra—: Me gusta el segundo local, el del salón privado en el sótano.

Me sorprende su tono para hablar de algo del trabajo y me cabreo conmigo misma al darme cuenta de que anhelaba un comentario insinuante e inapropiado.

—Buena elección. Habrá que contratar el *catering*. Trabajo siempre con la misma empresa, tienen una cocina exquisita. Podemos ir un día a probar la cena y escoger los platos, te pasaré por mail los diferentes menús de cóctel. ¿Quieres también un pastel? Conozco una pastelera que hace unas tartas temáticas preciosas.

—Vale, me encantan los pasteles. Respecto a la música, quiero una banda en directo que toque rock and roll.

—Anotado. Conozco una banda que toca clásicos del rock y canciones propias, te pasaré algunos mp3 con canciones...

—No hace falta, Daniela, confío en ti.

Por algún extraño motivo, sus palabras, y en especial mi nombre en sus labios, me calientan por dentro.

Caminamos en silencio hacia el coche, cuando, de pronto, el cielo parece romperse sobre nuestras cabezas, arrojándonos con violencia una tromba de agua. Ambos nos paralizamos en el sitio unos segundos, mirando cómo el

agua empapa al otro.

Sergio es el primero en reaccionar, se desabrocha la cazadora, se la quita y se acerca a mí con ella alzada sobre nuestras cabezas, luego apoya un brazo en mi hombro y me aprieta contra su costado.

—¿Tienes el coche cerca? —pregunta.

Yo asiento y señalo la dirección con la mano.

—¡Vamos! —dice.

Ajusta su paso al de mi torpe carrera; los tacones no son lo más adecuado en terreno hostil.

Cuando entramos en el coche estamos empapados, tiritando e, inexplicablemente, muertos de risa.

—Vamos a mi casa, está aquí al lado —propone.

Yo arranco con manos temblorosas.

Conduzco con cuidado, siguiendo sus indicaciones; la cortina de agua reduce mucho la visibilidad y la calzada es ahora un río. Lo miro de reojo, está encogido en el pequeño asiento del copiloto y su brazo roza el mío. Sergio no es hombre para un cinquecento. No puedo evitar reírme.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Parece que puedas hacer saltar el coche por los aires con tan sólo estirarte. No lo hagas, por favor, le tengo mucho cariño.

—No entiendo la manía de las mujeres de compraros coches de juguete.

—Yo no entiendo la de los hombres de compraros tanques.

—Al menos tendrás que reconocer que en los tanques se pueden estirar mejor las piernas.

—Pero también cuesta más encontrar aparcamiento.

—Eso es verdad —reconoce—. Creo que tu coche cabrá en mi aparcamiento perfectamente.

Me indica que me detenga, saca un mando de su bolsillo y hace que una puerta doble que hay a la izquierda se abra.

—No, yo te dejo aquí y me voy a mi casa.

—Daniela, estás tiritando de frío y empapada, y con esta lluvia y este viento puedes perder el control de este cochecito tuyo en cualquier momento. Pasa, por favor. Sécate y espera a que pase la tormenta.

Miro la carretera: realmente da miedo pensar en meterse en la autopista ahora. Estoy a punto de aceptar su propuesta justo cuando añade:

—No voy a permitir que te marches.

¿Qué? Pero ¿quién se ha creído que es este payaso para permitirme o no nada a mí? Mi indignación toma el control de la situación.

—¿Perdona? ¿Que no me lo vas a permitir? —respondo molesta—. Si me quiero ir, no podrás hacer nada para impedirlo.

—Entonces tendrás que llevarme contigo a casa, porque no voy a bajarme del coche sin ti.

—¿Qué? —Lo miro pasmada por su soberbia—. Mira, chaval, mejor te ahorras conmigo los aires de caballero andante. No hay nada que me repatee más que un tío que se cree que sabe mejor que yo lo que me conviene. —En mi cabeza hay una vocecita que me susurra que en realidad él tiene razón, pero estoy demasiado ofuscada para escucharla.

—Intenta bajarme. Me encantará ver cómo lo intentas, sobre todo si terminamos revolcándonos por el suelo, como cuando te pones burra.

—¿¡Que yo me pongo burra!?! —Resoplo como un toro (y no como una burra), mientras el muy cabrón se cruza de brazos y se dedica a reírse de mí en mi puta cara.

Arranco el coche, furiosa, y empiezo a avanzar. Él brinca en su asiento al ver que nos movemos y se golpea la cabeza con el techo. Se vuelve para cerrar la puerta de acceso a su casa.

—Pero ¿qué haces? —grita sorprendido.

—Me voy a casa y no pienso invitarte a subir. Allí puedes seguir acampando en mi coche, o, si lo prefieres, puedes ir llamando ya a un taxi para que esté esperándote cuando lleguemos.

—Estás loca. ¡Da la vuelta!

—Ni hablar. Si quieres, bajas aquí y vas andando.

—Pero ¿sabes siquiera cómo llegar a la autopista? ¡Acabas de pasarte el desvío!

Freno como reacción a sus palabras y el coche patina sobre el encharcado asfalto, dándome un susto de muerte.

—¿Quieres matarnos? —brama enfadado.

—¡No me grites, gilipollas! —replico, señalándolo con un dedo acusador que tiembla tan intensamente como mi congelado cuerpo.

—Vale, vale... vamos a tranquilizarnos, ¿de acuerdo? —Alza las manos en señal de rendición.

Suspiro sonoramente entre mis dientes castañeteantes y lo observo con el ceño fruncido.

—Vamos a analizar la situación —me pide—: Estamos congelados y empapados, y probablemente nos pondremos enfermos si no entramos pronto en calor. Yo vivo aquí al lado, tengo toallas, chimenea y vino. Si caes enferma no podrás organizar mi fiesta, así que en realidad estoy cuidando mis propios intereses comerciales al ofrecerte refugio, ¿serías tan amable de aceptarlo?

Lo observo durante un minuto sin decir nada, esperando que la sangre deje de colapsar mi cerebro.

—Vale —accedo escueta, dejando a un lado mi orgullo y dándome cuenta de que es la opción más inteligente. Pongo de nuevo el coche en marcha para dar la vuelta a la manzana.

Tras pasamos las puertas y, a través de la cortina de lluvia, aparece una de las casas más bonitas que he visto nunca. De estilo modernista, con formas cuadradas y paredes de cristal, parece sacada de un programa de decoración.

—Vaya. Es preciosa.

—Gracias.

Me indica que conduzca por un camino empedrado hacia un lado de la casa y allí entramos por una puerta que conduce ¡a un ascensor de coches! Me quedo flipada, es la primera vez que veo uno. Descendemos. Cuando las puertas vuelven a abrirse, veo aparcada una enorme moto BMW gris y un Land Cruiser negro. Definitivamente, ése sí es coche para un hombre como él.

—Cabría a su lado, ¿no? —Parece dudarlo.

Sin responder, meto el coche directamente en el hueco y luego le sonrío algo petulante.

—Eso parece.

TENTACIONES

Veinte minutos más tarde, después de darme una ducha muy caliente que me ha ayudado a dejar de temblar como una hoja, salgo del baño de invitados envuelta en un albornoz talla XXL, que reza SANSÓN en la espalda.

Me dirijo hacia el salón y encuentro a Sergio sentado frente a una chimenea encendida, sobre una enorme alfombra blanca peluda, salpicada de grandes cojines. No hay otro sitio en la estancia para sentarse. Él lleva puesta una camiseta blanca de manga larga ajustada —es muy probable que no fuera la intención del diseñador cuando la pensó, pero en su escultural cuerpo todas deben de quedar así de bien— y unos pantalones holgados color chocolate. Los dedos de sus pies desnudos bailotean delante del fuego.

«Muérdelos», susurra mi inconsciente. ¿Qué?

—Hola —lo saludo, intentando desviar mis pensamientos.

—Hola. —Se vuelve para mirarme, tomándose su tiempo para recorrerme con calma de arriba abajo. Mi vientre se contrae de involuntaria excitación—. Pareces tan pequeña con ese albornoz...

—Pone SANSÓN en la espalda —señalo juguetona—. ¡Me encanta!

—Te lo regalo. Aunque sería más adecuado que pusiera DALILA. Eres el tipo de mujer por la que un hombre perdería la cabeza, o, en este caso, la cabellera.

Sonrío halagada, aunque me doy cuenta de que vamos por mal camino, y lo que quiero pedirle no va a enderezarlo...

—¿Te puedo pedir un favor muy íntimo? —le pregunto.

Él se levanta de un salto y se acerca a mí mucho, tanto, que el olor a limpio de su piel me envuelve y me calienta, incitándome a pegar la nariz en el hueco de su cuello. Me controlo. Su cuerpo inunda el espacio de una manera casi asfixiante; y yo sin bragas...

—Lo que desees, Daniela —afirma a media voz; sus ojos están nublados por la excitación.

Siento cómo mi cuerpo se prepara contra mi voluntad para aceptar la propuesta de esa mirada hambrienta. Inconscientemente, cruzo las piernas y tenso los muslos.

—¿Podrías dejarme algo de ropa interior?

Su boca se estira en una sonrisa casi cruel, que remata lamiendo durante un segundo su labio superior con la punta de la lengua... El gesto despierta en mi cuerpo todos los lugares donde me gustaría tener esa lengua. No sé si llego a jadear en voz alta, pero no me culparía si lo hubiera hecho.

—Si no fueras tan jodidamente inflamable, tiraría ahora mismo de ese cinturón. Me está matando saber lo fácil que sería desnudarte...

Pasa su dedo índice por mi cuello y lo desliza por debajo del albornoz para llegar a mi clavícula. Mi piel se eriza en respuesta.

—Detente —consigo pedirle, tragándome con dificultad las ganas de más.

Él asiente y, sin perder ni un ápice del brillo lujurioso de sus ojos, retira el dedo de mi piel suplicante. Su sonrisa me hace saber que no lo hace porque yo se lo haya pedido y tengo que aguantarme las ganas de preguntarle el porqué entonces.

—Sólo tengo bóxeres.

Su nariz se acerca a la mía, invadiendo mi espacio sin llegar a tocarme, con la mirada fija en mis labios, cocinando a fuego lento mi deseo. Yo contengo la respiración, pero no me aparto.

—Estará bien —respondo.

—¿Quieres que te deje algo más? Te irá enorme, pero igual estás más cómoda.

—Sería perfecto, gracias.

—Tengo secadora, podemos secar tu ropa.

—No, no son tejidos para secadora. Lo he colgado todo en el calentador de toallas del baño.

Se queda quieto. Tan cerca... No sé si va a besarme. Lo deseo, lo deseo muchísimo, toda mi piel está palpitando desesperada por sentirlo, pero no quiero que lo haga, porque sé que tendría que detenerlo. Al final da un lento paso hacia atrás sin dejar de mirarme y lamiéndose de nuevo el maldito labio; y tras hacer lo que parece un enorme esfuerzo, aparta su mirada de la mía y desaparece por la escalera que sobrevuela el salón.

¡Joooooder!

«Vamos, Daniela, sé fuerte, no puedes ceder. Sería un lío trabajar con él si

te lo tiras. Piensa que folla mal. La tiene superpequeña, seguro; todo el mundo sabe que los tíos musculosos tienen un garbanzo microscópico entre las piernas.» Y de pronto, mi memoria infame me lanza sin preaviso el recuerdo de su enorme erección del otro día en el gimnasio. Vale, no la tiene pequeña. De hecho, la debe de tener enorme en realidad; pero folla mal, seguro que folla de puta pena.

No está funcionando. Dejo de pensar en follar, ya sea bien o mal, y me concentro en examinar la sala que me rodea. Apilo unos cuantos cojines y me apoyo en ellos al sentarme lo más cerca que puedo de la chimenea. Todavía me duele la mandíbula de lo que me han llegado a castañetear los dientes, así que agradezco el calor abrasador que da la proximidad del fuego. Observo lo increíble que es el salón. El agua resbala por dos de las paredes de cristal, confiriendo una pátina líquida al jardín y la piscina. La chimenea está empotrada en una columna blanca, superpuesta ante una de las paredes transparentes. Todo es moderno, con mucho estilo y minimalista. El único mueble de la habitación es una pequeña mesa auxiliar de madera oscura, sobre la que descansan dos altas figuras africanas. Tres máscaras del mismo estilo adornan la única pared de ladrillos.

Sergio vuelve a la estancia y me da la ropa con una sonrisa amable.

—¿Qué quieres beber? ¿Café, vino, cerveza, chocolate...?

—Una copa de vino, gracias.

No quiero separarme del fuego, todos mis músculos se niegan a hacerlo, así que aprovecho su marcha para deslizarme sus bóxeres por las piernas sin quitarme el albornoz. Me pongo el resto de la ropa —unos pantalones de lino blancos que se ajustan con cordón y una camiseta enorme de The Doors, blanca también— con la precaución de cubrirme todo el rato.

Cuando termino, me doy la vuelta intuyendo su presencia. Sergio está apoyado en el marco de la puerta, sujetando dos copas. No sé cuánto rato llevará ahí.

—Siempre he admirado esa habilidad que tenéis las mujeres para cambiaros de ropa sin quitaros lo de encima.

—Nos dan clases de pequeñas —respondo con media sonrisa. No sé por qué, pero a pesar de la tensa situación de antes, no me siento nada incómoda con él.

Me entrega la copa y se sienta a mi lado, apila varios cojines y se apoya en ellos de costado.

Ambos bebemos en un apacible silencio, contemplando a través de las cristaleras cómo la tormenta termina de engullir la poca luz de día que quedaba.

—Sé que piensas que el sexo podría interferir en tu trabajo. —La voz de Sergio me sobresalta. Me vuelvo para mirarlo—. Lo entiendo y quiero respetarlo, pero cuando todo esto termine, voy a ir a por ti, Daniela. Te deseo, te deseo hasta tal punto que, cuando te tengo delante, mi polla sólo sabe alternar semierecciones con la dureza absoluta. Nunca estoy relajado a tu lado y eso me pone de muy mal humor. Sé que tú también me deseas. Tu mirada te delata...

Ahí está de nuevo su aplastante naturalidad y, de nuevo, vuelvo a sorprenderme a mí misma no sintiéndome molesta con ella.

—Te deseo —admito en un susurro, y decirlo hace que la necesidad se multiplique.

Él afirma con la cabeza, cerrando los ojos como si mis palabras le hubieran afectado físicamente. Mi mirada resbala por su cuerpo y se detiene allí donde sus pantalones confirman su confesión.

No la tiene pequeña y estoy convencida de que folla como un puto Dios. Joder...

Cuando abre los ojos, en ellos se ha desatado un infierno y las llamas me alcanzan...

Me acerco a él.

—En cuanto pase la fiesta, no pondré ninguna pega a esto. Eso si conseguimos no matarnos, claro —susurro.

Él ríe y luego se inclina hacia mí.

—Necesito besarte.

—No lo hagas... —Fijo la mirada en sus ojos, que están devorando mis labios de tal manera que casi puedo sentirlos como una caricia. El delicado hilo que sostiene mi autocontrol está siendo atacado por un ejército armado hasta los dientes, capitaneado por mi lujuria. Al final tengo que desviar la vista para poder contenerme. Miro hacia fuera, la tormenta ha aminorado algo—. Debería irme.

—Quédate a cenar.

Niego con la cabeza.

—Es mejor que me marche.

—Quédate, por favor. Prometo ser bueno y no hablarte más de las

erecciones que me provocas. Hago unos tomates verdes fritos para chuparse los dedos.

Debería irme, lo sé. Estamos jugando con un fuego que en cualquier momento puede descontrolarse y quemarnos. Pero no quiero irme... Aunque no pienso ceder a sus provocaciones, lo cierto es que me encantan.

—¿Tomates verdes fritos? Siempre he querido probarlos.

—Quédate y te enseñaré cómo se hacen.

—¿Me vas a hacer trabajar?

—No, señorita, tú sólo miras y aprendes.

Se pone lentamente de pie y me ofrece la mano. Yo la cojo y luego la suelto.

—Tengo que llamar a mi compañera de piso primero, ahora te sigo.

Asiente y se marcha a la cocina.

—Voy preparando las cosas. Me acerco al comedor y saco el teléfono del bolso, que he dejado sobre la mesa.

—¡Daniela! ¡Estaba preocupada! Te he llamado cinco veces.

—Lo siento, Sandra, lo silencié para la reunión y se me ha olvidado conectarlo luego.

—¿Dónde estás?

—En casa de Sansón. —Bajo la voz y me dirijo al salón de nuevo, alejándome de la puerta de la cocina.

—¿Al final te lo has tirado?

—¡No! Nos ha pillado la tormenta en la calle y, como vive aquí en Castelldefels, me ha dejado cambiarme en su casa. Ahora mismo llevo una camiseta guapísima de The Doors... Por poco que pueda, se la robo.

—¿Seguís tratándoos de usted?

—No, pero mejor te lo cuento todo mañana, nena, que ahora no puedo hablar. Voy a quedarme a cenar, llegaré tarde.

—¿Vas a tirártelo?

—Y dale... ¡Que no!

—Vaaale, mañana hablamos. Te quiero, cielo. Mucho cuidadito con la carretera al volver y no bebas mucho.

—Pareces mi madre.

—Me parezco a ti. Todo se pega, amiga.

—Chao, cielo.

Guardo el móvil de nuevo en el bolso, cojo mi copa de vino y me dirijo a

la cocina. Cuando entro, me llama la atención el contraste de los muebles naranja con los mármoles blancos. Sobre la isla que ocupa el centro del espacio, Sergio está batiendo huevos en un plato hondo; junto a él hay preparada una fuente con rodajas de tomate que están secándose sobre papel absorbente.

—Me encanta, es muy alegre —le digo, haciendo un gesto con la cabeza para que sepa que me refiero a la cocina.

—Gracias, mi madre es decoradora de interiores, el mérito es casi todo suyo. Menos lo de la alfombra de peluche para sustituir el sofá, que eso es cosa mía. Siempre me exige que lo aclare para no ensuciar su buen nombre.

—Me gusta tu salón, es muy original.

—Gracias. Un cumplido... Creo que es el primero que me haces sin sarcasmo, Daniela.

—No seré yo la que discuta tu buen gusto... estás intentando seducirme —replico provocadora.

Él parece meditar mis palabras.

—No, no creo que sea eso lo que estoy haciendo. En realidad creo que ya te he seducido y ahora sólo intento provocarte para que olvides los motivos por los que quieres esperar.

—¿Y no crees que si me hubieras seducido de verdad habrías conseguido que me olvidara de todo?—le pregunto desafiante.

Mierda, lo estoy incitando. «Pero ¿qué coño pretendes, Daniela?»

—No lo creo —responde con una sonrisa engreída—. Estoy convencido de que si me lo propusiera de verdad, ya estarías entre mis brazos.

—Tú sueñas, colega.

—Antes podría haberte besado y dudo muchísimo que me hubieras detenido, estabas tan encendida como yo, pero estoy respetando tus reglas.

—Si estás respetando mis reglas, no entiendo a qué viene tanta provocación.

—Que no quiera enrollarme hoy contigo no significa que vaya a dejar de provocarte. Ya te he dicho en el estado en que me tienes y eso me hace ser algo... perverso —confiesa, encogiéndose de hombros, como quitándole importancia. Después intensifica su mirada cuando me susurra—: Ya que no vas a ayudarme con esto —hace un gesto, señalándose la entrepierna—, al menos quiero que estemos en las mismas condiciones.

Y como si mis entrañas respondieran a sus deseos, se encogen,

produciéndome un tirón entre las piernas.

—¿Pretendes que me crea que si hubiera intentado besarte yo a ti te habrías retirado?

—Es posible...

—No te creo.

—No me importa —afirma—. ¿Te apetece algo en especial de segundo?

Sergio vuelve a prestar atención a los huevos, como no pare de batirlos, terminarán a punto de nieve.

—¿Hace falta segundo? Para mí con los tomates será suficiente.

—De acuerdo, pues sacaremos quesos de postre. Siéntate ahí —me dice con voz autoritaria, señalando con la cabeza uno de la taburetes de la isla de la cocina.

—Prefiero ayudarte.

Él me sonrío, negando con la cabeza.

—Creo que sólo quieres hacerlo para llevarme la contraria.

—Es muy posible —contesto con una sonrisa.

—¿Y cómo vas a ayudarme si no puedo decirte lo que tienes que hacer?

—Soy una mujer complicada, amigo, apáñatelas para pedirme las cosas sin que parezca que me las ordenas.

—¿Sería tan amable, señorita Camps, de acercarme el pan rallado y la harina para tempura de ese armario de allí? —pregunta, señalando con el dedo; y es la primera vez que me hace gracia que me trate de usted.

—Será un placer, señor Ballester.

Cojo lo que me ha pedido y me pongo a su lado en la cocina.

—¿Lo echo en estos platos?

Él asiente. Cuando lo tenemos todo listo, coge un tomate y va dándome explicaciones mientras lo hace:

—Primero hay que rebozarlos en harina, luego en el huevo salpimentado y, por último, en el pan rallado. Después a la sartén.

Nos coordinamos para que él haga los primeros dos pasos del proceso y yo los dos últimos. Trabajamos en silencio, ambos sumidos en nuestros propios pensamientos. Intento averiguar sus intenciones. No tengo claro si su afirmación de antes era para que yo bajara la guardia o si realmente cree que podría resistirse si yo quisiera liarme con él.

Sergio me saca de mis divagaciones tocándome la nariz con uno de sus dedos pringados en la mezcla de harina y huevo.

—¡Eh!

Bizqueo para mirármela y veo un pegote blanco en la punta. Oigo cómo se ríe de mí y levanto la mano para ensuciarlo a él. Sale corriendo.

—¡No huyas! —grito, mientras ambos damos vueltas a la isla de la cocina.

—¡Se te van a quemar los tomates!

—¡Mierda! —Me acerco a la sartén y empiezo a darles la vuelta.

Él aprovecha que tengo uno en la pinza para acercarse y mancharme la mejilla.

—¡Eres un cabrón!

Cuando termino, salgo corriendo para atraparlo. A la tercera vuelta a la isla, me doy cuenta de que corriendo en círculos nunca lo alcanzaré, así que controlo mi rabia y me detengo.

—Tenemos que terminar de preparar la cena —dice entre risas.

—Pues vamos —lo reto.

Me acerco a la sartén muy digna, con el pegote blanco todavía coronando mi nariz, y voy retirando los tomates del fuego y poniéndolos sobre papel absorbente.

Él se acerca con cautela y se pone a rebozar las cuatro rodajas que faltan.

—¿Vas a atacarme? —me pregunta, mirándome e intentando controlar la risa.

—Por supuesto, cuando menos te lo esperes...

Cuando coloco el último tomate en el fuego, con un movimiento rápido unto los dedos en el huevo y consigo alcanzar la cara de Sergio.

—¡Mierda! —grita.

Intenta devolvérmela. Yo echo a correr, pero me atrapa en seguida agarrándome de la camiseta. Me vuelvo rápido contra él y logro tocarle la cara otra vez. Empezamos a forcejear mientras reímos; nos manchamos mutuamente y vamos pringándonos las manos con los restos de rebozado de los platos. Ponemos el suelo perdido y, al final, resbalamos y acabamos los dos en el suelo, yo tumbada sobre él.

—Y volvemos al punto de partida... —susurra.

—¡Los tomates! —chillo.

Intento zafarme de él, pero me rodea fuerte con un brazo antes de estirar el otro y empujar el mango de la sartén, alejándola de la vitrocerámica encendida, después nos tumbamos de nuevo.

—Sergio... —le advierto.

—Déjame disfrutar de tenerte encima un poquito más. Además, ya sabes que en realidad no quiero hacer nada, puedes estar tranquila. No voy a besarte, ni a deslizar los dedos por debajo de la camiseta hasta poder acariciar tu vientre; no voy a lamerte los pechos, a pesar de que estoy notando tus pezones endurecidos. No voy a morder tus caderas, ni a hundirme dentro de ti. Quiero hacerlo, quiero arrancarte la ropa pieza a pieza, devorar tu cuerpo desnudo con mis ojos y mi boca, y que quemes mi piel con la tuya. Pero no voy a hacerlo...

Hijo de puta. Me ha puesto tan caliente...

Se gira, llevándome atrapada en sus brazos, y se coloca encima de mí, haciendo hueco a sus piernas entre las mías. Su dura erección presiona sobre mi sexo, las telas que nos separan son livianas y creo sentir cómo su miembro palpita. Hunde la cara en mi cuello y lo oigo exhalar. Mi cuerpo se encoge bajo el suyo y se me eriza el vello.

Cuelo las manos bajo su camiseta y le arañó la piel, mientras me remuevo contra su cuerpo.

Lo oigo gruñir en mi cuello...

—¿Qué haces? —pregunta, levantando la cabeza para mirarme.

—Disfrutar también de tenerte encima...

Se acerca peligrosamente a mis labios, sin dejar de mirarme a los ojos.

—Quieres que te bese.

Vuelvo a removerme bajo su cuerpo, frotándome contra su polla, disfrutando tanto del roce como de su rostro contraído por la excitación.

—No.

—Ríndete, Daniela.

—¿Y las reglas?

—Las reglas son tuyas, rómpelas y te prometo que te haré pasar una noche inolvidable.

—Yo no me rindo jamás —asevero y luego me humedezco lentamente los labios con la lengua.

—Lo estás deseando... —replica, imitando mi gesto.

—No quiero que lo hagas, pero ¿por qué necesitas mi permiso?

—Quiero que te rindas antes. Quiero que me supliques que te toque...

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás, moviendo de nuevo las caderas. Él gime y empuja ligeramente contra mí.

—Sigue soñando, Sansón...—le digo al fin, clavando los ojos en los suyos.

Se muerde el labio inferior y ríe mientras niega con la cabeza. Después se pone de pie y me ayuda a levantarme.

—Has vuelto mi juego en mi contra; así no es tan divertido.

—No deberías haberme mostrado tus cartas.

Sonrío triunfal, aunque el dolor que atenaza mi sexo hace que no pueda disfrutar como me gustaría de mi pequeña victoria.

Vamos cada uno a un cuarto de baño para limpiarnos los restos del rebozado. Me pongo mi ropa que, aunque se ha quedado algo tiesa del calor del radiador, ya está seca. Cuando salgo, la cena está servida en la mesa del comedor.

Los tomates están deliciosos. Tengo que dejar de gemir cuando veo que la mirada de Sergio vuelve a oscurecerse al oírme.

—Tengo una pregunta personal —me dice.

—Dispara.

—¿Sueles placar a todos los tíos que conoces o soy el único que sabe sacar lo mejor de ti?

—Lo del viernes pasado no fue sólo culpa mía —respondo a la defensiva—. Tú fuiste a saco a por mí antes de que yo supiera quién eras; jugabas con ventaja.

—Quise avergonzarte, lo reconozco, pero tú llevaste el pique siete niveles más allá de lo normal.

—Tienes razón. Siempre he tenido problemas para controlarme. Soy incapaz de contenerme ante un desafío verbal, y si la cosa toma derroteros machistas, entonces me pierdo...

—¿Derroteros machistas? Soy el tío más feminista que conozco.

—¿En serio? Dijiste que no querías pelear con una chica.

—Tú te hiciste la chula, dando a entender que podías conmigo. Yo sólo rechacé el desafío, porque, viendo tu aspecto físico, pensé que era totalmente imposible que tuvieras una oportunidad.

—Lo rechazaste porque era una mujer.

—Mi madre siempre me ha dicho que una cosa es entender la igualdad y otra no tener en cuenta que estás tratando con una mujer. Evidentemente, si hubieras sido un tío no me habría importado abusar de mi superioridad física para patearte el culo por fanfarrona.

—¿Tu superioridad física?

—Joder, Daniela, soy más grande que tú. Eso es una evidencia indiscutible.

—Hay una diferencia entre ser más grande y ser superior.

—Soy superior en fuerza bruta, tú misma lo dijiste. Te concedo que no soy superior en destreza en artes marciales y que, en una pelea de verdad, es muy posible que pudieras plantarme cara. Pero eso es algo que nunca podremos averiguar. Jamás podría usar toda mi fuerza física contigo, porque no quiero hacerte daño, y eso te da ventaja.

—No estoy de acuerdo, yo también tendría que controlarme para no hacerte daño de verdad. Por lo tanto, estaríamos en igualdad de condiciones.

—¿Qué?

—Si lo del otro día hubiera sido un enfrentamiento real, habrías terminado con los huevos machacados y con una pierna y la nariz rota. Yo también tuve que medir mis movimientos para no hacerte daño.

—Realmente crees que podrías ganarme en una pelea —afirma con incredulidad.

—Los dos saldríamos malparados, eso seguro. Pero podría ganarte, sin duda alguna.

—Hummm... En cualquier caso, ésta es una discusión estéril; no vamos a tener un cuerpo a cuerpo de nuevo. Al menos no de esa índole —añade con una sonrisa pícar—. ¿Alguna vez le has pegado a alguien de verdad?

—Una vez... —respondo. Se me encoge el estómago al recordar esa situación; es la segunda vez en menos de una semana que sale a relucir. Anoto mentalmente no volver a atacar a nadie gratuitamente para no desenterrar el tema.

—A un hombre, supongo.

Asiento y sigo comiendo.

—No vas a contármelo.

—Nunca se lo he contado a nadie... Es algo que sólo sabemos él, mi compañera de piso y yo. Nada más te diré que se merecía algo incluso peor. Por favor, olvida que te lo he dicho.

—Está olvidado, pero si algún día logro ganarme tu confianza, espero que me cuentes la historia.

Asiento para zanzar el tema.

—¿En qué trabajabas antes de abrir el gimnasio? —pregunto, en una más que obvia maniobra para cambiar de tema.

—Fui controlador aéreo durante diez años.

—¿En serio? Tengo entendido que es uno de los trabajos mejor pagados. ¿Por qué lo dejaste?

—Mucho estrés y muchas horas extras. También mucha pasta, lo que me permitió invertir bien. Lo dejé hace un par de años, tras una... crisis existencial.

—Si algún día me gano tu confianza, espero que puedas explicarme lo de tu crisis existencial.

—Vale, si nos ganamos uno la confianza del otro, tendremos una cita para confesarnos las partes más oscuras de nuestras almas.

Le sonrío con dulzura. Mi corazón se ha acelerado ligeramente con sus palabras. Diez puntos a favor del muchachote enorme, por reconocer que tiene debilidades en una primera cita... ¿Esto es una cita?

—¿Y tú? ¿Cómo llegaste a tener tu propia empresa?

—Hace tan sólo un año que organizo eventos. Trabajé en una empresa de decoración de interiores durante bastantes años, pero como ya te habrás dado cuenta, no soy muy buena recibiendo órdenes, nunca he soportado que nadie me diga cómo hay que hacer las cosas. Mi jefe era un desastre y se pasaba mis opiniones por el forro, a pesar de que a la larga siempre se demostraba que yo tenía razón. Tuvimos una discusión muy gorda y lo mandé a la mierda. Capitalicé el paro y, junto con un dinero que heredé de mi abuela, monté la empresa.

—Y no te va mal. Has organizado eventos para gente importante.

—No, no me va mal. En algunas ocasiones incluso he tenido que pasarle clientes a otro organizador porque no puedo atenderlos a todos por tema de fechas y, a veces, incluso me permito el lujo de escoger qué quiero aceptar.

—¿Lo haces todo tú sola? ¿No tienes a nadie trabajando para ti?

—Tengo a un chico que me ayuda esporádicamente, al que estoy pensando en contratar. Pero mi trabajo consiste en averiguar qué quiere el cliente e intentar hacerlo a lo grande. Una vez está eso claro, subcontrato y dirijo a otros para que lo hagan realidad.

—¿Ya has averiguado qué es lo que yo quiero, Daniela? —El doble

sentido se trasluce en su voz.

—Lo tengo clarísimo, quieres una fiesta griega.

Su mirada se oscurece y su sonrisa me avisa de que su imaginación está evocando imágenes muy diferentes a las que yo pretendía. Y ahí está, otra vez, esa lengua jugueteando con sus labios.

—Me encanta las fiestas griegas, sobre todo cuando son de dos personas... ¿Te gustan a ti, Dani?

—Eres muy tonto, Sergio —respondo displicente, callándome lo mucho que me gusta su mente sucia y su lengua juguetona y, sobre todo, que ahora mismo me apuntaría a cualquier fiesta de dos (cubana, griega, francesa, árabe o cochina conchinchina) con él.

Son las doce cuando llego a casa. Por más que lo intento, soy incapaz de desprenderme de los recuerdos de la noche... Estoy como una moto.

Sandra ya está dormida. Me pongo el pijama y me meto en la cama, pero me cuesta dormir. Trajinando en el teléfono, me sorprendo mirando el calendario y contando los días que faltan para la fiesta de Sergio. Bufo y dejo el móvil en la mesilla. Cierro los ojos. Imágenes de todo lo que me habría gustado que sucediera esta noche inundan mi cabeza: Sergio desnudo, su cuerpo moviéndose rítmicamente contra el mío, su boca apenas a unos centímetros de mis labios y, por fin, su lengua enredándose con mi lengua, su mano estirando del cinturón del albornoz y contemplándome desnuda a la luz del fuego...

Me doy cuenta de que si no encuentro alivio no podré dormir, así que deslizo la mano por debajo de los pantalones del pijama y me rindo a mis fantasías.

LA GOLETA

Los fines de semana me despierto antes que Sandra. Me toca trabajar casi todos los sábados y algunos domingos —es el inconveniente de organizar eventos— y tengo que planear mis días de descanso según mi agenda profesional. Últimamente sólo lo logro renunciando a algún cliente. De todas formas, no me quejo, me apasiona mi trabajo y mi falta de tiempo demuestra lo mucho que la gente lo valora, el boca a boca y el «de una fiesta salen diez» me han proporcionado más clientes de los que puedo atender. Empiezo a plantearme seriamente buscar una oficina —mi despacho es la antigua habitación de Abril— y contratar a algún ayudante.

Compruebo el tiempo y me alegra ver que hará un día soleado. Estamos a finales de enero y esta noche organizo una fiesta ambientada en los años veinte para ochenta personas en una goleta. Es el mes menos indicado para una fiesta en el mar al aire libre, pero ¿quién soy yo para decirlo? El evento es para recaudar fondos para una ONG, organizado por Marta Esparreguera: la viuda de un importantísimo empresario y miembro de una de las familias más ricas y conocidas de Barcelona.

Enciendo el ordenador y reviso el correo electrónico.

Tengo un mail de Sergio:

De: Sergio Ballester
Para: Daniela Camps
Sábado, 23 de enero, 9.03
Asunto: Expectativas...
¡Hola, Dalila!

Ya he mirado el menú, las invitaciones y los bocetos para la decoración que me enviaste. Te doy el Ok a todo y dejo el motivo de la tarta en tus manos; me encantaría que eso fuera una sorpresa también para mí. Haces un trabajo excelente y todo esto está superando mis expectativas, no puedo esperar a que llegue el día de la fiesta... aunque estoy todavía más impaciente por que todo haya pasado. Estoy seguro de que después también superarás cualquier cosa que haya imaginado y, créeme, he imaginado muchísimas cosas...

Te manda un casi beso
Sansón

Sonrío y releo tres veces su mensaje, sintiendo las mismas ganas que él de que llegue el gran día. No nos vemos desde que cenamos juntos el martes pasado, pero nos hemos escrito varios mails e intercambiado algunos mensajes desde entonces. En ellos hablamos de trabajo, por supuesto, pero siempre lanzándonos alguna que otra indirecta como despedida. Estoy más ilusionada de lo que reconoceré delante de nadie, aunque sé que es debido a que la anticipación, la espera y las provocaciones han hecho todo esto más excitante de lo que habría sido ceder desde un principio... Algún día tengo que hablarlo con las chicas, porque lo de la contención siempre nos había parecido un atraso.

De: Daniela Camps
Para: Sergio Ballester
Sábado, 23 de enero, 10.52
Asunto: Re: Expectativas...
Estimado Sansón:

Me parece una bonita idea que quieras que la tarta también sea una sorpresa para ti. Respecto al menú, te he enviado todas las posibilidades, pero no hay por qué escogerlas todas. Si tienes tiempo, el catering te permite hacer una degustación gratuita la semana que viene para decidir qué es lo que más te gusta y lo que quieres poner. Sólo di el día y la hora, y te haré la reserva. Puedes llevar un acompañante.

Hacía tiempo que no tenía tantas ganas de que llegara el día de celebrar un evento...

Con cariño
Dalila ;)

Todavía estoy sonriéndole a mi ordenador, cuando oigo a mi amiga salir de su dormitorio. Son las once de la mañana. Ayer cenamos en casa de Abril y ellas dos pillaron una buena cogorza; yo, en cambio, tuve que controlarme para estar hoy despejada.

—Buenos días —me dice cantarina, cuando se asoma por mi despacho.

—Buenos días, corazón.

Mientras va al baño, yo me dirijo a la cocina y preparo tostadas y capuchinos para las dos.

—¿A qué hora te vas? —me pregunta cuando vuelve, sentándose frente a mí a la mesa de la cocina.

—En media hora.

—¡Todavía no me puedo creer que nos hayas conseguido invitaciones para la fiesta!

—Tengo muchísimas ganas de que vengáis. Aunque a mí me parece todavía más increíble que Abril haya accedido a salir —respondo con una sonrisa, contenta de que anoche consiguiéramos convencerla.

Será la primera vez que mis amigas asisten a uno de los eventos que organizo. Evidentemente, nunca puedo invitarlas, pero ayer mi clienta me llamó muy preocupada porque le habían fallado dos personas en el último momento y, como no podía llamar a ningún conocido suyo con tan poca antelación, algo que, según ella, sería un tremendo insulto por no haberlos invitado en primera instancia, me pidió por favor que invitara yo a dos amigas que no desentonaran en su ambiente. Y me especificó que no quería que trajera a ningún chico que pudiera distraerme de mis obligaciones. Se ve que no podía dejar las plazas libres, ya que temía que su hijo llevara a un par de amigos impresentables que ya le había querido colar antes, y de los que ella se había librado con la excusa de la falta de espacio...

Todo un personaje la señora; y no hablemos del hijo, un bala perdida de treinta y cinco años, que sigue viviendo en casa de mamá. Increíblemente atractivo, sí, pero egocéntrico, pijo, inculto y malcriado como él solo. Y por si todo eso no fuera suficiente, se llama Borja Mari.

Termino el desayuno y meto los cacharros en el lavavajillas.

—Cuando queráis podéis pasar por Menkes a buscar vuestros vestidos. Ya he hablado con Montse y os tendrá preparados unos cuantos modelos de vuestra talla —le digo a Sandra.

Ella se pone a aplaudir en su asiento, muy emocionada, pero no puede contenerse y tiene que levantarse para achucharme.

—Vamos a las seis, ¿verdad?

—Sí, he dejado la invitación sobre la mesita del salón.

—¡Voy a ducharme y a meterle caña a Abril! —grita, mientras desaparece de la cocina.

A las doce salgo de casa camino del Moll de la Fusta. Aparco el coche y me dirijo a la goleta que hemos alquilado. Allí me recibe Marco con un fuerte apretón de manos que hace que, inmediatamente después, tenga que esconder la mía tras mi espalda y hacer varios estiramientos de dedos. Es el *manager event* del barco (se hace llamar así). Al principio tuvimos algún que otro

problemilla, porque él suele tratar directamente con los clientes para organizar los eventos. Yo me he mostrado más tolerante de lo habitual, pues entiendo que se sintiera molesto cuando yo quería cambiar una cosa que él llevaba haciendo durante años de una determinada manera. Al final nos hemos llevado de maravilla: he conseguido que pensara que las ideas que yo tenía eran suyas, así que él siente que he seguido sus consejos y yo he hecho lo que me ha dado la gana.

No es mi estilo, ya os habréis dado cuenta de que soy más de patear que de mimar el ego de los tíos, pero Marco es un hombre de gran envergadura, de unos cuarenta y muchos y con aspecto de no haber terminado de evolucionar del todo al *Homo sapiens sapiens*. Cuando vi que se le saltaban las lágrimas de emoción al acariciar con ternura las maderas de su amada goleta, me ganó, tengo que reconocerlo. Cuando un hombre con su aspecto muestra ese tipo de sensibilidad me desarma totalmente. Además, no ha intentado insinuarse ni una sola vez ni ha hecho un solo comentario fuera de lugar o machista, y sólo lo he pillado mirándome las tetas dos veces, así que también se ha ganado mi respeto.

Al poco llega Maika en su furgoneta, acompañada de sus ayudantes. Nos acercamos y, entre todos, cargamos las cajas de atrezzo y las llevamos al barco. En menos de dos horas, los centros de plumas, las tiras de perlas, las tenues luces de sobremesa y las guirnaldas de luces de lágrimas han hecho retroceder la goleta en el tiempo.

—Estoy impresionado —reconoce Marco.

—Gracias.

Tras una paradita para comer, llegan el *catering* y los músicos, y volvemos a ponernos manos a la obra. Cuando sólo faltan pequeños detalles, dejo al equipo trabajando y me encierro en el baño para cambiarme de ropa.

Son las cinco y cuarto cuando oigo el repiqueteo de unos tacones que suben por la pasarela metálica que da acceso al barco y me acerco para recibir a la señora Esparreguera y a su hijo, perfectamente ataviados con sus trajes, que para nada parecen disfraces; ella lleva un elegante vestido de gasa color verde oliva, con el típico corte de los años veinte, pero con un diseño actual y muy elegante; él un impecable frac que le queda como un guante. Si no tuviera ya formada una pésima impresión de él, sería para rendirse a sus pies. Siendo objetiva, debería decir que es posible que sea el hombre más guapo que he visto nunca.

—Música —pido por el auricular, antes de que lleguen arriba, y la orquesta empieza a tocar una suave melodía ambiental.

—Hola, querida —me saluda mi clienta cuando llegan a la cubierta de proa.

Me da dos besos que en vez de llegar a mis mejillas se pierden en el aire. Después me repasa con minuciosa atención: su mirada crítica empieza por mis zapatos negros con tacones de vértigo, salta a la estola de piel sintética negra que cubre mi vestido de satén blanco y pedrería plateada, de corte bajo y escote recto; y termina en mi peinado: llevo un tocado plateado y negro, para que destaque sobre mi pelo rubio, y he cambiado el liso que me caracteriza por marcadas ondas que me llegan hasta la mitad de la espalda. Cuando termina su escrutinio agrega:

—Estás preciosa.

—Deslumbrante —puntualiza su hijo, cogiéndome la mano y besándomela con gesto galante, mientras clava sus ojos verdes en los míos.

Sonrío, disimulando el irracional rechazo que me provoca.

—Ustedes también —respondo.

—No me llames de usted, por favor —me pide Borja.

En realidad, a él nunca lo trato con esa deferencia, lo he hecho por la presencia de su madre e incluyéndolo en el plural. Me dedica una sonrisa torcida y una mirada que pretende ser seductora, lo que hace que me imagine a mí misma como una gata, ladeándome, erizando el lomo y enseñándole entre bufidos los colmillos...

—Tutéame a mí también, querida, y llámame Marta.

Asiento y les presento a Marco, que se acaba de unir a nosotros, y ambos los acompañamos a dar una vuelta por la embarcación. Borja coloca su mano en mis riñones cuando empezamos a caminar y yo tengo que contar hasta tres para no sacudírmelo de encima de un manotazo.

—Ha quedado precioso, Daniela, ¡pre-cio-so! —insiste la mujer por enésima vez, cuando salimos de la zona interior y volvemos a la cubierta de proa, después de haber recorrido toda la goleta.

Su hijo por fin deja de tocarme, se acerca a una de las barras y pide un whisky carísimo que me han hecho comprar expresamente; diez cajas en las que se han gastado una fortuna. Desde que las encargué, no hago más que

preguntarme por qué no habrán dado el dinero que han invertido en whisky a la ONG, porque estoy segura de que ni de coña sacarán tanta pasta esta noche en donaciones. Ojalá me equivoque...

Miro a la señora Esparreguera y le doy las últimas explicaciones:

—Supervisaré el trabajo todo el rato para asegurarme de que todo sale bien, pero cada veinte minutos pasaré a verte por si tienes alguna indicación que darme. De todas formas, si me necesitas cuando no me tengas a la vista, sólo tienes que acercarte a aquel camarero... —lo señalo con el dedo— Pau, el chico que estaba en la puerta, o a Marco: los tres estamos conectados por estos auriculares... —Le muestro el pinganillo que escondo bajo mi pelo—. Ellos me avisarán y acudiré en seguida.

»La orquesta ya no dejará de tocar, tienen un gran repertorio de los años veinte, pero si deseas que toquen otra cosa, no tienes más que pedírmelo. A las seis, cuando suba la gente, los camareros sacarán las copas de cava y repartirán las rosas a las mujeres y los puros a los hombres. A las siete zarparemos y, después de dar el primer paseo viendo el *skyline* de Barcelona, se servirá la comida. El discurso, como me habías indicado, será a las nueve y media. En ese momento pararemos la música y subiré al escenario para presentarte.

Borja se ha vuelto a unir a nosotras y se ha colocado a mi lado.

—¿Has memorizado la presentación? —me pregunta su madre.

—Por supuesto —respondo, evitando hacer un mal gesto ante los exagerados halagos que escribió sobre sí misma, para que yo dijera delante de todo el mundo. Todavía no entiendo por qué no la presenta su hijo.

—Perfecto. Veo que lo tienes todo controlado.

Está atardeciendo. Nos asomamos por la borda de estribor y vemos que ya hay un grupo de gente charlando al lado de la pasarela, esperando para subir, aunque todavía faltan veinte minutos para la hora. Marta saluda ilusionada desde arriba a sus invitados.

—Está todo listo —le digo—. Podemos abrir el paso ya, si lo deseas.

—Adelante pues. ¡Que empiece la fiesta! —exclama de forma teatral—. ¡Ah!, luego quiero que nos presentes a tus amigas, por favor. No tengas problema en atenderlas y tomarte una copa con ellas... Con moderación, claro está.

—Muchas gracias y no te preocupes por eso.

—No me preocupo, querida, veo que lo tienes todo bajo control.

Ya, no se preocupa pero ahí lo deja...

La gente empieza a subir y, poco a poco, las cubiertas comienzan a llenarse. Las mujeres van ataviadas con vestidos de diseño y cubiertas con carísimas pieles de cadáveres de desdichados animales; la mayoría de los hombres se han decantado por trajes tipo gánster, aunque también hay muchos con esmóquines o fracs. Todos sin excepción dan un paseo por todo el barco hasta que deciden en qué parte quedarse. Pronto empieza a notarse que la gente más mayor prefiere la cubierta de popa, donde hay más asientos, y la más joven se queda en la de proa, cerca de la orquesta.

—¡Dani! —Oigo la voz de mi amiga, llamándome.

—¡Chicas! —las saludo, abrazándolas, y luego admiro lo guapísimas que están.

Sandra ha escogido un vestido violeta con hileras de flecos, que hace juego con el color de su pelo, perfectamente peinado para la ocasión. Abril lleva un vestido azul cobalto, con dibujos simétricos plateados; su pelo largo y rizado cae salvaje por su espalda y sobre la frente lleva una diadema ancha del mismo color del vestido.

—Estáis impresionantes.

—Y tú también, cariño —dice Abril, que no había visto todavía mi vestido.

—Esto es alucinante, Dani. Y hay un montón de famosos, ¡he visto a tres futbolistas!

—Yo he visto al hijo de mi jefe —añade Abril.

—Sí y está buenísimo, por cierto. Si no llega a estar acompañado, le entro —asegura mi compañera de piso, moviendo las cejas.

—¿Y qué pasa con Nacho? —le pregunta Abril.

—Hummm... No creo que duremos mucho más, está empezando a aburrirme.

—No será una gran pérdida —agrego.

Sandra se encoge de hombros con una sonrisa y Abril niega con la cabeza. A nuestra amiga le duran muy poquito las parejas.

—¿Dónde estaréis?

—Nos quedaremos al lado de aquella barra, cerquita de la música —señala Abril—. ¿Tienes que irte ya?

—Sí, lo siento, estoy trabajando. Volveré dentro de un rato, cuando comiencen a servir la comida. Luego os presentaré a mi clienta, que quiere

conocerlos.

—Para asegurarse de que no venimos con un disfraz de la tienda del chino —le susurra Sandra a Abril.

—Probablemente —convengo riendo. Me despido con la mano y me dirijo a estribor.

—Pau, ¿cómo vamos? —le pregunto a través del auricular al chico que está controlando la entrada. Es un muchacho de veintitrés años, estudiante de último curso de Protocolo y Eventos, al que contrato de vez en cuando.

—Acaban de subir los últimos invitados.

—Perfecto. ¿Puedes ocuparte de que retiren la pasarela?

—Estoy en ello —interviene Marco.

—Muy bien. Voy a hablar con la señora Esparreguera; en un momento te aviso para zarpar.

Pocos minutos después, cuando el barco se pone en marcha, la gente rompe en aplausos entusiasmados; algunos se asoman por la borda para ver cómo Barcelona se aleja de nosotros.

—Hola, princesa. —La voz y el aliento de Borja en mi oído me sorprenden en la barra, mientras hablo con el camarero—. ¿Te tomas algo conmigo?

Su mano se posa en mi cintura y desciende hasta mi rabadilla. Llevo mi mano hacia la suya y se la retiro con más cuidado del que me gustaría. Él sonrío perverso.

—No puedo, estoy trabajando.

—Mi madre te ha dado permiso para tomarte un descanso cuando quieras.

—Lo sé. En cuanto pueda me lo tomaré, pero ahora estoy bastante ocupada.

Asiente, pero no se retira. Atrapa un mechón de mi pelo entre sus dedos y los desliza por ellos... Tengo que contar hasta cuatro para no golpearle la mano. ¡Va a cargarse las ondas! Se lo acerca a la nariz y lo olisquea mientras dice:

—Estaré arriba, en la zona vip. Búscame en cuanto puedas... ¿Sabes que me tienes loco? —añade, acercándose de nuevo a mi oído—. Este barco está lleno de mujeres deseosas de ponerme las manos encima y yo sólo pienso en poner las mías sobre ti.

—Tus manos harían bien en buscar otro objetivo, hazme caso.

—Eres una chica dura, y eso me gusta, pero yo sé cómo doblegarte.

—¿Doblegarme? —repito anonadada.

—En realidad, las mujeres fuertes e independientes como tú, en vuestro fuero interno soñáis con encontrar a un hombre dominante para poder relajarnos y ceder el control; lo lleváis en la sangre, princesa.

Y aquí está el motivo por el que mi instinto repudiaba a este tío a pesar de su hermosura casi abrumadora. Que ésta sea la fiesta más pija que he organizado hasta la fecha es lo único que lo salva de no acabar con un tatuaje de la punta de mi zapato en las pelotas.

Respiro... Cuento hasta cinco...

—Lo tendré en cuenta, si es que veo algún hombre por aquí —respondo con dulzura.

Me doy la vuelta y me marcho sin mirarlo. Aunque a través de la algarabía de la gente y la música lo oigo gritar:

—Caerás, princesa.

Suspiro hondo tratando de tranquilizarme. Bueno, supongo que tengo que alegrarme de haber controlado mi temperamento. El recuerdo de cómo terminó Sergio en el suelo tras una provocación muchísimo menos impertinente me hace sonreír; definitivamente, estoy mejorando.

Junto con Toni, el responsable del bar, hago recuento de cómo vamos de bebidas en las barras; hay que recargar ron y traspasar botellas de whisky de proa a popa, y en el solárium no durarán más de un par de horas si siguen a este ritmo.

El solárium es la terraza que queda sobre la parte cubierta, donde hemos puesto la zona vip, a la que se accede a través de una escalera custodiada por un enorme segurata; allí hay modelos, futbolistas y algún que otro famosillo, amigos de Borja todos. Dos camareros del *catering* y yo hemos firmado un contrato de confidencialidad especial para esa zona y somos los únicos del personal que tenemos acceso a ella, así que en breve tendré que subir y volver a encontrarme con el dandi de las narices.

Miro la hora, las siete y media, vuelvo la cabeza hacia la costa y me deleito por unos instantes con la belleza del perfil de Barcelona iluminada. Me dirijo a la cocina y aviso a los del *catering* para que empiecen a sacar los aperitivos. Cinco minutos más tarde, por las cubiertas se reparte un ejército de camareros uniformados, cargados con bandejas repletas de delicias. Atrapo al vuelo un bombón de chocolate relleno de crema de boletus, y cuando me lo meto en la boca tengo que detenerme un momento y cerrar los ojos... ¡Por

Dios! Estoy teniendo un orgasmo «paladarciano»... Después de que la explosión de sabor se haya consumido en mi boca, contengo un lamento y las ganas de robarle la bandeja al camarero, y me dirijo a donde sé que está la señora Esparreguera.

Me estoy acercando a ella cuando de pronto lo veo.

Sergio...

El corazón me da un vuelco y empieza a latirme más deprisa; la piel se me eriza de arriba abajo, haciéndome más consciente de mi cuerpo. Mi reacción me pilla desprevenida; nunca antes me había afectado tanto un hombre.

Frunzo el ceño y lo contemplo, intentando averiguar qué es lo que tiene para alterarme de esta manera.

Es muy atractivo... no como Borja, que posee esas facciones tan perfectas que parecen diseñadas por un escultor que se hubiese propuesto cincelar cada rasgo en pos de la máxima belleza. Sergio es más salvaje. Sus carnosos labios se vuelven pecado cuando sonrían, con esa lengua juguetona que siempre asoma en el momento justo para convertir en agonía mi obstinación por resistirme. Dios... me muero por que llegue el día en que pueda albergarla en mi boca. Y esa mirada traviesa, de ese azul marino líquido que te incita a ahogarte en ella, enmarcada por unas pestañas tan espesas que perfilan sus ojos como si los llevase maquillados, dándoles un aire malicioso y pícaro.

Lo observo bailar y hablar con un grupo de gente en la zona de popa y me quedo encandilada unos segundos, admirando la elegancia de sus movimientos y lo extraña que parece en su enorme cuerpo; embebiéndome de sus sonrisas y sus gestos, mientras intento recordar la lista de invitados de la fiesta y averiguar por qué no sabía que venía. Entonces caigo en la cuenta de que la revisé antes de conocerlo. ¿Sabrá que soy la organizadora? ¿Habrá venido para verme?

Al fin decido aproximarme y saludarlo, pero no he dado un paso cuando de pronto veo a una chica rubia de pelo corto que se le acerca demasiado. Observo un rato cómo se ríen. Estoy paralizada y expectante, conteniendo la respiración y cualquier pensamiento. Y en ese momento veo cómo se agacha y la besa... Un beso largo y apasionado...

Mierda.

VETE A LA MIERDA

Mi primer impulso es ir hacia allí para cortarle el rollo y pedirle explicaciones. Llego a dar el primer paso, pero me detengo al ver a mi clienta saludándome un poco más adelante y haciéndome señas con la mano para que me acerque. Respiro hondo tres veces y recuerdo dónde estoy y quién soy.

Sonrío a la señora Esparreguera al llegar a su lado y me esfuerzo para no mirar al gilipollas que acaba de darme el disgusto de la noche.

—¿Todo bien? ¿Necesitas algo?

—¡Daniela! Déjame que te presente a una amiga —dice, señalando con la mano a una señora alta y delgada, con la piel del rostro estirada de tal manera que parece que esté haciendo fuerza con la boca para mantenerla cerrada. Eso sí, su porte es la viva imagen de la elegancia—. Carmen, ésta es Daniela, mi organizadora de eventos.

—Encantada —respondo, intentando con todas mis fuerzas concentrarme en ellas, ya que todos mis sentidos parecen seguir enfocados en el cabronazo de Sergio, cuya escandalosa risa creo haber reconocido.

—Me tienes que dar una tarjeta, nena, tengo que organizar una fiesta dentro de dos meses y tienes que hacerlo tú.

Saco una del bolsillo de la estola y se la entrego. Siempre estoy preparada para esto.

—Será todo un placer trabajar para usted —afirmo.

—Me encantaría organizar una fiesta ambientada en los años cincuenta.

—¡Oh! Eso sería genial —simulo el tono adecuado de entusiasmo.

Pongo la mano en el pinganillo, pido disculpas y hago como si me estuvieran hablando.

—Lo lamento, me reclaman en la cocina. ¿Necesitan algo más?

—Sí, por favor. Borja me ha pedido que cambiemos esta música por algo más moderno.

—Ahora mismo aviso a los músicos.

—Ve, querida, nosotras nos sentaremos un rato para cenar.

—No dejen de probar los bombones de boletus: son una verdadera delicia.

Ellas asienten. Hago un gesto de despedida con la cabeza y me sumerjo en el gentío sin mirar atrás. Dirección: lo más lejos posible de Sergio.

Aviso a la orquesta de que cambien el repertorio y decido tomarme un descanso.

Necesito una copa y refugiarme en mis amigas. La conversación con las dos señoras ha impedido que monte un numerito, pero no ha apaciguado mi rabia; al contrario, parece que ésta cada vez me muerde con más fuerza las tripas. Tengo el estómago revuelto. Me siento tan ridícula cuando pienso que hace tan sólo unos minutos estaba mirándolo como una adolescente babeante. Me avergüenzo de mí misma y de mis fantasías ridículas y rotas.

Nunca un tío me había hecho sentir tan humillada. Estoy cabreada conmigo misma y cabreada con él, por el efecto que me ha causado desde el primer momento, por haber conseguido encandilarme con sus provocaciones. Pienso en el otro día, en su casa, pienso en nuestros mails... y la bilis me quema en el fondo de la garganta. Lo peor es que soy consciente de que en realidad no es un engaño: ni estábamos saliendo ni nos habíamos liado todavía; ninguno de los dos se comprometió a mantenerse célibe hasta el día de nuestra cita, ni tampoco era algo que yo pretendiera.

Pero una cosa es la lógica y otra muy diferente cómo me siento ahora mismo. Y si hay algo que tengo clarísimo es que ese gilipollas ya no va a tocarme un pelo en su puta vida.

Localizo a las chicas cerca de la barra, donde las había dejado. Están bailando *Hot N Cold*,⁴ de Katy Perry; y no me refiero a que estén de pie aguantando la copa y moviendo las caderas. Cada parte de sus cuerpos se sacude perfectamente al ritmo de la música, como si las hubiera atravesado y poseído. Se me encoge el corazón al ver a Abril con el rostro vuelto al cielo, sonriéndole a las estrellas; resplandece. Me conmuevo al reconocer en la mujer que tengo delante a mi antigua amiga, a la que hacía mucho tiempo que no veía. En este momento no hay en ella rastro de la oscuridad que parecía haberla engullido; sólo es una mujer joven, hermosa, feliz, despreocupada...

Siento una lágrima rodar por mi mejilla y me apresuro a secármela. Noto que Sandra me mira y veo reflejada mi emoción en sus ojos. Me hace una señal con la mano para que me acerque. Empiezo a esquivar a las decenas de personas que se interponen entre nosotras.

—Avisadme en treinta minutos —digo al pinganillo; alguien asiente al otro lado.

Por el camino atrapo un Cosmopolitan que pasaba justo a mi lado, montado en una bandeja, y mientras me acerco me lo bebo de un trago. Cuando llego donde están mis amigas le entrego la copa vacía a otro camarero. Ellas me abrazan, contentas de verme; ya me siento muchísimo mejor. No voy a contarles lo de Sergio ahora, les fastidiaría la noche, nos la fastidiaría a las tres, y éste es un día memorable: ¡Abril ha despertado! Me uno al baile, dejando que la música penetre por cada poro de mi piel y dirija mis movimientos.

—Es la hora —anuncia alguien en mi oído.

Miro el reloj: ha pasado más de media hora, no puedo creerlo.

Las chicas me acompañan al encuentro de Marta, las presento y la señora parece encantada con ellas. Las dejo allí y me acerco al escenario. Los músicos dejan de tocar y abandonan la tarima para tomarse un merecido descanso.

Sé que Sergio va a verme y eso me pone todavía más nerviosa.

—Atención, por favor. Atención... —Odio esto... Tendría que haber dicho que no—. Seré breve, lo prometo. Quiero presentarles a la anfitriona de la fiesta, una de nuestras conciudadanas más comprometidas con los necesitados, el hada madrina de los niños marginados. Reciban con un cariñoso aplauso a ¡Marta Esparreguera!

La gente aplaude y Marta me releva al micrófono.

—Gracias, querida. —Luego se dirige al público—. Ella es Daniela, la organizadora del evento, un aplauso también para ella por montar esta magnífica fiesta.

Sus palabras me pillan por sorpresa. Me veo obligada a detenerme en el escenario y saludar a la gente que me aplaude. Al fondo del gentío que se ha acercado veo a Sergio con los ojos clavados en mí, sonriéndome. Cuando se da cuenta de que lo miro, me saluda con la mano. Yo hago como si no lo hubiera visto y me escabullo por el lateral.

—Hay que llevar más whisky a la zona vip. —La voz de Toni suena a través del pinganillo.

—Yo me encargo, ahora iba para allá —le contesto.

Me aproximo a las chicas, con un ojo puesto en el lugar donde estaba Sergio, y me doy cuenta de que está buscándome.

—Tengo trabajo, luego me reúno con vosotras. No hace falta que os

quedéis a escucharla —les susurro, refiriéndome a Marta Esparreguera, antes de desaparecer.

Salgo como alma que lleva el diablo hacia el camarote donde guardamos las bebidas, cargo seis botellas en una bolsa y me dirijo hacia la zona vip. Cuando salgo fuera, veo a Sergio oteando entre la gente. Le hago una señal al de seguridad y subo las escaleras a toda prisa, temiendo que siga buscándome a mí; arriba estaré a salvo.

Al llegar al solárium, la irritante sonrisa pretendidamente seductora de Borja me recibe al instante. Esperaba que estuviera abajo, escuchando a su madre. Hoy no hay manera de escapar de los hombres.

—Deja que te ayude, princesa. —Me coge la bolsa y la carga hasta el extremo donde se encuentra la barra.

—Gracias.

El ambiente aquí arriba es muy relajado. Están todos charlando y bebiendo, sentados en los sofás de mimbre. Hay parejas enrollándose. También un par de chicas que bailan sobre una mesa, para delicia de un grupo de hombres. Reconozco a algunos de ellos de la tele, aunque como no me van el fútbol ni el famoseo no puedo ponerles nombres.

Les entregamos las carísimas botellas a uno de los camareros.

—Pon dos copas —le pide Borja—. ¿Has probado este whisky? Es delicioso.

—No me gusta el whisky.

—Éste tienes que probarlo. Es exclusivo, no es algo que puedas beber todos los días.

Miro hacia la escalera. Me doy cuenta de que me preocupa menos quedarme con Borja que encontrarme con Sergio. Con la esperanza de dar tiempo para que éste se canse de buscarme, acepto la copa y bebo un buen trago... ¡Dios! Esto es fuego líquido.

—¿Qué tal? —me pregunta Borja divertido.

—Estás desperdiciando un whisky carísimo en una boca profana —digo con la voz tomada por la quemazón.

Todavía estoy recuperándome de los estragos de la bebida, cuando sus labios me asaltan con un beso que me quema casi igual que el alcohol. La lengua de Borja saborea mi boca, sus manos abordan mi culo y me presionan contra su cuerpo. Puede que sea por la sorpresa, porque el whisky combina mal con los dos Cosmopolitan que me he tomado antes, o porque la imagen de

Sergio besando a esa mujer todavía está reciente en mis retinas... o quizá sólo porque este cabrón besa de puta madre, pero me dejó llevar. Su boca es exigente, agresiva, las sensaciones anulan mi mente y mi cuerpo prende en llamas instantáneamente.

Se separa de mí y me agarra la mandíbula con una mano.

—El desperdicio era no saborear esta boca...

Me aparto con un gesto airado de la cabeza.

—El próximo te lo bebas directamente de la copa, si no te importa — espeto, recuperando la cordura.

—Igual es un poco tarde para hacerte la ofendida.

—Tengo que trabajar.

—Vuelve cuando quieras más, princesa —lo oigo decir entre risas, cuando ya estoy huyendo por la escalera.

¡Menudo idiota!

Abajo me espera Sergio.

La noche cada vez se pone mejor.

Me detengo dos escalones antes de llegar abajo, con el guarda de seguridad entre nosotros.

—Hola, Dalila.

—Hola —respondo seca; estoy demasiado enfadada para más.

Él me mira sorprendido, pero pasa por alto mi actitud antipática.

—Te he visto en el escenario, no sabía que esta fiesta la organizabas tú.

—Yo tampoco esperaba encontrarte aquí.

El chico de seguridad se remueve incómodo entre los dos.

—Vengo acompañando a una amiga. Ha sido cosa de última hora, no tenía idea de dónde venía ni quién lo organizaba, pero es una fiesta increíble. Está claro que he elegido a la mejor —añade con esa sonrisa que me vuelve loca... antes de deseo, ahora de indignación.

—Gracias, pero tendrás que disculparme, tengo mucho trabajo.

Apenas he dado dos pasos, cuando me detiene agarrándome del brazo. Una llama de furia sube hasta mi garganta. Me doy la vuelta y me libero de su presa de un manotazo, fulminándolo con la mirada.

—¿Qué te pasa? —me pregunta muy serio.

—Por tu propio bien, intenta no volver a cogerme nunca del brazo cuando estoy de espaldas, no reacciono bien —le advierto—. Estoy cabreada porque hay un tío que no deja de tocarme los ovarios y al que no puedo

mandar a la mierda porque es el hijo de mi clienta. ¡Ah! Y además te he visto morreándote con una rubia. No debería importarme, pero me importa. Así que estoy al límite de mi paciencia. Mejor quítese del medio, señor Ballester.

—Lo siento, Dani —se disculpa afligido.

—No hay nada que sentir: tú y yo no somos nada.

—Lo sé. Aun así, siento haberte hecho daño.

—No ha sido para tanto —replico, abrumada por lo sinceras que parecen sus palabras.

Nos miramos a los ojos durante un largo segundo, hasta que no puedo más, me doy la vuelta y me marcho.

Esta vez él no me detiene.

Estoy sentada en el sofá, haciendo *zapping* en modo zombi. Me he tomado un paracetamol para amortiguar el tambor que suena incesante dentro de mi cabeza, pero todavía no me ha hecho efecto. Quiero achacar mi desánimo a la resaca (después de terminar la fiesta en el barco, mis amigas y yo seguimos de marcha hasta las tantas y nos emocionamos con las copas) y destierro de mi mente cualquier pensamiento dedicado a Sergio. Sí, me llevé una desilusión, pero no voy a dejar que un capullo que no era más que un futuro buen polvo me afecte. En una semana se celebrará su dichosa inauguración y no tendré que volver a verlo.

Después de nuestro encononazo, lo vi en cuatro ocasiones más durante la fiesta; siempre en la barra, hablando con la chica rubia en actitud exclusivamente amistosa, pero a pesar de que nuestras miradas se cruzaron, no trató de acercarse de nuevo. Una de las veces en que mis ojos se fugaron hacia los suyos en contra de mi voluntad, Borja se me acercó y me abrazó por la espalda y, aunque no le permití que volviera a besarme, acepté de buena gana sus gestos de flirteo, le reí las gracias y hasta coqueteé con él, movida sobre todo por la convicción de que Sergio no se perdía detalle.

Una vez atracamos en el puerto, y después de despedirme de Marta Esparreguera, desaparecí de la cubierta hasta que prácticamente no quedó nadie en el barco. Cuando salí, él ya se había marchado. No tuve tanta suerte con Borja, que estaba esperándome con la más que evidente esperanza de que termináramos la noche juntos. Me costó la vida convencerlo de que estaba

demasiado cansada para salir, maldiciéndome porque, después de utilizarlo para darle celos a Sergio, no podía mandarlo simplemente a la mierda. Se despidió explicándome que se marchaba de viaje unos meses y amenazándome con que tendría noticias suyas a la vuelta. Espero que en ese tiempo encuentre a otra a la que darle el coñazo.

—Hola, buenos días —me desea Sandra con su soniquete habitual.

La muy payasa sale del dormitorio con su pijama de franela de ositos y las gafas de sol puestas.

Yo me río de ella, aunque en realidad lo de las gafas no me parece tan mala idea, pues la luz del sol que entra a raudales por la terraza resulta cegadora.

—Buenas tardes, casi —respondo.

—¿Demasiado tarde para desayunar?

—¿Quieres desayunar comida japonesa?

—¡Genial!

Sandra se acomoda en el otro extremo del sofá y compartimos manta. Se apodera del mando y pone directamente la guía para buscar una peli: ella odia hacer *zapping*.

Cojo el móvil y llamo para que nos traigan el desayuno/comida. Cuando cuelgo, veo que tengo varios mails pendientes de leer...

Aparte de la publicidad, hay un mensaje de Sergio. Es de ayer al mediodía:

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Sábado, 23 de enero, 12.02

Asunto: Re: Expectativas...

Cariñosa Dalila:

¿Cómo te va el miércoles a las nueve de la noche? Me encantaría probarlo todo contigo y que decidamos juntos qué es lo que más nos gusta...

Si te va bien, puedes reservar directamente; si no, cuadrarnos agendas.

Necesitado de más cariños.

Sansón

¡Qué cabronazo! Pues está claro que se apañó muy bien sin mí para cubrir sus necesidades de cariño. Tendrá que hacer lo mismo con la cena.

—¡Hijo de puta! —mascullo.

—¿Quién? —pregunta Sandra.

—Un momento —le pido.

Le doy a Responder y escribo:

De: Daniela Camps
Para: Sergio Ballester
Domingo, 24 de enero, 13.00
Asunto: Degustación
Señor Ballester:

Me será imposible acompañarle a la degustación, el miércoles o cualquier otro día de la semana. Necesito que me confirme si aun así le reservo el día y la hora que me ha indicado en su anterior correo y si va a asistir acompañado de otra rubia.

Atentamente,
Daniela

Lo leo dos veces y decido cambiar «rubia» por «persona». De la otra manera queda demasiado patente mi resentimiento, y lo único que quiero que él vea de mí es profesionalidad e indiferencia. Le doy a Enviar.

Sandra está esperando, con la vista clavada en mi teléfono.

—¿A quién hay que matar?

Sonrío sin poder evitarlo.

—De momento a nadie. Cuando me pague el trabajo el fin de semana que viene, al puto Sansón de las narices.

—¿Ahora volvemos a odiar a Sansón?

—Anoche estaba en el barco, liándose con otra tía.

—Vamos a odiar a Sansón para siempre. ¿Quieres hablar de ello?

Alzo la cabeza, orgullosa, y respondo:

—No vale la pena, ya está olvidado.

Ella asiente, sabiendo que no conseguirá sacarme de ahí.

—Le he escrito un SMS a Nacho anulando el cine de hoy y he quedado para desayunar y cortar mañana.

—¿Así se lo has dicho?

—He omitido el dato de cortar. La verdad es que me aburre, sólo sabe hablar de fútbol y quejarse de su trabajo; además, en la cama es de pena. La chispita que se encendió entre nosotros cuando nos presentaron se ha apagado por completo al conocerlo.

—No lo echaré de menos, sus chistes también eran de pena.

Al día siguiente me espera en el buzón otro mail de Sergio:

De: Sergio Ballester
Para: Daniela Camps
Lunes, 25 de enero, 07.25
Asunto: Lo siento

Querida Daniela:

Entiendo que estés molesta y confusa por lo del otro día y me gustaría darte una explicación de lo que viste. Reconsidera lo de la cena, será la mejor manera de acercar posturas antes de la fiesta.

Con cariño,
Sergio

De: Daniela Camps
Para: Sergio Ballester
Lunes, 25 de enero, 11.15
Asunto: Inauguración Gimnasio Sansón

Estimado cliente:

No hay necesidad de acercar posturas ni de ninguna aclaración. Lo que haga en su vida privada no me incumbe en absoluto. No veo necesario reunirnos antes del sábado, ya que todo lo referente a la inauguración está resuelto, pero si tiene cualquier consulta sobre el tema profesional que nos ocupa, no dude en ponerse en contacto conmigo. En breve le pasaré el planning con los horarios.

Atentamente,
Daniela Camps
Organizadora de eventos

De: Sergio Ballester
Para: Daniela Camps
Lunes, 25 de enero, 11.20
Asunto: LO SIENTO

Por favor, no volvamos al principio, cada vez que leo que me tratas de usted es como si me dieras una bofetada. Soraya es sólo una amiga. Me pidió que la acompañara a esa fiesta para intentar poner celosa a otra persona conmigo y al final lo único que conseguimos fue poner celosa a la única persona a la que yo no hubiera querido molestar. Me gustas muchísimo, Dani, no quiero que esto termine aquí. Por favor...

De: Daniela Camps
Para: Sergio Ballester
Lunes, 25 de enero, 11.27
Asunto: ¿CELOSA YO?

Tú flipas, chaval, y además en colores. Ni estoy celosa ni me interesa tu vida. Me parecías atractivo y el sábado dejaste de parecérmelo. Creo que no es tan complicado de entender ni que tenga que darte más explicación que ésta: YA NO ME INTERESAS. Déjame en paz y, por favor, diríjase a mí exclusivamente para temas de trabajo.

Gracias.
Daniela Camps
Organizadora de eventos

—Te has pasado un poquito, ¿no? —pregunta Sandra, leyendo por encima de mi hombro. Ha vuelto a casa sin hacer ruido.

—¿No decías que lo odiábamos para siempre?

—Es verdad, es verdad... No merece compasión.

—¿Cómo te ha ido con Nacho? Habéis acabado pronto.

—Le he contado el rollo de que no estoy preparada y de que no he superado mi relación anterior... Lo ha llevado con elegancia.

—Me alegro. ¡Así deberían ser todos!

Mi amiga me masajea los hombros. Yo cierro los ojos y siento cómo me relajo contra la silla.

—Te gustaba mucho, ¿verdad?

Mierda.

—Me gustaba mucho —reconozco. Y al expresarlo en voz alta, se evapora mi rabia y se transforma en tristeza.

Ella me besa la coronilla.

—¿Tequila? —pregunta.

—Sólo son las once y media de la mañana, Sandra, y tampoco es tan grave.

—¿Un chocolate calentito con nata montada?

—Eso sería genial.

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Martes, 26 de enero, 13.01

Asunto: BANDERA BLANCA

De acuerdo. No insisto más, ya me he disculpado demasiadas veces teniendo en cuenta que no te interesa mi vida y que, en realidad, como bien dijiste en la fiesta, tú y yo no somos nada... todavía. Pero tengo que advertirte que no voy a rendirme ni pienso volver a lo de antes. Tú puedes escoger tratarme de nuevo con frialdad e impostura, me parece perfecto; yo no pienso hacerlo. Lo de que ya no me encuentras atractivo, simplemente no me lo trago. Para mandarme a la mierda no hace falta que me respondas, ya ves que no te va a servir de nada... Aunque siéntete libre de hacerlo si eso te hace estar mejor. Ya sabes que me encanta provocarte en todos los sentidos y cabrearte es uno de mis pasatiempos favoritos.

Te desea más que nunca,

Sansón

¡Me cago en el puto Sansón de los cojones! Perdón por el vocabulario, pero ¡es que estoy hecha un basilisco!

Pensaba que se había rendido, después de que ayer no respondiera a mi último mail.

Releo su escrito y me cabreo más todavía. Resoplo, me levanto, voy hasta la terraza y resoplo de nuevo. Creo que lo que más me ha cabreado es cómo se las ha apañado para librarse de que lo mande a la mierda...

No, no se ha librado.
Vuelvo al despacho y escribo:

De: Daniela Camps
Para: Sergio Ballester
Martes, 26 de enero, 13.10
Asunto: POR UNA VEZ, ENCANTADA DE COMPLACERTE
¡VETE A LA MIERDA!

SEMBRAR FURIAS Y RECOGER PASIONES

—Toni, dime que han llegado ya las cubiteras, por favor.

—Han llegado las cubiteras. En un minuto estarán todas en las mesas.

Suspiro aliviada y le hago un gesto de agradecimiento con la mano, antes de dirigirme al escenario, donde están probando los instrumentos.

—Veinte minutos, Pau. Quiero a los músicos tocando en cinco.

—Estará a punto, Daniela, en tres los tienes en formación en el escenario.

—Perfecto, te adoro —le digo a mi ayudante.

Camino hacia la puerta del salón donde se celebrará la fiesta de inauguración del Sansón, para tener una perspectiva del conjunto.

Ha quedado precioso. La espaciosa estancia tiene paredes blancas y suelo de mármol negro. Hemos colocado dos barras de bar, una a cada extremo, custodiando el escenario que está al fondo. Hay mesas altas con capacidad para grupos de diez personas, especiales para comer cómodamente de pie, repartidas por todo el espacio. Están cubiertas con mantelerías blancas y adornadas con grandes jarrones griegos que contienen ramos de anémonas blancas con el corazón negro, y de los que cuelga una cascada de hojas verdes que se derraman sobre las mesas y llegan casi al suelo. María José, la florista, ha hecho un trabajo excepcional. Satisfecha, hago una foto para mi *book*.

Los camareros, todos ataviados con togas, se ponen en sus posiciones. Los músicos aparecen y suben al escenario.

—¡Luces! —grito. Y éstas se atenúan y se tornan azuladas.

Sumida en mi trabajo, casi he olvidado de quién es la fiesta y los nervios que han anidado en mi estómago durante todo el día por tener que volver a encontrármelo, cuando siento que se me acercan por la espalda. Reconozco su voz:

—¿Cómo va todo?

—A punto. —Me vuelvo para mirarlo y lo veo admirar la decoración de la sala.

—Eres realmente buena en tu trabajo, Daniela, está increíble.

Él sí que está increíble. Por un momento olvido mi férrea decisión de no sentirme atraída por él y me entretengo en admirar su aspecto. Lleva un jersey de punto negro de cuello alto y unos pantalones ajustados del mismo color. Tengo que morderme la lengua para que no se me escape un cumplido. En vez de eso, sonrío y suelto un sentido:

—Gracias.

Después de mi elocuente mensaje mandándolo a la mierda de hace unos días, para el que recibí como respuesta un simple «JAJAJA», nuestra correspondencia se ha limitado a detalles de la fiesta. Eso sí, los suyos tratándome con el mismo descaro de siempre; los míos, con cortante profesionalidad. Esta noche he decidido ser cordial con él, es su fiesta y mi trabajo es que todo salga bien y que todos, y Sergio en especial, estén contentos. Así que ser el problema no es una opción.

—¿Tú no vas a vestirte de diosa griega? Vas peinada para la ocasión — me pregunta, agachándose junto a mi oído y derramando su aliento sobre mi cuello.

Llevo unos vaqueros y una camiseta de tirantes negra que no combinan demasiado con el recogido que Sandra me ha hecho, un moño alto con mechones sueltos.

—Tengo que cambiarme, pero yo no me disfrazo.

—¿Por qué? No me parece bien, me dijiste que todos los empleados irían disfrazados.

—Dije los camareros.

—Debería haber agregado una cláusula en el contrato. Hubiera pagado el doble por verte cubierta sólo con una sábana.

El roce de su dedo en mi nuca me sorprende, me estremece y, por un milisegundo, mis ojos se entrecierran y todo mi cuerpo se centra en ese suave contacto electrificante... Pero en seguida me lo sacudo como si fuera una mosca molesta y doy un paso hacia atrás, ignorando las sensaciones que me ha despertado.

—Mantén las manos quietas, Sansón, y sigue soñando...

A pesar de mi gesto, él se ríe, claramente satisfecho de que lo haya llamado así. La verdad es que se me ha escapado. Va a agregar algo, cuando una voz femenina lo llama desde lo alto de la escalera de acceso a la sala:

—¡Sergio, cielo!

Él se yergue como movido por un resorte y se vuelve hacia ella.

Miro hacia allí y veo a la mujer que conocí en el gimnasio. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre francés, pero no consigo recordarlo.

—Están llegando las primeras personas —le informa.

—¿Cuántos?

—De momento, Oliver y su chica, y los gemelos con Magda.

—Ahora mismo subo. —Le hace un gesto y ella desaparece, no sin antes dedicarme una mirada hostil—. Joder, se han adelantado media hora, ¿Qué hago si llega más gente?

Parece realmente nervioso.

—La banda está preparada —me avisa Pau a través del pinganillo.

Sujeto el pequeño micro cerca de la boca y le indico que pueden empezar a tocar; casi inmediatamente, la música llena la sala a volumen ambiental.

—Tranquilo, podéis bajar ya y tomaros unas copas. Está todo preparado. Enviaré a alguien arriba para que haga bajar a los invitados que vayan llegando. —Inconscientemente, apoyo una mano en su brazo para calmarlo.

Él me mira agradecido.

—Está todo controlado, ¿verdad?

—Para eso me contrataste. Tú lo único que tienes que hacer es ser amable con tus invitados y pasarlo bien; yo me ocupo de todo lo demás. En diez minutos estoy contigo.

—¿Adónde vas?

—A cambiarme. —Llamo a Pau por el auricular y sigo dándole a Sergio las últimas instrucciones—: En cualquier momento, si necesitas algo y no me tienes a la vista, sólo has de pedírselo a mi ayudante; uno de los dos estará siempre en la sala. Si quieres hablar conmigo, se lo dices a él, estamos comunicados por estos pinganillos. Mira, él es Pau. —Los presento cuando éste se acerca—. Pau, Sergio, el anfitrión de la fiesta. Por favor, si has acabado aquí abajo, sube arriba para recibir a los invitados que vayan llegando e indicarles dónde estamos, ¿vale?

—Hablo con la banda y subo para arriba —responde él antes de irse.

—En un segundo estaré contigo —le confirmo a Sergio.

—Me gusta cómo suena eso. —Su preocupación se esfuma y vuelve la sonrisa sinvergüenza que hace que me flaqueen las piernas.

—Hasta luego.

Me doy la vuelta y me dirijo al cuartito que nos han prestado para cambiarnos y guardar nuestras cosas.

Cuando regreso a la sala ya han llegado alrededor de veinte personas. Sergio está cerca de la barra izquierda, saludando a un grupo de cinco que acaban de entrar, entre ellos tres hombres de tamaño descomunal. Asida a la cintura de Sergio está la chica de antes, actuando como si fuera la anfitriona. ¿También se tira a ésta? Por la mirada que me echa ella, juraría que sí. Mierda, ahí están otra vez los celos pellizcándome la boca del estómago. No soporto esta sensación, nunca la había sentido antes.

Saludo a Sergio con un gesto cuando paso por delante y me encamino a hablar con Toni.

—¡Sergio! ¿Quién es esa preciosidad? —oigo preguntar a uno de los mastodontes.

—¡Daniela!

Mierda.

Me vuelvo hacia él y veo que me hace un gesto con la mano indicándome que me acerque. Sus ojos se deslizan con parsimonia por mi cuerpo enfundado en un vestido de noche color marfil de corte griego, haciéndome sentir desnuda.

—Ésta es Daniela, la organizadora y responsable de todo esto. —Señala la estancia con la mano—. Ellos son Nico, Marcelo, Magda, Xavi y Diana.

Me quedo mirando a los dos primeros hipnotizada; son como dos gotas de agua, tanto por sus rostros como por sus descomunales cuerpos, y por sus nombres y rasgos deduzco que son italianos.

La morena-cinturón carraspea.

—Perdona. Ella es Amélie, trabaja conmigo en el gimnasio.

La chica frunce el ceño, como si la presentación no le pareciera satisfactoria.

—Nos conocimos hace un par de semanas —le recuerdo a él, porque ella, por cómo me mira, está claro que sí se acuerda.

Amélie inclina la cabeza a modo de saludo desganado y suelta un escueto «hola». No le presto mucha atención, ya que Xavi, Nico y Marcelo se me acercan y empiezan a pasarme de unos brazos a otros para besarme. Luego continuo saludando a las chicas.

—Un trabajo increíble, Daniela —me dice la tal Magda. ¡Una amiga de Sergio que parece afable! Me dan ganas de abrazarla—. Oye, Marcelo y yo queremos casarnos en algo menos de seis meses, ¿crees que se puede organizar una boda en tan poco tiempo?

—El único problema con el que podéis encontraros es el local, si es que queréis celebrarlo en algún lugar típico de bodas.

—Eso no es problema, el sitio ya lo tengo. He alquilado una casa en Francia. ¿Tú organizas bodas?

—Por supuesto, son mi especialidad —miento, sacando una tarjeta y sonriendo. En realidad todavía no he organizado ninguna.

—¡Yo también quiero una!

—¡Y yo!

Al final termino repartiendo tarjetas a todo el grupo, menos a la malas pulgas, que es la única que no me la pide, y empiezan a hablar de fiestas a las que han asistido, incluyéndome en la conversación y haciéndome preguntas sobre mi trabajo. Sergio me contempla con una mirada que no pega nada con la chica que lleva pegada. Incómoda, cuando encuentro el momento adecuado me llevo la mano al auricular y finjo que me hablan, como hago siempre que quiero escabullirme.

—Disculpadme, me reclaman en cocina. Encantada de conoceros.

—Te llamaré —me asegura Magda cuando ya me estoy marchando.

Me acerco a Toni para darle indicaciones y después me dirijo efectivamente a la cocina. Todavía estoy en el pasillo cuando la voz de Sergio suena por el pinganillo:

—Retiro lo dicho. Una sábana no te haría tanta justicia como ese vestido. Estás deslumbrante.

¿Pero...?

Doy dos pasos hacia atrás y vuelvo a asomarme al salón. Veo a Sergio al lado de Toni, al que le ha robado el auricular. Me saluda levantando la mano y moviendo los dedos; su rostro es la definición misma de picardía. Niego con la cabeza y sonrío sin poder evitarlo.

—Devuélvele eso y recuerda que no sólo yo te oigo por aquí.

Él me saca la lengua, pero obedece, mientras yo sigo mi camino, con una sonrisa de satisfacción dibujada en mi cara.

—Estás muy contenta —comenta María cuando me ve entrar en la cocina.

Mierda. Frunzo el ceño al darme cuenta de que he venido hasta aquí con la sonrisa idiota puesta. ¿Qué me está pasando? ¿Dónde ha quedado el cabreo monumental que tenía con Sergio?

—¡Niña! Me gustaba más la otra cara. ¿Estás bien?

—Sí —afirmo, rescatando una sonrisa que responde sinceramente a su

preocupación—. No es nada.

Veo que en cocina todo está controlado. Están terminando de preparar las bandejas que salen en la primera tanda. Miro el reloj, faltan diez minutos. Hablo con Pau, que me confirma que ha llegado ya casi todo el mundo, y le pido que baje a las diez en punto. Cuando es la hora, doy la orden para que empiecen a salir las bandejas de comida al salón. No las acompaño como hago habitualmente, sino que me quedo mariposeando por la cocina, fingiendo que reviso el *catering*.

Estoy hecha un lío y no sé cómo encarar la situación. Si soy amable con Sergio, le doy pie a que siga tonteando conmigo, y si no puedo devolverle el golpe con mis réplicas sarcásticas me siento totalmente expuesta y sin defensas ante el despliegue de sus encantos. No me fío de mis propias reacciones; era muy fácil odiarlo cuando lo pillé con aquella tía, o desde la seguridad de mi casa, pero aquí... Verlo otra vez me ha hecho abrir los ojos y seguir engañándome no me va a servir para controlar la situación. Tengo que asumir que Sergio me gusta, me atrae más de lo que me ha atraído nunca ningún hombre, y debo tenerlo en cuenta o no podré protegerme de él y de mis propios deseos.

—Dani, ¡ni se te ocurra! —me advierte María, deteniendo con sus palabras mis manos en el aire, sobre la bandeja de cucharillas de aperitivos de migas y huevos de codorniz.

—Sólo estoy echando una mano.

—¿Tus manos tienen título de manipuladora de alimentos?

—No —contesto, llevándomelas a la espalda.

—¿Qué te pasa, niña? —me pregunta, poniéndose muy seria—. Estás muy rara esta noche.

—No me pasa nada. Estaba haciendo tiempo esperando a Patricia, que tiene que estar a punto de llegar con la tarta.

—Yo te aviso cuando llegue.

Asiento y me dirijo a la puerta de la cocina.

—¡Niña! —me llama, cuando ya estoy saliendo.

Vuelvo la cabeza desde el umbral, mientras ella se acerca para que nadie la oiga.

—Dani, no sé de qué te estás escondiendo, pero ése nunca ha sido tu estilo.

María me conoce desde niña. Además de ser una chef excepcional, es

amiga de la familia. La admiro y le tengo un cariño muy especial, y el sentimiento es mutuo.

—Tienes razón, no es mi estilo. —Le doy un beso en la mejilla y sigo mi camino.

La sala de la fiesta está completamente llena. La banda ya ha entrado en acción y está tocando baladas míticas de rock. Llama la atención la cantidad de invitados masculinos de talla extragrande. No puedo evitar dedicarles un pensamiento a mis amigas; si estuvieran aquí, Sandra estaría babeando y Abril, vomitando.

Me doy una vuelta, comprobando barra, escenario y el ir y venir de los camareros. Cuando confirmo que todo está bien, busco a Sergio con la mirada y lo encuentro reunido con un grupo de hombres y mujeres; están de pie alrededor de una mesa. La chica morena sigue marcando territorio, aunque ahora ya no lo toca, pero lo que me llama la atención es ver que la rubia que lo acompañaba en el barco está también en el corrillo... No entiendo nada. Mi rabia hacia él se renueva y en el fondo me alegro: eso me ayudará a tener las cosas claras. Intento ponerme en su campo de visión sin acercarme y cuando me mira le muestro el dedo pulgar hacia arriba y le pregunto qué tal le va a él con un gesto de la cabeza. En vez de responderme desde la distancia, veo que se disculpa y se acerca a mí.

—Todo está saliendo genial, gracias. ¿Quieres tomarte una copa conmigo? —pregunta con amabilidad.

—Ahora no puedo. Además, no deberías desatender a tus chicas, parece que no llevan demasiado bien que las abandones.

Sergio se vuelve ligeramente y ve lo mismo que yo: la morena está fulminándonos con la mirada y la rubia, en cambio, sonriéndonos, ¿con complicidad?

Sergio se gira de nuevo hacia mí y su sonrisa presuntuosa me repatea las entrañas.

—Tú eres la única mujer a la que me gustaría atender esta noche... — Levanta la mano y la aproxima a mi rostro.

Conteniendo mi rabia, se la atrapo al vuelo con cuidado y la dejo donde estaba, lejos de mí.

Niego con la cabeza, sin poder evitar poner cara de asco.

—No puedo con los tíos como tú. En ese grupo está la tía con la que estabas morreándote el otro día, junto a la morena que no ha dejado de

controlarte desde que has llegado. ¿Te divierte jugar con las mujeres? ¿Has llegado a pensar cómo se sienten ellas? No comprendo cómo pueden seguirte el juego. Por mi parte, ten clarísimo que no estoy en el menú, guapo. Elige entre las voluntarias dispuestas.

—Yo no juego a nada. Todos tenemos las cosas muy claras.

—Pues a ver si empiezas a tenerlas claras también respecto a mí. Limitémonos a tener un trato cordial y profesional, y deja de insultarme intentando incluirme en tu harén. No hay nada que desprecie más que a los tíos que no respetan a las mujeres y tú acabas de encabezar esa lista.

Con un movimiento rápido e inesperado, se acerca a mí y cuele una mano en mi cintura. Me revuelvo, pero me agarra con fuerza, pegándose a su enorme y caliente cuerpo. Me quemo y me excito. Podría soltarme con un par de golpes sin problema... pero eso llamaría la atención de toda la fiesta. Cuando su aliento y su voz, que destilan rabia como nunca, rozan mi oído, me paralizan en sus brazos.

—¿Así que ya está? Observas, sacas tus conclusiones y sentencias. Muy bonito y muy justo... sí, señora. Mensaje recibido. Yo tampoco soporto a las listillas que se creen con derecho a juzgar a los demás y a las que no les interesa más que su propia versión de los hechos. Puedes estar tranquila, Daniela. Acabas de retratarte y tampoco me interesa lo que veo.

Me suelta y ambos nos fulminamos con la mirada, iracundos, dolidos, orgullosos... Y, aun así, bajo la furia late con voluntad propia una corriente de deseo tan salvaje que se refleja claramente en su mirada, y sin duda también en la mía.

—¿Quieres que hable con ella? —La chica rubia aparece a nuestro lado y toca el brazo de Sergio.

Éste da un paso atrás, despejando mi espacio.

—No vale la pena, Soraya —contesta él con los dientes apretados. Luego echa una mirada a su alrededor y esboza una sonrisa falsa antes de dirigirse de nuevo a mí—: Como tú bien has dicho, ambos estamos trabajando. La sala está abarrotada de mis clientes y ahora mismo hay muchos que tienen la vista puesta en nosotros, así que sé amable y profesional, sonríeme y ni se te ocurra volver a darme lecciones de moral que no necesito. Eso es todo.

—Me parece perfecto y aplícate también tú el cuento —replico, esforzándome por sonreírle también.

Ahora mismo me siento como una mierda, porque en el fondo tiene toda

la razón del mundo: éste no es el momento ni el lugar para este tipo de numeritos. A ambos se nos ha ido de las manos... Como siempre.

Él asiente y, junto con su amiguita, regresan al grupo en el que estaban. Ella apoya una mano en la espalda de Sergio en un gesto protector y se vuelve para dedicarme una mirada triste.

No entiendo nada.

Voy a la cocina para recomponerme y, una vez allí, me tomo una copa de vino casi de un trago. Ojalá pudiera irme a casa, pero la fiesta apenas acaba de empezar.

—Dani... —María me mira con preocupación y apoya una mano en mi brazo.

—No me llevo bien con este cliente, eso es todo. En seguida estaré bien, no te preocupes.

Ella asiente y continúa con su trabajo.

Tras unos minutos, recupero la compostura. Vuelvo a salir a la fiesta y hago recuento de bebidas en las dos barras, comprobando que no falte nada. Casi estoy deseando ver que nos quedamos sin ron o sin hielo o que haya una emergencia de la que ocuparme, pero no tengo tanta suerte; estos chicos sanos beben con moderación y el producto estrella de la noche están siendo los zumos.

No puedo evitarlo —de hecho, hacerlo sería muy poco profesional— y busco a Sergio, que ya no está en la misma mesa de antes. Recorro el salón con la vista y lo veo en el otro extremo, hablando y riendo con la rubia, abrazados en actitud cómplice e íntima. Está claro que no ha tardado nada en recuperarse de nuestro encontronazo.

Me jode. Mucho.

—Ha llegado Patricia —me avisan por el pinganillo. Me sacudo la pelusa y vuelvo a la cocina.

Patricia es la chica que siempre me hace las tartas para las fiestas, le echo una mano para sacar las piezas y figuras de las cajas donde las ha traído.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Has aprendido algo sobre tartas de fondant desde la última vez que nos vimos?

—Nada —reconozco.

—Pues entonces, lo único que puedes hacer es asegurarte de que nadie pasa por mi lado y me da un empujón. ¿Qué tal vamos de tiempo?

—Treinta minutos.

—Vale, de sobra.

Patricia calla y se concentra en su trabajo; yo me aseguro de que nadie la molesta mientras monta pisos, pega un cartel de chocolate con el logo del gimnasio y, por último, coloca una escultura de fondant de un tío sin camiseta haciendo pesas, con el pelo largo. Sonríe un instante —se parece bastante a Sergio—, pero en seguida su recuerdo coqueteando con la rubia me borra la sonrisa. ¿En serio me molesta a pesar de todo lo que ha pasado? Estoy flipando, pero no puedo negarlo.

—Últimas bandejas recogidas —me informa María.

—Vigila que nadie moleste a Patricia. Salgo un momento.

La banda ha cambiado la música tranquila por canciones más cañeras, están tocando la lista que les pasé con las favoritas de Sergio. La gente baila en la pista y se divierte. Lo busco a él y lo veo bailando con la rubia. No lo hacen mal. Su mirada se desvía hacia mí y me sonrío desafiante antes de volverse de nuevo hacia la chica. La estira del brazo y la hace chocar con él, y después la besa en medio de la pista, inclinándola entre sus brazos de forma teatral. Gilipollas. Se me cae el alma a los pies, pero de inmediato reacciono, la recojo y mantengo el tipo hasta que termina la canción.

Luego me acerco a él. Deja de bailar sin soltar a la rubia, que ahora evita mi mirada.

—Vamos a sacar la tarta —le comunico.

—Perfecto —responde con una sonrisa petulante.

Me marcho de nuevo a la cocina; eso sí, con paso calmado y la cabeza bien alta.

—La tarta ya está lista —me anuncia la pastelera.

—Sácala tú, Patricia.

—¿Yo? ¿Estás loca? Ni hablar.

—Les va a encantar, y siempre quieren conocer a la artista.

—Si les encanta o no, es responsabilidad tuya por contratarme. Yo hago tartas, no las presento; los aplausos o abucheos para ti, amiga. ¿A ti te gusta?

—Me encanta, es increíble.

—Me alegro, muchas gracias. Ya sabes dónde estoy si me necesitas otro día.

—Te volveré a llamar por tu talento, no por tu dulzura y amabilidad, bonita.

—Lo tengo claro. Me contratas porque soy buena y me quieres por todo lo demás.

Suspiro hondo. Me tienta contarle el marrón que tengo fuera, para intentar convencerla de que me eche un cable, pero sé que Patricia odia esas situaciones, y tampoco tengo por qué meterla en mis mierdas. Así que me despido de ella con un beso cuando vuelve con el bolso colgado del hombro.

—¿Estás bien? —pregunta preocupada.

—Sí, es una tontería. Mañana te llamo y te lo cuento, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Seguro —confirmo.

—Eres una tía grande, Dani, que no se te olvide. No permitas que nadie te avasalle.

—Gracias, cielo, tú también has engordado —replico, mientras con la mirada le agradezco sus palabras.

—Que te den, perra, me piro —dice entre risas.

—Te quiero, bicho.

Es la hora. Los músicos piden atención a través del micrófono y yo salgo guiando el carro hasta el centro de la sala. La gente me mira y aplaude al ver la tarta. Me acerco a Sergio, que me espera junto a una pareja mayor que deduzco que deben de ser sus padres.

Intento escabullirme nada más dejar la tarta, pero él me agarra del brazo para impedírmelo y me sujeta de la cintura. No me resisto, hay demasiada gente mirándonos, así que enredo mi brazo en el suyo y sonrío con dulzura mientras mentalmente invoco las siete plagas de Egipto en versión unipersonal y venérea. Por si no funcionara, también aprovecho para pellizcarle la cintura; él me devuelve el gesto y yo aguanto el tipo y decido estarme quietecita. Cuando los invitados dejan de aplaudir, se acerca el micro a la boca.

—Damas y caballeros, quisiera daros las gracias a todos por venir, espero que estéis disfrutando de la velada. Me gustaría pedir un aplauso para la mujer que nos ha transportado a la antigua Grecia en esta fantástica fiesta, ella es Daniela Camps, la organizadora. —La gente vuelve a aplaudir y yo me muero de vergüenza—. Antes de que os abalancéis sobre ella para pedirle su teléfono, por motivos exclusivamente profesionales, os diré que en el gimnasio tendré tarjetas tuyas para los que queráis contactar con ella o con su pastelera. Por cierto, ¿está la artista por aquí?

—No, ya se ha ido, pero le transmitiré vuestra felicitación.

La gente aplaude de nuevo y Sergio se aproxima, sin soltarme, a la pareja mayor que lo acompañan.

—Éstos son mis padres, Esteban y Maribel; querían conocerte.

Intercambiamos besos y, mientras ellos me comentan lo mucho que les está gustando la fiesta, Sergio sigue con la mano en mi cintura, quemándome con su contacto e impidiendo que me concentre en las palabras de su madre, que se está deshaciendo en elogios.

—Muchísimas gracias, Maribel. Ha sido un placer conocerlos.

María acude a mi rescate con un cuchillo y, acompañada de un camarero con un carro de platos, empieza a cortar la tarta y a repartirla. Me escabullo en cuanto puedo.

Ya está. Suspiro al entrar de nuevo en la cocina.

Me bebo un par de copas de vino mientras observo cómo el personal de *catering* recoge; ya no me queda nada que hacer aquí. Doy una última vuelta de control y busco a mi ayudante.

Encuentro a Pau terminando de repartir la tarta. Estoy muy satisfecha con su trabajo: a pesar de su juventud es un chico responsable y con grandes ideas. Él no lo sabe, pero esta noche estaba a prueba y la ha superado. Le hago un gesto con la mano para que se acerque.

—No me encuentro muy bien, voy a marcharme. Cierra tú, por favor.

—¿Me dejas a mí solo?

—Claro que sí, está todo controlado y puedes hacerlo. Y, oye, ven el lunes a las diez a mi despacho. —Pone cara de susto—. Voy a ofrecerte un trabajo fijo, así que ve pensándolo y lo hablamos.

Pau exhibe toda su pluma poniéndose a aplaudir y a dar saltitos, recordándome a Sandra. Sonríe un instante y luego lo miro seria, con una ceja levantada.

—Perdón —dice, poniéndose firme y arrancándome una carcajada.

—Sé que todo va a ir rodado, pero si ocurriera cualquier imprevisto y no tienes claro cómo resolverlo, me llamas.

Él asiente muy serio.

—Vete tranquila, Dani, puedo encargarme de todo —afirma con seguridad.

Informo al personal de que dejo a Pau al mando. Tras un asentimiento general y deseos de buenas noches, me quito el pinganillo y desconecto de todo.

Saco la llave del cuarto donde guardo mi ropa, abro la puerta y entro. Suspiro aliviada. Estoy deseando llegar a casa y tirarme en la cama, pensaba que esta maldita noche no terminaría nunca. Me bajo la cremallera del vestido y empiezo a quitármelo. Justo cuando lo tengo cubriéndome la cabeza, oigo entrar a alguien.

—¿Pau?

—¿Ya te vas?

Mierda, me he quedado atascada en la ropa.

—Sergio, sal de aquí ahora mismo —le ordeno, sin poder mirarlo porque no encuentro la salida de la prenda.

No se va. Y puedo oír su risa contenida al verme batallar con el puto vestido, que se me ha enredado con las horquillas del moño. Abandono mi pelea estéril y me echo a reír yo también. La situación no puede ser más ridícula.

—Si ya has terminado de reírte, ¿podrías ayudarme? —le pregunto.

—No he terminado de reírme, pero te puedo ayudar igual, si tengo permiso para tocarte, claro.

Espero. Silencio. Ningún gesto. «Cabrón...»

—Tienes permiso.

Recorre el pequeño espacio que nos separa lentamente, haciendo resonar sus zapatos contra el suelo. Puedo notar su presencia frente a mí, pero durante un largo instante no me toca. Me tenso, expectante, mi cuerpo empieza a anhelarlo. Mi mente se pierde, soñando con que en vez de liberarme de la ropa me baja el tanga... pero en seguida me enfado con mi propia fantasía. Por fin se pone a solucionar el problema. Al terminar, en vez de avisarme, él mismo me quita el vestido y me deja en ropa interior.

Lo miro. En este momento no queda ningún poso de los reproches pronunciados hace tan sólo un par de horas, ni siquiera del humor compartido hace un minuto: todo se ha diluido en la tensión sexual que crepita en el ambiente.

—Gracias. Adelante, no te cortes, puedes hacer un chiste.

Su sonrisa se ensancha.

—Desde que nos conocimos he soñado con quitarte la ropa, pero tal como ha ido la noche no esperaba que fuera a hacerse realidad.

—Gracias por la ayuda, pero ahora vete, por favor.

—Trabajo en un gimnasio, no estoy viendo nada que no haya visto mil

veces en un vestuario —responde con desdén, apoyándose contra la puerta y cruzándose de brazos. Recorre mi cuerpo con una mirada que contradice la indiferencia que pretende sentir—. ¿Ibas a marcharte sin despedirte?

Me encojo de hombros y finjo que no me importa que me mire. Abro la mochila para coger los pantalones.

—La verdad es que sí.

Me agacho para ponerme los vaqueros y le doy la espalda con toda la intención y ni pizca de pudor, para regalarle una panorámica de mi trasero con el tanga.

—Pensaba que te quedarías hasta el final de la fiesta. —Su voz se ha vuelto más grave.

—Es la una de la madrugada. He cerrado la cocina y he comprobado que tendréis suficiente con la bebida que queda. Mi trabajo aquí ha concluido. Pau estará hasta el final. Podéis quedaros hasta las tres si queréis; después de esa hora cierran puertas.

Me doy la vuelta para mirarlo y, sin apartar la mirada de la suya, me quito el sujetador —joder, ¡qué alivio!—. Con tranquilidad, me pongo mi camiseta negra de tirantes de los Foo Fighters.

Sergio se humedece los labios lentamente, sin apartar la vista de mis ojos.

—Entonces, esto es todo —susurra.

—Esto es todo. A no ser que quieras que organice otra fiesta. —Guardo la ropa que me he quitado en la mochila y luego empiezo a deshacer lo que me queda del peinado, que me está matando.

—Deja que te eche una mano. —Viene hacia mí, se coloca a mi espalda y me ayuda a quitarme el resto de las horquillas—. Ha sido muy interesante trabajar contigo.

—Intenso —agrego.

Cuando terminamos, pone sus enormes manos en mi cabeza y me la masajea con delicadeza.

—Esto te tenía que doler —musita.

Una sensación de alivio y placer nace en mi cabeza y se extiende por toda mi piel, desbordando mi deseo; tengo que apretar los dientes para no ronronear.

Me aparto de él y lo miro de frente.

—Esto también tiene pinta de doler —le digo a media voz.

Abarco su erección con la mano y se la acaricio suavemente sobre el

pantalón, disfrutando de su cara de desconcierto.

—¿También vas a aliviarme?

—Creo que ya tienes una voluntaria esperándote en la fiesta.

—El problema no lo ha causado ella. Me parece muy feo pedirle que lo arregle.

—El problema tampoco lo he causado yo, creía que estabas harto de ver mujeres en los vestuarios...

—Lo cierto es que no me harto nunca.

—Eres un cerdo —murmuro a escasos milímetros de su boca, enfatizando cada palabra.

Él me da lo que pretendo. Me agarra de la nuca y aborda mis labios con pasión desesperada, sujetándome con fuerza, dejándome claro que no me dejará escapar. Llevo mis manos a su durísimo trasero y lo atraigo hacia mí, queriendo que entienda que no pienso ir a ninguna parte. Su boca es todo lo que había anhelado y me enloquece por completo. Su cuerpo y el mío se buscan y bailan solos, uno contra el otro; nuestras lenguas se enzarzan en una batalla hambrienta de poder, en la que ninguno da su brazo a torcer. El beso es castigo y desahogo, enciende más que alivia.

No sé cómo encuentro la fuerza esta vez, pero consigo alzar una mano y colarla entre nuestros cuerpos. Lo aparto y abandono su boca.

—Me marchó —anuncio jadeante.

A él también le cuesta respirar. Frunce el ceño.

—Quédate, como mi invitada.

—No.

—Pues vámonos juntos.

—No debes. Es tu fiesta, no puedes dejar colgados a tus clientes, joderías todo el trabajo hecho.

—Quiero joderte a ti. —Su ordinariez sería imperdonable si no fuera porque está cargada de lujuriosa necesidad, su súplica agujonea mi vientre, pero no mi resolución.

—Ya me has jodido bastante durante todas estas semanas. Adiós, Sergio.

Cojo la mochila y me voy.

UN PLAN PARA OLVIDAR

Al llegar a mi barrio, tengo que dar tres vueltas hasta encontrar aparcamiento. ¿No se terminará nunca esta noche?

Me arde todavía el recuerdo de Sergio en los labios. Nunca un solo beso me había hecho sentir tanto; me es imposible frenar las ensoñaciones de mi mente, que insiste en imaginar cómo habría sido llegar más allá.

Aun así, esbozo una sonrisa malvada. He disfrutado cada segundo de mi pequeña venganza y sé que plantarlo ha sido lo correcto; él puede acusarme de lo que quiera: de sacar conclusiones precipitadas o de juzgar sin darle la oportunidad de explicarse, pero los hechos son que ha besado a otra tía delante de mis narices, dos veces, y la última, además, con clara intención de molestarme.

No necesito saber nada más, a mi modo de ver eso es un desprecio en toda regla, hacia mí e incluso hacia la mujer con la que estaba. ¿Pretendía darme celos? Pues conmigo se ha equivocado de táctica, porque lo único que ha conseguido ha sido ratificar mi decisión de que no vale la pena intentarlo con un tío que no me respeta.

La atracción que siento hacia él es fuerte, lo reconozco, pero mi orgullo lo es muchísimo más, y Sergio sólo puede traerme problemas.

Cierro el coche y subo a casa. Dejo la mochila en la habitación, me desnudo y me dirijo a la ducha. Quiero limpiar esta noche de mi cuerpo, quiero sentir que mi historia con Sergio ha terminado.

De: Daniela Camps

Para: Sergio Ballester

Lunes, 1 de febrero, 15.32

Asunto: INAUGURACIÓN

Señor Ballester:

Espero que quedara satisfecho con el evento de inauguración de su negocio. Mañana pasará mi ayudante para llevarle la factura.

Atentamente,

Daniela Camps
Organizadora de eventos

De: Sergio Ballester
Para: Daniela Camps
Lunes, 1 de febrero, 15.40
Asunto: EMPEZAR DE NUEVO...

Querida Daniela:

¿Puedes adelantarme una copia por mail para ir preparando el talón?

La fiesta fue genial y todo un éxito, los invitados se lo pasaron estupendamente, hay varios que me han dicho que contactarán contigo. Gracias por todo, a pesar de lo que pasó entre nosotros demostraste ser muy buena profesional. Espero que podamos volver a trabajar juntos y siento haberte puesto las cosas difíciles.

Respecto a nosotros, me merecía tu desplante y adoré tu beso a pesar de su regusto a venganza. Mi mente y mi cuerpo se niegan a olvidarse de ti, no atienden a razones... ¿Podríamos empezar de cero y tener una cita?

Expectante y esperanzado,
Sergio

Le envió un mail sólo con la factura como archivo adjunto y no respondo a lo demás. Harta de no dejar de pensar en él, pero decidida a expulsarlo de mi vida para poder olvidarlo; sé que si le sigo el juegucito con los mensajes, aunque sea para rechazarlo, esto no terminará nunca. Miro la factura sobre la mesa, el mero hecho de que lleve su nombre me molesta. Le doy la vuelta al sobre y llamo a Pau para pedirle que pase por casa a buscarla para entregarla mañana a primera hora.

Ya es oficial: tengo un empleado. Esta mañana, Pau ha firmado el contrato. Ahora estoy pendiente de que Sandra me encuentre un local adecuado para sacar la oficina de casa. Estoy muy ilusionada por cómo está evolucionando mi negocio y feliz al saber que en los próximos días tendré la mente ocupada.

Martes. Lllaman al interfono de casa, supongo que es Pau, que vuelve de entregarle la factura a Sergio.

Mientras espero a que suba, suena mi teléfono. Es Sandra.

—¡Dime, guapa!

—Dani, tengo un local que lleva tu nombre. ¿Puedes acercarte ahora? Hasta que lo veas tú no lo anunciaré en la inmobiliaria.

Le abro a mi ayudante y le hago un gesto para que entre.

—Claro, estaré allí en media hora —le respondo a Sandra.

—Te va a encantar, ¡ya lo verás! No voy a hacer ni el cartel, porque estoy segura de que te lo quedas. Te paso la dirección en un mensaje y quedamos directamente.

Cuelgo el teléfono emocionada.

—No te quites la chaqueta, vamos a salir para ver un local.

—¡Guay!—exclama Pau.

Estoy cogiendo el bolso y la chaqueta, cuando vuelven a llamar abajo.

—¿Sí?

—Interflora. ¿Daniela Camps?

—Sí, soy yo, suba.

¿Interflora?

Cuando abro la puerta y veo el ramo de anémonas blancas no tengo ninguna duda de quién las ha mandado.

Firmo el recibo, busco un jarrón para ponerlas en agua y las dejo encima de la mesa; llevan una tarjeta, pero paso de leerla ahora.

—Vámonos.

Llegamos a la dirección en treinta minutos; el tráfico está fatal y hemos pillado todos los semáforos en rojo sin excepción. El local está en el barrio de Gracia. Aparcamos después de mil vueltas y caminamos un poco, mirando los números de los portales hasta que reconozco el pelo violeta de mi amiga desde lejos.

—Hola, cariño. Hola, Pau. —Sandra nos besa, visiblemente emocionada —. ¿Estáis preparados para ver vuestra futura oficina?

—Sí que estás convencida de que nos va a gustar —le digo, conteniendo mi propio entusiasmo.

—Lo estoy, he tenido un presentimiento cuando he visto el local esta mañana.

Abre la puerta y nos hace un gesto para que pasemos.

El sitio es pequeño, en él sólo hay dos mesas solitarias de madera wengué, modernas y en perfecto estado, estanterías vacías y paredes que todavía conservan la marca de los cuadros que tuvieron colgados. Al fondo hay dos puertas.

—Se trasladan y no necesitan los muebles que han dejado, pero si no os gustan se los pueden llevar. ¡Dani!, ¿qué te parece?

No respondo. Echo una ojeada a las dos habitaciones: una es un pequeño baño, sencillo pero decorado con gusto; la otra está vacía y es pequeña.

—¿Vamos? ¿Qué? —insiste.

Miro a mi expectante amiga con expresión seria, ella abre más los ojos, esperando respuesta.

—¡Me encanta! —respondo, sonriéndole de oreja a oreja.

—¡Sí! —grita Pau, dando saltitos junto con mi amiga.

—Sé que no habías visto ningún local todavía, pero te aseguro que no vas a encontrar otro más perfecto para lo que quieres. Está en una zona increíble y sólo necesita una manita de pintura, ¡y a tres pasos de mi inmobiliaria! Sé que eso no es determinante, pero ¡es genial! Podríamos venir juntas.

—Me lo quedo. Con muebles y todo. ¿Dónde hay que firmar?

Sandra me abraza y yo me pregunto, divertida, si será tan entusiasta cada vez que cierra un trato. La verdad es que no me extrañaría.

Comemos los tres juntos. Después, Pau se va a la facultad y yo vuelvo a casa.

Preparar un evento es muy parecido a hacer una reforma. Es cuestión de llamar a las personas adecuadas y que, cuando llegue el día, esté todo bien atado. Así que en tan sólo unas horas ya he hablado con mis contactos y tengo un pintor y un electricista contratados para el lunes de la semana que viene. He hecho un esquema de cómo quiero decorar la oficina y el pequeño cuarto que hará las veces de archivo y espacio para el café. Mañana mismo iré a firmar el contrato de arrendamiento. Sandra se ha dado prisa en contactar con su cliente y activar todo el papeleo. Y así es como en un solo día he resuelto lo que pensaba que me llevaría semanas o meses.

—¡Ya estoy en casa! —saluda Sandra desde la puerta. Miro el reloj, son las nueve de la noche.

—Ya salgo.

—¿Y estas flores?

Mierda. ¿Cómo es posible que no me haya acordado de las flores? Me levanto corriendo, consciente de que mi amiga irá directa a mirar la tarjeta.

Llego tarde.

—¿Quién es Sergio?

—Sansón.

—¿Y te ha mandado flores después de cómo lo plantaste el sábado?
—Eso parece.
—Son muy bonitas.
—Son del mismo tipo con que decoré su fiesta.
—¿A qué tienes que responder? —pregunta, levantando la tarjeta que sostiene en la mano.
—¿Qué? No he llegado a leerla.
Alarga el brazo y me la entrega con una sonrisita de disculpa. La nota es escueta y reza:

Dame una respuesta, por favor. Te echo de menos. Sergio.

Sandra me mira y hace un gesto interrogatorio con la cabeza.
—El lunes me envió un mail en el que me pedía que empezáramos de nuevo, y me proponía una cita.
—Entonces, ¿no está enfadado?
—Dice que lo entiende y que se lo merecía.
—A este chico le gustas de verdad...
—No, este chico es de los que no aceptan un no por respuesta, pero eso sólo significa que necesita tachar mi nombre de sus polvos pendientes.
—¿Por qué no me dijiste nada?
Me encojo de hombros.
—Quería hacer como si no hubiera pasado. No quiero nada con él, pienso que ignorándolo desaparecerá.
—Parece que él no está muy por la labor.
—Ya lo veo... Esperemos que cuando vea que no respondo se dé por vencido.

No se ha dado por vencido. Tres días después del primer ramo me ha llegado otro, esta vez de anémonas rosa, con una nota un poquito más larga:

Deja el orgullo a un lado, pregúntate qué es lo que realmente deseas y déjate llevar.

Estoy sentada en el sofá, en medio del silencio de la habitación y el bullicio de mis pensamientos, contemplando los dos ramos de flores mientras acaricio las últimas palabras de su nota. No voy a negar que me ha hecho pensar... ¿Realmente estoy negándome sólo por orgullo? Sé que la respuesta es un rotundo sí. Por orgullo y por no dejar que él se salga con la suya. ¿Debería dejar que lo que piense de mí sea más importante que conseguir lo que yo quiero?

La puerta de la calle se abre y entran Abril y Sandra. Hoy es viernes, habíamos quedado para salir y se me había olvidado.

—¡Hola, cariño!

—¿Y eso? —Sandra señala el ramo—. ¿Él otra vez?

—¿Quién? —dice Abril.

—Sansón —le responde Sandra.

—Él otra vez —afirmo, alargando la mano y entregándoles la nota.

Las dos se inclinan para leerla y luego me miran, esperando una reacción que no llega.

—Parece realmente interesado... —comenta Sandra con precaución, pero reflejando esperanza.

—¿Te lo estás replanteando? —me pregunta Abril con tono crítico. Yo niego con la cabeza—. Deberías tirar las flores —sentencia.

—¿Qué? ¡Si son preciosas! —protesta Sandra.

—Pero le recuerdan a él cuando lo que quiere es olvidarlo. Los tíos son idiotas, utilizar un ramo de flores para disculparse es como ponerte delante un recordatorio continuo de por qué lo están haciendo.

—¿Y no será peor el silencio? Al menos de esta manera le hace ver que no está dispuesto a rendirse, que le interesa de verdad. Además, tienes que reconocer que es un intento de redención muy decorativo.

Mis amigas empiezan a representar, cual ángel y demonio de la conciencia, el dilema que se cuece en mi cabeza desde que Sergio empezó a convertir mi casa en un jardín.

—¿Que le interesa de verdad? Claro, por eso Dani lo pilló amorrado a la boca de otra tía —replica Abril.

Sus palabras envían una imagen automática a mi mente de aquel momento y de nuevo me siento hervir la sangre.

—No estaban juntos. —Sandra continúa defendiéndolo.

—A ver... —Abril respira hondo para calmarse: estos temas la sacan de

quicio—. Se llevó a esa mujer a la fiesta del barco y a su inauguración, y se lio con ella delante de todos, incluso delante de Dani, ¿y luego se cuele en su vestuario para decirle que es con ella con quien quiere estar? ¿Qué crees que pretende?

—Él le dijo que sólo eran amigos y que en el barco le estaba haciendo un favor para darle celos a alguien... En la fiesta creo que la besó para cabrear a Dani, después de que ella lo hubiera mandado a la mierda.

—¿Para luego intentarlo otra vez? Perdona, si fuese así, ya sólo por gilipollas no merece otra oportunidad. Además, imagina que Dani cede y salen juntos. ¿Quién nos asegura que, en cuanto ella se diera la vuelta, él no iría a tirarle los tejos a su siguiente objetivo?

—No se atrevería, créeme —intervengo.

—Este tío es de la peor de las calañas —prosigue ella, indignada—. Las flores nada más demuestran que se ha quedado con las ganas, que es el típico tío que sólo se interesa por las mujeres que se lo ponen difícil.

—Yo sólo digo que merece el beneficio de la duda. Las cosas pueden no ser tan absolutas como tú las pintas. Puede estar arrepentido sin más —alega Sandra.

—Chicas... —las detengo—. Ya, por favor.

Sandra me mira.

—Si no te gustara tanto como sé que te gusta, ni me molestaría en defenderlo.

—Ambas podéis tener razón, pero en realidad ya no importa. No estoy tratando de tomar una decisión, ya la he tomado. Así que ahora toca olvidarlo.

—Miro los ramos de nuevo—. Me encantan las flores, si no fueran tan bonitas ya estarían en la basura. Intentemos olvidar quién las envía y ya está. Y dejemos el tema.

EL LADRÓN DE PIZZAS

Una semana más tarde, me encuentro exactamente en el mismo punto.

—Dani, ¿has escuchado lo que he dicho?

La voz de Abril me arranca del bucle hostil en el que me encontraba una vez más. Despego la vista de mi jardín de anémonas (tres ramos, y porque uno lo he tirado marchito esta mañana, con todo el dolor de mi corazón) y miro el rostro de mis dos amigas, que me observan expectantes.

—Lo siento, chicas. Se me ha ido el santo al cielo.

—Tu santo lleva en el cielo dos semanas.

—¿Qué decíais? —Ambas me miran con cara de compasión—. Ni se os ocurra volver a sacar el tema... —las amenazo.

—Es que el tema sigue ahí —dice Abril, señalando las flores— y sigue sin zanjarse. Es como si él estuviera aquí sentado, mirándonos, y tú nos obligaras a ignorarlo.

—Sólo son flores. Ya se cansará. —Si no he dicho esta frase cincuenta veces esta semana, debe de faltar poco.

—¿No vas a enseñarme las notas?

—¿No decías que debería tirarlas sin leerlas?

—Deberías y lo sabes. Pero ya que no me haces caso...

Las saco del bolsillo trasero de mis vaqueros y se las entrego.

La del miércoles reza:

Estimada florista: empiezo a sospechar que se está quedando con las flores en vez de enviarlas, ya que no he obtenido confirmación ninguna de que estén llegando a su destino. O la agasajada se pone pronto en contacto conmigo, o tendré que tomar cartas en el asunto.

Abril se ríe, pero en su defensa diré que ha intentado evitarlo.

—Tranquila, yo también me reí.

—Este tío está loco —afirma Sandra—. Siento confesaros que, aunque sea desleal e imperdonable por mi parte, empieza a caerme bien.

Luego lee la de hoy:

3, 2, 1...

—¿Y esto?

—Parece una cuenta atrás —responde Sandra.

—Creo que quiere que me coma la cabeza.

—Y parece que lo ha conseguido —advierde Abril.

—Pues no lo hagamos. Hablemos de otra cosa, por favor.

Silencio de cinco segundos para buscar nuevo tema en el catálogo mental.

—¿Cuándo me enseñarás el nuevo local?

¡Premio para Abril!

—Pues cuando quieras. Sólo faltan detallitos de decoración, yo creo que el lunes por la tarde estará listo.

—Me muero de ganas de verlo.

—Está quedando supercuco —agrega Sandra.

—Las pizzas están tardando ... —comento, después de sentir cómo se retuerce mi estómago.

—¿Alguna se apunta a salir mañana por la noche? Necesito ir de caza y no estaría mal encontrar tíos nuevos con los que obsesionarnos —sugiere Sandra. Aunque use el plural, todas tenemos claro que se dirige sólo a mí.

Abril niega con la cabeza y alza la vista al cielo.

Suena el timbre de la puerta de casa, debe de ser la cena. Me levanto del sofá de un salto para abrir y grito por el pasillo, para que las chicas me oigan:

—Si el repartidor está bueno, le hago una proposición, ¿qué os parece?

Sandra levanta el dedo pulgar hacia arriba.

—¡Te va a oír! —me advierde Abril, mirándome espantada.

Cuando abro la puerta, mi sonrisa y yo nos petrificamos en el sitio.

Ahí están las pizzas, sí; y el repartidor está tremendamente bueno, pero...

—Propónme lo que quieras, nena, te diré que sí a todo.

—¿Qué tal si me olvidas? —le suelto a bocajarro.

—Todo menos eso —dice él tranquilo, sin parecer ofendido.

—¿Qué haces aquí, Sergio? ¿Y por qué tienes mis pizzas?

Él se apoya en el marco de la puerta, su boca se tuerce en una sonrisa burlona y presuntuosa y clava los ojos en mí, levantando ligeramente una ceja. Su actitud me cabrea y funde mis bragas a partes iguales...

—Pasaba por aquí, me ha entrado hambre y he robado unas pizzas; el repartidor está amordazado en el portal.

—¿Eres incapaz de responder en serio a una puta pregunta?

—Menudo humor de perros —comenta molesto, frunciendo el ceño. Luego suspira y añade—: Vengo a comprobar si te han llegado mis flores. Y las pizzas... he coincidido abajo con el repartidor, he visto que iba a llamar a tu puerta y le he dicho que eran para mí. Como es mi día de suerte, justo en ese momento ha salido un vecino con su perro, así que me he colado. La seguridad del reparto de pizzas en tu barrio deja mucho que desear, si me lo preguntas. ¿Puedo pasar?, tengo hambre.

—No puedes pasar, estoy con un tío.

—¡¿Qué pasa, Dani, te las estás comiendo en la puerta?! —grita mi oportunísima amiga Sandra desde el salón.

—¡Nos morimos de hambre! —la apoya Abril.

¡Venga! Sólo hace falta que salga la vecina y comente el tiempo que hace que no ve entrar un tío en mi casa.

Cierro los ojos, suplicando a todos los dioses antiguos y modernos que abran un agujero en el suelo que me engulla.

—Si quieres, vamos a buscarlas y tú sigues ligando con el repartidor —continúan ellas.

—No parecen tíos —me susurra Sergio al oído, con tono de estar revelándome un secreto.

Me estremezco bajo la caricia de su aliento en mi piel e, involuntariamente, cierro los ojos para sentirla mejor.

—¿Puedo pasar ahora?

Abro los ojos, su rostro está muy cerca del mío, pero eso no me impide ver su sonrisa triunfal; él es muy consciente de cómo me afecta. Se humedece los labios y la visión de su lengua despierta los recuerdos de su sabor en la mía, impidiéndome enfadarme por sus artimañas. Inspiro, buscando ese olor que me vuelve loca, pero sólo soy capaz de olfatear el olor a pizzas calientes y, por alguna extraña razón, eso hace que Sergio me parezca todavía más apetecible...

Mierda, ¿qué me pasa? Hoy tengo la guardia baja o la libido demasiado alta. ¡Tengo que conseguir que se marche!

Decido contraatacar con la verdad, tal vez sea más persuasiva.

—¿Estás seguro de que quieres entrar? Mis amigas te aborrecen tanto

como yo.

Pone cara de espanto, pero continúa invadiendo mi espacio y yo continúo sin apartarme.

Él musita:

—¿Aborrecer? ¿Crees que he hecho algo tan grave como para que me aborrezcáis?

—Se habrán dejado llevar por mis juicios no contrastados, vete tú a saber. Somos un trío de listillas —replico en el mismo tono.

—Si consigo que ellas me den una oportunidad, ¿me la darás tú? —pregunta, ignorando mi pulla.

—¡No! —respondo tajante.

Se encoge de hombros, se endereza y recupera su tono habitual:

—Tengo mucha hambre y las pizzas las he pagado yo, así que son mías. Tenemos dos opciones: o entro con ellas y las comparto, o me voy y me llevo el botín.

Suspiro resignada y abro la puerta del todo, dejándole paso.

Sonríe complacido... ¡Jodeer! Pero ¿qué le echa a esa sonrisa para que me tiemblen las piernas? ¡Cómo odio el efecto que tiene en mí!

Lo adelanto y lo guío hacia el salón.

—Traigo compañía —prevengo a mis amigas antes de entrar.

—Buenas noches —saluda él.

—¡Sergio! —exclama Abril al verlo, levantándose del sofá.

—¿Os conocíais? —pregunto desconcertada.

—Vaya, ¡qué sorpresa! —profiere él, mirándonos a las tres como si no le encajáramos juntas.

Ambos se acercan y se dan dos besos.

—Sandra —se presenta mi otra amiga—, nos conocimos el otro día en la fiesta del barco.

—Lo recuerdo, encantado de volver a verte —responde él.

¿Se conocieron en el barco?

—¿Ahora repartes pizzas? —le comenta Abril, extrañada—. Tu padre me dijo que habías montado un... —Se detiene abruptamente y abre los ojos como platos—. ¿Él es tu Sansón? —dice, mirándome a mí y perdiendo algo de color.

Yo asiento.

—¿De qué os conocéis? —le pregunto, porque no acabo de pillar qué pasa.

—Abril trabaja con mi padre —aclara Sergio. Y luego añade divertido—: ¿Tu Sansón?

—Borra esa sonrisa, te aseguro que no significa nada bueno —le advierto, y luego dirijo de nuevo la mirada a Abril.

Ella se ha quedado muda, mirándonos a uno y otro bloqueada.

—¿Quieres quedarte a cenar? —le ofrece Sandra, salvándonos del denso silencio que se estaba creando en la habitación.

—Me encantaría, muchas gracias —acepta encantador, fingiéndose sorprendido y complacido; bueno, lo de complacido seguro que no es fingido.

—Siéntate en el sofá. Nosotras traeremos las cosas —indica Sandra.

Él deja las pizzas en la mesita de centro y nosotras nos dirigimos a la cocina.

—¡Sansón es Sergio Ballester! —exclama Abril en voz baja, cuando cerramos la puerta, todavía alucinando.

—No hice la conexión con el apellido de tu jefe... —me justifico—. ¿Estás bien, Abril?

—Perdona, es sólo que mi cabeza está juntando las piezas, uniendo al chico encantador y divertido que conozco con el cabronazo que te ha puteado... y me cuesta asimilarlo.

—Si no fuera encantador y divertido no habría tenido la oportunidad de putearme. No tienes que odiarlo por mí, ¿vale? Compórtate como lo hayas hecho siempre.

—Pero ¿por qué lo has dejado entrar?

—Amenazaba con llevarse nuestra cena... —le cuento, aunque al hacerlo me doy cuenta de lo endeble que suena—. No lo sé —añado.

—Vamos, chicas. No hagáis un drama de esto... —Sandra se pone entre las dos—. Y vamos a cenar, que se nos enfrían las pizzas. —Luego se asoma al pasillo y grita—: ¡Sergio, ¿cerveza, Coca-Cola o vino?!

—Cerveza —responde él desde el salón.

Sandra coge cervezas para todos y sale de la cocina.

—¿Habéis tenido mucho trato? —le pregunto a Abril.

—No. En realidad hemos coincidido sólo cuando ha venido a la oficina a ver a su padre... unas cinco o seis veces, pero me caía bien.

—Eso no tiene por qué cambiar. Es un buen chico, Abril, yo nunca he dicho lo contrario.

¿Cómo he terminado defendiéndolo?

—¿Se puede saber qué haces preocupándote por mí, cuando eres tú la que tienes problemas con él? —me espeta.

—Porque es probable que tu situación sea la más incómoda. Total, yo tengo libertad absoluta para mandarlo a la mierda.

—Será raro, pero no pasa nada. Vamos.

Regresamos con los vasos y las servilletas. Sergio está de pie al lado del mueble, junto a Sandra, con una foto de las tres en nuestra época universitaria en la mano. Mi compañera le está contando cómo nos conocimos y que habíamos vivido todas juntas.

Abril toma asiento y Sandra corre descaradamente a sentarse a su lado, por lo que me toca a mí hacerlo junto a Sergio. La fulmino con la mirada, pero ella sonrío traviesa. Mierda, está de su parte. Abro las tapas de cartón de las cajas de las pizzas y cogemos una porción cada uno.

—Así que lleváis más de diez años viviendo juntas —Sergio rompe el silencio.

—Así es, primero las tres, y desde hace dos años Dani y yo solas.

—Habéis durado más que muchas parejas.

—Nos complementamos muy bien. Somos como un matrimonio sin sexo, ¿verdad, Dani? Bueno, sin sexo entre nosotras, claro, porque el sexo nos encanta... —mi amiga empieza a divagar y yo quiero estrangularla.

Sergio se vuelve directamente hacia mí.

—¿Así que te encanta el sexo? No lo habría dicho nunca...

—Me chifla —respondo con sarcasmo.

—Yo pensaba que eras de esas mujeres a las que les gusta hacerse las difíciles.

Miro Abril, que pone los ojos en blanco. Conociéndola, tiene que estar a punto de estallar. Como yo no diga algo, al final le dará igual que Sergio sea el hijo de su jefe.

—Ni quiero ni tengo por qué hacerme la difícil por nada. Si un hombre me atrae, me muestro tal como soy y hago lo que me apetece, sin trampas ni cebos. Cuando un tío tiene la impresión de que soy difícil, en realidad es que para él soy imposible.

—«Imposible» es una palabra demasiado contundente, lo único que hay imposible en la vida es aquello por lo que no peleas.

—Hay peleas perdidas de antemano y saber retirarse con elegancia es un signo de inteligencia —replico.

—Retirarse con elegancia y rendirse son la misma cosa con distintas palabras y es de cobardes.

Nos retamos con la mirada.

Sandra hace un ruidito extraño, imitando los crujidos de la electricidad.

Yo vuelvo mi mirada fulminadora hacia ella.

—¿Qué ha sido eso? —dice Sergio.

—Nada —contesto yo, sin apartar la vista de mi amiga, que pone cara de buena, le da un bocado a su pizza y la mastica con la boca bien cerradita.

—¿Y cómo va el gimnasio? —se interesa Abril, en un intento evidente de reconducir la conversación.

—Muy bien, ha superado todas mis previsiones y está siendo todo un éxito. El lugar me pareció en un principio algo arriesgado, teniendo en cuenta que estamos en la playa, pero además de los que viven y trabajan por la zona, hay gente de fuera que viene expresamente —explica orgulloso.

—Me alegro mucho, espero que todo vaya muy bien.

—Y tú ¿por qué decidiste abandonar a esta parejita feliz? —le pregunta a Abril, dejándonos a Sandra y a mí con la porción de pizza a medio camino de la boca.

Abril lo mira algo asustada; yo estoy buscando desesperada algo que decir que la salve del apuro, cuando ella responde:

—Me fui a vivir con un tío, pero no salió bien. Cuando lo dejamos, decidí vivir sola.

—Supongo que al final vosotras haréis lo mismo —declara Sergio, dirigiéndose a Sandra y a mí—. Tarde o temprano, una de las dos se enamorará y querrá formar una familia.

—¿Por qué? ¿Porque es lo que hace todo el mundo? —replico—. Yo creo que es mucho mejor vivir con una amiga. Nosotras hablamos el mismo idioma, nos apoyamos por encima de todo y nos preocupamos por la felicidad de la otra como si fuera la propia. Tiene muchísimas más ventajas que convivir con un hombre con el que vas a estar condenada de por vida a intentar entenderte sin éxito. La única ventaja con vosotros es el sexo, y cambiar estabilidad emocional por un polvo a mano no me parece razón suficiente... Definitivamente, reniego de las relaciones convencionales.

—¿En serio? —pregunta asombrado.

—En serio —afirmo.

—Yo no lo veo así —repite Sergio.

—Para los hombres es diferente —sentencia Abril.

—¿Y eso? —dice él.

Ella le contesta:

—A pesar de que las teorías sobre la igualdad todo el mundo las tiene claras, nuestra sociedad sigue siendo machista por inercia. Los tíos siguen haciendo de su trabajo y su ocio la prioridad de sus vidas, seguros de que sus mujeres se ocuparán de todo lo demás, como han hecho siempre: de su propio trabajo, la casa y la familia.

»Pero ese rol está obsoleto, los matrimonios fracasan porque muchas mujeres ya no están dispuestas a soportar esa carga solas y los hombres son incapaces de cumplir con las expectativas que tenemos de ellos. Nuestras madres y abuelas dependían de ellos para subsistir y protegerse, pero ahora ya no os necesitamos para eso.

»Llegará el día en que las mujeres se darán cuenta de que “pescar a un hombre” es peor que pescar un resfriado: sólo te complica la vida. Y seréis vosotros los que tendréis que, o bien afanaros para convencer a una mujer de que vale la pena el esfuerzo de soportaros, o bien reinventaros y pasar a ser un activo en las relaciones, aunque esto último es posible que no sea más que una quimera.

—¡Ay! —exclama Sergio, llevándose la mano al corazón—. Eso ha dolido. ¿Estáis las tres de acuerdo?

—Más que un resfriado son como una mala menstruación, te desangran y te ponen de muy mala hostia —asevero yo, asintiendo.

—Algo bueno tendremos, ¿no?

—No les hagas caso —interviene Sandra—, son un poquito radicales. Claro que tenéis cosas buenas... —Deja vagar la vista, mordiéndose el labio, como si estuviera devanándose los sesos para encontrar algo que decir. Abril y yo nos partimos de risa en el sofá—. Es broma, es broma. Los hombres tenéis muchas cualidades como personas, a pesar de ser hombres. Además, la gran mayoría de las mujeres seguiremos sintiéndonos atraídas sexualmente por vosotros y algunas hasta se enamoran; eso juega bastante a vuestro favor.

—Había escuchado muchas veces reivindicaciones de mujeres pidiendo que los hombres seamos más sensibles, más comprensivos, más intuitivos, pero lo vuestro va más allá. Asumís que no podéis cambiarnos y decidís expulsarnos de vuestra vida...

—Expulsaros no, recolocaros más bien —aclaro.

—Expulsarlos —me contradice Abril, levantando la mano.

—Y disfrutarlos también —añade Sandra, con una sonrisa pícaro.

Sergio se ríe antes de decir:

—Podría intentar rebatir vuestros argumentos atacando el carácter irascible, cambiante y aparentemente incoherente de las mujeres, pero, para ser sincero, a mí me encantáis tal como sois. Estoy de acuerdo contigo en casi todo —afirma, mirando a Abril—. Menos en que la reinención sea una quimera. Todos estamos recolocándonos en los nuevos roles. Hay mujeres que en su afán por la igualdad acaban adoptando las actitudes que critican de los hombres, o poniéndose tanto a la defensiva que cualquier comentario es tomado como una agresión sexista hacia ellas. En cambio, si son ellas las que utilizan esos mismos comentarios a la inversa, resultan divertidos y revolucionarios. Y también hay hombres que se aferran a las viejas costumbres y siguen ignorando, en contra de sus propios intereses, las necesidades de sus mujeres.

»Pero hay muchas parejas buscando el punto medio, buscando la forma de convivir con las nuevas reglas. A mí me parece toda una aventura conseguirlo: no vivir en una eterna lucha de sexos, sino en la búsqueda conjunta de cómo encajar, aceptándonos como somos y respetando las necesidades de cada uno.

Lo miro asombrada y, por qué negarlo, fascinada. Mis amigas y yo hemos provocado y escandalizado a no pocos hombres con estas teorías y Sergio es el primero que responde de forma positiva. Se vuelve hacia mí y me pilló mirándolo, pero no cambio el gesto, sino que sigo observándolo sorprendida, intentando averiguar quién es en realidad, e, irremediabilmente, tentada por probar cómo haríamos «encajar nuestros sexos»...

Él sonrío precavido y me coloca un mechón de pelo tras la oreja, al tiempo que me sostiene la mirada, también buscándome más allá de ella.

Sin decir nada, las chicas cogen las cajas de pizza vacías e intentan retirarse a la cocina con discreción. De todas formas, el movimiento rompe la magia del momento y yo hago un gesto para imitarlas.

—Quédate —me pide Sandra—. Abril y yo vamos a comprar tabaco y luego la acompañaré a casa.

Abro los ojos, descolocada. ¿Quiero quedarme a solas con él? No tengo alternativa. Antes de que me dé tiempo a pensar algún motivo para que mis amigas no se vayan, las dos se despiden y desaparecen por la puerta. Sergio se

levanta y recoge lo que queda de la mesa. Yo subo las piernas al sofá y me siento sobre ellas. Estoy tan confusa que soy incapaz de hilar mis pensamientos.

Él vuelve de la cocina con dos botellines de cerveza, me ofrece uno y se sienta a mi lado.

No dice nada, sólo me mira mientras lo miro. La atmósfera de la habitación cambia y se torna demasiado intensa. Me doy cuenta de que si no hablamos acabará hechizándome por completo y terminaré rindiéndome.

—No puedo... —le digo.

Ambos sabemos de qué hablo.

—¿Por qué?

—Porque sin que signifique nada, todo esto se ha vuelto demasiado complicado.

—¿Y si intentamos olvidar lo que ha pasado hasta ahora?

—Vaya, creía que eras tú el que defendía que había que asumir las consecuencias.

Cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Pues entonces déjame explicarme, déjame pedirte perdón...

—Es que no tengo nada que perdonarte, eras libre de hacer lo que te viniera en gana y escogiste enrollarte con otra delante de mis narices.

—La cagué en la fiesta, me dejé llevar por la rabia y...

—No. Déjalo, Sergio.

—No puedo dejarlo, vivo todos los días con ese nudo que se me forma en el estómago cuando sabes que deberías estar haciendo lo que no haces... Te has colado en mi mente y te sueño dormido y despierto. Necesito intentarlo, funcione o no. —Sus palabras denotan desesperación, luego baja la voz y agrega—: Aquella noche volví solo a casa y no he vuelto a estar con nadie desde entonces. Tu boca fue la última que tocó la mía y quiero que sea la próxima.

Es tan complicado seguir firme en mi determinación, cuando no sólo tengo que luchar contra mis propios deseos, sino también con los suyos...

—Sinceramente, Sergio, creo que lo que te pasa es que no estás acostumbrado a que te digan que no, y eso hace que estés obsesionado.

—No puedo decirte que no sea así, la verdad es que estoy perdido, nunca me había obnubilado de esta manera por nadie, el deseo me ciega tanto que no soy capaz de ver más allá. Ahora mismo te haría un altar, renunciaría a un

imperio, te juraría lo que fuera por conseguir tan sólo un beso... Ahora entiendo perfectamente que Sansón lo perdiera todo por Dalila, y creo que lo hizo sabiendo las consecuencias, convencido de que tenerla bien valía el precio.

Su sinceridad, como siempre, me desarma, y me cuesta encontrar las razones para rechazarlo.

Él aprovecha la ventaja, consciente de que me ha atrapado en su tela de araña, y se acerca a mi boca.

—Déjate llevar —susurra, abrasando mis labios con su aliento.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Lo deseo, Sergio, de verdad, pero no puedo... Hay un cartel luminoso en mi mente que está proclamando: ¡NI SE TE OCURRA!

—Es sólo tu orgullo.

Abro los ojos y sostengo su intensa mirada.

—Mientras mi orgullo sea más grande que mi deseo, no hay nada que pueda hacer. Y te aseguro que a mí también me jode esta situación, porque te deseo, y mucho, y me habría encantado poder dejarme llevar sin más, como hago siempre que alguien me gusta, pero lo nuestro se ha complicado demasiado.

—Ojalá pudiera dar marcha atrás y cambiar aquella noche en el barco.

Sonrío, encogiéndome de hombros.

—¿Sabes? El día que nos conocimos, cuando estábamos en el tatami después de habernos peleado, se me pasó por la cabeza rechazar el trabajo para poder acostarme contigo. Hay momentos en los que me arrepiento de no haberlo hecho, todo habría sido mucho más sencillo.

—No podemos cambiar lo que ha pasado. Está claro que, para ti, pesa más en la balanza las veces que la he cagado. Pero pienso llenar el platillo contrario hasta que pese más. No voy a rendirme, Dani.

—No me lo pongas más difícil, quiero olvidarte —le suplico.

—Lo siento, pero no voy hacerlo sin pelear, me gustas demasiado.

Mi corazón se detiene un instante. Sergio se acerca a mí y me acaricia la nariz con la suya, desde la punta hasta la altura de mis cejas; después me besa en la frente.

—Me encantas también cuando duermes a la fiera y sale esta Daniela sin máscaras. Nunca he conocido a una mujer como tú.

—Pues la fiera duerme con un ojo abierto, así que ten cuidadito.

—En realidad, creo que me sería más fácil manejarme con ella; es más irracional y se deja llevar por sus impulsos. Tal vez la próxima vez intente cabrearte en vez de razonar contigo.

—¿Quieres volver a mi propia fiera contra mí?

—Haré lo que haga falta, pero voy a tenerte. No tengo ninguna duda al respecto.

Y lo dice tan convencido que hasta yo lo creo.

—Pues te deseo suerte, amigo, vas a necesitarla.

Sonríe con suficiencia. Luego se levanta del sofá.

—Tengo que irme, mañana madrugo.

No puedo evitar sentirme desilusionada.

—Claro.

Caminamos hasta la puerta y, una vez abierta, se vuelve hacia mí en el umbral.

—Volveremos a vernos cuando menos te lo esperes...

—Adiós, Sergio.

Me guiña un ojo y desaparece por la escalera.

Me dirijo al salón y me dejo caer en el sofá sin ninguna delicadeza. ¿Qué acaba de pasar? ¿Qué es este revoltijo en mi estómago? ¿Por qué no puedo quitarme esta sonrisa tonta de los labios?

Acalorada, me levanto y salgo a la terraza para que el frío de febrero apague el fuego que me quema el pecho.

Me siento ilusionada. Ya está, ya lo he dicho. Su insistencia, su encanto, esa mirada que hace que reaccione hasta la última célula de mi cuerpo, y cada una de sus palabras me han devuelto al punto de partida. Me siento deseada, él me hace sentir tan... grande.

«Ahora mismo te haría un altar, renunciaría a un imperio, te juraría lo que fuera por conseguir tan sólo un beso.» ¡Vaya, Sergio! No sé cómo no he caído en ese mismo instante a tus pies.

Mi subconsciente ya únicamente me da razones para el sí. Esta vez con la garantía de que sus labios me están esperando sólo a mí, de que le gusto mucho...

La puerta de entrada se abre y oigo pasos. Sandra se asoma al balcón a mi lado y me mira a los ojos. Yo sonrío, o más bien mantengo la sonrisa que ya tenía. Ella me la devuelve feliz, me da un beso y vuelve dentro. No hay más que decir.

LA TRAMPA

Al día siguiente, mis amigas me interrogan para intentar averiguar qué pasó anoche después de que se fueran. Mi «sólo hablamos» no parece satisfacerlas. Me niego a entrar en detalles, y ellas reaccionan poniéndose de morros y lanzándome un sinfín de reproches por saltarme nuestro juramento de no tener secretos. Pero no cedo. No quiero escuchar sus opiniones, pues sé perfectamente qué me dirán. No, no quiero analizar la situación, prefiero quedarme en el punto exacto en el que me dejó él: me ha devuelto la ilusión y el juego vuelve a estar en marcha. El muy hijo de puta ha conseguido lo que quería. Y yo estoy encantada de que lo haya hecho.

El domingo es San Valentín. Nunca le he dado mucha importancia a esa festividad, pero estoy convencida de que Sergio intentará algo: un mail, un SMS, unas flores, un gesto... ¿Qué mejor ocasión? Pues nada de nada. Mi iluso convencimiento se va transformando en oscuro resentimiento y termina por hacerme sentir gilipollas.

En cuanto Sandra sale a cenar con un nuevo ligue, yo me dedico a mirar un libro abierto, sobre el que mi mente escribe una historia muy diferente y bastante sangrienta. Vuelvo a estar cabreada con Sergio. ¿A qué coño juega? Quizá no dar señales de vida el Día de los Enamorados sea una especie de declaración de intenciones: lo nuestro no tiene nada que ver con el amor.

«Vamos, Dani, eso es demasiado retorcido para un tío.»

El lunes, Pau y yo por fin terminamos de arreglar la oficina y por la tarde recibimos nuestras primeras visitas en el nuevo local, entre ellas los hermanos gemelos que conocí en la fiesta de Sergio, con la novia de uno de ellos. Llevo trabajando con la pareja desde el día después de la fiesta de inauguración, cuando me contrataron para que organizara su boda en Francia. Pensaba que el otro gemelo, Nico, venía de acompañante, pero al acabar de hablar con su cuñada y su hermano, éstos se van y él se queda para hablarme del trabajo más

extraño que me han ofrecido hasta el momento: que organice una cena romántica en el W Barcelona, más conocido como hotel Vela, para el próximo jueves. ¿Una organizadora de eventos para una velada romántica? Hombres...

El martes intento con todas mis fuerzas no esperar nada de Sergio, pero es difícil. Durante las dos últimas semanas he recibido puntualmente un ramo de anémonas todos los martes y los viernes, así que a media mañana empiezo a preocuparme por si el repartidor se acerca a casa y no hay nadie para abrirle. Pero Sergio tiene que saber lo del nuevo local, ¿verdad?, al menos sus amigos lo saben. Al mediodía, en vez de comer con Sandra en un restaurante cercano a la oficina, como habíamos quedado, la convengo para que vayamos a casa. No le explico por qué y ella tiene el detalle de no decir que conoce la razón.

Miro el buzón y no hay ninguna nota. ¿Las floristerías dejan notas cuando no encuentran a nadie en casa? No tengo ni idea. Disimulo mi enojo durante la comida, porque estoy enfadada, y mucho, sobre todo conmigo misma, por estar fracasando en lo de no tener expectativas.

Sandra sólo me pregunta una vez si quiero hablar de ello, yo niego con la cabeza y ella me deja a mi aire. Por la tarde, mi cabreo ha alcanzado un tamaño descomunal. A esas alturas, si Sergio aparece por la puerta de la oficina con un ramo de anémonas en las manos, creo que se las haría tragar una a una al tiempo que clavo mis tacones en las cuencas de sus ojos. Sé que la postura es imposible, pero todo el mundo sabe que el odio es retorcido.

Repaso toda la conversación que tuvimos en mi casa, en la que él juró que se negaba a olvidarme y dijo que no se rendiría hasta que me consiguiera, que volveríamos a vernos cuando menos lo esperara... ¿A eso está jugando? ¿A sorprenderme? ¿A sorprenderme ignorándome? ¿O simplemente ha decidido olvidarse de mí justo cuando me había convencido de lo contrario?

Quiero decirme a mí misma que como se le ocurra asomar las narices de nuevo por mi vida voy a mandarlo derecho a la mierda... pero una vocecita interior me aconseja que espere hasta la noche, que aún hay tiempo.

A las doce me meto en la cama sintiéndome humillada. Sin flores y de nuevo convencidísima de que debo olvidarme de él.

Miro la suite Cool Corner del W Barcelona, después de terminar con la decoración. La habitación en sí ya es espectacular, por lo que no he querido excederme sólo porque me hayan contratado para hacerlo. Varios centros de flores silvestres de muchos colores, velas en todas sus variantes —candelabros altos, vasitos de cristal y velones decorativos de colores—, suficientes para iluminar tanto el dormitorio como la sala de estar independiente, y añadido un toque de rojo en la ropa de cama, cortinas y mantelería, para romper el aspecto aséptico de la habitación, que en su estado natural pone énfasis en el azul que la envuelve, tras los espectaculares ventanales que parecen sobrevolar el Mediterráneo.

Junto con el personal del hotel, hemos movido los sofás de la sala de estar contra la ventana, para poder colocar una mesa para la cena. En realidad no hubiera hecho falta una organizadora de eventos para esto, habría bastado con una decoradora y el servicio de habitaciones, pero no seré yo la que tire piedras sobre mi propio tejado; además, no habría quedado tan bonito.

Estoy dándole el último toque a las flores de la mesa, cuando oigo abrirse la puerta de la suite. Nico entra en el dormitorio y lo mira maravillado.

—Impresionante trabajo, Daniela. Eres una artista.

—Gracias. El equipo de música está preparado con canciones románticas sin ñoñerías, como me pediste. Hay música para cinco horas y lo he programado para que vuelva a empezar cuando termine, por si la noche se alarga hasta mañana —le digo, guiñándole un ojo.

—Eso espero —responde él, con una sonrisa demasiado pícara.

—Subirán la cena a las diez en punto, pero siempre llamarán a la puerta antes de entrar. La nevera está llena de cava y fruta.

—Si con esto la chica no se derrite...

—Nico, es imposible que una chica no se derrita con esto, puedo garantizártelo.

—Te tomo la palabra —replica una voz detrás de mí. Una voz que acelera mi corazón a doble velocidad...

Miro hacia allí y la mandíbula se me descuelga cuando Sergio sale de donde estuviera escondido, llevándose todo el aire de la habitación. Está muy cambiado, se ha cortado el pelo —corto por detrás y los lados, y más largo por arriba—, lo que hace que resalten más sus rasgados ojos azul oscuro, sus largas pestañas y las espesas cejas que los enmarcan. Se ha dejado crecer una barba de tres días, que confiere a su rostro un aspecto más peligroso, casi

fiero. Su corpulencia y su ropa, una ajustada camiseta negra con una calavera y unos vaqueros gastados, no hacen más que reafirmar esa impresión. Su aspecto y la reacción de mi cuerpo al verlo, me dejan literalmente sin habla y en encefalograma plano, soy apenas latidos y urgencia lasciva.

Todos estos días recopilando como un tesoro cada pedacito de sana furia para convencerme de que no valía la pena pensar más en él, cargándome de razones para el no definitivo y luchando para arrancarlo de mi mente, a tomar por culo.

—Ya te puedes ir, Nico —ordena, sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué...? —pregunto, todavía confusa, pero frunciendo el ceño y recuperando el habla. La puerta de la habitación se cierra y nos quedamos solos—. ¿Me has tendido una trampa?

—Sí.

—Estaba a punto de irme...

—No. —Acompaña su negación con un movimiento de cabeza y una mirada pecaminosa—. Eres una organizadora de eventos, tienes que quedarte hasta que te asegures de que todo sale bien, tú misma lo dijiste. Te agradecería mucho que lo controlaras todo desde aquí.

Sergio aparta una de las sillas de la mesa y me hace un gesto para que tome asiento.

Yo no me muevo. Nuestras miradas se retan. La suya es tan intensa que siento cómo penetra más allá de mis ojos y conecta directamente con mi vientre, que se contrae de anticipación y suplica tenerlo. Hago un descomunal esfuerzo por ignorar a mi cuerpo, rendido por completo a él desde el primer segundo, y recordar los motivos por los que no debería quedarme. Pero estoy cansada de pelear y la única parte de mi cerebro que funciona ahora mismo es esa voz pérfida que suele emerger en los momentos de debilidad, capaz de convencerte de cualquier cosa, y sólo me da razones para quedarme: «No es una rendición, es una victoria, quedarte es la prueba de que tus deseos son más importantes que los suyos. No importa si Sergio lo merece o no, no eres un premio, eres una mujer que tiene clarísimo lo que quiere y lo quieres a él, aquí y ahora».

—¿Sabes que es posible que acabemos arrancándonos la piel si cenamos juntos? —le advierto.

—Me gustan nuestras discusiones, me excitan muchísimo —asegura, recuperando su sonrisa de pirata. Mi pregunta le ha confirmado que me lo

estoy planteando.

—Te has gastado más de mil euros para conseguir cenar conmigo. La lujuria será tu ruina, Sansón.

Su sonrisa se ladea.

—De momento, ya he perdido el pelo antes de empezar. —Se lo acaricia con los dedos cuando lo dice.

—¿Tus fuerzas están intactas?

—Eso tendrás que comprobarlo por ti misma...

Consigo desprenderme de su mirada y miro a mi alrededor con nuevos ojos, consciente de que he estado preparando todo esto para mí.

—Eso... —señalo la cama— ... es confiar demasiado en tu suerte, amigo.

Una carcajada resuena en la habitación. Luego, su mirada se vuelve fuego líquido.

—Si te quedas, Daniela, vamos a usarla, no te quepa duda.

Lo miro impasible, reprimiendo una sonrisa.

Le doy la espalda, me acerco a los interruptores y apago las luces de la habitación, ahora sólo iluminada por la vacilante luz de las velas y la del crepúsculo tras las ventanas. Son las ocho de la tarde, faltan aún dos horas para que traigan la cena... Me acerco al equipo de música y pongo en marcha el CD, sonriendo al recordar cuál será la primera canción que suene: *Feeling the Love*,⁵ de Reactor.

—Hummm... en realidad, no tengo ninguna duda —confieso, volviéndome hacia él con una media sonrisa y acariciándome el labio con un dedo.

Sergio me recompensa con una sincera cara de sorpresa.

Me acerco, elaborando un plan en mi cabeza.

Esto será a mi manera. No quiero que ni por un momento crea que él es el que ha ganado; no estoy cediendo a sus deseos, sino a los míos. Lo rodeo y me coloco a su espalda, desde donde deslizo las manos sobre la tela negra y ajustada de su camiseta, ascendiendo por sus omóplatos hasta llegar a su cuello y arañar su nuca rasurada. Él emite un gruñido bajo y echa la cabeza hacia atrás.

—No sé si pasaré la noche contigo, ni siquiera puedo asegurarte que me quede a cenar. Pero, tal vez, si compruebo antes lo que me ofreces...

Doy la vuelta a la mesa y me acerco al diván que hay delante de la ventana, me siento y cruzo las piernas.

Sergio está expectante, en silencio, esperando mi siguiente movimiento.

—Quítate la ropa —le ordeno.

Levanta una ceja y me mira sorprendido durante unos segundos, luego la sonrisa vuelve a iluminar su rostro.

—Esto no funciona así, pequeña.

—Esto funcionará como yo diga. Soy la organizadora de la fiesta, ¿recuerdas? Tú sólo tienes que ser amable con tu invitada y pasarlo bien.

Ríe, negando con la cabeza, pero luego asiente mordiéndose el labio. Su mirada no me engaña, está tramando algo. Pero se quita los zapatos y los calcetines sin decir nada y sin dejar de mirarme.

Después se mete una mano en el bolsillo del pantalón y, sonriendo con descaro, saca una ristra de condones que lanza sobre la mesa. Espera mi reacción, como si temiera que ver las fundas del demonio pudiera echarme para atrás. Y lo hace, pero no como él piensa; estoy demasiado excitada como para que su confianza me cabree.

—Vienes preparado para triunfar, ¿eh, muchachote?

—Dicen que hombre prevenido vale por dos. —Se relaja visiblemente al oír mi respuesta.

—Tomo la píldora. —Alzo una ceja. Ahora soy yo la que espera su reacción.

—¿Quieres hacerlo a pelo? —Su rostro se ilumina.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto, reticente de repente al recordar su harén.

—Lo juro —asegura con absoluta rotundidad. Yo le creo y asiento—. Esto cada vez se pone mejor...

Retoma su tarea. Se desabotona los vaqueros despacio, se los baja y se los quita del todo, mostrándome unos muslos enormes. Luego se desprende también de la camiseta, pasando una mano por encima de su hombro, agarrándola del cuello y ayudado casi inmediatamente con un gesto idéntico de su otra mano. Me recreo en la imagen de sus bíceps en tensión, sus hinchadas venas serpenteando por ellos y, cuando se la saca por la cabeza, en sus hombros replegándose un breve instante para ensancharse después en todo su esplendor...

Joder, el tío tiene un cuerpo de infarto. Podrían dar clases de anatomía sobre él. Ahora que la camiseta deja de cubrir sus bóxers, puedo ver cómo su erección despierta ante mis ojos tensando la apretada prenda de algodón; no

me extrañaría que reventara. El muy cabrón se lleva una mano hacia ella y se la acomoda con cuidado, acariciándose y haciendo que las piernas me empiecen a temblar.

—Quítatelo todo. —Me esfuerzo para que mi voz no delate lo cachonda que me ha puesto.

—Si estás pensando en huir y dejarme en pelotas, te advierto que ésta es tu última oportunidad. Cuando me quite esto, no te dejaré escapar por nada del mundo.

Me pongo de pie sin dejar de mirarlo. Subo las manos despacio por mis piernas por debajo de mi falda de tubo, luego las bajo de nuevo junto con mi tanga de encaje violeta. Me acerco a la mesa y lo dejo sobre el plato que hay delante de él.

—No voy a ninguna parte, cariño.

Su mirada pasa del azul juguetón al gris tormenta cuando, después de mirar el plato, vuelve a clavarla en mis ojos. Los músculos de sus hombros y brazos se tensan y su nueva sonrisa es de depredador.

—Siéntate donde estabas —me pide con la voz más grave de lo normal.

Sonrío, consciente de lo mucho que le ha afectado mi movimiento, y obedezco, excitada y muerta de curiosidad por saber qué pretende.

—Súbete la falda hasta el nacimiento de los muslos.

Lo hago despacio, regodeándome en el movimiento de su nuez cuando traga. Mi pulso se acelera.

—Así, joder... Para. Dios... Dani, me estás matando —jadea—. Ahora, abre las piernas muy despacio.

Mis piernas se abren solas, ignorando el pequeño aguijonazo de timidez que siento al exponerme de esta manera, en beneficio de lo mucho que me excita.

—Quítatelo todo —repito.

Él se deshace presto del bóxer y libera su pene erecto; un pene circuncidado, grande y recto, que me hace sentir hambrienta. Todos mis instintos están deseosos de darle placer.

—Ahora, acaríciate.

Su expresión es de puro éxtasis cuando su mano abarca su erección y la desliza suavemente de arriba abajo. Entrecierra los ojos, pero no me quita la vista de encima.

—Sube una pierna y ábrete con los dedos, para que yo pueda verte

también.

Sus palabras son un disparo de fuegos artificiales en mi vientre. Obedezco, exponiéndome ante sus ojos y sintiendo cómo mi excitación resbala entre mis piernas; me tengo que acariciar con sumo cuidado, porque ya estoy al límite del orgasmo.

Él se acerca y se arrodilla ante mí, deslizándose sus grandes manos sobre mis medias negras, de los tobillos hasta la suave piel del interior de mis muslos desnudos. Luego se aproxima y se coloca entre ellos.

—Por fin... toda para mí... —susurra, subiendo las manos hasta mi rostro y acariciándome con delicadeza los pómulos con las yemas de sus dedos.

Después las dirige a los botones de mi camisa, que me desabrocha despacio hasta la altura del ombligo. Aparta la seda para descubrir mis pechos, cubiertos con encaje violeta. Se muerde el labio en un gesto de dolor y contención, pero no me toca.

—Estoy tan emocionado que no sé por dónde empezar. Me muero por besarte —afirma.

Y yo me muero porque me bese, pero se queda a la espera, con los ojos fijos en mis labios y sus manos subiendo de nuevo por mis piernas, tentando mis ingles.

—¿Y a qué esperas? —La expectación no me pone de muy buen humor.

—A que me lo pidas.

—Acabo de servirte mis bragas en bandeja. Mientras sigan ahí, tienes permiso para hacer lo que quieras, a no ser que te diga lo contrario.

Él asiente sonriendo y se aproxima a mi boca, pero se limita a rozar su nariz con la mía. Sus pulgares se aventuran sobre los labios externos de mi sexo y estira de ellos, abriéndome. Me doy cuenta de que estamos jugando a ver quién pierde antes el control, un juego estúpido... al que no pienso perder.

Bajo la mano también, sopeso sus testículos con cuidado y luego recorro con un dedo la longitud de su verga hasta llegar a la punta, donde trazo suaves círculos. Su respiración se acelera hasta equipararse a la mía. Cubre mi pubis con la mano y la mueve para presionar mi clítoris con la palma.

Se me escapa un gemido y estoy a punto de ceder a la tentación de sus labios, cuando él gruñe y dice algo entre dientes que no entiendo, antes de perder el control y asaltar mi boca con desesperación.

¡SÍ!

A partir de ese momento no hay preámbulos ni caricias previas ni

tentativas, explotamos con urgencia y compartimos la misma hambre voraz por que nuestras lenguas se posean. Nuestras manos vuelan impacientes, arrancando lo que queda de mi ropa. Necesitamos sentirnos la piel, sentirlo todo a la vez. Noto cómo se encaja justo en mi entrada y ambos nos paralizamos un instante, jadeando. Él está tumbado sobre mí, apoyado en los antebrazos, envuelto en mis piernas y con mis uñas clavadas en su espalda. Nos miramos a los ojos.

—¿Quieres que te folle, Daniela?

A mí a estas alturas ya no me funcionan las cuerdas vocales, por lo que desplazo mis manos hasta la parte inferior de su espalda y alzo las caderas como toda respuesta, pero él no se mueve.

—Dímelo. —Se mueve despacio, intentado tentarme.

—Vete a la mierda —gruño entre dientes, fulminándolo con la mirada y tratando de empujarlo hacia mí. Ahora mismo no tengo ganas de chorradas.

Él niega con la cabeza y empuja sutilmente, introduciendo apenas su glande y deteniéndose, haciendo que me olvide de todo. No le doy oportunidad para más juegucitos: con mis pies empujo con fuerza su trasero y levanto más las caderas. Ambos gritamos al unísono cuando su grueso miembro me colma por completo, dejándome sin respiración. Lo apreso con las piernas para que no pueda moverse, manteniéndolo enterrado por completo en mi interior, y contraigo la vagina para presionar.

Sus ojos, nublados de pura lascivia, me miran penetrantes y furiosos, como una presa cautiva a la espera de encontrar el momento propicio para escapar. Sé que cuando lo haga será salvaje y violento, y es lo que deseo. Aflojo las piernas y él se mantiene quieto unos segundos más. Ahora soy yo la que necesita desesperadamente sentir la fricción de su miembro. No me hace esperar mucho, en seguida se retira, despacio, para después embestirme con tanta fuerza que me hace chillar de puro placer y el punto justo de dolor.

Se inclina para encajar su boca en la mía y me penetra con su lengua y su miembro de forma sincronizada, a un ritmo enloquecedor que me hace tambalearme entre el cielo y el infierno.

—Necesito más... —gruñe.

Se pone en pie, llevándome con él, y consigue caminar sin abandonar mi interior ni mi boca. Me tumba en la cama y se arrodilla, me sujeta las piernas abiertas y empuja más hondo. Grito y gimo sin pudor; él resopla enloquecido,

bombeando en mí con furia a un ritmo demencial, haciéndome sentirlo en lugares donde nunca nadie había estado antes. Llena, completamente llena de él...

—Acaríciate —murmura.

Y mis manos acuden a mi palpitante clítoris, obedeciendo con celeridad. Nuestros movimientos se sincronizan a la perfección, su polla colma de tal manera mi interior que siento que literalmente va a reventarme en cualquier momento, y aun así quiero más...

—Más fuerte, más rápido, más, más... —exijo sin aliento, a riesgo de que me parta en dos.

Y él se mueve imposiblemente más rápido, me castiga con su miembro hasta que estallamos a la vez en un orgasmo lleno de gritos, fluidos y sudor.

Tras unos segundos en los que mi interior parece seguir bebiendo de su miembro, él se ladea agarrado a mi cintura, con cuidado de no salirse de mí.

Nuestros alientos van recuperando el ritmo normal, nuestros ojos se miran a través de la bruma que los empaña.

Estoy empapada y agotada, satisfecha y completamente rendida. Se me escapa una pequeña sonrisa al recordar aquel día en su casa, cuando yo intentaba convencerme sin éxito de que debía de follar de pena.

—¿De qué te ríes? —pregunta, sonriendo también.

—No ha estado mal...

—¿No ha estado mal?

—Nada mal.

—Me he descontrolado un poquito. Te tengo demasiadas ganas... —Parece estar disculpándose.

Esbozo una sonrisa más amplia, sintiéndome secretamente malvada al jugar con su ego masculino entre mis dedos.

Él decide dejar el tema y entretenerse de nuevo con mi boca, tal vez en un intento de modificar la crítica que ni le he hecho ni tengo motivo alguno para hacerle.

Esta vez aborda mis labios con ternura, tanteándolos, roces suaves, miradas y alientos que pronto nublan mi mente y concentran toda mi atención en su boca. Nos besamos con cuidado, explorando cada rincón como si quisiéramos aprendérnoslos de memoria. Yo descubro que se estremece cuando rozo la comisura de sus labios con mi lengua; él, que no puedo evitar gemir cuando me muerde de manera juguetona la mandíbula.

No sé cuánto tiempo estamos así, pero el suficiente para sentir cómo, entre mis piernas, Sergio vuelve a recobrar fuerzas. Sus manos empiezan entonces a unirse a la fiesta y acarician mi cuerpo con delicadeza, imprimiendo sus huellas en cada pedacito de mi piel efervescente. Mi necesidad crece con la suya, me incorporo y me pongo a horcajadas sobre él, bailo sobre su ya más que dispuesta erección, acariciando mi clítoris con ella. Abandono su boca para incorporarme y apoyarme en sus abdominales y él aprovecha para rodear mis pechos con sus manos y amasarlos.

—Enséñame lo que sabes hacer, Dani. —Sonrío con picardía y sigo balanceándome, mientras sus manos viajan libres de mis pechos a mi vientre y se pierden entre mis piernas—. Me vuelves loco...

Lo introduzco dentro de mí con extrema lentitud, sintiendo con deleite cada milímetro de avance, perdiéndome por completo en las sensaciones. Cuando llego al final del recorrido, mi cuerpo se tensa como la cuerda de un violín, hacia atrás, colmada... Me apoyo un segundo en sus rodillas. Él desvía las manos hasta el vértice de nuestra unión y coloca la mano en su pubis, justo debajo de mi clítoris. Yo me ondulo sobre su sexo y sobre sus dedos, que están en el lugar indicado, cada vez más rápido, tan perdida en el placer que me olvido de él y de mí y me convierto sólo en sensaciones.

—Nena, mírame, ¡mírame! —me exige con voz ronca.

Abro los ojos, me inclino hacia él y pongo las manos una a cada lado de su cabeza. Me adelanto hasta que mis pechos quedan justo delante de su cara y acaricio su boca con ellos. Sergio los persigue hambriento, hasta que atrapa uno y lo succiona con fuerza. Sus dedos se mueven con maestría entre mis piernas y sus caderas se mecen contra mí, intentando volver a llenarme por completo, algo que mi postura no facilita. Cuando mi pezón se escapa de entre sus labios, aprovecho para empujar fuerte hacia abajo y engullirlo de nuevo con mi cuerpo. Empiezo a cabalgarlo, mientras él arremete desde abajo con sus caderas. Sus gruñidos se unen a mis gemidos y nos perdemos hasta que el clímax vuelve a rompernos.

Me derrumbo sobre él, sus brazos rodean mi cintura. Hago ademán de bajarle para no aplastarlo, pero él me susurra:

—No te muevas, quédate encima de mí para siempre.

Me acurruco en el hueco de su cuello. Nuestros cuerpos encajan tan bien que parecen uno. Me abandono entre sus brazos y una extraña sensación de paz y complacencia se apodera de mí.

Toc, toc, toc.

SIÉNTELO

—¡Mierda! —grito asustada, saltando de la cama.

—Servicio de habitaciones —anuncian detrás de la puerta.

Corro hacia el baño para esconderme, pero no tiene paredes laterales y está al lado de la entrada, así que decido meterme dentro del cubículo del excusado.

—Un momento —dice Sergio a voces y entre risas.

Desde mi escondite, lo oigo abrir la puerta. ¿Le ha dado tiempo a vestirse?

Por los ruidos, intento adivinar lo que está pasando en la habitación, sin mucho éxito.

—¿Cenará solo? —le pregunta el camarero.

—No, sirva para dos, por favor —le pide muy serio, sin aclararle que tiene una mujer desnuda escondida en el lavabo. Todo un detalle.

Se oyen sonidos de platos y, unos minutos más tarde, cómo alguien se marcha de la habitación. Acto seguido, suenan unos golpes en mi puerta.

La entreabro y veo que Sergio lleva puesto un albornoz.

—Hola, conejito —me saluda el muy cachondo.

—Muy gracioso —gruño.

—¿Qué ha pasado?

—Ni idea, me he asustado.

Estira una mano y me muestra mi tanga colgando de un dedo.

—El camarero pensaba que iba a cenar con una pareja fantasma hasta que ha visto esto y los condones sobre la mesa. Tendrías que ver qué cara ha puesto. El chaval se ha quedado petrificado con el plato en la mano.

Lo miro horrorizada y se lo arranco del dedo para ponérmelo. Él se me queda mirando sin aguantarse la risa. Yo lo empujo y le cierro la puerta en las narices para vestirme. Lo oigo carcajearse detrás de ella, se lo está pasando bomba el muy cabrón.

Termino de vestirme muy rápido, pues me falta el noventa y nueve por ciento de la ropa.

Muy dignamente (y que alguien se atreva a decir lo contrario) salgo del baño y me dirijo al sofá que queda justo enfrente de la mesa servida, donde mi ropa está aplastada debajo de un cojín. Sergio se quita el albornoz y empieza también a vestirse, mirándome con una mezcla de diversión y cautela.

—¿Estás cabreada? —me pregunta.

Entrecierro un poco los ojos para fulminarlo mejor con la mirada y no digo nada.

Una vez vestido se acerca a mí e intenta rodearme la cintura con el brazo. Yo me escabullo y me siento a la mesa; estaré avergonzada y furiosa (no tengo muy claro con quién) pero tengo un hambre atroz, y saber lo que esconde el cubreplatos no me ayuda en nada.

—Estás cabreada —concluye, sentándose frente a mí.

Lo ignoro y levanto el cubreplatos y me reconforto mirando con deseo los rollitos de bogavante, gambas y aguacate.

Sergio mantiene un cauteloso silencio. Yo corto un bocado y me lo llevo a la boca. Al notar el sabor a marisco y el frescor del aguacate estallando en mi lengua, no puedo evitar cerrar los ojos y ronronear de placer.

—Eso está mejor —asevera. Lo miro y veo que me sonrío encantador—. Lo siento, no he podido evitar reírme un poquito de la situación, pero me doy cuenta de que no ha sido muy elegante por mi parte.

Yo le respondo en un tono sosegado y tranquilo:

—Eres el tío más cabrón que he conocido en mi puta vida. —Y me lleno la boca de nuevo.

—Veo que ya estás mejor —observa con ironía.

—A puntito de perdonarte —apuntillo con desdén.

—Vale... durante sólo un momento, intenta mirar la situación desde otro ángulo: imagínate contándoselo a tus amigas.

Mi tenedor se detiene a medio camino entre el plato y mi boca, y no puedo evitar sonreír.

—¡Vaya! Acabo de ver retroceder a la fiera en directo, ha sido como un documental de National Geographic. ¡Mira, mira, tengo la piel de gallina! —dice histriónico, remangándose la camiseta y enseñándome el brazo.

—No te soporto —replico riéndome.

—En realidad te encanto.

Y su sonrisa es tan bonita que estoy a punto de abandonar el bogavante y darle un beso. No lo hago, por supuesto, consciente de lo peligroso que podría ser el refuerzo positivo para su inmenso ego.

—Ahora sí —prosigue—. Un lugar precioso, una cena maravillosa y la chica más bonita del mundo sonriendo sólo para mí. —Se relaja visiblemente, coge los cubiertos y se lleva su primer bocado a la boca, sin apartar los ojos de los míos.

Lo miro con la sonrisa todavía titilando en mis labios.

—Estás jugando con fuego, ¿lo sabes? Por tu propio bien, espero que seas capaz de darte cuenta de cuándo parar de provocarme.

—He de confesar que me encanta hacer malabarismos con tu furia... Es una mezcla entre tirarle de las trenzas a la niña chunga de la clase y caminar por el borde de un precipicio. Sin embargo, mi intención no es ofenderte: tengo un humor algo cabrón, si ves que me paso, párame los pies sin miramiento.

—Tal vez algún día te deje tirarme de las trenzas mientras mi boca te lleva al borde del precipicio... —Introduzco con sumo cuidado el tenedor entre mis labios y lo retiro muy despacio, relamiéndome después.

Todo rastro de diversión se borra de su rostro. Traga con dificultad lo que tiene en la boca.

Yo también sé jugar con su «bestia» interior.

—Eres malvada... Se me ha quitado el hambre de comida.

—Pues yo me muero por probar las vieiras salteadas. Se me hacía la boca agua cuando escogía el menú para la cena.

—Me ha quedado clarísimo que te quedabas por la comida.

—Puedes estar seguro, amigo. ¿No vas a comer más? —Yo he terminado mi plato y a él le queda más de la mitad—. ¿Eres de esos tíos que sólo comen blanco?

—¿Blanco? —repite con una carcajada.

—Ya sabes: arroz, pollo, clara de huevo... sólo alimentos blancos. ¿No es lo que coméis los *musculmen*?

—No exactamente, la dieta para la musculación tiene más colores que el blanco. En realidad, yo soy de esos tíos que se puede comer una vaca entera, pero que no soportan el marisco.

—¿Y no miraste el menú de la cena? ¡El segundo también es de marisco! Nico me pidió que escogiera yo los platos, me dijo que a él le gustaba todo —

lamento consternada.

—Quería que pidieras tus platos favoritos, se trata de que tú los disfrutes. Además, te aseguro que si volviéramos aquí, pediría exactamente lo mismo...

Alarga su tenedor cargado de bogavante y gambas hacia mí, que no puedo resistirme; acepto y me deleito de nuevo con el sabor.

—Vale la pena pasar hambre por verte comer a ti. Haces que me sienta celoso de la comida, y a la vez fascinado al ver cómo la disfrutas. No he visto esto antes...

—¿Antes?

—Cuando estaba dentro de ti. Me encantaría poder arrancarte este tipo de gemidos, ver como cierras los ojos atesorando el momento, recreándote en las sensaciones. Necesito hacerlo otra vez y no perderme ni un detalle.

Mis entrañas se retuercen impacientes y excitadas.

—No debería quedarme después de la cena. Mañana tengo un evento.

Sergio Ballester, el tío más masculino y cachas que conozco, está haciendo un puchero.

—Tenía la esperanza de que pasaras la noche conmigo. ¿No te parece una pena desperdiciar esta habitación tan bonita?

—Pero...

—Te prometo que te dejaré dormir como muy tarde a la una.

—Déjame pensarlo. Ahora voy a solucionar el problema más urgente.

Sergio me mira extrañado mientras me acerco al teléfono.

—Servicio de habitaciones, por favor.

—¿Qué haces? —me pregunta.

Levanto una mano para indicarle que espere.

—Sí. Soy Daniela, de la suite Cool Corner. Quiero que me suban otro plato... El solomillo de ternera, con triple ración de carne. —Veo a Sergio abrir los ojos por la sorpresa y sonreír como si yo fuera uno de los tres Reyes Magos—. Perfecto, gracias.

—Cásate conmigo —me pide de repente.

A mí me entra un tremendo ataque de tos.

—¿Estás bien? —se preocupa. Se ha levantado y me está dando unos golpecitos en la espalda.

—Sí. Sólo necesito beber, perdona. —Tomo asiento y me bebo de un trago el vino de mi copa.

—¿Mejor?

—Sí —respondo, y me noto la cara roja como la grana; del esfuerzo, me digo.

—Gracias. Parece que al final no pasaré hambre. —Sonríe de nuevo, encantado.

—Es lo bueno de cenar con la organizadora. —Le guiño un ojo.

Él no dice nada, sigue mirándome encandilado, haciéndome sentir incómoda, así que, tras buscar rápidamente algo de que hablar para romper el silencio, le pregunto:

—¿Y consigues estar así de cuadrado sin dieta?

—Bueno, combino la dieta rica en proteínas con comer lo que me da la gana. Ésa es la gracia de hacer ejercicio, poder comer y luego quemarlo. Siempre he sido grande, pero hasta hace un tiempo mis músculos estaban forrados de grasa; empecé a hacer deporte hace dos años y le cogí el gusto.

—Ya lo creo que le cogiste el gusto, salta a la vista. ¿Y antes estabas gordito?

—Siempre, desde niño. Me gustaba mucho comer y no hacía nada de ejercicio.

—¿Y cómo empezaste?

—Es una historia complicada...

Lo miro intrigada, preguntándome qué puede haber de complicado en decidir hacer ejercicio.

—¿No quieres hablar de ello?

Sergio entorna la mirada.

—¿No quieres empezar el segundo plato? No sé cuánto aguantará caliente ahí dentro. —Señala el carro de la cena con la cabeza.

—No, prefiero esperar a que traigan el tuyo —contesto, asumiendo que su cambio de tema es porque no quiere contármelo.

—Es una historia de estrés, drogas y depresión... No es que no quiera contártela, es que no quiero enturbiar esta noche. Te lo contaré otro día, si no te importa.

—De acuerdo —asiento, algo preocupada. ¿Drogas?

Unos suaves golpes en la puerta interrumpen nuestra conversación. Él se levanta para abrir.

—Buenas noches —saluda el camarero, mirándome y ruborizándose un poco—. ¿Dónde desean que lo deje?

—Aquí —le indica Sergio, volviendo a la mesa y levantando su plato para

que pueda dejar el otro.

Es un chico joven, como mucho de unos veinte años, y parece tímido. Mientras el muchacho se vuelve para dejar el plato que ha retirado, recuerdo el incidente del tanga y le pregunto a Sergio con un gesto si es el mismo camarero, él asiente.

Cuando se dirige a mí, le acerco mi plato vacío tapado con el cubreplatos.

—Tranquilo, te prometo que no hay más sorpresas dentro —digo y le sonrío con picardía.

El chico levanta la cabeza, la piel de su cara se ha tornado granate y se queda unos segundos petrificado y embobado, mirándome. Cuando reacciona, me dedica una sonrisa silenciosa, coge mi segundo plato y me lo sirve.

Sergio me observa divertido y niega con la cabeza, reprendiéndome.

«Eres malvada», leo en sus labios. Yo le guiño un ojo.

—¿Quieres más vino? —me ofrece.

—Por favor.

—¿Desean algo más? —nos pregunta el camarero.

—No, gracias. Puedes retirarte.

—Que disfruten sus... platos. —Sonríe divertido.

Sergio y yo nos reímos y le damos las gracias.

—Se ha empalmado —comenta él cuando se cierra la puerta.

—¿Qué?

—Cuando has hecho referencia al tanga y lo has hechizado con esa sonrisa que debería salir en la definición de pecado, el pobre chaval se ha empalmado.

—Te lo estás inventando.

—Te juro que no. De hecho, a mí también me pasa cuando me miras así.

—Así ¿cómo?

—Con esos preciosos ojos castaños nadando en malicia, y esa sonrisa que deja adivinar que no estás pensando en nada bueno, o tal vez en algo demasiado bueno...

La picardía se refleja en su rostro y yo me derrito. Lo miro con la guardia baja y un sentimiento cálido se cuele por debajo de mi piel. En cuanto soy consciente de ello, casi salto de la silla. Freno en seco el rumbo de mis pensamientos, invadida por un repentino vértigo que amenaza con acabar en pánico si no consigo alejar mi mente de ese camino.

—Pues ahora mismo, sólo puedo pensar en las vieiras y el risotto —

miento para cambiar de tema.

Pincho la comida y me concentro cuidadosamente en apreciar su sabor para espantar mis divagaciones. ¡Dios!, esto está para morirse...

—Ya vuelvo a estar empalmado —susurra.

Abro los ojos, que había cerrado para disfrutar de la cena, juro que sin segundas intenciones, y le sonrío.

—Ésa era una información que no necesitaba en este momento.

—¿Pasarás la noche conmigo? —vuelve a preguntar con tono de súplica —. Por favor.

Lo miro seria y me paro a pensarlo un segundo, calculando los riesgos.

—No debería, de verdad, mañana trabajo y tengo que levantarme temprano.

—De acuerdo, lo entiendo —asiente resignado.

Yo cambio de tema.

—Bueno, ha llegado el momento de tratar asuntos serios de verdad. Vamos, desembucha. ¿En qué coño estabas pensando cuando se te ocurrió llamar Sansón al gimnasio?

Sergio se carcajea antes de responder.

—¿No te fijaste en la peluquería que había al principio de la calle? —Niego con la cabeza—. Se llama Dalila. Simplemente, no pude resistirme al juego de palabras. A la señora Pepita, la peluquera, le pareció una idea genial.

—No puedo creerlo... —digo, riéndome.

Él ríe conmigo y se encoge de hombros; durante el resto de la cena y el postre nos dedicamos a repasar todos los nombres curiosos de locales que hemos visto y a hacernos reír con anécdotas.

—¡Dios! Adoro esta canción, has hecho una selección genial de música. —Suenan *Nothing Else Matters*,⁶ de Metallica. Se levanta y me ofrece su mano —. ¿Quieres bailar?

Me levanto y dejo que me engulla en un abrazo. Nos balanceamos a un ritmo más suave del que marca la música. Sus manos se despliegan en mi espalda, ciñéndome a él. No puedo evitar colar las mías por debajo de su camiseta, necesito sentir su piel. Mi cabeza descansa en el hueco de su cuello; Sergio agacha la cabeza y la apoya suavemente contra la mía. Cada célula de mi cuerpo vibra. Me abandono contra él y me siento..., no sé cómo describirlo, ¿colmada? Nunca había sentido nada parecido. Una punzada en el corazón me da una pista de lo que puede estar ocurriendo.

—Daniela... —musita en mi oído cuando termina la canción.

Levanto la cabeza para mirarlo; sus ojos están cargados de emociones que se vierten en los míos sin resistencia por mi parte. Se inclina despacio y, más que besarme, acaricia mis labios con los suyos con la mirada fija en mí; me besa muy, muy despacio. Me falta el aire, la situación me supera. Jadeo, y antes de que las emociones estallen, asalto su boca con mi lengua. Él se separa un instante después, deteniendo mi arrebató.

—Déjame saborearte con el mismo deleite con que tú comías hace un momento, siéntelo —me pide.

De nuevo se acerca a mis labios con la misma cadencia de antes, nuestras lenguas se acarician con fruición, me concentro y regocijo en cada roce, olvidándome de todo lo demás. Gimo en su boca, él es lo mejor que he tenido jamás en ella. Dejamos de bailar, me atrapa la cara entre las manos y vuelve a mirarme con sus enormes ojos de ese hipnótico color azul lapislázuli; su intensidad acelera mi corazón y abrazo cada una de las emociones que me transmiten. Tengo que respirar hondo para detener las lágrimas, emocionada, y no puedo frenarlo más, empiezo a enamorarme de Sergio.

Cierro los ojos para que no pueda leer en ellos lo que siento, pero dejo que mi cuerpo hable por mí. Lo toco, venerando su piel; beso sus labios como si su aliento fuera mi oxígeno. Él me coge en volandas y me lleva a la cama. Nos desnudamos, atendiendo con mimo cada parte que queda al descubierto, como si quisiéramos memorizarla. Ya no tenemos prisa ni ganas de retornos: no nos mueve la urgencia, sino la premisa de saborear cada caricia.

—¿Cómo sientes esto? —me pregunta, mientras dibuja con sus dedos el contorno de mi cintura.

—Delicioso... —consigo susurrar—. Haces que me hierva la piel.

—Cierra los ojos, sólo siente...

Y siento el roce de sus labios en mi tobillo al tiempo que presiona el empeine de uno de mis pies. Siento cómo cubre de húmedos besos mis piernas hasta llegar al interior de mis muslos, obligándome a retorcerme. Siento que no puedo soportarlo más, mi respiración se ha convertido en un lamento de necesidad, mis caderas le suplican.

—Chiss —me insta a calmarme.

Sus manos sujetan mis rodillas abriéndome más, excitándome más, y después nada. Abro los ojos para ver qué está pasando, pero justo en ese momento él hunde su cabeza entre mis piernas.

—¡Oooh! —Su aliento sobre mi sexo hace que deje caer de nuevo la cabeza en la almohada; cierro los ojos con fuerza—. Dios...

Su lengua me lame y se retira, me lame y se retira... pequeños toques aleatorios que me vuelven loca. De pronto me penetra con ella, describe círculos en mi interior varias veces antes de sacarla y llevarla de camino a mi clítoris... Grito cuando lo golpea con suavidad con ella, me besa, me absorbe, me mata. No se entretiene demasiado y sigue ascendiendo: mi ombligo, mi estómago, presta especial atención a cada uno de mis pechos... y cuando llega a mi boca, me devora lenta y profundamente. Su polla se coloca justo donde la necesito. Deja de besarme para observarme, me dedica una sonrisa dulce, sincera, que se borra cuando se muerde el labio inferior al entrar dentro de mí. Lo último que veo es su mirada atenta, su rostro contraído y su expresión de puro éxtasis, luego cierro los ojos y me pierdo.

—¿Lo sientes? —me pregunta entre dientes.

—Sí...

Su roce lento y profundo me estremece hasta el último poro de la piel, me colma y me desgarrar. Mis jadeos y los suyos se mezclan con el rugido del mar y la música que sigue sonando en la habitación; nuestras caderas bailan al son de un placer sublime. No tardo en notar que estoy al borde del orgasmo, intento retenerlo, abro los ojos y me reencuentro con los de Sergio.

—Ahora lo he visto —me susurra sonriendo.

—Lo estás viendo —respondo, antes de que una oleada de placer me advierta de lo cerca que estoy. Tenso los músculos.

—No, Dani, no lo retengas, déjate ir...

Y no puedo aguantarlo más, mis párpados cerrados se llenan de estrellas, mi piel palpita y se disuelve, todo estalla a mi alrededor como nunca antes. A pesar de mi estado delirante, soy capaz de advertir cuándo Sergio se corre dentro de mí. Abro los ojos justo a tiempo para ver su rostro contraído por el clímax. Es lo más hermoso que he visto jamás.

—Yo también lo he visto —musito, cuando sus músculos se relajan.

Se acerca a mis labios y me regala un beso largo y perezoso, antes de derrumbarse a mi lado. Tengo mucho calor, así que agradezco enormemente el espacio.

Guardamos silencio durante un rato, dejando que el mundo vuelva a construirse a nuestro alrededor y, cuando definitivamente vuelvo a la Tierra, la realidad me abruma de tal manera que deseo volver a huir de ella. Una

pregunta se instala en mi cabeza: «¿Y ahora qué?». Tengo clarísimo que no quiero que esto termine aquí, pero no sé ni cómo plantearlo. Siempre que he tenido una relación con un tío, he sido yo la que ha marcado los límites, yo era la que llevaba las riendas y pisaba el freno.

Pero Sergio es diferente, él tiene un harén llenito de amigas con derecho a roce. ¿Voy a convertirme en una más? No, no lo soportaría. No quiero sólo sexo. ¿Qué es lo que quiero? No tengo ni idea... Haber tenido tanta seguridad en mi vida hace que ahora me sienta extremadamente insegura. Y lo que me agobia más no es no saber qué quiero, sino pensar que, tal vez, él no quiera lo mismo que yo.

—Tengo que irme. —Me levanto abruptamente de la cama.

—¿Ya?

—Son más de las doce, mañana trabajo.

Recojo mi ropa y me visto lo más rápido que puedo, pero procurando que no se note que estoy huyendo.

—¿No quieres darte una ducha antes?

—No, lo haré en casa, me gusta ponerme ropa limpia cuando me ducho.

Oigo que Sergio se levanta, se está vistiendo también.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—Yo también me voy, prefiero dormir en casa.

—¿Vas a volver ahora a Castelldefels? No seas tonto y aprovecha la habitación.

—Sin ti no tiene sentido quedarse.

Él termina antes que yo. Se acerca a la cadena de música y saca el CD, dejando la habitación en un incómodo silencio. Me doy cuenta de que está muy callado, perdido en sus propios pensamientos. Mi mente, que está de lo más cabrona esta noche, hace que me pregunte si se alegrará de que me vaya.

Cuando acabo de arreglarme, Sergio está de pie frente a la ventana, contemplando el precioso mar negro y el reflejo de las luces de la ciudad bailando sobre él.

Me detengo un momento, contemplándolo, preguntándome por qué estoy huyendo cuando lo que más deseo es abrazarlo y quedarme a su lado. No sé la respuesta, pero algo dentro de mí me sigue impeliendo a escapar.

—Son unas vistas preciosas —interrumpe mis pensamientos.

—Lo son. Gracias por esta noche, Sergio.

Se vuelve para mirarme con una sonrisa que no llega a sus ojos, recorre

los pasos que nos separan y me coloca un mechón de pelo, que se ha escapado de la coleta que acabo de hacerme, detrás de la oreja.

—Gracias a ti por quedarte, ha sido una noche perfecta, has hecho mis sueños realidad y has superado mis expectativas. —Su sonrisa se torna pícara y yo no puedo evitar corresponderle.

—Ha sido increíble, me alegro de haberme quedado, tú también has superado las mías.

Se inclina y me besa. Ya no hay rastro de esa cadencia que me instaba a sentir cada roce de sus labios, ahora vuelve a ser todo urgencia y pasión. Prendo al instante, me olvido de que me voy, de que estoy hecha un lío, de que no me fío de él... al menos durante un largo minuto. Cuando me encuentro rozándome contra su nueva erección me separo y doy un paso atrás.

—Me tengo que ir.

—Joder... —musita, pasándose la mano por el pelo—. Yo voy a tener que darme una ducha, no puedo bajar así —dice, acomodándose la erección que guarda en los pantalones. Sonríó al recordar ese mismo gesto el día que nos conocimos.

—Definitivamente, cortarte el pelo no ha disminuido tus fuerzas, amigo. Eres insaciable —bromeo.

—¿Es posible saciarse de ti? —pregunta muy serio.

Su comentario ilumina un poco la oscuridad de mis dudas. Le doy un casto beso en los labios antes de obligar a mis pies a caminar hacia la puerta.

—Adiós, Sergio.

—Adiós.

ADICTO

Veo a Dani dirigirse a la puerta. Se vuelve una última vez para guiñarme un ojo antes de cerrarla y dejarme solo.

Mierda.

No dudo de que tenga que trabajar mañana, pero soy muy consciente de que ésa no ha sido la razón de su precipitada huida; su actitud ha cambiado drásticamente en algún momento, todavía en la cama, mientras yo recuperaba el aliento, y me ha pillado por sorpresa. ¿Qué habrá pasado por su cabeza?

Ha sido todo tan... intenso. Jamás le había hecho el amor así a una mujer, disfrutando más al contemplar el placer que le daba que del mío.

Debería haberle preguntado qué le pasaba, pero conozco lo suficiente a las mujeres como para saber que no habría obtenido más que un escueto «nada». Así que, como no soporto que me mientan, he impedido que lo haga.

Voy al baño, vuelvo a desnudarme y me meto bajo el agua fría.

¿Qué le habrá pasado? ¿Le habrá parecido todo tan intenso como a mí? ¿Será por eso por lo que habrá huido? Su rostro en el instante en que ha alcanzado el éxtasis inunda mis párpados cerrados. Joder, el recuerdo es más fuerte que el agua fría.

A través del sonido de la ducha me parece oír unos golpes en la puerta. Saco la cabeza del agua y presto atención, vuelvo a oírlos.

¿Quién...?

Me envuelvo en una toalla apresuradamente, voy hacia la entrada y abro.

—Mejor voy a darme esa ducha —afirma Daniela, al tiempo que entra y cierra la puerta tras ella.

No digo nada, me limito a asaltar su boca sin hacer prisioneros. La abrazo fuerte, intentando que no se escape, la agarro del pelo y dejo que mi lengua le cuente lo mucho que me alegra que haya vuelto. Daniela recibe mi ataque con una pasión idéntica a la mía.

Joder, sólo he estado sin ella cinco minutos y ya la necesito como si hiciera siglos que no la veo; soy adicto a esta mujer.

Me dirijo hacia la ducha sin dejar de besarla y, sin importarme su ropa, la llevo conmigo bajo el chorro del agua, queriendo robarle las horas que necesite para secarla.

—¡Joder! ¡Mierda! ¡Está helada! —grita, mientras huye de mis brazos, lo que no me gusta nada.

Gradúo el agua para que salga caliente y alargo la mano para atraparla y volver a meterla bajo la ducha conmigo, no se resiste.

—Tranquila, en seguida entrarás en calor...

Nos besamos bajo el agua, que poco a poco se va calentando. Avanzo hasta que Daniela choca contra la pared y noto cómo se estremece al sentir las baldosas frías en la espalda. Pero no estoy dispuesto a dejarla huir de nuevo; ella tampoco lo intenta. El agua resbala por nuestras caras y bebo de sus labios.

Le desabrocho el primer botón de la empapada camisa y beso cada pedacito de su piel como si fuera un regalo, antes de continuar con el siguiente. Ella se agarra de mi pelo y echa la cabeza hacia atrás. Cuando tengo toda la camisa desabotonada, Daniela misma se la quita, se desabrocha el sujetador y lo lanza al suelo, mientras yo me deshago de la falda y las bragas. Ascendo besando su cuerpo hasta volver a sus labios y nos perdemos en un beso que me nubla por completo.

Tengo una necesidad imperiosa de colapsarla de placer, de colarme bajo su piel y que en lo único que pueda pensar sea en sentirme; a pesar de lo feliz que me ha hecho que haya vuelto, hay una parte mí que está furiosa porque haya huido primero, y quiere mostrarle por qué no debe volver a hacerlo. Mi mano desciende por uno de sus muslos y alzo su rodilla hasta mi cadera, me agacho y embisto para rozar con mi polla su sexo. Ella gime y me araña los hombros. La suelto y le doy la vuelta. Apoyo una mano en su vientre para apretarla contra mi pecho y luego descendo hasta llegar a su sexo. Con la otra le acaricio la columna vertebral, haciendo que se incline. Ella lo hace, doblándose hasta que su espalda queda en posición horizontal y se agarra al asa de la ducha.

Dios... está preciosa. Deslizo despacio mi mano entre sus piernas, juego con su sexo y luego subo a su culo. Tanteo su agujero, expectante por ver su reacción. Ella empuja contra mi dedo cuando lo siente. Le gusta.

—Voy a follarte el culo, Daniela —tiento mi suerte.

—Hazlo —me anima.

¿En serio? Su permiso es como un puto rayo en mi verga.

Me acuclillo detrás de ella y lamo su sexo, mientras continúo dilatando su ano con un dedo. Ella va empujando contra él, hasta que se cuele dentro por completo. Lo saco con cuidado y cierro el grifo con intención de volver al dormitorio. Dani se incorpora, se da la vuelta y me besa con un deseo que me muestra que está tan excitada como yo. La alzo sobre mis caderas y la conduzco a la cama.

Caemos juntos sobre el colchón y nos reímos, no demasiado rato, pues nuestras ganas del otro se han renovado con más fuerza que nunca. Me sonrío traviesa y emocionada, y yo le devuelvo el gesto. «Sí, nena, vamos a jugar.»

Me pongo de rodillas atrapando entre mis piernas una de las suyas y le alzo la otra sobre mi hombro, mientras beso su piel. Ella se acaricia los pechos y el vientre sin dejar de mirarme.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Voy a tener mucho cuidado. Sé que no hace falta decirlo... pero si en algún momento te hago daño, dímelo, por favor.

Le doblo la rodilla, beso su pie y lo pongo sobre mi pecho; ella me acaricia con él y asiente con una ceja levantada y un gesto que dice «Ni lo dudes», antes de volver a estirar la pierna. Me río. Sí, no hacía falta decirlo, pero yo me quedo más tranquilo.

Me chupo dos dedos para lubricarlos y vuelvo a penetrarla por detrás con ellos. No me cuesta mucho traspasar su anillo de músculos, ya dilatado previamente en los juegos del baño. Ella, por su parte, empieza a acariciarse el clítoris. Dios... la imagen es increíble. No puedo esperar más, me humedezco la polla y la encaro a su objetivo.

Daniela me mira con cara de excitación, mordiéndose el labio; parece que a los dos nos da el mismo morbo la situación.

Con la otra mano me agarro de su muslo y empiezo a hacer presión. Ella se arquea, empujando también contra mí, al tiempo que agarra con fuerza las sábanas con ambas manos. Siento la resistencia un momento, hasta que al fin cede y me da acceso al paraíso.

Daniela grita y luego coge aire.

—¿Te he hecho daño? —pregunto asustado, retirándome con cuidado.

—¡No, no! Hazlo otra vez... —me pide suplicante.

Repito el movimiento, esta vez es mucho más sencillo entrar. Vuelve a gritar, ahora puedo distinguir el placer en su rostro. Entro muy lentamente,

más pendiente de ella que de la increíble sensación de su cuerpo asfixiando mi polla. Tiene la piel completamente erizada, los pezones comprimidos y duros, más erectos de lo que se los he visto nunca. Me llaman a gritos; quisiera poder paladearlos en mi lengua, disfrutar de su dureza y suavidad, pero no puedo moverme sin deslizarme más adentro. Al final son sus propias manos las que suben por su piel y sus dedos los que los atienden, apretándolos. Joder... no voy a aguantar mucho. Su imagen, sus movimientos... Daniela es la definición del erotismo. Me retiro y vuelvo a empujar, una, dos, tres veces, cada vez más profundo, embebiéndome de cada uno de sus gestos.

—¿Te gusta? —le pregunto, cuando al fin me hundo por completo en ella. Aunque es más que evidente que sí, quiero oírse lo decir.

—Me... encanta —responde con la voz estrangulada—. Más, Sergio, más rápido.

—No voy a aguantar mucho, Daniela, estoy demasiado excitado y no soy capaz de dejar de mirarte...

Como respuesta, sus manos se dirigen de nuevo a su clítoris y empieza a masturbarse.

Yo cuelo una mano entre nuestros cuerpos y penetro su sexo con dos dedos.

—Dios, Sergio, sí.

¡La hostia!

Daniela no tarda mucho en correrse, las contracciones de su sexo atrapan mis dedos y reverberan en el mío, su cuerpo me devora. Me rompe... Cuando he terminado de absorber cada uno de sus latigazos de placer, dejo de contenerme, salgo de ella y me corro sobre su vientre.

—Joder... —exclamo sin aliento.

Daniela pasa un dedo por el rastro de mi semen y luego se lo introduce en la boca, probándolo. Definitivamente, esta mujer sabe cómo volverme loco...

Me tumbo sobre ella, pringándome de mis propios fluidos, y la beso agradecido, maravillado, consciente de que esta noche con Dani sólo va a agravar la locura con que la deseo; de que nunca, en toda mi vida, había sentido nada tan intenso como lo que he vivido con ella.

—Eres increíble —le susurro.

Veo que sonrío con timidez por primera vez desde que la conozco.

—Estoy agotada, y pegajosa...

—No te muevas.

Me levanto, entro en el cuarto de baño, abro el grifo de la bañera, mojo una toalla y me limpio. Veo la ropa de Daniela tirada y la tiendo en los colgadores. Cuando salgo, ella tiene los ojos cerrados. Limpio el semen de su vientre con la toalla húmeda.

—¿Te habías dormido? —le pregunto cuando abre los ojos. Niega con la cabeza—. Vamos a darnos un baño.

Cierro el grifo de la bañera y compruebo la temperatura.

Dani se levanta y me abraza por la espalda. Me doy la vuelta, le doy un beso y la ayudo a entrar en el agua. Me coloco detrás y ella apoya la cabeza en mi hombro. Cojo la pastilla de jabón y empiezo a lavarla.

—Esto es el cielo —dice.

Quiero preguntarle por qué se ha ido antes, y también por qué ha vuelto después. Pero está tan relajada, tan tranquila, que no quiero incomodarla. Lo importante es que está aquí, ¿no?

—¿Qué hora es? —susurra.

—La una y media. Me temo que estoy incumpliendo mi promesa — respondo al mismo volumen.

—Tengo que dormir.

—¿Te quedas?

—Sí.

Sonrío satisfecho.

Después de secarnos, nos tumbamos en la cama.

—Ven —le pido, levantando un brazo para que se acomode en él.

Ella se acurruca contra mi cuerpo y yo la abrazo. Respiro hondo y dejo que su olor a jabón me penetre: es delicioso.

Es curioso, no me había dado cuenta hasta este momento en que está sin maquillar, cansada y acurrucada a mi lado, de lo pequeña que es, de que tuviera un aspecto tan frágil. Siempre se muestra tan segura, tan a punto de saltarte a la yugular, su mirada es siempre tan salvaje...

—Dani...

—¿Hummm? —contesta.

Cuando ve que no digo nada, levanta la cabeza y me mira.

No, ahora no hay absolutamente nada amenazante en ella, ni retos, ni sexo... Sólo unos preciosos ojos almendrados tranquilos y soñolientos. Sólo un rostro dulce y encantador. Es como si la viera por primera vez y me encanta lo que veo.

—Buenas noches —musito, inclinando la cabeza para besarle la nariz.
—Buenas noches.

INCENDIOS VIRTUALES

Me despiertan los débiles rayos del sol prendiendo el mar. Me levanto de la cama con cuidado para no molestar a Sergio, me pongo el albornoz y me acurruco en el diván al lado de la ventana, hipnotizada por la belleza del amanecer. Barcelona combina en estos momentos la iluminación artificial con la tenue luz natural; hay un incauto saludando al día en el agua. Me arrebujo más en el albornoz y suspiro, soñolienta y melancólica.

Miro hacia la cama y sonrío. Sergio se ha desparramado por todo el espacio y respira de forma regular. Está boca abajo, destapado y totalmente desnudo. Me escuecen las manos de las ganas que tengo de dibujar su silueta perfecta, su musculosa espalda, la curva de su culito redondo, y esos enormes brazos capaces de engullirme, de llevarme a otro mundo con él.

Suspiro otra vez y me dirijo al baño. Mi ropa está más tiesa que la mojava, pero seca. Me la pongo, me arreglo con las cortesías del hotel y me dirijo al escritorio con la intención de escribirle una nota a Sergio. No se me ocurre qué decirle. Miro la hora, las ocho de la mañana, me siento a su lado y le acaricio el pelo.

—Hola —me saluda con un solo ojo abierto, dándose la vuelta para mirarme.

—Buenos días, Sansón. Menudas vistas —bromeo, al tiempo que le doy un repaso.

—Impresionantes, ¿verdad? —responde, mirando hacia la ventana.

—Tentadoras...

Me mira y se percata de que hablo de él. Me regala una perezosa y pícara sonrisa.

—Es una pena que tenga que irme y no pueda disfrutar de ellas.

—¿Te tienes que ir ya? —Frunce el ceño y me pone ojitos tristes.

—No, me tenía que ir anoche. Así que no puedo dejar que me tientes más.

Alarga su enorme mano y la posa sobre mi mejilla, mirándome a los ojos. Nos sostenemos la mirada durante un largo segundo; la intensidad de la suya hace que se me erice la piel. Antes de que me desborden las emociones, me acerco a él, le acaricio la nariz con la mía y le doy un suave beso en los labios.

—¿A qué hora terminas? —me pregunta cuando me levanto de la cama.

—A las diez, pero luego he quedado con las chicas.

—¿Podemos vernos mañana?

Sonrío sin disimular mi felicidad.

—Vale.

—Mañana te mando un mensaje y quedamos, no lo ignores.

Me río de su cara enfurruñada al añadir esto último.

—No lo haré. Hasta mañana, guapo. Sigue durmiendo.

Salgo de la habitación. Cuando las puertas del ascensor se cierran, me miro en el mismo espejo que anoche me insultaba al huir de allí y que ahora me devuelve una sonrisa satisfecha porque conseguí vencer mis miedos.

—¡Coño, qué susto! —grita Sandra cuando cierro la puerta, asustándome a mí también. Me mira asomada a la puerta de la cocina con un cuchillo en la mano—. ¿De dónde vienes? Creía que estabas durmiendo en tu habitación.

Ella también lleva la ropa de ayer y el rímel corrido, ha debido de llegar hace poco.

—¿Y tú?

—Yo vuelvo ahora de marcha; sólo bailar, nada destacable. Pero no cambies de tema, ¿de dónde vienes, perraca?

—Del Vela. Resulta que la cena que preparaba era para Sergio y para mí. He pasado la noche con él.

—¡Por fin te lo has tirado! —Levanta la mano para que se la choque y yo lo hago riéndome.

—Sí. Espectacular —le confirmo, subiendo y bajando las cejas—, pero te lo cuento esta noche. Ahora tengo que ducharme y arreglarme. He quedado con Pau a las once, tenemos un evento.

—Mejor, estoy tan cansada y borracha que seguro que cuando me despierte no me acordaré de nada. —Se termina su taza de Cola Cao, se acerca y se acurruca contra mí para que la abrace. Lo hago y le doy un beso en su enmarañado pelo violeta.

—Dulces sueños, princesa.

—No trabajes mucho —me pide, camino ya de su dormitorio.

Cuando vuelvo por la noche, el olor a lasaña me lleva de la portería hasta la puerta de mi casa como una mano de humo incitándome a seguirla, igual que en los dibujos animados. Al entrar encuentro a mis amigas poniendo la mesa.

—¡Estás aquí! —grita Sandra, emocionada.

Las beso a ella y a Abril mientras me lamento:

—¡Dios! No me digáis que me vais a aplicar un tercer grado, estoy agotada.

—No, no. Un tercer grado no, dejaremos que nos lo cuentes tranquilamente, a tu ritmo.

Niego con la cabeza, resignada, y me siento con ellas alrededor de la mesita de centro. Empezamos a comer y no dilato más lo inevitable. Les cuento todo lo que pasó anoche, escatimando algún que otro detalle morboso que me avergüenza decir en voz alta; ellas escuchan en silencio hasta que llego a la parte de mi huida al baño, el tanga y el camarero, donde ambas ríen a carcajadas, contagiándome; cuando conseguimos parar, sonrío al recordar a Sergio pidiéndome que me imaginara contándoselo a mis amigas, ¡qué listo el cabrón! Termino mi relato con el baile y con cómo acabamos haciendo el amor, porque no puedo llamarlo de otra manera.

—Pero ¡qué tierno! —comenta Sandra.

Abril asiente, asombrada y algo emocionada.

—Fue... Bufff... No sé cómo describirlo. Sus palabras, su forma de tocarme, de mirarme; sobre todo su forma de mirarme... Durante todos estos meses he estado luchando para resistirme a él, advirtiéndome a mí misma de que sólo podía traerme problemas y, a pesar de todo lo que ya había pasado esa noche, hasta ese momento no sentí que todas mis resistencias se desmoronaban, hechizada por esa mirada que no abandonó mis ojos ni un solo

segundo, ni cuando bailamos ni cuando hicimos el amor... —Niego con la cabeza, frustrada, me faltan las palabras y no paro de gesticular con las manos, como si pudieran ayudarme a encontrarlas—. Me despojó de todo lo que no fuera él y me rendí por completo y, joder, lo que sentí fue mucho más fuerte de lo que esperaba. Pero cuando terminamos, cuando se rompió el vínculo de nuestras miradas..., no sé, me cagué de miedo, chicas. Fui consciente del poder que le estaba entregando, de lo que Sergio podría hacer con él... Le dije que tenía que trabajar al día siguiente y salí huyendo de allí.

Ambas me miran preocupadas.

—Pero has vuelto a casa por la mañana. —Sandra cae en la cuenta.

Yo sonrío antes de explicarme.

—Sí. En el ascensor tuve una especie de revelación. ¿De qué estaba huyendo? Ese hombre me había hecho sentir más viva que nunca; y él..., él también se había entregado tanto o más que yo. Me pregunté por qué estaba marchándome cuando lo que más deseaba en el mundo era seguir a su lado. ¿Desde cuándo soy una cobarde?

—Ese hombre te hace sentir vulnerable —responde Abril.

—Sí, es verdad. Y es la primera vez que un tío hace que me sienta así, os aseguro que estoy acojonada. Pero ¿acaso él no se sentirá igual? Imaginad que hubiera sido al revés, que Sergio hubiera salido corriendo después de eso... Joder, me habría destrozado. Me di cuenta de lo injusta que estaba siendo con él y conmigo misma.

—Te estás enamorando, cariño —dice Sandra con ternura.

—Creo que sí —confieso, sin ocultar mi emoción.

Miro a Abril esperando su veredicto, ella y yo somos las cónicas del grupo y, de alguna manera, siento que la traiciono si me rindo ante un hombre.

—Me alegro, corazón, de verdad. —Me coge la mano, interpretando mi mirada—. Sé que no tengo que prevenirte; eres una chica lista, no dejarás que nadie te pisotee.

—Por supuesto que no —contesta Sandra por mí.

—Entonces volviste. —Abril me anima a continuar.

—Volví.

—¿Qué dijo él?

Frunzo el ceño, intentando recordar.

—Creo que no dijo nada... Pero os aseguro que su expresión fue de alivio absoluto. Me besó con desesperación, como si no hiciera sólo unos minutos

que me había marchado. Salía de la ducha, estaba empapado y el agua todavía se oía en el baño. Me arrastró hacia allí y me metió bajo el chorro, vestida y con agua helada, el muy cabrón... —Me temo que mi sonrisa desmiente mi fingida indignación—. Y volvimos a hacerlo, más caliente todavía, más salvaje.

—Cuatro en una noche —saca las cuentas Sandra, con expresión pícaro.

—Va a ser que no folla de pena —añade Abril, riéndose.

—No —respondo contundente—. Folla como un dios. Han sido cuatro impresionantes polvos en una noche y no sabría con cuál quedarme. Ese hombre sabe lo que se hace, amigos. Nunca había estado con nadie más cabrón, ni más tierno, ni más cerdo, ni más... potente. Es puro morbo en cualquiera de sus facetas.

—¿Habéis quedado en volver a veros? —pregunta Sandra entre risas, tras mi elocuente descripción del sexo con Sergio.

—Mañana —afirmo y noto que mi nueva sonrisa de bobalicona aparece en mi rostro.

Mis amigas, que son muy solidarias, me devuelven una del mismo calibre.

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Sábado, 20 de febrero, 00.03

Asunto: 1.ª cita consentida

¡Hola, preciosa!

¿Cómo ha ido el trabajo? ¿Y el interrogatorio de tus amigas? ¿A que se han reído con lo del tanga? ¿Tenemos su beneplácito? ¿Has estado sonriendo todo el día igual que yo? ¿Es demasiado pronto para decirte que te echo de menos? ¿Paso a recogerte mañana, a las 13.30 por tu nueva oficina?

Te mando un beso con lengua: lento, profundo y eterno.

Sansón, ahora sí, bendecido por los dioses.

De: Daniela Camps

Para: Sergio Ballester

Sábado, 20 de febrero, 1.10

Asunto: 2.ª cita (la de ayer, a pesar de la sorpresa, también fue consentida)

¡Hola, guapo!

Agotador, pero todo ha salido perfecto, como siempre. Exhaustivo y, sí, casi se mean encima. Sí. Sí. No, yo también lo he hecho. Prefiero que vengas a casa, quiero pasar antes para arreglarme. ¿Tienes pensado adónde quieres ir?

Los besos los prefiero en persona, pero hay que reconocer que hasta por escrito besas de lujo. Te mando uno de vuelta, sujetándote del pelo fuerte y arrasando con mi lengua la tuya; posesivo, urgente; de los que desintegran la ropa y obligan a nuestros cuerpos a ser sólo uno casi sin darnos cuenta...

Dani

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Sábado, 20 de febrero, 1.12

Asunto: RE: 2.ª cita (la de ayer, a pesar de la sorpresa, también fue consentida)

¿Tú quieres matarme? Te necesito aquí y ahora. Tienes un fuego que apagar...

Sergio on fire.

P.D.: Se me olvidaba... Si te parece bien, quería llevarte a un restaurante que se llama El Calafate, hacen una carne argentina deliciosa; pasaré por tu casa a buscarte.

De: Daniela Camps

Para: Sergio Ballester

Sábado, 20 de febrero, 1.14

Asunto: RE: 2.ª cita (la de ayer, a pesar de la sorpresa, también fue consentida)

He buscado el restaurante por internet, me parece bien. Ven a casa a las dos.

Y no, no tengo ninguna intención de matarte, todavía no he terminado contigo, machote; pero tendrá que ser mañana. Ahora estoy reventada, en la cama con un ojo cerrado y una mano metida en mis bragas... y necesito las dos, así que voy a tener que dejarte.

Dani, atendiendo sus propios fuegos.

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Sábado, 20 de febrero, 1.16

Asunto: RE: 2.ª cita (la de ayer, a pesar de la sorpresa, también fue consentida)

Joder... ¿de verdad vas a dejarme así? Eres muy buena en esto... como en todo. Mi mano ha seguido la misma dirección que la tuya y estoy imaginándote en tu cama, tocándote...

Buenas noches, preciosa, piensa en mí... entre tus piernas.

Sergio

ENTRECOT AÑOJO

Tumbado en el banco de pesas, levanto la barra. La he cargado con diez kilos más de lo habitual. La bajo hasta mi pecho despacio y después hago acopio de todas mis fuerzas para volverla a levantar; la tensión de mi pecho y mis brazos es máxima, pero tras el primer esfuerzo lo hago sin problema, el resto de la serie fluye con relativa facilidad.

El sobreesfuerzo físico lleva siendo mi vía de escape desde que empecé con el deporte. Me ayuda a concentrarme tanto física como mentalmente en algo y hace que me olvide de todo lo demás. O al menos me ayudaba hasta hace unas semanas... Desde el día en que conocí a Daniela, para ser exactos, ya no funciona. No voy a negar que al principio tenía la esperanza de deshacerme de esta obsesión en cuanto consiguiera tirármela, que el hecho de que fuera la única tía que se me había resistido de esta manera fuese lo que me tenía como un depredador enloquecido persiguiendo el rastro de sangre de su presa.

Pero no ha sido así, mi cuerpo sigue pidiéndome más; su rostro es lo único que veo cuando cierro los ojos. Y ya no es sólo el deseo. Haber trabajado con ella, las charlas, las estrategias para conquistarla... todo lo que hemos vivido ha hecho que acabe conociendo a la persona que hay detrás de la mujer compleja, salvaje y explosiva, además de divertida y ocurrente, y me tiene completamente fascinado. Creo que encajamos, que podemos ser amigos además de amantes. Joder... Es que es la mujer ideal para mí en la cama: provocadora, juguetona, sin tabús...

«No rememores a Dani en la cama, o al final podrás levantar las pesas con la polla», me digo. Buscando otro pensamiento, mi mente salta a los mails que nos enviamos anoche, pero la situación no mejora demasiado. «¡Mierda, piensa en otra cosa!», me ordeno, notando cómo la serpiente inquieta empieza a revolverse en mis pantalones.

Sólo me faltan cinco flexiones para terminar la serie, y como sacar a Dani de mi mente es misión imposible, me dedico a planear cómo voy a contarle la historia de mi adicción, porque no me parece justo empezar un

rollo con alguien sin que sepa esa parte de mi vida.

Cuando termino, la enorme y blanca sonrisa de Nico aparece en mi campo de visión; me ayuda a poner la barra en el soporte.

—¡Hey, tío!

—¿Qué pasa?

Le pego una palmada en la espalda cuando me levanto y él me la devuelve con la misma fuerza.

—¿Un Aquarius? —me propone, mientras yo me seco el sudor con la toalla.

—Pero si tú ni has empezado —le digo, echando un vistazo a su ropa de deporte impoluta.

—Es que anoche perdí mucho líquido —explica con sonrisa de cabrón—, tengo que recuperarlos antes del ejercicio.

—¿Nuevo ligue?

—Ya es viejo ligue, pero estuvo bien.

Llegamos a la máquina, nos sacamos un par de bebidas y nos sentamos a una mesa.

—¡Cuenta, tío! ¿Cómo fue el jueves? ¿Domaste a la fierecilla?

Pongo cara de derrota y, tras la colección de calabazas que me he llevado con Daniela, a mi amigo no le cuesta nada creerme.

—¿En serio? ¿Con la que montaste? ¡Qué tía más dura, joder! Vale que está buena, pero ¿estás seguro de que valdrá la pena tanto esfuerzo?

—Valió la pena tanto esfuerzo —lo corrijo, sin poder reprimir más mi sonrisa triunfal.

—¡Cabróón!

Nico alza la mano por encima de la mesa y la chocamos con fuerza.

—Es una tía dura, pero al final no pudo resistirse —anuncio orgulloso, moviendo las cejas.

—Menos mal, habría sido el plantón más caro de la historia. ¿Y qué tal? ¿Crees que a partir de ahora podrás pensar ya en otra cosa?

—Qué va, tío... Ahora tengo más ganas de volver a pillarla que nunca.

—¿Tan buena es?

—Mejor. Es increíble. —Un flash de ella sentada en el diván, sonriéndome con malicia y abriendo las piernas, hace que mi polla se desperece. «Quieta, fiera.»

—¿Increíble? —repito mi amigo con sarcasmo, alzando una ceja.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. Increíble es genial.

—Increíble es más que genial, chaval; es perfecta. —Miro el reloj—. Y he quedado con ella en un par de horas para comer, así que tengo que dejarte.

Me termino la bebida de un trago, me levanto y lanzo el envase a la papelera.

—¿Has quedado con ella para comer? —repite, acompañándome de camino al vestuario.

—¿Qué coño te pasa con las preguntitas, tío?

—No se queda para comer con una tía a la que ya te has tirado, aunque quieras tirártela otra vez. Ya no hace falta.

—Eres un cerdo —le espeto, abriendo la puerta del vestuario de personal. Él me sigue.

—¡Qué cabrón! La frase es tuya.

—Dani no es sólo un rollo de una noche, somos amigos —declaro, mientras me quito la camiseta.

—Ya, amigos... Te ha echado el lazo, colega. Esa tía te ha tenido persiguiéndola como un perrito detrás del beicon y ha sabido cuándo dejar que lo pruebes para que ya no quieras comer otra cosa.

Lo miro con escepticismo, este tío flipa.

—Primero, Daniela no es beicon, es un entrecot de ternera de añojo argentina, al punto y preparado a la piedra; y segundo, que la ternera sea mi plato favorito no significa que sólo me alimente de eso.

Me quito el pantalón, cojo una toalla limpia y me dirijo a las duchas.

—Estás loco por ella —afirma mi amigo, apoyándose en la puerta y burlándose de mí mientras yo empiezo a ducharme.

Saco la cabeza del chorro del agua y respondo:

—Somos amigos, estamos conociéndonos. Además, a ella tampoco le va el rollo parejitas. Es como yo.

—Sigue soñando.

—¿Por qué no te agachas aquí y me la chupas?

—Que te la chupe tu amorcito después de invitarla a comer —replica Nico, dándose la vuelta y marchándose.

—¡Que te jodan, cabrón! —le suelto a gritos.

—Ya voy servido, gracias —me llega su respuesta antes de oír cómo se cierra la puerta del vestuario.

DE LA MANITA DE TU SINCERIDAD

Suena el timbre de la puerta. Corro al interfono, respiro hondo para calmarme y contesto:

—¿Sí?

—Soy Sergio.

Su voz hace que me estremezca.

—Ahora bajo. —Cuelgo el telefonillo y grito para que Sandra me oiga—: ¡Me voy!

—Pásalo bien, cielo.

Abajo encuentro a Sergio apoyado contra la puerta de su enorme Land Cruiser. Lleva la cazadora de cuero de malote, unos pantalones negros ajustados y gafas de sol.

Tremendo...

Cuando me ve, sonrío de medio lado y yo tengo que hacer un gran esfuerzo para no derretirme en el sitio primero y lanzarme a sus brazos después.

—Hola, bonita.

—Hola, hombretón.

Se acerca a mi boca y me acaricia la nariz con la suya antes de darme un suave beso en los labios. Al separarnos nos miramos a los ojos, ambos hambrientos de repente, y no podemos resistirnos: nos volvemos a besar. Esta vez es un beso lento y profundo, y tan eterno como nos permite nuestra necesidad de respirar; después, él apoya su frente en la mía y lanza un pequeño gruñido de necesidad.

—Vámonos ya o no respondo —dice en tono resignado al apartarse.

Me abre la puerta del copiloto, trepo al asiento mientras él da la vuelta y entra también.

Nos dirigimos al barrio del Eixample. Por el camino me interroga sobre el evento de ayer.

Aparca a unas calles del restaurante.

Mientras caminamos, nuestras manos se rozan de forma casual, al menos por mi parte, y él aprovecha para entrelazar sus dedos con los míos de manera tan lenta que el gesto se convierte en una caricia incendiaria. Mi piel reacciona de un modo extraño cuando la toca, es como si el sentido del tacto se elevara a la enésima potencia y las vibraciones que crean la fusión de su piel con la mía se extendieran de inmediato por todo mi cuerpo... Está claro que no he sido capaz de disimular todo esto, pues él me está mirando con una sonrisa engreída.

Dentro del restaurante, me aparta la silla caballeroso para que tome asiento.

—Bueno.

—Bueno —repito.

Ambos estamos algo cortados de repente, parecemos idiotas. Sospecho que la culpa es de la tensión sexual que estamos conteniendo. Un camarero nos entrega las cartas y nos pregunta si sabemos qué queremos beber. Sergio pide un vino que no conozco.

—¿Tienes hambre? —pregunta cuando el muchacho se ha ido.

«Tengo hambre de ti», pienso, pero decido callármelo.

—Un poco.

—El entrecot añojo está delicioso y si te gustan las texturas blandas, las mollejas también.

—Las probaré. —Dejo la carta sobre la mesa y le sonrío con picardía; él levanta una ceja—. ¿Qué tal dormiste anoche?

—Calentito y pensando en ti —responde divertido.

—Yo también. No tardé nada en apagar el incendio, sobre todo al pensar en tu cabeza entre mis piernas. Aunque he de confesar que hay brasas que he sido incapaz de extinguir yo sola...

Sergio se remueve en su asiento. Su mirada lo delata, se está poniendo cachondo.

El camarero nos interrumpe con el vino. Ambos nos colocamos bien en nuestras sillas, pues estábamos inclinados el uno hacia el otro. Lo sirve primero en la copa de Sergio, que lo remueve antes de olerlo y lo prueba sin demasiada parsimonia; asiente hacia el camarero y éste llena mi copa, después toma nota de nuestro pedido y se retira.

—O cambiamos de tema o nos vamos de aquí —me advierte Sergio.

—¿No te gusta hablar de sexo? —lo provoco.

—Joder, Dani, me encanta hablar de sexo, pero odio no poder practicarlo. Hemos jugado ya demasiado a eso. Yo... Hoy quería que quedásemos en un lugar neutral para poder contestar a las preguntas que la otra noche se quedaron en el aire. No quiero que pienses que deseo ocultarte algo así.

Dejo la coquetería de lado al ver su gesto grave.

—¿Sobre lo de las drogas? —pregunto.

No es algo en lo que haya pensado demasiado, me dijo que lo había dejado y le creí; y las emociones que se desataron después de aquello han estado ocupando mi mente por completo.

—Sí.

—No tienes que contarme los detalles si no quieres —señalo al notar su incomodidad.

—Quiero hacerlo.

Su mirada es intensa y decidida, a pesar de que se lo ve tenso. Me doy cuenta de que es algo muy importante para él y valoro que me lo quiera contar. Suspira hondo y toma un trago de la copa antes de empezar a hablar:

—Me metía coca —dice muy deprisa—. Como casi siempre en estas mierdas, al principio sólo la tomaba cuando salía de fiesta. En aquella época estaba bastante agobiado por el curro, demasiadas horas extras, demasiado estrés..., así que me desmadraba bastante cuando salía. Después fui dándome motivos e inventándome excepciones para meterme también los días laborales: un partido por la noche, una mala resaca... Cuando quise darme cuenta, consumía todos los días. En mi empresa hacían controles de estupefacientes aleatorios... No era muy habitual, pero un día me tocó. Yo iba hasta arriba, así que me negué a hacerlo. Al día siguiente presenté mi dimisión.

—Joder, Sergio... Lo siento. —No sé qué más decir, puedo imaginar lo difícil que debe de ser reconocer algo así en voz alta.

—Yo no. Fui un irresponsable, es una suerte que lo que me abriera los ojos fuera un control, en vez de tener que lamentar una desgracia. Mi trabajo no era vigilar puntitos en una pantalla, sino asegurarme de que cientos de personas llegaran a salvo a su destino.

Alargo la mano y aprieto la suya.

—Entiendo que te reconcoma algo así, pero lo importante es que no pasó nada, y aquello te sirvió de toque de atención para abrirte los ojos. ¿Te costó mucho desengancharte?

—Dos años de tratamiento: clínica, seguimiento, psicólogos... No se trata

sólo de conseguir dejarlo, sino de asegurarse de que no vas a volver a caer. Así es como llegué al deporte. Mi psicólogo me recomendó que hiciera algo que desviara mi atención y me sugirió ir al gimnasio. Entonces descubrí que el esfuerzo físico quemaba mi ansiedad, disminuía toda mi frustración por lo mucho que me costaba controlarme y me ayudaba a no mandar la desintoxicación a la mierda. Tuve que pelear durante mucho tiempo contra esa voz que me susurraba por las noches: «Sólo una más...».

—Lo sé, tengo amigos que han pasado por eso. ¿Estuviste mucho tiempo en la clínica?

—No, un mes y algo, lo que tardé en desintoxicarme, después el seguimiento era ambulatorio. En realidad no es difícil dejar de meterse cuando estás encerrado entre cuatro paredes y a tu alrededor todo es apoyo, lo complicado es hacerlo cuando vuelves a tu vida, cuando tienes que luchar solo contra tus demonios. Tuve que dejar de ver a buenos amigos; para superarlo hay que alejarse de la gente que consume y que puede hacerte recaer. Me dieron el alta definitiva hace apenas unos meses, aunque hace más de dos años que no me meto nada.

—¿Aún te tienta?

—No. Tengo clarísimo que nunca volveré a eso —contesta rotundo.

—Me alegro. Te creo. —Le sonrío, sintiéndome feliz por él—. Es una historia dura, pero de superación. Tienes que sentirte muy orgulloso de haber ganado esa batalla. Gracias por confiar en mí.

Entrelazo los dedos con los suyos; él suspira, como si se hubiera quitado un peso de encima al contármelo. Me muero de ganas de abrazarlo, pero en seguida se pone tenso otra vez.

—No podría haberlo hecho solo, hubo una amiga que me ayudó muchísimo. La viste en la inauguración, aunque no tuve ocasión de presentártela.

Levanto una ceja a la espera, su lenguaje corporal enciende una luz de advertencia en mi cerebro.

—¿Quién? —pregunto, al ver que no dice nada más.

—Soraya. La chica con la que... me besé.

Algo agrio se revuelve en mi estómago al oír su nombre. No puedo evitarlo.

—En mis dos eventos —puntualizo, retirando mi mano de la suya para beber un buen trago de vino.

—En tus dos eventos —repite resignado—. Nos presentaron cuando yo todavía trabajaba en el aeropuerto. Era novia de una compañera de trabajo con la que solía salir de fiesta, ambos desfasábamos bastante... Cuando dejé el curro y me metí en desintoxicación, perdí el contacto con ellas. Me reencontré con Soraya tiempo después. Me contó que había roto con mi amiga por culpa de la coca, una cosa llevó a la otra y yo le conté por lo que estaba pasando. Se autoproclamó la guardiana de mis tentaciones —me cuenta con una sonrisa cariñosa— y ha estado a mi lado desde entonces, aguantando mis bajones, sosteniéndome cuando creía que iba a caer... Es mi mejor amiga, le debo muchísimo.

—Me alegra que tuvieras a alguien así a tu lado —afirmo distraída y sin sentimiento.

Y no es que no lo piense de corazón, pero joder, son demasiadas cosas... Me duele hasta el estómago. Me mantengo en silencio, intentando asimilar la nueva información y controlar la angustia que ha despertado en mí esta última parte de su historia, para no dejarme llevar por ella. Decenas de pensamientos cruzan mi cabeza, tantos que ni siquiera puedo entenderlos todos. Hay una pequeña parte de mí que entiende que esa chica lo ayudó y que forma parte del episodio que me está contando. Pero en sus palabras creo entrever una advertencia... Soraya forma parte de su vida, es muy importante para él y no va a desaparecer, lo que no sería un problema para mí si esa tía no fuera con la que se besuqueó delante de mis narices, la mujer con la que me despertó unos celos que nadie me había hecho sentir antes, y que en este preciso instante corren por mis venas como un líquido gélido y metálico que ha sustituido a mi sangre y que hace bombear mi corazón a un ritmo inhumano.

¿Están enrollados, significando tanto el uno para el otro? ¿Tienen una relación abierta? ¿Pretende que yo acepte esta situación? Espera... ¿Cómo coño encaja en todo esto que ella sea lesbiana?

El camarero aparece y nos sirve los platos.

—¿Ella es lesbiana?

Él, que ha esperado en silencio a que asimilara todo esto, parece extrañarse de mi pregunta.

—Sí, bueno, la mayor parte del tiempo —responde enigmático.

—¿Qué quieres decir?

—En realidad, exceptuándome a mí, sólo le gustan las mujeres.

—¿Es bisexual?

—Ella te diría que no; no ha estado con ningún otro hombre que no sea yo. —Y cuando lo dice, el cabrón sonrío orgulloso.

Gilipollas.

—¿Sois una especie de amigos con derecho a roce?

—Es más que eso... Pero supongo que sí, con derecho a roce, pero ante todo somos amigos.

¿Es más que eso? ¿Qué pretende decirme? Joder, ¡quiere una relación abierta!

Las manos me empiezan a sudar... No, seguro que lo estoy interpretando mal.

—A mí nunca me han funcionado ese tipo de amigos... —le digo para hacer tiempo y para intentar sonsacarle más información—. Siempre hay alguien que termina enamorándose y al final la amistad se rompe.

—¿Te ha pasado a ti? ¿Te has enamorado alguna vez de un amigo?

—No... Siempre ha sido al revés. Nunca me he enamorado. —Y al decirlo mi estómago salta y mi mente me susurra: «Hasta ahora».

—Dudo que Soraya y yo corramos ese riesgo. A ella nada más le gustan las mujeres y yo tengo las cosas muy claras. Lo nuestro es sólo sexo.

¿«Lo nuestro es solo sexo»? Está claro que pretende que acepte su relación. Después de todo por lo que hemos pasado, debería saber que no voy a hacerlo, se lo dejé claro en la inauguración. Continúa hablando:

—Ella fue quien me invitó a la fiesta del barco. Quería que nos enrolláramos allí para que su exnovia nos viera; creía que así dejaría de acosarla. Yo no tenía ni idea de adónde iba; de hecho, si hubiera sabido quién era la organizadora no habría ido...

¿Se supone que eso es una excusa?

—¿Y en la inauguración? —pregunto, ya claramente a la defensiva. Sergio se encoge en su asiento—. ¿Allí os besasteis porque os apetecía o también para joder a alguien en particular?

—Estaba cabreado, Dani. Me dijiste cosas horribles, la besé sólo para herirte.

Se dedican a putear a sus respectivos ligues. Qué bonito... Definitivamente, ya soy toda furia.

—¿Ves por qué no quería hablar de este tema en su momento? Ahora vuelvo a estar furiosa por algo que ya había olvidado.

—Necesito que entiendas que no estaba jugando a dos bandas.

¿Que no estaba jugando a dos bandas? Este tío flipa. Eso es precisamente lo que hacía, y está claro que es lo que pretende seguir haciendo. A dos bandas como mínimo... No puedo más.

—¿Qué quieres exactamente de mí, Sergio? ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Pretendes que asuma tu vida sexual y me suba al mismo carro que las demás?

Su cara se descompone y me mira como si le hubiera preguntado si cree que hay vida en Marte.

—No. No es eso... —titubea y se calla.

Un silencio que lo dice todo.

—No tienes ni puta idea de lo que quieres.

—Sí la tengo, me encantas y quiero seguir viéndote y conociéndote.

—No es suficiente y lo sabes.

Estoy alucinando, no sé quién es el tipo que tengo delante. ¿Dónde está el Sergio de hace dos noches, el que con cada gesto parecía entregarse por completo, el que derribó mis muros con sus miradas y su forma de tratarme?

Desde que empecé a luchar para alejarme de él, sus otras relaciones siempre han sido el problema, y Sergio lo sabía. No sé qué me ha hecho pensar que algo había cambiado, no entiendo cómo he podido hacerme ilusiones. Sabía que estar con él era rendirse, por eso me resistía tanto. Al final consiguió que lo olvidara y ahora cree que he aceptado su mochila.

—¿Qué es lo que quieres tú? —me pregunta.

—No lo sé... pero sé lo que no quiero. Y es estar montándome películas cuando quedas con tu mejor amiga, con la que te encanta besarte delante de mí y la que hace que te sientas enormemente orgulloso de ser el único tío que se la folla.

Ahora es él quien parece cabreado.

—No es eso lo que pretendo. Pero ¿qué necesitas? ¿Que te pida que seas mi novia y te jure fidelidad y amor eterno en la segunda cita? Fuiste tú la que me dijiste que no creías en las relaciones convencionales.

«Quería creer contigo.» Y el pensamiento diluye mi enfado y me deja en carne viva. Tengo que salir de aquí.

—No —digo al fin.

Él levanta las cejas y me mira extrañado.

—¿No? ¿No qué?

—No me interesa lo que me ofreces, lo siento.

—Pero ¿qué se supone que te estoy ofreciendo?

Retiro la silla hacia atrás, me levanto y me cuelgo el bolso del hombro. Mi plato de comida está intacto.

Sergio se pasa las manos por la cara un par de veces antes de levantarse también.

—No te vayas, Dani. Hablemos, lleguemos a un acuerdo.

—No voy a regatear para conseguir que aceptes un tipo de relación que en realidad no te interesa.

—¿Qué tipo de relación? Joder... Mira, yo lo único que sé es que de todas las opciones posibles, perderte es la que menos me interesa.

—Entonces tenemos intereses encontrados, porque yo acabo de darme cuenta de que a mí lo que más me conviene es perderte.

—Dani...

—Me voy.

—Espera.

—No —respondo, deseando con todas mis fuerzas que me deje en paz antes de que se me salten las lágrimas.

—¿Señor? —El camarero se acerca a nosotros.

—¡Joder! —exclama Sergio.

Yo aprovecho para darme la vuelta y escapar.

Una vez en la calle, tengo que esforzarme para no salir corriendo. Camino lo más rápido que puedo, intentando recordar dónde está la boca del metro, aunque no voy lo bastante deprisa, ya que al doblar la esquina oigo los pasos apresurados de Sergio antes de que aparezca a mi lado.

—Detente, por favor.

—Te juro que nunca me había costado tanto quitarme a un tío de encima —le espeto sin detenerme.

—Espera un momento.

Me coge del brazo para que me pare y yo no soporto que me hagan eso, veo rojo... Atrapo su mano con la mía y se la retuerzo para que me suelte.

—Me estás cabreando —le advierto entre dientes, sujetando su mano retorcida un segundo más de lo normal.

Él cierra los ojos hasta que lo suelto.

—Sólo quiero hablar.

—¿Y pretendes obligarme a escucharte por la fuerza?

—No, joder... Siempre lo llevas todo al extremo.

—Vale. —Cruzo los brazos y lo miro desafiante—. Tienes dos minutos, luego me dejarás marchar.

—¿Puedes explicarme por qué te has cabreado y qué es lo que quieres de mí?

—Ni quiero nada ni tengo ganas de explicarte nada.

Él suspira resignado e ignora mis palabras.

—Vale, me queda claro que necesitas aclarar los términos de nuestra relación antes de conocernos más. Intentémoslo a tu manera.

—¿A mi manera? ¿Y cuál se supone que es mi manera?

—¿Una relación exclusiva? No tengo ni idea. Joder, no me lo pones nada fácil.

—Mira, Sergio, el problema es que en realidad no tengo ni puta idea de lo que quiero. En cambio tengo muy clarito lo que no quiero: no quiero problemas, y tú llevas un cartel luminoso encima de la cabeza que pone: PROBLEMAS DE LOS GORDOS, en neón cegador y parpadeante.

—Hay que joderse con los carteles... No he podido ser más sincero, te he contado mi vida y cómo me siento.

—Te puedes ir a la mierda de la manita de tu sinceridad, gilipollas. Y olvídame.

Doy un paso hacia delante para marcharme, pero vuelve a cogerme del brazo y tira de mí hacia él. Voy a darle una bofetada cuando atrapa mis manos y me las lleva detrás de la espalda, aprisionándome contra la pared con su peso. Y asalta mi boca...

Consigo forcejear apenas un instante, pero sus labios me queman.

Me queman...

Me confunden, me someten.

He perdido la capacidad de resistirme a sus besos; mi cuerpo reacciona ávido de él, mis sentimientos se desbordan. Siento las lágrimas rodar por mi cara. Sergio me suelta las manos y posa las suyas con delicadeza en mis mejillas para profundizar un beso tierno y hambriento. Yo me aferro a él, sujetando con fuerza su cazadora. Su lengua elimina de mi mente cualquier pensamiento coherente y sólo siento la necesidad ilógica de quererlo, de tenerlo. El dolor y el miedo se mezclan con el deseo y se transforman en desesperación, en avidez, en fuego... Todavía necesito huir, pero ahora quiero perderme en mi necesidad de este hombre. Ojalá pudiera hacerlo...

Sergio interrumpe el beso y me mira a los ojos. Se horroriza al ver mis

lágrimas. Yo me horrorizo por haber cedido; veo lo débil que me hace, me asusto del poder que tiene sobre mí. Me entra el pánico... No debería haber dejado que me besara.

—Lo siento. Lo siento, Dani. Te prometo que serás sólo tú.

—¿Y Soraya desaparecerá de tu vida? —le planteo, muy consciente de lo injusto que es pedirle algo así, aunque sé que no lo aceptará, que hacerlo diría muy poco de él como persona.

—No puedes pedirme eso... —dice desarmado, confuso.

Niego con la cabeza, me seco las lágrimas haciendo un esfuerzo sobrehumano por contener el torrente que está pujando por salir, y alzo la barbilla.

—Pues ya está todo dicho. No quiero estar contigo, no quiero intentarlo, no me vale la pena el esfuerzo —afirmo con todo el desprecio de que soy capaz, intentando herirlo lo suficiente para que me deje marchar de una vez—. Ya no tienes por qué sentir que aceptarlo es rendirte; en realidad, aquí la única que se ha rendido a tus encantos he sido yo.

Me doy la vuelta y reanudo el camino hacia el metro. Lo oigo resoplar y maldecir entre dientes, pero cada vez más lejos, hasta que los ruidos de la ciudad engullen su voz; por fin me ha dejado tranquila.

Al doblar la última esquina, segura ya de que no me sigue, mis lágrimas, que amenazaban con asfixiarme, se desbordan. Me refugio en un centro comercial y corro hacia el servicio. Me encierro en un cubículo e intento acallar mis sollozos todo lo posible, pero aun así se me escapan entre los dedos. Bajo la tapa del váter y me hago un ovillo encima, sin importarme cómo esté de limpia. Los ruidos de gente entrando y saliendo hacen que me sienta fuera de lugar, patética, ridícula. Necesito desaparecer de aquí, desaparecer del mundo, estar sola.

Le mando un mensaje a Sandra lanzándole un SOS para que venga a buscarme, y cuento los segundos, repitiéndome una y otra vez : todo pasa, todo pasa, todo pasa...

TODO PASA

Observo mi imagen en el espejo. Hace apenas cinco minutos que he conseguido parar de llorar: ojos irritados, nariz hinchada, la cara llena de ronchones rojos... No me reconozco. Nunca me he visto así. Suspiro con resignación y me dirijo de nuevo al salón, donde mis amigas han desplegado el plan de apoyo emocional de emergencia, que en su primera fase ha consistido en un par de tilas, caja de clínex, caricias en la espalda y lágrimas compartidas por empatía.

Yo siempre he sido la que cuidaba de todas, siempre la fuerte, la racional, la que, sin paños calientes, ponía las cosas en perspectiva. Y así estoy ahora: hecha un guiñapo por culpa de un tío.

Hay que joderse.

—Bufff —resoplo al tirarme de nuevo en el sofá, en medio de las dos.

—¿Estás mejor? —indaga Abril.

—Sí. Aunque me siento agotada.

—¿Qué ha pasado? —me interroga Sandra con preocupación.

—No lo sé, se me ha ido de las manos... He discutido con Sergio. Supongo que he estado conteniendo las lágrimas durante demasiado rato cuando estaba con él y, en el momento en que las he dejado salir, me han superado. En medio de la calle... ¡Qué vergüenza! —me lamento—. Me he escondido en el baño del centro comercial para no montar un numerito, pero me he agobiado más todavía al sentirme allí atrapada, oyendo cómo la gente entraba y salía, incapaz de llorar sin hacer ruido, y tampoco podía parar... Estaba totalmente fuera de control. Nunca había vivido una situación tan angustiada.

Vuelve a caerme una lágrima, que me seco con desprecio.

Mis amigas, preocupadas porque nunca me han visto así, me ponen cada una la mano sobre mi hombro más próximo. A pesar de que me parece extraño que sean ellas las que me consuelan a mí y no al revés, es reconfortante y me siento cómoda.

—Lo importante es que ya ha pasado —afirma Abril.

Yo asiento poco convencida. El llanto compulsivo ha pasado, sí, pero la tristeza se ha clavado en forma de cristal afilado en mi pecho, y me sigue doliendo.

—¿Qué ha pasado con Sergio? —pregunta Sandra con un hilo de voz, como si al decirlo bajito fuera a doler menos.

Niego con la cabeza, todavía asimilándolo antes de empezar:

—No sé cómo explicarlo... Resulta que la chica con la que se liaba en mis fiestas es su mejor amiga lesbiana, una amiga lesbiana que se tira a un único tipo: él. Sergio no se ha cortado un pelo en mostrarse orgulloso cuando lo contaba, como si yo fuera un amigote que le pudiera aplaudir el mérito... Dice que es sólo sexo, que son amigos por encima de todo. Supongo que eso era lo que en realidad pretendía de mí, que me convirtiera también en su «amiga». — Con la distancia creo entender mejor la situación—. Antes del pollo me ha demostrado que confiaba en mí contándome algo muy íntimo... y no sería descabellado aceptar una relación así en otras circunstancias, pero durante estos meses yo le he dejado muy claro por activa y por pasiva que lo que me impedía estar con él era precisamente eso. Las dos veces que lo vi con ella me sentí como una mierda, me sentí celosa y vulnerable como nunca antes y tengo clarísimo que no quiero volver a estar así.

»El caso es que me trago mi orgullo y se lo digo: que no puedo estar con él si voy a estar constantemente montándome películas de con quién está cuando no está conmigo. Y va el pedazo de gilipollas y me pregunta si pretendo que me pida que sea su novia y me jure fidelidad y amor eterno en la segunda cita... —Trago saliva, sintiendo con la misma intensidad el dolor y la humillación que me han causado esas palabras, e intento alejarme de mi propio relato para no volver a derrumbarme; la ira siempre es el mejor escudo—: No sé cómo no le he metido una hostia en ese momento. No entiendo cómo he podido ser tan idiota. El muy cabrón me ha embaucado con flores, palabras bonitas y miraditas falsas, pero en el fondo no había cambiado nada.

—Menudo cabronazo. Has hecho bien en mandarlo a la mierda —me apoya Abril.

—A la mierda con Sansón, volvemos a odiarlo para siempre —sentencia Sandra.

—Para siempre —repito.

—¿Tequila?

—Saca un par de botellas, por favor.

El trabajo, mis amigas y mi carácter pragmático me envuelven los siguientes meses con una capa que, la mayor parte del tiempo, me protege de mi nuevo y cabrón estado anímico que quiere empujarme a la melancolía. Me permiten desdeñar la tristeza y el desengaño vivido, dejando que me llene de nuevos proyectos y de risas superficiales para mantener a raya el recuerdo de aquella cena mágica o de aquella comida de mierda, según el momento. Pero no es fácil. Qué jodida la mente humana, que en cuanto bajas la guardia te trae una y otra vez los recuerdos que te hacen daño.

No sé cuántas veces, concentrada en el trabajo, de compras o tomando unas copas, la imagen de Sergio aparece sin avisar preguntándome: «¿Qué necesitas? ¿Que te pida que seas mi novia y te jure fidelidad y amor eterno en la segunda cita?». Y el efecto es el mismo que una patada en el estómago. Descarto el pensamiento en cuanto aparece, claro; concentro la atención en otra cosa para no responderle en mi imaginación, pero el daño ya está hecho.

Sin embargo, lo peor son los otros recuerdos... Cuando por la noche, en la cama, su mirada aparece por sorpresa tras mis párpados, cargada de deseo y de falsas promesas, deshojándome el alma.

Es cuestión de tiempo, me digo a mí misma.

Pero el tiempo pasa y todo sigue igual.

—¡Vamos, Dani, llegaremos tarde! Y como no estemos allí antes de que llegue, Abril es capaz de darse la vuelta y volverse a casa.

—Ya voy, ya voy.

Me quito los zapatos negros y rebusco en el zapatero hasta encontrar los rojos, me ato la cinta que me los sujeta al tobillo y me vuelvo a mirar al espejo; me gusta lo que veo. Llevo un vestido negro corto, con escote en forma de corazón, bordado con piedrecitas que lo hacen brillar cuando me muevo. Se ajusta a mi cuerpo en las zonas adecuadas sin llegar a parecer un calcetín. Estoy de escándalo, para qué negarlo. Añado una chaqueta roja al conjunto para protegerme del frío nocturno de mayo y salgo de la habitación.

—No creo que se vaya, está deseando ir al concierto de El Tren de las Diez —le respondo a Sandra, quince minutos después de su comentario, mientras salimos de casa.

Cogemos un taxi y nos dirigimos al Pueblo Español.

En la puerta nos encontramos a Pau esperándonos. Nos saludamos, intercambiamos besos y piropos, y aún no hemos terminado cuando llega Abril, que se une a nosotros.

—Señoras, vais a hacer que me replantee mi gusto por los hombres —dice Pau—. Estáis deslumbrantes. ¿Qué digo? ¡Sois diosas! Perdería mi «virgiheterosexualidad» con cualquiera de vosotras. Es un honor ofrecermé como esclavo vuestro por esta noche, haré cualquier cosa que me pidáis. —Las tres nos carcajamos ante la reverencia con la que termina su desmedido discurso—. Quisiera tener tres brazos para poder llevaros cogidas de ellos a las tres y ser así el hombre más envidiado de la fiesta.

—Yo llevo a Sandra, no te preocupes —contesta Abril, agarrando a nuestra amiga del brazo entre risas.

Pau hace otra reverencia antes de ofrecermé a mí el suyo, que acepto encantada.

—Tú estás guapísimo también; tanto, que me dan ganas de hacerte tragar tus palabras y echarte un buen polvo ahora mismo. Pero me contendré en nombre del amor. Esta noche caerá a tus pies, ya lo verás.

Me refiero a Felipe, el organizador de la fiesta de después del concierto, a la que también estamos invitados, y por el que Pau está loco desde el día que los presenté.

—¿Tú crees? No sé yo... y más trabajando esta noche.

—Eso no será un impedimento. Felipe es de los que prueban el éxito de sus fiestas entregándose a ellas.

Mis palabras no son simples esperanzas. Felipe me ha llamado tres veces esta semana para preguntarme si Pau iría a la fiesta, aunque ya le dije que sí la primera vez.

Atravesamos la puerta del Pueblo Español enseñando nuestras entradas y nos dirigimos a la sala donde será el concierto.

Las luces se apagan. Las cuerdas de una sola guitarra acústica rompen el silencio y un foco se enciende despacio, iluminando a Anabel, la vocalista del grupo, sentada en un taburete con su guitarra. Su voz empieza a sonar sosteniendo una nota que se enreda con los acordes, formando un único sonido

extraordinario. Se me eriza todo el vello de la piel y me estremezco. El resto del escenario se ilumina y los demás instrumentos se unen. Aplaudimos entusiasmados. La letra de la canción habla sobre heridas causadas por el amor, sobre batallas perdidas y sueños rotos... y no puedo evitar que las lágrimas asomen a mis ojos.

Pero la música no tarda en barrer cualquier resto de melancolía. Se me mete en el pecho a base de golpes de baffle y me llena de magia, de energía, de esperanza: de absoluta felicidad. Los músicos ya no tocan instrumentos, sino corazones. Todos bailamos, saltamos, cantamos, aplaudimos... Todos somos una sola energía de alta tensión.

—Gracias por todo —dice Anabel al terminar el último bis—. Me llevo conmigo un pedacito del amor que hemos creado esta noche. Haced lo mismo, hay para todos, y repartidlo por el mundo. Gracias, de corazón. ¡Buenas noches, Barcelona!

Rompemos en aplausos y emoción, sinceramente agradecidos. Los miembros de El Tren de las Diez saludan y nos aplauden a nosotros. Tres minutos después todos seguimos igual, hasta que, con una última reverencia de despedida, ellos se marchan, el escenario se vacía y los aplausos se van apagando; ya sólo se oye ese pitido en los oídos, inevitable *souvenir* de un concierto, y el barullo de la gente abandonando la sala.

—¡Ha sido increíble! —exclama Abril.

Yo asiento emocionada, sin voz y sin palabras.

—¡Mágico! —coincide Sandra.

—Espectacular —añade Pau.

Está claro que no soy la única místico-flipada después de un concierto.

La *afterparty* empieza justo ahora en otra sala del Pueblo Español, así que nos dirigimos hacia allí. Cuando llegamos, le enseñamos nuestros pases al portero, que nos deja pasar.

No hay mucha gente todavía, así que nos dirigimos a la barra para pedir unas copas. Por los altavoces suenan canciones de El Tren de las Diez, y en la sala hay colgados carteles de todos sus discos y giras.

—¡Daniela! —Me vuelvo y veo a Felipe, que viene hacia nosotros.

Noto que Pau se remueve a mi lado; su mano baja por mi espalda para pellizcarme la cintura.

Felipe se para delante de mí, nos damos un piquito y un abrazo, y le presento a Abril y a Sandra. Por último, saluda a mi ayudante con dos besos y

una tierna caricia en la mejilla.

—¿Qué tal el concierto? —se interesa.

—Impresionante de verdad. Uno de los mejores a los que he ido en mi vida.

—Siempre dices lo mismo —se burla Sandra.

—¿Acaso no es verdad?

—Siempre lo es —responde ella.

—A mí también me ha encantado —apunta Pau— y eso que no los conocía. Pero me han dejado hambriento.

—¿De comida? —le pregunta Felipe, sin disimular la intención de sus palabras.

—Eso también —contesta él.

¡Vaya! No se andan con tonterías.

—La comida saldrá en media horita —nos informa Felipe a todos en voz alta; luego lo mira a él y le dice algo al oído.

¡Pau se sonroja! Y luego asiente cuando se separan, comiéndose con la mirada.

—Tengo que ir a fingir que trabajo —se disculpa Felipe—. ¡Disfrutad de la fiesta!

Las tres nos volvemos con gesto interrogante hacia mi amigo, que no puede tener una sonrisa más ancha en la cara.

—Luego saciará el resto de mis apetitos —confiesa.

—¡Ahhh! —gritamos los cuatro a la vez, saltando y aplaudiendo. Sandra y Pau como es habitual en ellos, Abril y yo imitándolos.

Charlamos un rato, bebemos mojitos a pares y, cuando sale la comida, nos ponemos las botas de tapitas españolas. Después, el grupo homenajeados llega, todos aplaudimos y ellos nos instan a seguir pasándolo bien antes de mezclarse entre los asistentes de la fiesta.

Bailamos, cantamos y reímos, y seguimos bebiendo como si no hubiera un mañana.

—Chicas, siento cortaros el rollo, pero yo me voy a ir a casa —anuncia Abril al salir las tres del baño.

—Son sólo las dos —protesta Sandra.

—Lo sé, pero me duele la cabeza...

Sandra y yo nos miramos y nos ponemos de acuerdo sin palabras.

—Nos vamos contigo —decido.

—¡No! No, por favor, no me jodáis. Lo estáis pasando genial y me sentiría fatal si os marcharais por mi culpa. Cojo un taxi y en un plis estoy en casita.

Sandra y yo volvemos a mirarnos.

—Vamos fuera contigo.

—¿Adónde vais? —nos interroga Pau algo asustado.

—Abril se va, le duele la cabeza, vamos a acompañarla a buscar un taxi.

—Oh, lo siento, amor —le dice—. No os preocupéis, ya la acompaño yo y así salgo un rato, que me fumo *to'*.

—A ver cuando lo dejáis —los regaño.

—¡Genial! —interviene Abril—. Me muero por un cigarrillo y estas dos nunca me dejan fumar tranquila. ¿Vamos?

—Cochinos —suelta Sandra, arrugando la nariz.

Abrazamos y besamos a nuestra amiga para despedirnos de ella.

—¿Otra copa? —le propongo a Sandra cuando nos quedamos solas.

—¡Vengaaa!

En la barra pedimos nuestro mojito número cien, o al menos de eso intenta convencer Sandra a Isaac, el camarero, para que a esta ronda invite él. No me preguntéis cómo, pero lo consigue. Cinco minutos después, sentada en un incómodo taburete en la barra, asisto a los flirteos bilaterales entre Sandra y el camarero y ya sé la respuesta. Se acercan tres chicos más, amigos del nuevo objetivo de mi amiga, y charlamos con ellos mientras Isaac no para de servir copas. Creo que les ha encargado a sus amigos que vigilen a su presa, aunque hay uno que se ha hecho un lío y me está vigilando a mí; además, demasiado cerca. Primero le río las gracias por educación, pero en cuanto se pasa un solo milímetro de la raya empiezo a darle cortes, aunque temo que esté demasiado borracho para pillarlos.

Sandra se acerca a mi oído e intenta decirme algo sobre ¿una ceja? No la entiendo, entre tanto alcohol, hombre pulpo y barullo.

—¿Qué?

Ella sube una de sus cejas y luego con el dedo se la baja, para hacerme entender que he puesto mi cara de: «Estoy a punto de perder la paciencia, piltrafilla».

Asiento resignada y relajo la expresión.

Isaac tiene un breve descanso y sale de detrás de la barra; se planta delante del taburete de mi amiga y se cuela entre sus piernas. Dos de los

«guardaespaldas» se van a dar una vuelta y yo tengo tanta suerte que el baboso se queda a hablar conmigo. ¿Cómo se manda a la mierda al amigo del tío al que quiere tirarse tu amiga?

Busco con la vista por el local intentando encontrar a Pau para pedirle ayuda. Ahora que lo pienso, no lo he visto desde que se fue con Abril. Lo localizo al otro lado de la sala, hablando con Felipe. Mierda, descarto la posibilidad de llamarlo.

—Este vestido es como el envoltorio de un bombón de la caja roja, bueno, o la caja negra, porque tu vestido es negro y... bueno, eso, que me estoy poniendo goloso —me suelta el muy plasta, todo un poeta el cabrón.

Uno, dos, tres; me controlaré y una patada en los huevos a este gilipollas no le daré...

—Hola, Dani —me dice alguien al oído desde atrás, al tiempo que sus manos se agarran al taburete, rozándome las piernas.

Me estremezco, porque por un momento mi cuerpo reacciona creyendo que es Sergio. Pero aunque la voz me resulta familiar, no es la suya. Ignoro el pinchazo que siempre me atraviesa cuando a mi maldita cabeza acude su nombre y agradezco que, sea quien sea, venga a salvarme del chico lapa, o más bien salve al chico lapa de mí.

El hombre sorpresa gira el taburete para ponerme de cara a él.

Joder, ¡menudo guapazo!, pienso al verlo, y luego busco en mi cabeza sobrealcoholizada de qué lo conozco, pero parece que el departamento de caras de mi memoria se ha inundado de mojitos.

—Hola, guapazo. —El filtro cabeza-boca está en el mismo departamento que el de las caras.

No importa, un poquito de coqueteo con este modelazo de Armani seguro que ahuyenta al chico del traje de los chinos.

—Princesa, no me digas que no te acuerdas de mí.

—Cielo, si he olvidado a un tío como tú, no intentes refrescarme la memoria, que será porque algo malo hiciste.

Lo piensa un momento y luego sonrío.

—Me parece un buen trato.

Me inclino hacia él y capto su olor a colonia y un ligero toque a sudor, normal a estas alturas de la noche, algo que, lejos de parecerme desagradable, me da ganas de comérmelo aquí mismo. Joder, ¡qué bien! Después de tres meses de abstinencia vuelvo a tener apetito.

—Este tío de aquí atrás es un plasta de mucho cuidado —le digo al oído— y estoy a puntito a puntito de atizarle un mamporro. Pero no debo, porque es el mejor amigo del chico que le gusta a mi amiga. ¿Puedes ayudarme a quitármelo de encima?

La cabeza del guapazo sale del lateral de la mía y se pone muy cerquita de mi cara, para hablarme y mirarme al mismo tiempo:

—Lo más eficaz y definitivo sería un beso, y lo sabes.

Miro sus carnosos y bien perfilados labios. Joder, me resultan familiares... Por un segundo me parece que voy a acordarme, pero igual que viene, el recuerdo se va. Hummm, no me parece un mal plan, decido.

—Vale, pero es un beso estratégico que no cuenta como un beso beso, ¿de acuerdo? —le advierto.

Él sonrío de medio lado y se muerde el labio antes de asentir. Pero ¡qué bueno está! Es el putito chico Martini, joder.

Se acerca un milímetro, pero lo detengo.

—¡Un momento, un momento!

—¿Qué? —me pregunta divertido.

—Nunca beso a un hombre cuyo nombre no sé.

—En realidad sí lo sabes, Daniela, pero lo has olvidado.

—Mierda, es verdad.

—Me gusta Guapazo, puedes llamarme así hasta que lo recuerdes.

—Oiga, señor Guapazo, cuando recuerde quién es no me arrepentiré de esto, ¿verdad? Mire que tengo muy mala leche... —le advierto, señalándolo con un dedo.

—No, puedes estar tranquila, princesa, nos llevamos bien.

—¡Vale! —Me río—. Acérquese, señor Guapazo, y deme un beso muy muy creíble.

El tío coge el taburete de la parte trasera (tocándome el culo de refilón) y lo arrastra acercándome a él. Con su cuerpo me obliga a abrir las piernas para colarse entre ellas y, sin ningún tipo de preámbulo, atrapa mi boca con la suya.

¡Vaya!

Sí, así, un «vaya» nada más empezar. Me besa de forma exigente e, incluso, algo agresiva..., pero besa de puta madre. Lo agarro del pelo con la misma determinación que él y me entrego por completo a ese beso, que enciende partes de mi cuerpo que llevaban demasiado tiempo dormidas.

Cuando nos separamos, mira por encima de mi hombro y me avisa:

—El pelmazo se ha ido.

—¿Qué pelmazo? —le pregunto confusa, con ganas de más.

El señor Guapazo sonrío de medio lado y yo quiero comerle la boca otra vez.

—¿Quieres más, princesa? —adivina.

«Princesa...», sus palabras, junto a su manera de besarme, encienden una lucecita en mi memoria. Lo miro fijamente. Joder, me suena un huevo... pero la lucecita no ilumina lo suficiente.

—¿Nos habíamos besado antes?

Él me mira entrecerrando los ojos.

—No voy a tener en cuenta que te hayas olvidado de mí, porque estás muy graciosa y quiero besarte otra vez.

—Creo que ya nos habíamos besado... —repito.

—Acércate, que te refrescaré la memoria.

Se inclina, clavando esos ojazos verdes y maliciosos en los míos, y yo los cierro cuando vuelve a besarme. Esta vez me acerca más a él, haciéndome notar su erección contra mis braguitas. El contacto es una mecha que prende y hace explotar mi deseo. Todo da vueltas, el alcohol se me sube más a la cabeza y mi único punto de anclaje es esa boca dominante que me devora.

FUEGO

Cuando recupero la cordura y recuerdo que estamos en un lugar público, me despego de él.

—¡Para, para! Estamos montando un numerito.

Me vuelvo un momento hacia atrás en busca de Sandra. Los brazos del señor Guapazo me liberan, aunque sigo teniéndolo muy presente de pie entre mis piernas. Mi amiga está hablando con dos de los amigos de Isaac, pero el plasta ha desaparecido; ella me mira, sonrío y alza un dedo pulgar hacia arriba, animándome a que siga a lo mío.

Me vuelvo de nuevo hacia mi chico Martini, que está escribiendo algo en su móvil, pero termina en seguida y vuelve a guardarlo.

—Quiero más —demanda, casi exige.

—Yo también, pero aquí no. Esto se nos va de las manos y estamos rodeados de gente.

De pronto, un sentimiento de culpabilidad me encoge el estómago, un nombre aparece en mi mente... y no es el del hombre que tengo delante. «¿Culpabilidad?», les pregunto molesta a mis emociones, y niego con la cabeza. «Vete de mi mente —le ordeno a mi recuerdo—, voy a enrollarme con este tío y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.»

—Fíjate bien en la gente —me pide el señor Guapazo, sacándome de mi mundo y trayéndome al presente; lo que le agradezco de todo corazón—. Nadie nos mira, a nadie le importa lo que hagamos.

Vuelvo la cabeza hacia la sala. Está sonando una balada; hay parejas bailando agarradas, muchas besándose. La verdad es que no creo que llamemos especialmente la atención. Estoy con la vista todavía puesta en la pista cuando él aprovecha para deslizar una mano entre nuestros cuerpos y llegar a mis bragas.

—Pero ¿qué haces? —Lo miro sorprendida, aunque modifico mi postura para darle mejor acceso.

—Chiss... Nadie nos ve, no se nota nada... Disimula.

Su dedo se cuela debajo de la tela y perfila los labios cerrados de mi sexo, de arriba abajo, y luego vuelve a subir para penetrar en ellos sólo con la yema hasta llegar a mi clítoris, donde hace un ligero y certero movimiento. El latigazo de placer llega acompañado de la recuperación de la memoria.

—Borja... —murmuro en un jadeo.

—Hola, princesa —me saluda él con una sonrisa satisfecha.

Su dedo desciende de nuevo y esta vez se introduce ligeramente en mi vagina, anulando cualquier posibilidad de reaccionar racionalmente a la situación.

—Joder... —Es lo único que consigo decir y pensar.

Me está matando, no puedo estar más excitada, no puedo pensar en nada que no sea la sala llena de gente y su dedo intruso dentro de mí. Es lo que quiero: evadirme, marcar mi cuerpo con las manos de otro hombre...

Borja mueve su dedo en círculos y yo busco su cuello para esconder mis gemidos.

—Vámonos —le pido, mientras le mordisqueo el lóbulo de la oreja.

—¿Quieres que pare? —me pregunta, acelerando el ritmo de su penetración y encontrando mi clítoris con el pulgar.

No puedo responder, me he quedado sin voz. El ruido, el alcohol, el placer, mi cabeza... Todo da vueltas. Me siento perdida y sin voluntad, como una muñeca de trapo que se abandona a la voluntad de un tornado.

—Mira a tu alrededor, Daniela, mira a toda esa gente mientras te follo con mi mano. ¿Te gustaría que les enseñara lo que te estoy haciendo? ¿Que vieran tu coño hambriento, devorando mis dedos?

Le sujeto la mandíbula con la mano y lo miro a los ojos.

—Recuérdame que luego te pegue una hostia por hablarme así —lo amenazo con voz entrecortada.

Él hace un último giro y toca todos los botones correctos a la vez. Me escondo en su boca y se la lleno de gemidos mientras me corro.

—Ya noto lo enfadada que estás —se burla.

Levanto la cabeza, con la vista todavía nublada por el orgasmo, y atrapo su rostro con las manos para obligarlo a cerrar el pico y besarme. Él libera sus manos y me estrecha contra su cuerpo.

—Vámonos —suplico.

Borja mira el reloj, sonrío de forma enigmática y responde:

—Ahora sí. Despídete de tus amigos.

Me levanto, recuperando la estabilidad agarrada a él y, cuando la tierra se mueve más despacio, camino hacia Sandra, que ahora está con Pau. Ambos me miran con cara de circunstancias cuando me acerco a ellos.

—Bueno, bueno, jefa, menudos trofeos te calzas —comenta mi amigo.

Sandra asiente y luego ambos alzan la vista sobre mi hombro para mirarlo sin disimulo.

Me vuelvo para observarlo yo también, apoyado en la barra, terminándose una copa que yo no había visto. Está tan elegante, tan jodidamente atractivo y sexy con ese traje gris hecho a medida y su corbata negra... Cuando termina su bebida me mira y, con gesto serio, se mete el dedo que hace un momento tenía dentro de mí entre los labios y se lo chupa. Juro que lo siento como si volviera a tenerlo hundido en mi interior.

Cierro los ojos y aprieto las piernas para recobrar el aliento. Cuando lo logro, me vuelvo hacia mis amigos, que continúan mirándolo, ahora con la boca abierta.

—Es Borja, trabajamos para su madre hace unos meses en la fiesta de la goleta, ¿te acuerdas?

—No podría olvidar a un bombón así —responde Pau.

—¿El pijo pesado que no podías quitarte de encima? —cae Sandra.

—El mismo —confirmo.

—¿Y se puede saber por qué querías hacer eso? —me pregunta, como si no sentirse atraída por él al instante fuera antinatural.

—No lo sé —admito, mientras varias palabras se disparan en mi cerebro: «pijo», «cantamañanas», «creído», «Sergio»...

¡Basta!

—Me voy con él, ¿estarás bien? —le pregunto a mi amiga.

—Perfectamente, yo me iré con Isaac —contesta, guiñándome un ojo.

—Y yo he quedado con Felipe. Todos hemos triunfado esta noche —se ríe Pau.

—Adiós, chicos.

Los beso a ambos. Cuando termino, Borja está a mi lado y me sujeta de la cintura.

—¿Nos vamos?

Asiento con la cabeza y caminamos hacia la salida.

Al llegar a la puerta del Pueblo Español, veo una limusina enorme y plateada aparcada justo en la entrada. El chófer baja y abre la puerta trasera.

Curiosa, me quedo mirando para ver quién sale de ella, pero a medida que nos acercamos, me doy cuenta de que en realidad nos está esperando a nosotros.

—Señor Clot —dice el chófer, dirigiéndose a Borja.

Él lo saluda con un movimiento de cabeza y me hace un gesto para que pase yo primero.

Me acomodo en el asiento de cuero blanco que va en el sentido de la marcha. Hay dos grandes asientos más para escoger, uno de espaldas a la ventanilla opaca que nos separa del conductor y otro pegado a la puerta de entrada. Enfrente de ésta veo una barra de bar con botellas de cava, un equipo de música y un televisor.

Sospecho que Borja pretende acabar lo que hemos empezado en el coche y me parece perfecto.

Se inclina hacia la cadena de música para buscar un CD, lo pone y la limusina se inunda de jazz. Me gusta.

—¿Quieres tomar una copa?

—¿Tienes Coca-Cola? Necesito un poco de azúcar.

—¿Le echo un poquito de ron?

—Perfecto —acepto sin resistirme: he traspasado esa línea desde la que puedo seguir bebiendo alcohol hasta el infinito y más allá.

Borja asiente y me sirve una, él se prepara un vaso de whisky.

Me molesta un poco toda esta ostentación, me hace recordar algunas de las cosas que no me gustaban de este hombre. Pero cuando se sienta a mi lado y me sonrío, se me olvidan. No me voy a pasar la vida con él, me digo, sólo una noche loca de sexo salvaje, y para eso no hay nadie más perfecto, como ya me ha demostrado antes.

Bebo un trago de mi cubata, él lo hace de su copa y luego coge las dos y las deja en la barra.

Me mira, mostrándome de nuevo esa mirada depredadora y autosuficiente, sus ojos verdes son pura invitación al pecado.

—Por fin te tengo, princesa —susurra apoyándose en el respaldo y acariciándome una pierna con la mano.

Le sonrío sin decir nada. Me arrodillo sobre el asiento, le aflojo la corbata negra y se la quito.

—Me alegra que lo hayas conseguido —celebro lo que para él parece un triunfo.

Se incorpora un poco, deteniéndome justo cuando me disponía a

ocuparme de su camisa, y me sujeta las manos. Tira de mí y me besa de esa forma posesiva y violenta que me incendia, que me ayuda a olvidarme de todo.

Sé que cambiamos de postura, aunque no sé muy bien cómo, él me dirige y yo me dejo hacer, entregada por completo a su boca; cuando quiero darme cuenta, ha dejado de besarme y estoy sentada sobre sus rodillas, de espaldas a él. Me baja la cremallera del vestido con desesperante lentitud, luego se agacha y besa y muerde mi espalda desnuda.

—Tienes una piel preciosa —me susurra.

Me baja los tirantes y el vestido desciende hasta mi cintura. Luego me agarra los pechos por detrás con fuerza y mueve las caderas rítmicamente, rozándose contra mí.

Vuelvo la cabeza para besarlo, y le paso un brazo por detrás del cuello. Mi lengua sale de mi boca para lamer sus labios, él me la succiona y luego enreda la suya con la mía. Sus manos bajan por mis costados y se reúnen en mi vientre, desde donde descienden juntas hacia mis piernas y, una vez allí, me las sujeta con firmeza y me las abre con un movimiento brusco y excitante. Sus manos trepan por el interior de mis muslos hasta que una de ella alcanza mi tanga, lo aparta y me penetra fuerte con dos dedos; bombea una, dos, tres veces, y yo marco el ritmo con mis incontenibles gemidos. Su otra mano asciende por mi cuerpo hasta sujetarme del cuello.

De pronto me suelta.

—Desabróchame los pantalones —me ordena.

Me bajo de sus rodillas y me agacho delante de él. Obedezco y libero su erección de su perfecto pantalón de raya diplomática y su calzoncillo negro de Calvin Klein.

Su miembro se yergue arrogante ante mis ojos.

Él se apoya contra el respaldo y gruñe de placer.

—Sólo con sentir tu mirada ya me pones a cien, nena —ronronea, haciéndome sentir poderosa.

Lo lamo despacio, de la base al glande, y al llegar a la punta me lo introduzco en la boca.

—Sí... —murmura con voz ronca.

Estoy saltándome mi regla de no chupársela a un tío si él no me lo ha hecho a mí primero, pero estoy tan excitada...

Borja me agarra del pelo con las dos manos y empieza a mover las caderas en círculos, mientras yo sigo subiendo y bajando por su miembro.

Su rostro es una máscara fiera de placer.

De repente me estira del pelo hacia atrás, liberando mi boca los segundos que tarda en inclinarse y devorarla con la suya; su avidez me deja sin aliento.

—Quiero follarte ahora —gruñe, y me entrega un condón y se lo pongo—. Siéntate sobre mí, como estabas antes.

Me incorporo y me pongo de espaldas a él. Borja mantiene mi tanga a un lado y me guía hasta su polla. Desciendo despacio por ella, gimiendo ante la placentera invasión y, cuando aún no he recorrido más que la mitad del camino, me empuja, obligándome a sentarme e introduciéndose en mí de un solo golpe. Grito. Él me sujeta de las caderas y aprieta contra mí al tiempo que yo lo cabalgo. Ambos jadeamos y maldecimos, poseídos por un ritmo castigador. Una de sus manos se adelanta hasta mi clítoris y lo presiona con fuerza. Todo es violento y salvaje; dolor y placer, y me desquicia, me satura, me pierde... Grito y estallo en mil pedazos.

Borja sigue obligándome a moverme. Estoy agotada, mareada, y él sigue y sigue hasta que al fin todo se detiene. Se abraza a mi espalda con fuerza y acompaña su orgasmo de un largo suspiro de liberación.

—Joder —gimo extenuada, sin aliento.

—Joder —repite.

Abrazado a mí, se echa a un lado hasta que ambos quedamos tumbados en el asiento, yo todavía de espaldas a él.

—Vamos a mi casa —me dice al oído.

—No, quiero ir a la mía —consigo responder, antes de quedarme dormida.

Me despierto desorientada y con frío. Abro los ojos con dificultad por la luz, a pesar de que es tenue. Sigo en la limusina y, cuando mi vista se adapta, a través de la ventanilla tintada del coche reconozco los edificios de mi calle.

—Iba a despertarte ahora.

Miro hacia el asiento lateral del coche.

Allí, con la ventanilla bajada y fumando un cigarro, veo a Borja sentado, mirándome con gesto serio, con la corbata anudada de forma impecable y su traje impoluto; su aspecto es inmune a las horas de juerga y los revolcones.

La cabeza me late dolorosamente y mis oídos todavía protestan por el maltrato acústico al que han sido sometidos durante la noche. Estoy oficialmente de resaca.

Lo miro soñolienta y, al incorporarme, me percató de que aún llevo el vestido subido hasta la cintura. Me siento avergonzada, pero disimulo y me lo bajo con normalidad.

—Gracias por traerme.

Estoy deseando salir corriendo de este coche.

—De nada —contesta y se calla.

Como no sé qué más decir, acerco una mano a la manecilla de la puerta. Borja se mueve ágil y me la atrapa.

—No vas a invitarme a subir a tu casa, ¿verdad? —pregunta con un tono entre molesto y resignado.

—No. No me encuentro muy bien —respondo, algo cabreada por su tono.

Asiente, retira mi mano con cuidado y abre él la puerta. Sale y me ayuda a bajar de la limusina.

—Ha sido todo un placer, Daniela.

—Igualmente —contesto.

Estoy dando el primer paso hacia mi casa, cuando me coge del brazo y tira de mí contra su pecho.

—Te llamaré —me advierte, con sus labios pegados a los míos y después deja un casi imperceptible beso en ellos que me resulta incómodo.

Yo asiento con la cabeza. Borja me suelta y me marcho sin mirar atrás, sin querer pensar en lo que ha pasado esta noche ni en cómo me siento ahora mismo.

—Buenos días —saludo a Sandra afónica, cuando entra en la cocina.

Se ha levantado de la cama tres minutos después que yo; va despeinada, con pijama de felpa y cara de pocos amigos: me ha copiado el estilismo.

—O buenas tardes... En realidad no tengo ni idea de qué hora es —me saluda a su vez, también con voz ronca.

—¿Acaso importa? Estoy preparando té, ¿quieres?

—Claro.

Ambas nos sentamos a la mesa de la cocina con nuestras tazas humeantes, bebemos y nos lamentamos, con silencios y gruñidos, de nuestro lastimoso estado.

—Pero valió la pena —concluye Sandra nuestra conversación no verbal, dedicándome una sonrisa pequeñita.

Lo medito un rato: el concierto y la fiesta desde luego, pero el final de la noche... todavía no lo tengo muy claro; cuando pienso en ello me produce una extraña sensación de desasosiego.

—¿Qué tal te fue con tu camarero? —le pregunto.

—No estuvo mal para terminar la noche, pero no te diría que fue lo mejor. Empiezo a pensar que tengo un problema de expectativas con los tíos. Me ponen mucho cuando empezamos, pero a medio tema me aburro. Por la cara que has puesto, diría que lo tuyo tampoco fue para tirar cohetes.

—Bueno, si hablamos sólo del sexo, fue como encender toda la tienda de pirotecnia.

—¿Tan bueno?

—Ese hombre sabe lo que se hace.

—¿Y cuál es el pero?

—El pero... el pero es la sensación de angustia que se me forma aquí... — me pongo una mano sobre el pecho— ... cuando pienso en ello. Hubo algo extraño anoche, algo que por el calentón del momento y el alcohol no soy capaz de descifrar, pero sé que es algo que no me gusta. Me siento como si hubiera hecho algo malo.

—Igual es porque te fuiste con un tío que no te caía nada bien hace cuatro meses. Por muy, pero que muy, bueno que esté.

—Tal vez... —respondo, no muy convencida.

La cara de mi amiga refleja compasión y sé lo que está pensando.

—No es por Sergio, no puede ser por Sergio.

—Éste ha sido el primer tío desde que estuviste con él. No habías pasado tanto tiempo de abstinencia desde los exámenes de la uni.

Suspiro confusa. No sé si es por él o no. Soy consciente de que todavía no he conseguido desintoxicarme de Sergio. No sé qué me inyectó aquella maldita noche, pero todavía soy adicta. Tenía la esperanza de que después de estar con otro sería más fácil pasar página, pero no, su recuerdo sigue clavado en el mismo sitio que ayer, igual de profundo que hace tres meses.

No, no quiero pensar en ello, me hace más daño.

—Bueno, da igual —le digo a Sandra, levantándome y dejando la taza en el fregadero—. Ya forma parte del pasado. Sólo ha sido un revolcón de una noche.

Me siento en el sofá y cojo la BlackBerry para mirar el correo, a pesar de que me había propuesto no hacerlo hasta el lunes. Entre todos los mensajes hay uno que hace que se me pare el corazón.

Dudo si abrirlo o no, miro la hora del envío: las dos y media de anoche. Leo el Asunto: «Inevitable».

¿Por qué ahora? No, no...

Mi corazón arranca a latir de nuevo, desbocado. Las manos empiezan a temblarme. Siento miedo, ¡miedo! ¡Qué absurdo! Pero no puedo detenerlo.

—¿Estás bien? —Sandra me mira y se sienta a mi lado.

Hasta que veo su preocupación no soy consciente de que estoy llorando. Joder, este hombre me ha echado a perder. Me seco las lágrimas con exasperación y niego con la cabeza.

—¿Ha pasado algo? ¿Es Abril? —me pregunta, ahora asustada.

—No, no. Es... es Sergio. Tengo un mail.

—Bórralo —me ordena muy convencida.

¿Borrarlo? La miro horrorizada. Mi pulso se acelera todavía más.

—¿Crees que algo de lo que pueda decir ahí puede hacerte bien? ¿Hay algo que pueda cambiar lo que piensas de él, sea lo que sea? Ponte en el mejor y en el peor de los casos por un segundo, ¿cambiaría algo?

Las lágrimas vuelven a escapar de mis ojos; esta vez las dejo caer y niego con la cabeza.

—Pues bórralo, es lo mejor.

—Bórralo tú —le pido, alargando la mano y ofreciéndole el móvil como si me estuviera quemando; en realidad, me está quemando.

Sandra mira la pantalla con el ceño fruncido, no se maneja muy bien con la BlackBerry. Cuando levanta la otra mano para hacer lo que le he pedido, grito:

—¡Espera!

—¿Qué? —pregunta asustada.

—Léelo tú.

—¿Yo?

—Sí, léelo y luego lo borras. Así, cuando toda esta mierda deje de matarme, podré preguntarte qué decía.

Ella niega con la cabeza.

—No me parece buena idea.

—Por favor...

—¿Cómo leches se abre esto? —claudica enfurruñada, bajando la vista al teléfono.

—Muévete con el *joystick* y cuando estés encima del mensaje, aprietas.

Lo consigue. La observo detenidamente mientras lo lee. Veo que arruga más el ceño, como si lo que leyera la cabreara. Pero según va avanzando, relaja el gesto, su expresión va cambiando poco a poco hacia el asombro y, por último, la emoción, hasta tal punto que veo cómo se esfuerza por contenerse: se muerde los labios y su respiración se agita, pero al final no lo consigue y las lágrimas resbalan por sus mejillas.

¿Qué significa esto?

No, no... no quiero saberlo.

Cuando termina, levanta sus ojos húmedos hacia mí e intenta devolverme el aparato.

—Léelo —me pide.

—¿Qué? ¡No, no! —Me levanto del sofá y me alejo de ella.

—Hazme caso.

—Pero... pero tú me has dicho... No, Sandra, no me hagas esto. —Las lágrimas anegan mis ojos ya sin posibilidad de contención y empieza a faltarme el aire.

—Gilipollecés, eso es lo que he dicho. Sé que crees que nada puede cambiar lo que sientes, pero créeme, esto sí puede.

—No quiero leerlo, ¡no quiero cambiar nada! Sólo quiero olvidarlo, quiero... Bórralo, Sandra.

—No voy a borrarlo. Por favor, confía en mí y léelo. —Se levanta y se me acerca, yo retrocedo—. Lo siente muchísimo, Dani, está arrepentido y...

—¡Calla! No, no, no... —Me levanto y salgo corriendo hacia mi habitación.

Una vez allí, me desbordo en un llanto nervioso y compulsivo, igual de descontrolado que el día en que todo acabó. Todos estos meses de contención explotan, el dolor se expande desde mi pecho a cada milímetro de mi piel, a cada órgano, corre por mis venas y me quema la sangre. No, no quiero volver

a empezar, no quiero saber nada de él... ¡Desaparece de mi vida de una puta vez! No puedo exponerme a que me haga más daño. No podría soportarlo, no podría...

—Cielo... —Sandra entra a la habitación, se sienta a mi lado y me abraza—. Perdóname. Chiss, tranquila, cariño, lo siento, lo siento. Perdóname. Ya lo he borrado. Ya está, ya está...

—No puedo, Sandra, no puedo... —baluceo.

—Lo sé, lo siento. Lo siento... Tranquila, chiss, tranquila, cielo. Lo siento...

LA VERDAD

Estoy sentada disfrutando de las bonitas vistas de Barcelona en el Dolce Vitae, una terraza situada en la azotea del hotel Majestic con decoración de diseño. Preparan cócteles y comida de autor, todo muy chic. En el centro hay una piscina con un mural de Philip Stanton que añade color al espacio.

Mi acompañante me ha pedido que lo disculpe y está saludando a unos amigos en la barra. No me importa, me alegra tener unos minutos de tranquilidad para mí, poder respirar el aire de la ciudad, disfrutar de la brisa y contemplar el atardecer.

Estoy en modo zen.

Sólo ha pasado un día desde mi derrumbamiento emocional por el mail de Sergio y, a pesar de que ayer lo pasé realmente mal, hoy me siento increíblemente liberada, agradecida, porque me ayudó a darme cuenta de que mi plan de ignorar mis heridas hasta que desaparecieran solas no estaba funcionando. Durante estos meses he querido negar mi debilidad porque no me reconocía en ella, me he obligado a no pensar en cómo me ha afectado todo por lo que pasé, enfadándome conmigo misma cuando no era capaz de dejar de pensar en él, negándome a llorar, ignorando mi tristeza... Sólo ha sido uno más, me decía, no vale la pena llorar por él, no puedes estar tan colgada de un tío con el que sólo has estado una noche...

Pero lo cierto es que Sergio ha sido especial para mí y que lo nuestro no fue únicamente algo de una noche. ¿Estoy enamorada? Todavía siento la resistencia en forma de nudo en el estómago cuando lo pienso, pero la verdad es que es lo único que puede justificar todo este drama; así que sí, estaba enamorándome de él.

Ayer me di cuenta de que si no soy sincera conmigo misma, si no me atrevo a mirar mis heridas y aceptarlas, no seré capaz de curarlas. Cuando terminé de llorar, me miré en el espejo, pero en vez de despreciarme por mi debilidad, como la otra vez, la asumí, me miré a los ojos y saludé a la mujer destrozada y triste que me devolvía mi reflejo y me convencí de que ésa soy yo

ahora, de que todo lo que he vivido con Sergio me ha cambiado, para bien o para mal. Lo acepté y decidí abrazar esa parte nueva de mí, ayudarla a superar su dolor en vez de ignorarlo; y en ese momento, a pesar de mis lágrimas, fui capaz de sonreír, de quererme de nuevo.

Borja me llamó por la noche para invitarme y, en vez de negarme en redondo, como pretendía hacer en un principio, decidí que él era tan bueno como cualquier otro para que la nueva Daniela reanudara su vida. El chico me gusta, es atractivo y una jodida máquina del sexo. Quiero creer que, en realidad, el motivo por el que me cayó mal en un principio fue porque me molestaban sus continuos coqueteos, y yo, aunque me lo negara, ya estaba demasiado colgada de Sergio... No sé, todo esto es más una teoría que una certeza y la verdad es que soy consciente de que tiene flecos... Pero el caso es que, sea buena idea o no, he decidido darle una oportunidad con la intención de conocerlo, dispuesta a ver su lado bueno sin prejuzgarlo por su pasta, su madre o su físico y, sobre todo, por quien no es.

Sandra intentó convencerme de que no era el mejor momento, pero ¿cuándo lo será? Quizá lo que necesito para olvidarme de Sergio es a otro hombre que me distraiga de su recuerdo. Y si hay algo que sabe hacer bien Borja es distraerme.

—Perdóname, por favor, tengo negocios con ellos y no podía ignorarlos —me pide al volver a mi lado.

—No te preocupes —le contesto con una sonrisa, contenta porque, con esa frase, al menos me demuestra que no es un cantamañanas que vive a costa de su madre, como yo pensaba—. He disfrutado de la puesta de sol.

—Lamento no haberla disfrutado contigo y lamento más todavía no poder comportarme como me gustaría, porque hay ojos indiscretos puestos en nosotros. Me muero por besarte... —confiesa y me aparta el pelo con la mano, echándomelo hacia atrás y acariciándome después el cuello, poniéndome la piel de gallina—. Me gustas mucho.

—Tú tampoco estás mal.

—Ya —responde sonriendo de medio lado y levantando una ceja.

Vale, es un creído, eso no puedo negarlo, y lo cierto es que tiene motivos para serlo.

—No he podido dejar de pensar en lo de la otra noche —continúa—, fue realmente increíble.

—También lo fue para mí.

—Hacía tiempo que no me sentía tan a gusto con una mujer —confiesa—. Siento haber estado un poco brusco cuando llegamos a tu casa, no aguanto muy bien que me lleven la contraria.

—¿Te llevé la contraria? —pregunto sorprendida. No lo recuerdo.

—Te dije que íbamos a mi casa y tú te negaste.

—Bueno, estaba hecha polvo —me justifico, recordando ahora algo de eso—. Pero supongo que eres lo bastante mayorcito como para aceptar que te digan que no de vez en cuando.

—No, en realidad soy lo bastante poderoso como para asegurarme de que nadie me diga nunca que no.

¿Qué? ¿Poderoso?

—¿Qué quieres decir? —le digo arrugando el ceño, convencida de que o lo he interpretado mal o es una broma que no he pillado.

Se remueve en la silla, carraspea un poco y se sienta más recto.

—Te darías cuenta la otra noche de que soy un poco... dominante.

—¿Dominante? —repito asombrada, haciendo un esfuerzo para recordarlo—. Sí, puede ser, ahora que lo pienso, pero la verdad es que no me había dado cuenta.

Levanta una ceja y me mira tan extrañado como si le hubiera dicho que no me había fijado en que tiene sólo una cabeza y a la vez él hubiera visto que yo tengo tres.

Me encojo de hombros ante su insistente mirada.

—Pues lo soy —concluye al fin—. Y tú me seguiste el juego perfectamente, al menos hasta que te negaste a venir a mi casa.

Y dale, qué pesadito con lo de su casa. Tal vez sea él quien no se percata de que mi nivel de alcohol en sangre, junto con el calentón, no me permitían analizarlo todo con tanto detalle. Además, si hubiera pillado que intentaba darme órdenes pretendiendo que las cumpliera, y no sólo con el propósito de provocarme morbo, seguramente lo habría mandado a la mierda.

Respiro hondo.

«No te enfades, Daniela, no le saltes a la yugular. Deja que se explique.»

—¿Qué importancia tiene ahora si me di cuenta o no?

—Siempre soy así —afirma contundente.

—¿Dominante en el sexo?

—Dominante en todos los aspectos de mi vida. Quiero tener a mi lado a una mujer que desee complacerme, que me obedezca y que se abandone a mis

deseos. Que sea sumisa en la cama y que acepte todo lo que le pida sin juzgarme, sin dudar ni por un segundo de mi criterio.

Lo miro durante un momento estupefacta, esperando que en cualquier momento su gesto grave se borre, me señale con el dedo y exclame: «¡Has picado!». Pero el tío sigue ahí, impasible, esperando no sé qué de mí.

—¡No me jodas! —digo al fin, estallando en carcajadas.

—Daniela... —me advierte, y lo hace con un tono que altera por completo mi pretendida calma.

Está claro que si juzgué mal a este tío en su día fue para quedarme muy corta en cuanto a su estupidez.

—¿Qué? —respondo con chulería.

—También tengo derecho a castigarte si no te portas como es debido.

—Tío, tú te has fumado algo. O estás de cachondeo o estás ciego, porque para que se te haya pasado por la cabeza que yo pueda aceptar algo así... ¡Yo! ¿En serio has visto en mí nada que te haya llevado a pensar que tengo madera de sumisa?

—Lo fuiste la otra noche.

—¿Qué? La otra noche estaba muy bebida, me salvaste de una situación incómoda y me excitaste; me dio morbo tu manera de comportarte, sí, pero en ningún momento sentí nada de lo que pretendes. Hice lo que hice porque me dio la gana a mí, por mi propio placer, no para complacerte a ti.

—Eso es lo que tú te crees. Tú lo has dicho, piénsalo, el morbo fue porque me dejaste hacer a mí, te encantó complacerme. Y fue el mejor polvo de tu vida, no lo niegues.

Uy, uy, uy...

—Cielo, siento muchísimo tener que decirte esto —le miento, porque en realidad estoy deseando bajarle los humos—: lo de la otra noche estuvo muy bien, de verdad, disfruté muchísimo, pero ni se acerca al mejor polvo de mi vida. Y si en algún momento hubiera sido consciente de que intentabas... «dominarme» —pronuncio la palabra con desprecio—, te garantizo que te habría pegado una patada en las pelotas.

—No te creo —asegura, ¡y me sonrío con condescendencia!

Ya, se acabó. Este gilipollas no sabe con quién se la está jugando.

—Yo sí que no doy crédito. ¿Lo dices en serio? ¿Quieres una mujer que te complazca y te obedezca? Pero ¿en qué mundo vives, tío? Lo tuyo va más allá de un rol sexual. Eres un puto retrógrado, eso es lo que eres, que cree que por

tener pasta y una cara bonita las mujeres van a caer rendidas a sus pies.

—No te pases, princesa, si no recuerdo mal, eras tú la que el otro día estaba rendida a mis pies, y con mi polla en la boca, para más señas.

¡¡PLAS!!

El sonido de la bofetada con la que le cruzo la cara resuena sobre la música y el tráfico de la ciudad.

Me pongo de pie, cojo mi bolso y me dispongo a marcharme sin decir nada más, ignorando las miradas alucinadas de la gente que nos rodea.

Borja se levanta y furioso me coge del brazo.

Pero ¿qué puta manía tienen los tíos de agarrarme del brazo?

Respiro hondo para contenerme, le sujeto la muñeca con fuerza y le susurro, fulminándolo con la mirada:

—Soy cinturón marrón de Krav Maga, gilipollas; puedo retorcerte la mano con la que crees que me estás sujetando y tener tu puto culo en el suelo y mi tacón haciéndote un piercing en uno de tus asquerosos huevos en menos tiempo del que tardas en decir: «Siento haberte ofendido, Daniela». Te dejo elegir. ¿Eso es lo que quieres?

—No serías capaz —replica, no muy convencido ahora.

Le estiro el brazo, le agarro los dedos y se los doblo de forma incómoda detrás del cuerpo, sin obligarlo a encogerse demasiado para no montar más circo en esta terraza plagada de pijos; aunque estoy dispuesta a hacerlo si me obliga.

—Ponme a prueba —siseo con una sonrisa malvada, deseando que me dé una excusa para darle la lección que se merece.

—Suéltame —me pide con una mueca de dolor, intentando, sin éxito, zafarse de mi agarre.

—¿Tienes algo que decirme?

—Siento haberte ofendido, Daniela.

Le suelto y aliso mi vestido sin arrugas.

—Gracias, no lo tendré en cuenta... esta vez.

Me giro y me marcho sin mirar atrás.

A la mierda el modo zen.

De vuelta a casa, en el taxi, no puedo evitar reírme cuando rememoro la escena y me regodeo en ella, arrepentida de no haberlo tirado a la piscina.

—¿¡Qué!?! —exclama Pau cuando le cuento cómo terminó lo mío con Borja.

Estamos en la oficina, de pie, apoyados en el borde de nuestras respectivas mesas, tomándonos un café.

—Como te lo cuento.

—Pero ese tío todo lo que tiene de buenorro lo tiene de idiota. ¿Cómo ha podido pensar que precisamente tú estabas dispuesta a algo así? ¿Acaso no ha cruzado ni un par de palabras contigo? Joder... si se te ve a la legua que no aguantas ni que te soplen. No sé si atreverme a preguntarte qué le respondiste. —Encoge los hombros y arruga la cara, como para encajar el golpe.

—Digamos que al final se disculpó de forma forzosa. —Bebo un sorbo de café y lo miro por encima de la taza, esperando su reacción.

—¿Le pegaste? —pregunta, abriendo mucho los ojos.

—Todavía me duele la mano —contesto, sacudiéndola.

—¡Dios, Dios, Dios! ¡Le zurraste a un tío que se declaró dominante, en medio del Dolce Vitae! Hubiera pagado por verlo.

—Y yo por tenerlo grabado. Te juro que si tuviera que elegir entre el placer que me proporcionó el viernes, o el del domingo, me quedo con el último —bromeo.

—A ver si vas a ser tú también dominante.

—No, no siento ningún placer sexual en zurrar a gilipollas que me faltan al respeto, sólo satisfacción justiciera.

—¡Oye! Seguro que tienen cámaras de seguridad. Podríamos hacernos pasar por investigadores y pedirles las cintas, como en las pelis.

—No te flipes, Pau —le regaño, riéndome.

—Eres mi heroína —declara, haciéndome ojitos—. Por cómo te lo estás tomando, supongo que no estás demasiado afectada por tener que darle la patada a Borja, por muy bien que se lo montara.

—Me importa una mierda, la verdad. En conjunto ha sido un fin de semana muy interesante.

—¿Y lo que viene ahora...? —me plantea, haciendo referencia a la cita profesional que tengo en media hora con una pareja amiga de Sergio a los que estoy organizándoles la boda.

—¿Sabes?, me escribió el sábado —confieso, aunque no lo tenía planeado.

Durante estos meses, Pau y yo hemos forjado una gran amistad, pero hay

cosas que todavía no le cuento.

—¿Qué? ¿Después de todo este tiempo? ¿Y qué quería?

—Hice que Sandra borrara el mensaje, no quiero volver a cometer los mismos errores entrando al trapo.

Omito que ella lo leyó, porque conociendo a este hombre, sé que la llamará para cotillear en cuanto yo me dé la vuelta.

—¿Qué? ¿Lo borraste sin leerlo? —pregunta histriónico, luego me mira a los ojos y lo que ve en ellos lo obliga a serenarse—. No, no, hiciste bien. Si quieres olvidarlo es lo mejor.

—Ya no recibiré más, he configurado el buzón para que todos sus futuros mails se vayan directamente a la papelera.

—Pero ¿eres consciente de que es muy posible que te lo encuentres en la boda?

—No lo sabemos. Es una boda íntima, quizá no esté. Y aunque estuviera... ni por ésas te dejo organizarla a ti —replico, forzando una sonrisa y deseando dejar de hablar de Sergio.

—Eres malvada, esa boda es un bombón; además, yo quiero ir a Beynac —se queja, haciendo un puchero. Se ha dado cuenta de que he cambiado de tema, pero me sigue la corriente.

—Iremos juntos —anuncio.

—¿En serio? ¿Podemos ir los dos? —Pau aplaude, luego se abalanza sobre mí, me alza y me da vueltas en el aire.

Doy gracias a Dios porque mi taza de café esté ya vacía.

Cuando me suelta, vuelvo a apoyarme en mi mesa para recuperarme.

—¿Y a ti qué tal te fue con Felipe?

Suspira profundamente y viene a mi lado.

—Increíble, nena. Es megatierno. Hemos pasado todo el fin de semana en su casa: hemos hablado, hemos cocinado juntos, hemos visto películas...

—¿No habéis follado?

—¡Hemos follado como locos! Si ves que hoy me siento un poco raro, no me preguntes por qué.

—De eso ni hablar —niego entre risas y miro el reloj—. Ahora no nos da tiempo porque están a punto de llegar los clientes, pero después quiero todos los detalles de por qué no puedes sentarte.

Volvemos a nuestras respectivas mesas y me concentro en preparar todos los papeles que necesito para la reunión.

Marcelo y Magda llegan puntuales. Tras los saludos, los invito a tomar asiento frente a mi mesa. Saco un plano de la mansión que han alquilado para casarse y les muestro algunos bocetos de cómo será la decoración y de dónde celebraremos la ceremonia y el *catering*.

Falta poco más de un mes para el gran día y, después de cinco meses organizándolo, ya lo tenemos casi todo listo. Son menos de cuarenta invitados, pero al ser en Francia y tratarse de un fin de semana entero, organizarla está siendo todo un reto. He tenido que contactar con empresas que no conocía y buscar referencias.

Será una boda muy peculiar; han organizado un viaje en moto con sus amigos más íntimos, con los que pasarán el fin de semana por el Périgord, la región francesa donde se enamoraron. Tienen una historia preciosa: Marcelo, que es de Lucca, en la Toscana, estaba de vacaciones con su hermano, mientras Magda estaba visitando a su familia materna. Coincidieron allí. Cuentan que fue amor a primera vista y que no se separaron hasta que ella tuvo que volver por trabajo a Barcelona. La despedida fue trágica, pero él apenas tardó un mes en mudarse a vivir a la Ciudad Condal, acompañado de su inseparable hermano gemelo, Nico, el que me tendió la trampa en el Vela.

—Perfecto, Daniela —me felicita Magda después de repasar los bocetos—. Nos encanta todo. Va a quedar precioso.

—Os aseguro que será incluso mejor de lo que parece.

Se miran entre ellos, y soy capaz de ver la ilusión y el amor que se transmiten. Suspiro con disimulo y mantengo mi sonrisa.

—He traído la lista de invitados y la de las habitaciones —prosigue Magda—. No ha sido nada fácil organizarlo, hemos tenido que sortear algunas, pero ya están distribuidas. —Saca un par de folios del bolso y los mira—. Quedará libre la suite de al lado de la piscina, pero, mejor, porque está aislada de todo lo demás y si no la usamos nos la descuentan. ¿Al final vendrás sola o con pareja?

—Iré con Pau.

—¡Ostras! Entonces tendré que pedir que me abran esa habitación.

—¡No! —la interrumpo—. No hace falta, nosotros no dormiremos allí, he reservado un hotel en Sarlat.

—Sí, hombre, para estar yendo y viniendo. Ni hablar. El viernes por la mañana, cuando vayáis a recoger las llaves, os lleváis las maletas y os instaláis en la mansión. Tú ya tienes adjudicada la suite Kléber, en la planta principal.

Cuando terminéis de trabajar, os quedáis en calidad de invitados y disfrutáis del lugar como si fuerais uno más. Prometo dejarte descansar, pero estaré mucho más tranquila si te tengo cerca.

Pau parece emocionadísimo con la idea.

—De acuerdo, pero nos instalaremos los dos en la habitación que me has asignado a mí. —Miro a mi amigo. Éste asiente y me hace reír moviendo las cejas de forma insinuante.

—Como queráis, pero tiene cama de matrimonio... —nos advierte Magda. Ambos asentimos y ella escribe el nombre de Pau en la lista. Luego alarga la mano para entregármela—. Toma.

La cojo, aguantándome las ganas de devorarla en busca de un solo nombre, y la dejo sobre la mesa.

—Entonces ya tenemos las habitaciones organizadas —digo—. ¿Qué te parece si repasamos el plan de los días anteriores a la boda y completamos el planning?

—De acuerdo —conviene ella emocionada, removiéndose en su silla.

—Tengo que tener todos los equipajes aquí el miércoles antes de las siete de la tarde si quieres que me ocupe yo, ya que nosotros viajaremos el jueves a primera hora para organizarlo todo. Si no os va bien, o alguien se retrasa, puedo darte el teléfono del transportista y le lleváis las cosas directamente; él saldrá de Barcelona el jueves por la tarde.

—No, estará todo aquí el miércoles. A mis amigos les diré a la una, así damos tiempo a quienes lo dejan todo para última hora para que se retrasen sin problemas.

—Todas tenemos algún amigo así. —Me río y continúo—: El transportista llegará a la mansión el viernes por la mañana, recogeremos la llave de la casa a las ocho y estaremos allí para recibirlo y prepararlo todo. ¿A qué hora tenéis previsto llegar?

—Probablemente nos iremos de Barcelona a las ocho —interviene Marcelo—. Hemos quedado todos a las siete en la plaza de España para salir de allí juntos, pero siempre cuesta un poco arrancar. Tenemos planeado conducir de un tirón hasta Toulouse, allí comeremos y daremos una vuelta para ver la ciudad... calcula un par de horas, como mucho tres; después ya no pararemos hasta Beynac, pero puedes contar que no llegaremos antes de las cinco.

—Te mandaré un mensaje cuando salgamos de Toulouse y te avisaré si hacemos alguna parada improvisada —añade Magda, que es casi tan obsesa de

la organización como yo.

—Perfecto, yo cuento con que a las cinco tengo que tenerlo todo listo. Prepararemos un pequeño refrigerio para cuando lleguéis, para el que tenga hambre; y la cena, como es en casa, será a las diez. El día siguiente, mientras yo lo preparo todo para el domingo, vosotros visitaréis la zona.

Miro con disimulo a Marcelo, ese día hemos organizado una yincana por los pueblos de los alrededores, pero es una sorpresa para Magda. A él se le escapa una sonrisa traviesa.

—Genial —concluyo—, pues ya lo tenemos todo.

—¡Ya no queda nada! —me dice Magda, nerviosa y desbordando entusiasmo.

—Será un fin de semana mágico, ya lo verás.

Cuando los dos salen por la puerta, cuento hasta diez antes de lanzarme a leer la lista de las habitaciones. Pau no tarda ni un segundo en plantarse detrás de mí. Vuelo entre nombres hasta encontrar el que busco:

«Sergio, Nico y Eric: Suite Lazare».

El corazón me da un salto, pero suspiro aliviada. Lo han colocado en la habitación de los solteros. Otro nombre me llama también la atención:

«Soraya y Jessi: Suite Geneviève».

—Va solo —comenta Pau.

—Sí —respondo.

Tengo el corazón en un puño. Durante todo este tiempo me he negado a pensar en lo que pasaría si volvíamos a vernos, con la esperanza de que su relación con Marcelo y Magda no fuera tan íntima como para formar parte de los poquísimos invitados. Joder... Me doy cuenta de que, a no ser que él quiera, no habrá forma humana de evitar el contacto. Al menos, que vaya sin pareja me garantiza un mínimo de tranquilidad. No es que quiera tener nada que ver con él... Si pudiera escoger, elegiría que nos ignorásemos, pero sé que me sería imposible dormir bajo el mismo techo sabiendo que compartía cama con otra.

Pienso en Soraya y en su compañera de dormitorio: ¿será su pareja? ¿Sabrá el tipo de relación que tiene con Sergio?

Pau me apoya las manos en los hombros y luego las baja para abrazarme.

—No le des más vueltas, cielo. —Me da un beso en la mejilla y luego me suelta—. ¿Me pongo con los vuelos?

—Sí, sí, claro. Vamos a trabajar.

UN INSTANTE DE DEBILIDAD

—¡Joder, menuda cola! —exclama Pau al ver la gente que espera para facturar la maleta.

—Tranquilo, vamos con tiempo.

Arrastramos nuestras maletas hasta el final de la fila y avanzamos poco a poco, parándonos a menudo.

—Estoy muerta de sueño. —Me acurruco contra su pecho; él apoya su cabeza sobre la mía y me abraza.

Son las seis de la mañana de un jueves que pinta que estará nublado y lluvioso en Barcelona, suerte que en Francia la previsión es de sol.

—A ver si podemos dormir un poquito durante el viaje. Estás muy mimosita por las mañanas —comenta con una sonrisa.

Levanto la cabeza y lo miro a los ojos.

—Estoy muy nerviosa por lo de mañana, Pau —confieso.

—Este fin de semana voy a ser tu sombra, cielo. No te dejaré sola a no ser que me lo pidas tres veces.

—¿Me lo prometes? —le pregunto, sintiéndome frágil y agradecida, algo a lo que estoy empezando a acostumbrarme.

—Lo juro.

Al cabo de un rato conseguimos facturar y pasar el control; todavía nos queda una hora de espera hasta la salida del vuelo. Cuando al fin nos sentamos en el avión, le advierto a Pau que volar no es mi pasatiempo favorito y que pasaré el viaje conectada a mi iPod y con los ojos cerrados, para no oír cómo se paran los motores.

—Si alguna vez hubieras oído pararse un motor, no estarías contándomelo —replica. Levanto una ceja y lo miro muy seria.

—Perdón, jefa. Si tú dices que el motor se para, se para.

—El motor no se para, idiota, pero yo lo oigo. Eso es así.

—Sí, jefa —repite con recochineo.

—¡Eh! No te confundas conmigo, amigo —le advierto, amenazándolo con el dedo—. Que lleve una temporadita ñoña no quiere decir que no siga siendo una cabrona cruel cuando me llevan la contraria o me dan la razón como a los locos.

Se pone muy serio, pero en seguida se le nota que tiene que esforzarse para mantenerse así.

—Sí, señora jefa —dice al fin, explotando de risa.

—¡Qué tonto eres! —sentencio, negando con la cabeza.

Me pongo los auriculares. Le digo adiós con la mano, cierro los ojos y me apoyo contra la ventanilla.

—Dani, cielo, abre los ojos.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada, arrancándome los auriculares.

—Acabamos de aterrizar en Burdeos con los motores intactos, la presión adecuada en el avión durante todo el viaje y los oídos algo dañados de oírte roncar.

—¡Eres muy tonto! —le suelto, dándole un manotazo.

Bostezo y me estiro para sacudirme la modorra. Miro por la ventanilla y observo las últimas maniobras del aterrizaje, agradecida de volver a tocar el suelo. Fuera hay un bus que nos lleva a la terminal. Una vez allí, recogemos las maletas y tomamos un taxi a la estación. Cuando llegamos, aún faltan dos horas para que salga el tren que nos llevará a Sarlat, tiempo que aprovechamos para comer algo. A bordo del tren nos es imposible descansar: las ventanas nos hechizan mostrándonos el fascinante paisaje del Périgord, que parece sacado de un cuento de hadas: castillos, praderas, flores y pueblos medievales. El cansancio se evapora, eclipsado por la belleza que nos rodea.

Llegamos al hotel a las siete y media de la tarde y, tal como entramos en la habitación, nos derrumbamos sobre la cama: el viaje se nos ha hecho muy largo. Apenas descansamos un par de minutos, pues mañana tenemos mil cosas que hacer y ya es tarde, así que, después de darnos una ducha, salimos en busca de un lugar para cenar por el pueblo. Tras un breve paseo por sus encantadoras calles, encontramos un pintoresco restaurante.

El viernes por la mañana cogemos el equipaje y tomamos un taxi para dirigirnos a La Maison des Sarrasins, en Beynac.

Cuando nos acercamos, alucinamos; ya en las fotografías de la web se apreciaba que era bonita, pero en directo quita la respiración. Fascinados, bajamos en la puerta y nos adentramos en la finca. La amable dueña nos recibe

y nos acompaña a dar una vuelta por la casa. Mientras tanto, voy explicándole los planes que tenemos y ella me indica dónde está todo lo que vamos a necesitar. Antes de irse, me da su número de móvil y me entrega tres juegos de llaves.

Poco después llega el equipaje.

—Primero ésta —le digo a Pau.

Me acerco al baúl y lo abro; dentro, envuelto en una funda, está el traje de novia. Lo llevamos junto a la maleta de accesorios a la casa de la piscina, que, aunque en un principio no iba a ocuparse, al final Magda decidió que sería el sitio ideal para vestirse el gran día.

—¿Puedo mirar? —pregunta Pau, señalando la funda que cubre el traje.

—¡Ni hablar! Siempre que alguien fisga un vestido de novia sin permiso, se rompe.

—Estás cargadita de puñetas, cielo.

—Lo que tú quieras, pero el vestido no se toca.

De vuelta a la casa principal, Pau se dedica a colocar las maletas (que cada uno ha etiquetado con su nombre) delante de las habitaciones de sus ocupantes, y yo contacto con el *catering* para asegurarme de que llegarán antes de las cinco para traernos la comida que hemos encargado.

A las doce, como estaba previsto, lo tenemos todo listo, así que nos dirigimos a la plaza del pueblo, donde hemos quedado con una prima de Magda. Ella nos acompaña a los diferentes lugares que Marcelo nos ha indicado: Beynac, Sarlat, La Roque, Castelnaud y, por último, los jardines de Marqueyssac, para entregar o esconder, según el sitio, los sobres para la sorpresa que le ha organizado a su novia.

A las tres, sin comer, volvemos a la mansión. El *catering* llega poco después y aprovechamos para llenarnos el estómago, mientras lo dejamos todo preparado para el pisolabis de bienvenida.

Cuando apenas llevábamos cinco minutos descansando, un ensordecedor coro de motores anuncia la llegada del grupo, sobresaltándonos.

—Vamos allá. —Me levanto por inercia, conteniendo el aire.

Mierda, estoy hecha un flan, las piernas me tiemblan.

—Respira hondo —me dice Pau, adivinando mi estado.

Obedezco sin pensarlo, lo cierto es que dudo que pueda actuar por mí misma, estoy bloqueada.

—Bien —continúa él—, ahora sales, saludas a los novios y te dejas llevar por la situación, ¿de acuerdo? No puedes controlarla, no puedes escapar, así que la única opción que te queda es afrontarla. Prometo no dejarte sola. Sonríe, sé amable y todo saldrá bien.

—De acuerdo, puedo hacerlo.

Me coge de la mano y nos dirigimos hacia el aparcamiento. Allí los encontramos a todos haciendo un Tetris para meter las motos en las tres plazas de coches disponibles. Entre que ya está anocheciendo, que están apelotonados y que van vestidos con chaquetas oscuras de hombros anchos, no consigo reconocer a nadie.

—¡Daniela! ¡Pau! —llama la voz de Magda y la veo salir de entre el barullo.

Al oírla, varias personas se vuelven y entre ellas consigo distinguir a Sergio.

Mil emociones contradictorias se me disparan de golpe: angustia, anhelo, tristeza, alegría, deseo... Mi corazón bombea la sangre como si éste se hubiera espesado y necesitara un esfuerzo extra para mantenerla en circulación; en mis tímpanos sólo oigo sus gritos de auxilio.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunta Pau a Magda, que ya nos ha alcanzado.

—Agotador, pero hemos visto lugares preciosos y lo hemos pasado genial. ¿Qué tal todo por aquí?

—Perfecto, según lo planeado —intervengo, tras hacer un esfuerzo para recomponerme—. Es todo precioso, ya verás.

El grupo al completo se acerca a nosotros y, después de que saludemos a Marcelo, Magda y él nos van presentando al resto de los invitados. A algunos los conocemos de la fiesta de inauguración del gimnasio, aunque el recuerdo es vago. No sé dónde está Sergio, lo que me hace sentir aún más ansiosa; voy saludando a los que se acercan y el amontonamiento de gente me impide ver bien. Cuando aparece Nico, me estruja en un gran abrazo de oso.

—¡Cuánto tiempo! Estás más guapa que hace cuatro meses —me halaga.

—Hola, tramposo —lo saludo con una sonrisa, contenta de verlo.

—No me guardarás rencor todavía por lo del Vela, ¿verdad?

—Rencor, no. Pero te la tengo guardada.

—Hola, Daniela —me dice una voz femenina. Me vuelvo y reconozco a la

rubia de mis pesadillas.

—Soy Soraya —se presenta, aunque sé perfectamente quién es—. Por fin nos conocemos, he oído hablar muchísimo de ti.

Intento discernir cualquier tipo de intención en su tono, pero no encuentro nada, parece simplemente simpática.

—Y yo de ti —confieso—, un placer.

—Ésta es Jessi, mi pareja.

La saludo y a continuación les presento a Pau.

—Encantado —afirma él—. ¿También sois moteras?

—Soraya lo es —responde Jessi—, yo soy nueva en esto.

Siento el calor de una mano apoyándose en mi cintura. No veo quién es, pero mi piel lo intuye y explota bajo su tacto. Me doy la vuelta despacio.

—Hola, Dani. —Su voz grave y masculina despierta algo dormido en mi interior.

Está más guapo que nunca... Le ha vuelto a crecer el pelo y lleva barba de unos días.

—Hola, Sergio —contesto afectada.

Se inclina hacia mí para besarme en la mejilla. Su energía y su calor me envuelven y me tenso durante un segundo. Su presencia me posee de una forma que no puedo comprender. Cuando noto el calor de sus labios en mi cara, jadeo sin aliento y algo se rompe en ese momento... De pronto sus brazos me rodean, estrechándome contra su pecho, y mi cuerpo responde por mí de forma instintiva: cierro los ojos, me aferro a él y me abandono completamente al bálsamo de su cuerpo contra el mío; mis músculos se relajan, mi sangre se vuelve más líquida y corre sin esfuerzo por mis venas. El tiempo se detiene borrando pensamientos y reproches, pasado y futuro; sólo existe la sensación de que todo está en su lugar.

—Dani, subo con los demás. —La voz de Pau me expulsa del paraíso.

Aparto las manos de la espalda de Sergio, que afloja los brazos dejándome escapar. La realidad vuelve a pesar sobre mis hombros como una capa mojada. Miro a mi amigo, que se ha quedado solo con nosotros, y veo a los demás que están ya a varios metros, camino de la casa.

—Joder... —Doy un paso atrás, dándome cuenta de lo que acaba de pasar.

—Hola, Pau. ¿Qué tal? —lo saluda Sergio.

—Bien, me alegra verte —responde éste.

—Vamos —les pido.

Y me adelanto, alejándome de ellos y aligerando el paso para alcanzar al resto del grupo.

Una vez dentro, la gente se dispersa; algunos examinan la casa, otros se acomodan en el comedor, y todos comen y beben.

Localizo a las dos parejas que duermen en la casa de huéspedes, que está a diez metros de la mansión, y me ofrezco a acompañarlos.

Cuando regreso, todos se han retirado a ducharse o a descansar; Pau está recogiendo el comedor, así que me quedo para ayudarlo. Cuando terminamos, le envío un mensaje a Magda diciéndole que estaremos en nuestra habitación y que nos vemos a la hora de la cena si no me necesitan antes.

Al cerrar la puerta, puedo notar cómo mis músculos se relajan. Suspiro aliviada, sintiéndome a salvo, y Pau y yo nos echamos directamente en la cama, con la intención de echarnos una minisiesta tardía.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —me pregunta.

—No lo sé. He perdido la cabeza, me temo.

—¿Ha sido muy duro volver a verlo?

—Me lo ha removido todo. Cuando me ha abrazado... ha sido como si no hubiera pasado el tiempo.

—Joder, Dani. No sabía qué hacer. ¿Debería haberos dejado solos?

—¡No, no! Has hecho lo que debías. Gracias por quedarte e interrumpirnos, de verdad.

Tengo que tener más cuidado a partir de ahora y no quedarme a solas con Sergio. Joder, tenerlo cerca me ha hecho perder la cabeza. No esperaba reaccionar así.

—Haré todo lo que esté en mi mano para cortaros el rollo, si eso es lo que quieres.

—Es lo que quiero. Puede que él haya entendido ya que no tiene posibilidades, o incluso se haya olvidado de mí... pero no voy a arriesgarme.

—Tú no has visto su cara cuando te ha abrazado, Dani. Parecía que le doliese tocarte, y aun así se aferraba a ti como si no quisiera soltarte nunca. No sabes lo que he sentido tener que interrumpir ese momento.

Sus palabras me duelen y complacen en la misma intensidad. No sé lo que quiero. No, miento, sí lo sé, pero es tan egoísta que me duele reconocerlo: no soportaría darme cuenta de que le soy indiferente, pero al mismo tiempo quiero que me deje en paz, que no me ponga en la tesitura de tener que rechazarlo... porque temo que no podría.

Hay una parte de mí a la que no le importan mis razones, que lo daría todo por besarlo de nuevo.

—Es muy fácil, después de todo este tiempo, olvidarme de por qué no tengo que caer otra vez —comparto con Pau parte de mis pensamientos—. Hace más de cuatro meses que no sabía nada de él y todo lo que siento ha salido a la superficie en cuanto lo he vuelto a tener delante. Dios... Ojalá pudiera negarlo, lo he echado tanto de menos... Pero sé que si él intentara algo y yo me dejara llevar, cuando el momento pasara, aparecerían los mismos problemas de entonces. Me hizo mucho daño, Pau, y no puedo permitirle que me lo haga otra vez. No sé si podría soportarlo. Sergio me hace débil.

—No sé si termino de entenderlo. Yo soy de los que se dejan llevar por el corazón y, si se me rompe, lo arreglo después. Pero respeto tu postura.

Resoplo, me llevo las manos a la cara y me restriego los ojos.

—No perdamos de vista que hemos venido a trabajar, ¿vale? Todo esto es demasiado complicado, no quiero darle más vueltas. Nos dedicamos a lo nuestro y mantenemos a Sergio alejado de mí, es en lo único que tenemos que concentrarnos.

—Pareces un oso panda —me suelta él, riéndose.

He debido de correrme todo el rímel.

—Pues abraza a tu oso panda y durmamos un rato, que estoy hecha polvo. Pau me envuelve en sus brazos y casi inmediatamente caemos rendidos.

Suena la alarma, sorprendiéndonos. Pau y yo estamos profundamente dormidos y abrazados. Nos sonreímos y nos separamos buscando espacio.

Tras ducharnos y arreglarnos, miro el móvil: son las siete.

En realidad, nuestra jornada de trabajo ha terminado. Si durmiéramos en el hotel nos habríamos ido al llegar ellos, por lo que ahora en teoría estamos aquí en calidad de invitados. Me siento un poco incómoda, aunque no tengo claro si es porque estoy con un montón de gente a la que casi no conozco, o por lo íntimamente que conozco a uno de ellos.

—Hola —me saluda Nico al vernos entrar en el salón.

—Hola, guapo.

—Estábamos pensando en dar una vuelta por el pueblo —nos cuenta Magda— y tomarnos unas cervecitas antes de cenar. Vale la pena ver Beynac de noche, ¿os apuntáis? Podéis bajar de paquete con Nico y Eric.

Los susodichos asienten, mostrando su conformidad.

Miro a Pau para consultarle, después del tour exprés de esta mañana, no sé si le apetecerá repetir. Él se encoge de hombros con una sonrisa, indicándome que elija yo. Echo un vistazo a la sala: no veo más que a cinco personas y Sergio no está entre ellos.

—¿Vamos todos?

—Los que estamos aquí. Los demás o están durmiendo o se están arreglando... El que quiera ya bajará más tarde.

Acepto y nos vamos con ellos.

Damos una pequeña vuelta por el pueblo, que por la noche tiene un encanto diferente pero igual de fascinante, y después del paseo tomamos unas cervezas entre risas, contándonos anécdotas del viaje. Ellos nos explican las paradas que han hecho en el camino; nosotros, lo pesado que es el viaje en avión y tren. Pau se juega su trabajo contándonos mis paranoias cuando vuelo, o al menos con eso lo amenazo cuando todos nos reímos, aunque en realidad no me enfado: la química que ha surgido entre todos invita a hacer confesiones de este tipo.

EL GATO Y EL RATÓN

Al volver a la casa, encontramos a todo el mundo reunido en el salón. Mi mirada y la de Sergio se encuentran de forma inmediata, como si un foco nos iluminara entre toda la gente. Aunque en cuanto soy consciente de que la estaba buscando, la rehúyo, ya es tarde para mi corazón, que, como cada vez que lo veo, parece desprenderse del sitio y utilizar el resto de mis órganos como atracciones de un parque temático: salta un rato en el estómago elástico, utiliza mis venas y arterias como tirolinas y, para terminar, se lanza por la montaña intestinal. Toda una fiesta montada en tan sólo dos segundos.

—Voy al baño —murmuro. Y salgo huyendo de allí.

Al volver, veo que ya han empezado a poner la mesa, así que me uno a la tarea haciendo el esfuerzo de no intentar dirigirlos. Los del *catering* han dejado en la cocina las bandejas para la cena; vamos sacándolas y nos relamemos cuando las abrimos y vemos su contenido: hay ensaladas, una gran variedad de quesos franceses, *foie*, pan y tostadas, y una cantidad indecente de botellas de vino Romanée-Conti, de las que seguro que al final de la noche sólo quedarán cascos vacíos.

Todo está servido. Llevo a Pau aparte y le comento que quiero esperar a que Sergio se siente primero, para poder escoger el sitio más alejado posible de él.

Mi amigo echa un vistazo al salón por encima de mi hombro, yo estoy de espaldas.

—Ahora está hablando con Nico —me informa—, aunque no nos pierde de vista... Me temo que ha tenido la misma idea que tú, pero con la intención contraria.

—¿Y los demás?

—También están de pie. No lo entiendo. Esto es ridículo, nadie se sienta, todos están hablando entre sí como si esperasen algo.

—Joder...

—Espera, ahora se han sentado dos.

Me vuelvo y veo a Eric sentado solo, sirviéndose una copa de vino. Al otro lado de la mesa, Diana se ha sentado también, pero se ha dado la vuelta y habla con el grupo en el que se encuentra Sergio.

—Vamos —le digo a Pau.

Me acerco, me siento a la derecha de Eric y le indico a Pau que lo haga a mi izquierda. Empiezo a respirar aliviada por haber protegido mis flancos, cuando de repente Eric se levanta, llevándose su copa, y se acerca a donde está sentada Diana; primero se pone de cuclillas delante de ella, pero al final termina por aposentarse a su lado.

Miro a Pau con cara de no entender nada y él me hace una señal para advertirme de algo.

Al volverme, veo que Sergio se dirige decidido hacia nosotros. ¡No! Me levanto como impulsada por un resorte y sólo se me ocurre huir hacia la cocina para disimular; siento la mirada de Sergio quemándome la espalda hasta que salgo de la estancia.

—¿Qué hacemos aquí? —me pregunta Pau, que me ha seguido.

—¡Joder, huir!

—Ya, eso lo he pillado, pero ahora tendremos que sacar algo de la cocina para que los demás no lo pillen también.

—¿Crees que se han dado cuenta?

—Claro que sí, ¡todo el mundo estaba pendiente del jueguito de las sillas! ¿No te parece raro que, estando la mesa puesta, todos estuvieran de pie? Llámame paranoico si quieres, pero creo que es una conspiración y que todo el grupo está en el ajo.

—¿Una conspiración para qué?

Mi ayudante me mira con cara de estar pensando que soy tonta. A mí se me dispara una ceja hacia arriba y él se explica:

—Una conspiración para acercaros a Sergio y a ti. —Su suposición refuerza mis propias teorías.

—Mierda. Pues espero que sólo sea una paranoia, porque, si no, estamos bien jodidos.

—Cogeré una Coca-Cola —anuncia él.

—¿Vas a hacerte un calimocho con un Romanée-Conti?

—¡Por Dios, Dani! —exclama horrorizado, cerrando la nevera de golpe e indicándome con la mano que baje la voz—. Seguro que todas las uvas de la Borgoña acaban de retorcerse en sus cepas.

Riendo, volvemos al salón, para encontrarnos con que, en este minuto en que hemos estado en la cocina, todos han decidido sentarse. Nos miran con cara de estar esperándonos impacientes para empezar a cenar, así que nos apresuramos hacia los dos huecos que han quedado libres en el extremo de la mesa, flanqueados a la derecha por Soraya y a la izquierda, en la presidencia, por Sergio.

¿Casualidad?

Escojo la derecha.

Pasamos la mayor parte de la cena hablando con Soraya y con Jessi, y no tardo más de diez minutos en percatarme de que son un amor. Hablan por los codos, son divertidas y muy abiertas. Soraya se muestra especialmente cariñosa conmigo y no puedo evitar pensar que, siendo la mejor amiga de Sergio y teniendo la relación que tienen, él debió de contarle todo lo que pasó entre nosotros, y que su intención ahora es dejar de parecerme una amenaza. No hablamos de él, pero hay algo en su mirada... una especie de súplica que no logro descifrar del todo. Cuando vamos por el postre, los gemelos, Marcelo y Nico, junto con Magda y Sergio se unen a la conversación.

—¿Soléis hacer muchas salidas en moto juntos? —le pregunta Pau a Nico.

—Ésta es la novena, ¿verdad? —busca la confirmación de su hermano—. Como se dice en mi país: *Si assomiglia si piglia*, o lo que viene a ser lo mismo: Dios los cría y ellos se juntan. Empezamos saliendo cuatro y ahora somos un montón. El último en unirse al grupo fue Sergio, hace un par de años. Lo conocimos a través de Soraya, que es amiga de la infancia de Magda. ¿A cuántas has venido tú?

—Italia, Alemania, Francia y Holanda —responde Sergio.

Se enfrasan en una conversación sobre los viajes que han hecho e intercambiamos impresiones y anécdotas de las ciudades que hemos visitado todos. Nico es el que más habla y pronto me doy cuenta de que sus historias casi siempre tienen algo en común: Sergio a las afueras de Ámsterdam, bajándose de la moto y deteniendo el tráfico porque había una familia de patos cruzando la calzada; Sergio en la Toscana, rescatando a un gatito de un árbol; Sergio otra vez, en un pequeño pueblo de Italia en el que se perdieron, coqueteando con una sexagenaria para que les abriera un hostel que estaba cerrado por reformas...

Cualquiera diría que todas las batallitas tienen un propósito.

La charla acaba convirtiéndose en un: «¿Te acuerdas aquella vez que

Sergio...?» y todos participan contando anécdotas.

Lo cierto es que me lo estoy pasando pipa, me parto de la risa con sus historias, aunque la conversación confirma lo que Pau y yo sospechábamos: este grupito de moteros ultramusculados han asumido el papel de Celestina este fin de semana.

—Ya, chicos, por favor... —pide Sergio, abrumado por la poca sutileza de sus compañeros.

Cuando lo miro, me sonrío avergonzado, y yo no puedo hacer otra cosa que devolverle la sonrisa.

—¿Os habéis enterado de que Metallica viene de gira? Tenemos que organizarnos para pillar las entradas cuando salgan. —Soraya le echa un capote a su amigo cambiando de tema.

—¡Eh, tíos! ¿Quién se apuntará al concierto de Metallica? —vocifera Nico, subiéndose a una silla para dirigirse a toda la mesa.

Todos alzan el brazo haciendo cuernos con los dedos y gritan y vitorean al grupo, parece que todos se apuntan.

—¿Os gusta Metallica? ¿Queréis venir? —nos pregunta Nico a Pau y a mí al sentarse de nuevo.

—¿Hay fecha confirmada? —pregunto a mi vez.

—Once de julio del año que viene —me responde Sergio.

—Tendré que mirar mi agenda, pero intentaré no perdérmelo, es uno de mis grupos favoritos —contesto.

Espero no tener nada, aunque no para ir con ellos, sino con mis amigas.

—¿Has ido alguna vez a alguno de sus conciertos? —se interesa Sergio.

—Hace mucho tiempo, en el noventa y nueve.

—¿En serio? —exclaman los gemelos a la vez, extrañamente sorprendidos.

Y no son los únicos, Magda y Sergio sonrían de una forma extraña y se miran. Nico se sube de nuevo sobre la silla y vocifera:

—¡Eh, tíos! Daniela también estuvo en el concierto del noventa y nueve.

Y la peña estalla en una especie de «Ehhh» apreciativo hacia mí, haciendo de nuevo cuernos en el aire. Yo les devuelvo el gesto y ellos me aplauden. Están como cabras. Se forma un barullo en el que todos hablan y apenas pillo nada más que algún piropo suelto a la banda y un par de frases sobre mí: «Es de la nuestras» y «Cásate con ella».

—¿Qué pasa con el concierto del noventa y nueve? —interrogo a Soraya,

riéndome.

—La mayoría no nos conocíamos todavía, pero todos estuvimos en ese concierto. Incluso Nico y Marcelo, que estaban allí de vacaciones con su familia.

—¿Todos? ¿En serio? —digo sorprendida.

—Nos dimos cuenta hace unos meses, en el viaje a Holanda, cuando se rumoreaba que la banda iría a Barna —me explica—. Es una casualidad de la hostia, ¿verdad? Yo fui con Magda y, evidentemente, Nico y Marcelo fueron juntos, pero nadie más se conocía entre sí.

—Tenemos la teoría de que todas las personas importantes de nuestra vida, conocidas y por conocer, estuvieron allí, y que el tiempo nos las irá poniendo en el camino —interviene Nico muy serio.

—¿Te imaginas? —comenta Magda, y luego mira a Marcelo—. Estuvimos en el mismo sitio, en el mismo momento, respirando el mismo aire y sintiendo la misma música. Quizá nos cruzamos... quizá estuvimos el uno al lado uno del otro sin saber que estábamos destinados a estar juntos.

—Todas las fichas del juego en el tablero, sin que haya empezado la partida —reflexiona Soraya.

Me vuelvo a mirar a Sergio, sin poder evitar hacerme la misma pregunta que Magda: ¿nos cruzaríamos él y yo aquel día? Recuerdo aquel concierto, el primero al que fuimos Sandra, Abril y yo juntas, éramos apenas unas niñas.

—¿Pasamos a la sala del piano y a los mojitos? —propone Marcelo, levantándose.

Y en un momento el comedor se convierte en un caos de gente moviéndose arriba y abajo y recogiendo entre risas.

—¿Algún voluntario para preparar los mojitos? —pregunta Nico.

—¡Yo! —respondemos Sergio y yo a la vez.

Mierda.

—¿Los preparamos juntos? —sugiere él, sin disimular su entusiasmo.

¿Cómo me escapo de ésta?

—Ya te ayudo yo —le contesta Pau—. Dani, recuerda que tenías que hacer esa llamada. Es la hora.

Miro el reloj y finjo saber de qué me habla.

—Es verdad. Bueno, ayudo un poquito con la mesa y voy.

Después de este fin de semana tendré que subirle el sueldo a mi ayudante, menudos reflejos.

Al terminar de recoger, me disculpo y me retiro a mi habitación. Una vez allí, aprovecho para llamar a Sandra, que está cenando con Abril en casa de ésta. Les cuento cómo ha ido todo y coinciden en la teoría de que están conspirando para juntarnos.

—¿Y si dejas de rehuirlo y hablas con él? Sólo hablar...

—Sandra, no. No puedo hablar con él y ya está. ¡Si sólo con saludarlo ha conseguido que me olvidara de todo! Mira, hace apenas unas semanas que he asumido que estoy tocada emocionalmente, y todavía no he aprendido a controlarlo. No voy a darle la oportunidad de que me haga perder la cabeza, cuando sé que no la tengo del todo en su sitio.

—Las relaciones son así para todo el mundo, cielo. No hay manera de controlarlas.

—No voy a exponerme, y menos aquí, donde he venido a trabajar.

—Vale, vale. Ya paro. Pues entonces te deseo suerte.

—La voy a necesitar...

Cuando vuelvo al salón, me los encuentro a todos bebiendo mojitos y jugando a las películas; hay dos equipos y se compite por turnos, el bando que adivina se lleva el punto. Cojo el cóctel que han preparado para mí y me siento en el brazo del sillón donde está Pau, que me hace un hueco para que quepamos los dos.

Cuando llega el turno de Sergio, tengo la excusa perfecta para observarlo durante unos minutos a placer. Decido hacerlo sin filtros, sin autorreproches, en un intento de mirar a la cara a los sentimientos que me provoca, para ser consciente de su magnitud real y a qué me estoy enfrentando.

Mirarlo de este modo es tan abrasador como contemplar el sol. Me doy cuenta de que despierta en mí una fascinación parecida a la que me envuelve ante la contemplación de un amanecer en la playa o una obra de arte sublime: me deslumbra. Su belleza conecta directamente con mi alma. Mientras gesticula de forma exagerada para hacerse entender, sus penetrantes ojos se detienen un segundo en los míos y la reacción es inmediata: como cada vez que coinciden nuestras miradas, mi corazón, mi pulso y mi riego sanguíneo se disparan.

¿Siempre ha sido tan jodidamente guapo? Recuerdo que la primera vez que lo vi me lo pareció, pero no hasta este punto; entonces no pensé que fuera el hombre más atractivo de la Tierra, e incluso su cuerpo me pareció demasiado grande, desproporcionado. En cambio, ahora, mi mente lo ha

transformado en la definición misma de la belleza, es el objetivo máximo de los deseos de mi subconsciente, que ha desdibujado al hombre y lo ha convertido en un dios.

¡Qué peligroso es el amor! Cómo retuerce la realidad y la altera en su beneficio. Pero a pesar de lo consciente que soy de que es este puto enamoramiento de mierda lo que me hace reaccionar así ante él, no puedo hacer nada para no sentirme emocionada, para no desearlo como nunca, para que incluso sienta cómo se me empañan los ojos al tenerlo tan cerca y, al mismo tiempo, tan lejos.

Conclusión: estoy muy jodida.

Alguien acierta y Sergio se sienta. Yo me esfuerzo en concentrarme para adivinar las películas y así distraer mis pensamientos.

Durante una hora, el juego continúa: reímos, bebemos y hacemos el payaso. Tras un extraño movimiento que no alcanzo a entender, en un cambio de turno Sergio acaba sentado a mi lado, justo cuando deciden finalizar el juego. Pau, que acaba de terminar de representar una peli, me mira disculpándose y se sienta en otro sitio; pobre, se ha tomado muy en serio su misión. Suspiro resignada y decido no salir corriendo esta vez: estoy demasiado cansada como para seguir jugando al gato y al ratón.

—¿Qué tal? ¿Qué te parecen mis amigos? —me pregunta él.

—Sospechosos —respondo lo primero que se me pasa por la cabeza, sin mirarlo directamente a la cara.

—Te juro que yo no tengo nada que ver —se defiende. Que sepa de lo que hablo no le da demasiada credibilidad—. Estás rehuyéndome —añade, bajando la voz.

—Qué perspicacia la tuya.

—¿Estás enfadada? Antes, ahí fuera... pensaba que habíamos firmado una tregua.

Me vuelvo para enfrentarlo. Mala idea. El azul medianoche de sus ojos derrama expectación y esperanza y, a pesar de que he caído en sus redes las veces suficientes como para saber que está tejiendo su tela de araña, tengo que contenerme para no dejarme atrapar en ella; mi mano pugna por alzarse hasta su cara y acariciar la incipiente barba que cubre su mandíbula... Su mirada es un imán, hipnótica, me impele a abandonarme por completo, a rendirme a la promesa de sus labios.

Desvió la mirada y apoyo la espalda en el sofá. ¿Cómo explicarle que «lo

de ahí fuera» ha sido una demostración más de su capacidad de doblegar mi voluntad en cuanto me toca? Sería como confesarle al enemigo que te has quedado sin balas.

—¿Qué quieres de mí? —le suelto sin mirarlo, empleando un tono frío y desganado que se aleja años luz de lo que siento.

—Para empezar, me gustaría hablar sobre lo que te escribí en mi último mail... para bien o para mal, prefiero saber qué piensas. Me dolió que no me respondieras, aunque no puedo decir que me extrañara.

—Borré tu correo sin leerlo y programé la bandeja de entrada para que eliminara cualquier cosa que pudieras enviarme.

—¿No lo leíste? —pregunta incrédulo, pero no me da la impresión de que esté enfadado u ofendido, más bien todo lo contrario...

—No. —Lo miro de nuevo, evaluando su extraña reacción.

—Vaya... —murmura—. Bueno, quizá sea lo mejor. No era algo que decir por correo.

¿Que quizá sea lo mejor? Después de todo este tiempo convencida de que tomé la decisión correcta al borrarlo, me puede más la curiosidad que el temor a los efectos secundarios.

El piano empieza a sonar y distrae mi atención. Me vuelvo y veo a Nico sentado ante él, haciendo sonar teclas al azar.

—Está afinando —explica Sergio a mi espalda.

Muevo la cabeza en su dirección y me encuentro a apenas unos centímetros de su cara. Su mirada se agarra a mis labios y juro que puedo sentir cómo tira de mí...

—Mira, ya está. —Él mismo es quien me da la vía de escape.

Me vuelvo de nuevo y veo cómo las manos de Nico empiezan a bailar sobre las teclas blancas, arrancándole al viejo piano los acordes de una balada de Metallica; seguro que el instrumento nunca se ha visto en otra igual. Lo hace muy bien, con el ritmo y la cadencia adecuados. Es la canción que bailamos Sergio y yo en el Vela y escucharla me encoge el corazón y me trae recuerdos contrapuestos. Por un lado el momento, el baile; cómo lo sentí, cómo Sergio me invitó a entregarme a las sensaciones... Por otro las consecuencias: ése fue el momento justo en que bajé la guardia, en que me reconocí a mí misma todo lo que estaba sintiendo, fue donde empezó mi debilidad.

Siento los dedos de Sergio acariciando mi mano y ese mero contacto

dispara la adrenalina por todo mi cuerpo. Le devuelvo la caricia ligeramente antes de retirar la mano y ponerla sobre mi regazo, sin apartar la vista del piano.

De pronto todos empiezan a gritar:

—¡Metallica!

—¡*Nothing Else Matters!*⁷

El chico asiente y algunos empiezan a cantar la canción. Y así comienzan un nuevo juego de adivinanzas, aunque no dura mucho, apenas cuatro canciones; después sólo queda el piano y la voz ronca y profunda, con ese matiz italiano, de Nico; realmente es un músico excelente. La melodía, el alcohol y el cansancio consiguen aliviar la tensión de mi cuerpo por estar tan cerca de Sergio. Me relajo, tanto que en un momento dado se me cierran los ojos, pero me resisto a retirarme y perderme el improvisado concierto. No soy la única, un par de personas se han quedado fritas en el sofá de al lado. Me remuevo somnolienta y Morfeo me vence otra vez.

—Ven, apóyate en mí —oigo que me dice Sergio, y en mi seminconsciencia me parece una propuesta imposible de rechazar.

Su brazo rodea mis hombros, dándome calor; mi cabeza resbala en ese pecho fuerte y cálido; su olor familiar y el vaivén de su respiración me arrullan, me siento en el cielo y me dejo ir.

LA QUINTA PARTE DE UN SEGUNDO

Me levanto a las seis y media de la mañana a pesar de que ayer nos fuimos tarde a dormir; hay mucho trabajo que hacer. Me quito la ropa de anoche, me doy una ducha y abandono la habitación sin despertar a Pau.

Tras prepararme un café, me acerco a la ventana del comedor y me apoyo contra el marco, disfrutando del momento de silencio y soledad, con la vista perdida en el río Dordogne, que se divisa tras los puntiagudos tejados del pueblo. Mi mente navega por el lío que tengo aquí montado.

Cuando acepté este contrato sabía que iba a ser todo un reto para mí, no sólo porque fuera mi primera boda, sino porque era mi primer trabajo fuera de España y había que organizar actividades para varios días. Pero el mayor desafío, sin duda alguna, era personal: hacer todo esto con el agravante emocional que suponía la posibilidad de reencontrarme con Sergio. Sin embargo, en ningún momento me planteé no aceptarlo, ni antes ni después de su despótico: «¿Necesitas que te pida que seas mi novia y te jure fidelidad y amor eterno en la segunda cita?». Procuero repetirme esta frase a menudo, a pesar de que me retuerza las tripas hacerlo, para mantener fresco y no olvidar el daño que puede hacerme este hombre. Pero mi trabajo es lo primero y no puedo dejar que un error personal le ponga barreras, ni a mi negocio ni a mis sueños profesionales.

No obstante, está resultando increíblemente difícil. Sería tan sencillo relajarse y dejar que la situación me engullera... Todo mi cuerpo me lo está pidiendo a gritos; cada célula de mi piel palpita anhelante: sintiéndolo, necesítándolo y exigiéndolo, consciente en todo momento de su presencia y reaccionando con mayor o menor intensidad según la distancia que nos separe, explotando cuando me mira... por cómo me mira. Me estremezco con tan sólo recordarlo. Mi imaginación me tortura y me excita, llevándome una y otra vez a sus brazos, haciéndome revivir el sabor de su boca exigente y apasionada, como si, en vez de haber pasado meses, hiciera únicamente un instante que me he perdido en ella.

Suspiro y sacudo la cabeza, saliendo de mi ensoñación. Tengo muchísima suerte de ser una mujer realista y pragmática: sé que si Sergio se propone seducirme de nuevo, no seré capaz de resistirme; y peor aún, sé que hay una parte de mí que está deseando que lo haga, que se muere por caer de nuevo en sus redes. Por tanto, la única solución es huir de la tentación, no dejar ni que se presente.

—Buenos días.

¡Hostias! Doy un bote, asustada; me aferro a mi taza antes de volverme y ver a Pau, que también se ha preparado un café.

—Buenos días. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, eres una compañera de cama ideal.

—Lo mismo digo. Y hablando de camas... ¿sabes cómo llegué anoche a la nuestra?

—Te subió Sergio en brazos —contesta, corroborando mis temores—. No pude hacer nada. Yo quería despertarte, pero estabas dormida encima de él y dijo que no le costaba nada. No os dejé solos en ningún momento y fui yo quien te quitó los zapatos.

—¡Joder, menuda imagen que debí dar! —me lamento.

—Nena, a esas horas de la madrugada la imagen no computa; además, casi todo el mundo estaba muerto en el salón. Los únicos testigos fueron Nico, Soraya y Diana, que estaban charlando junto al piano. Eso sin contar que... bueno, en realidad la imagen fue más romántica que patética.

Pongo los ojos en blanco, ignoro su comentario y miro el reloj.

—Falta media hora para que llegue el equipo de la boda.

Me acabo el café de un trago y me pongo en marcha.

Para cuando el resto de la casa empieza a desperezarse, nosotros ya llevamos una hora trabajando en el jardín.

—¡Dani! —me llama Marcelo.

—¡Sí, voy! —grito. Luego, con mi francés chapurreado, me dirijo al chico que está montando las mesas—: *Je serai de retour dans une seconde.*

Me acerco a Marcelo y, cuando estoy lo bastante cerca como para que pueda hablarme bajito, me dice:

—Ahora vamos a arreglarnos y en media horita más o menos estaremos listos, ¿podrás entregarle la primera pista entonces?

—Claro —acepto mirando la hora—. ¿Quedamos a las nueve y media junto al piano?

—Sincronicemos nuestros relojes —dice con tono divertido, mirando el suyo—. ¿Cuándo crees que podrás unirte a nosotros?

—No creo que pueda, hay mucho trabajo aquí... —A pesar de que me gustaría mucho estar con ellos, aunque sólo fuera al final de la yincana, evitar a Sergio en cualquier posible circunstancia es mi prioridad.

—Dani, por favor, sin ti no podría haber preparado nada de esto, y sé que a Magda le gustaría que estuvieras... —Marcelo pone cara de penita y, no sé por qué, pienso que así se parece todavía más a su hermano gemelo. Tal vez porque hasta ahora no me había parecido tan embaucador como Nico.

—Es imposible que terminemos antes de las cinco...

Mierda, ¿por qué he dicho eso? Dani, te estás volviendo una floja.

—A esa hora llegáis seguro a La Roque —insiste él.

—De acuerdo... —cedo, viendo que no tengo escapatoria—. Cogemos el jeep.

—Avísame cuando terminéis de trabajar y así te digo dónde estamos y calculo el tiempo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Siento mucho que te pierdas todo lo demás...

—A mí también me gustaría ir, pero no perdamos de vista que yo no soy una invitada, soy la organizadora de la boda, y sentiría mucho más que mañana no estuviera todo perfecto. Me habéis contratado para eso, no se puede estar en misa y repicando.

Marcelo arruga la nariz.

—Lo de esta tarde también lo has organizado tú —rebate, pero luego asiente—. Sé que tienes razón, pero me siento como si estuviera obligando a cualquiera de esos cafres... —señala con la cabeza hacia la casa— ... a perderse la fiesta obligándolos a currar.

—No es lo mismo. Pero gracias, de verdad. —Apoyo una mano en su antebrazo para enfatizar mis palabras—. Ahora vamos a ponernos en marcha, o no cumpliremos los horarios.

—¡A sus órdenes, jefa! —exclama él, haciéndome un saludo militar.

Nos separamos, cada uno para cumplir su cometido.

A las nueve y media estoy en el salón con el sobre. Cuando me ven entrar, algunos me miran con complicidad, conscientes de lo que va a pasar, aunque sé que Marcelo no se lo ha contado a todos.

La parte productiva de mi cerebro busca a Magda; mi parte emocional,

sobre la que no tengo ningún tipo de dominio, a Sergio. Están juntos, hablando en una esquina.

—¿Magda? —la llamo, acercándome.

Ella se da la vuelta.

Sergio también, clavando sus ojos azules en mí y haciéndome sentir ese catapum por dentro que me provoca una mezcla explosiva de emoción romántico-idiotizada e irritación máxima conmigo misma.

—Ha llegado esta carta para ti —le digo a Magda, entregándole el sobre. Me mira extrañada y lo coge.

Todo el mundo la observa con curiosidad. Sergio se retira de su lado y se coloca al mío.

—¿Has dormido bien? —me pregunta al oído.

—Sí, gracias por llevarme a la cama —le digo a regañadientes.

—Fue un placer —responde, saboreando la última palabra de tal forma que me produce calambres.

—¿Qué es esto? —nos interroga Magda, después de leer la nota en silencio.

—Léela en voz alta —le pide alguien.

«En las calles empedradas de Beynac se esconde una pequeña tienda de foie,

por el camino que va de la iglesia a la plaza la descubrirás,

con la vendeuse tienes que hablar para la siguiente pista encontrar.

¿Qué estás buscando?, te estarás preguntando.

Para averiguarlo tendrás que jugar;

con la ayuda de tus amigos, seguro que lo lograrás.»

Termina de leer la nota y mira a Marcelo sorprendida.

—¿Qué es esto? —repite.

—Ni idea, ¿alguien sabe algo?

«No, no.» «¿Tú lo sabes?» «¡Qué va...!» «Ni idea.» La sala se llena de una algarabía de respuestas negativas, unas más creíbles que otras.

—¿Tú? —me pregunta ella.

—La he encontrado en el recibidor y al ver que llevaba tu nombre te la he dado. No sé más.

Magda levanta una ceja, incrédula.

—Vaaale, nadie sabe nada —accede, encogiéndose de hombros—.
¿Vamos a jugar?

—¡Sí! —exclaman todos al unísono.

Me marcho de la sala y vuelvo de nuevo al trabajo.

Al cabo de media hora, todos salen ataviados con sus trajes de motorista.

—¡Nos vamos y no sé cuándo volveremos! —me grita Magda emocionada, desde unos metros de distancia.

—¡Pasadlo bien! —les deseo.

Ella hace un puchero y se despide con la mano, pero en vez de darse la vuelta, se queda mirando el amasijo de palos, lonas y sillas amontonadas en el jardín que mañana será el escenario de su boda.

—Cuando volváis será otra cosa —le prometo.

Asiente con una sonrisa cargada de emoción y se vuelve para buscar a Marcelo.

Sergio aparece de pronto en mi campo de visión —¡catapum!— despidiéndose también con una sonrisa y un saludo. Le doy gracias al cielo por no ser de sonrojo fácil y le devuelvo el saludo antes de volver a lo mío.

El rugido del coro de motores explota en la tranquila mañana y va apagándose poco a poco al alejarse. El ritmo de mi pulso va calmándose coordinado con ellos.

A las tres de la tarde hemos terminado de montar estructuras, mesas e iluminación; hemos hablado con los del *catering* y con la floristería para ultimar los detalles para mañana a primerísima hora.

Después de comer de lo que sobró anoche, para hacer tiempo le envío un mensaje a Marcelo preguntándole dónde le va bien que nos unamos a ellos.

Marcelo:

Lo siento, Dani. Me he llevado sin querer las llaves del jeep. Pero no te preocupes, ahora mando a alguien a buscaros.

—¿A alguien a buscarnos? —le pregunto en voz alta al mensaje, fulminándolo con la mirada. Ya estoy cansándome de las tretas de todo el mundo.

—¿Qué pasa? —se interesa Pau.

—Ahora resulta que se han llevado «sin querer» las llaves del jeep y que viene «alguien» a buscarnos. Vamos, se aceptan apuestas, ¿quién será ese alguien?

—Son buenos, los cabrones.

—¿Buenos? Pues a mí empiezan a tocarme los ovarios —contesto indignada.

Escribo una respuesta:

No os molestéis, no pasa nada. Grabadlo todo y luego lo vemos en vídeo.

—Tienen suerte de ser tus clientes, porque, si no, se enterarían de con quién se la están jugando, y no les gustaría —comenta Pau.

Me llega la respuesta de Marcelo:

Ya han salido para allá.

Pongo los ojos en blanco, cojo el bolso y salimos a la terraza para que Pau pueda fumarse un cigarrillo mientras los esperamos. En este momento me gustaría ser fumadora para poder canalizar mi frustración de alguna manera.

No tardan más de diez minutos en llegar. Detienen las motos en la zona de aparcamiento y se quitan los cascos; son Eric y Sergio, ¿cómo no? Bajan y echan a andar hacia nosotros.

—Tú vas con Sergio —le indico a Pau entre dientes antes de que nos alcancen.

—Hola, ¿cómo ha ido todo? —les pregunta mi ayudante a los recién llegados.

—Muy divertido. Además, es una forma genial de hacer turismo — responde Eric.

Sergio se ha quedado plantado, mirándome fijamente. Al final lo enfrento y con un movimiento de cejas le pregunto en silencio qué coño le pasa. (Sí, hay una manera de moverlas que incluye ese «coño».)

—Hola. —Despierta de su empanamiento mental con mi gesto—. Perdonadme un momento, Marcelo me ha pedido que coja la batería de repuesto de la cámara de vídeo.

—Yo voy a por unos pantalones para Nico; se los ha roto haciendo el café y ahora no puede moverse de la silla —explica Eric.

Ambos amigos desaparecen por la puerta. Eric no tarda mucho en salir con la prenda del italiano en una bolsa.

Sergio tarda más y, cuando vuelve, está hablando por teléfono.

—Me dice Marcelo que la otra batería la guardó Magda en su maleta para la boda. ¿Sabes de lo que me habla? —me dice, todavía con el móvil en la oreja.

Yo asiento y entro por las llaves de la casita de la piscina. Estoy volviendo cuando oigo el sonido de una moto arrancando; me apresuro a salir. Eric y Pau se han marchado.

—¿Le has prometido un aumento de sueldo a tu ayudante para que no te deje sola? Casi hemos tenido que atarlo a la moto —me suelta Sergio cuando me ve.

—¿Y se puede saber por qué coño se ha ido?

—Marcelo nos ha pedido que nos diéramos prisa, van a ir tirando para La Roque y Nico no puede moverse sin los pantalones.

Niego con la cabeza y le doy la llave de la casa de la piscina.

—Está por ahí —le señalo la dirección.

—Si me ayudas, acabaremos antes.

Lo miro con el ceño fruncido.

—Me estoy cansando de todos estos jueguecitos —le espeto.

Recupero la llave y echo a andar hacia la cabaña.

—¿Qué jueguecitos?

—Ayer en la cena, con la tontería de las sillas. Luego tus amigos contando anécdotas en las que tú eras siempre el protagonista. En el salón acabaste sentado a mi lado, a pesar del empeño que Pau y yo pusimos para evitarlo. Y ahora no sólo me joden el coche para que vengas a buscarme, sino que nos quedamos solos. ¿Os creéis que soy tonta?

—¿Qué pasa, Dani? ¿Tienes miedo de quedarte a solas conmigo?

Hemos llegado. Me apoyo contra la puerta de entrada, sin abrirla, y me vuelvo furibunda para fulminarlo con la mirada.

—¿A qué coño juegas tú?

—Yo juego a lo de siempre —contesta él, dando un paso hacia mí.

Su cabeza queda por encima de la mía y tengo que alzar los ojos para mirarlo; él tiene la vista clavada en mis labios. Las piernas me empiezan a temblar.

—A lo que me obliga a jugar esa boca tuya cada vez que la tengo cerca —

continúa—, a hacer todo lo que esté en mi mano para volver a saborearla.

Termina su frase lamiéndose la comisura de los labios. Dios... ¡esa lengua! Tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad sólo para mantener los ojos abiertos y no dejarme llevar por la ola de excitación que me han provocado sus palabras.

«No le sigas el juego, Dani.»

Me doy la vuelta, abro la puerta y entro en la casa.

Sin mirar atrás, me dirijo decidida hacia la maleta y no tardo mucho en encontrar la batería que buscaba. Cuando me vuelvo de cara a él, está sonriendo, todavía saboreando mi reacción como un triunfo.

—Deja de reírte, gilipollas. Esto ya no es un juego. Me hiciste mucho daño, ¿sabes? Y no voy a dejar que me lo hagas otra vez.

Su sonrisa se derrite como cera al fuego. Cierra los ojos y su cara se contrae de dolor, mostrándome el efecto certero de mis palabras.

—Tenemos que hablar, Dani. Yo...

—No tengo nada que hablar contigo —lo interrumpo—. Lo nuestro es un daño colateral en medio de un trabajo importante. Ignorarte es lo único que tengo que hacer, y te agradecería que me lo pusieras fácil. Ahora, vámonos. No querrás fallarles a tus amigos...?

—¿Como te fallé a ti? —Lo miro durante un largo segundo, suplicándole con la mirada que lo deje—. De acuerdo, tenemos prisa, pero hagamos un trato. Hoy prometo dejarte tranquila, no tratar de acercarme a ti, y también te prometo intentar controlar a mis amigos. Pero mañana, después de la boda, hablaremos. Sin trucos, sólo hablar.

Asiento sin decir nada. Supongo que un día de tregua es mejor que lo que tengo ahora.

Vamos hacia su moto. Se monta, me pasa un casco y la arranca mientras me lo pongo; me subo detrás de él cuando me hace una señal y me sujeto al carenado.

—Será mejor que te agarres a mí, es más seguro —me advierte.

—Creía que era al revés.

—No. Pero haz lo que quieras —claudica, encogiéndose de hombros.

Le rodeo la cintura con los brazos y uno las manos a la altura de su estómago, dejando toda la distancia posible entre nuestros cuerpos.

—¿Preparada?

—Vamos.

En realidad, no estoy preparada en absoluto. Sentirlo tan cerca es... Joder, es liberador. Tengo las emociones a flor de piel y, cuando llevamos apenas un minuto de viaje, me rindo y descanso la cabeza en su espalda, dejando que su olor a tentación y cuero sature mis pulmones. Dejo de pelear y me relajo contra su calor, que me abrasa del estómago hasta el pecho; mi corazón golpea su espalda, pidiéndole a gritos que lo deje entrar. Mis manos se despliegan sobre su estómago, queriendo llenarse de él.

Noto que Sergio suspira, y respondo del mismo modo.

Conduce despacio, pero La Roque no está lejos y el camino se hace demasiado corto.

Detiene la moto. Me cuesta unos segundos más de lo normal darme cuenta de que tengo que soltarlo. Me bajo, me quito el casco y trato de recomponerme.

—Es por aquí —me señala él, después de guardar los cascos.

Caminamos juntos en silencio, todavía con el efecto de haberlo tenido tan cerca latiendo en mi piel.

Nos reunimos con el resto del grupo en una terraza.

—¡Dani! —Magda me saluda con la mano, contenta de verme.

Todos se levantan para hacernos un hueco y colocan dos sillas más. Sergio se acerca a Pau y le dice algo al oído; acto seguido, mi amigo le cede el sitio y viene a sentarse a mi lado.

Sergio está cumpliendo su promesa, y no sé si me gusta.

Magda empieza a contarme, emocionada, cómo han ido de un lugar a otro de la región resolviendo enigmas, y me pasa la última nota para que la lea:

«Entre los verdes muros lobulados del laberinto donde dos corazones se reconocieron,

hay una torre para duendes en la que se resolverá por completo el misterio.»

—¿Sabes dónde está ese laberinto? —le pregunto.

Ella mira a Marcelo con devoción y asiente.

—No tengo ninguna duda.

Damos una vuelta por el precioso poblado, situado al borde de un acantilado, y visitamos las murallas de la antigua fortaleza y los restos de los fuertes construidos por los antiguos habitantes. La Roque es un lugar bellísimo

y lleno de historia. Para adaptarnos a los horarios franceses, y porque nuestra última parada requiere que hagamos tiempo, decidimos cenar aquí.

Está atardeciendo cuando llegamos a Les jardins de Marqueyssac.

Yo he venido en la moto con Eric; Pau y yo hemos intercambiado conductores, seguro que ha sido cosa de Sergio.

Entramos en los jardines y nos adentramos en una senda iluminada por pequeñas luces a ambos lados y rodeada de setos de extrañas formas redondeadas; el lugar tiene un aire de cuento de hadas. El crepúsculo, que está apagando el cielo pintándolo de violeta y rosa, potencia el ambiente mágico del lugar. Magda camina cogida de la mano de Marcelo con paso lento y seguro, disfrutando del paseo y, probablemente, saboreando las emociones y recuerdos que le transmite. Los demás los seguimos en silencio, respetando su espacio, hechizados por la belleza que nos rodea y el encanto del momento.

Nos detenemos junto a un pequeño torreón de madera justo cuando la noche engulle los últimos vestigios de luz.

—¡Es aquí! —exclama Magda, emocionada.

Marcelo le pasa una linterna y ella sube los escalones de la pequeña torre. Pasa un rato rebuscando entre las cajas de cartón rellenas de papel de celofán que encuentra arriba y, tras examinarlas todas, grita:

—¡Están vacías!

Al volverse para bajar la escalera, se encuentra a Marcelo con una rodilla hincada en el suelo y a nosotros en semicírculo a su alrededor. Cada uno hemos encendido una vela y llevamos colgados del cuello unos pañuelos con pequeños espejitos y cristales, que hacen que las luces de las llamas se multipliquen y reflejen sobre la pareja como estrellas. Marcelo ha conectado unos pequeños altavoces a su teléfono móvil y empieza a sonar *Víveme*,⁸ la versión de Laura Pausini con Alejandro Sanz, cantada en italiano y español.

—Pero... —balbucea Magda, bajando la escalera y apoyándose en ella cuando alcanza el suelo.

—Mañana nos casamos —dice Marcelo—, así que se podría decir que ésta es la pedida de mano con menos riesgos de la historia. Vivimos juntos desde hace años y decidimos casarnos casi sin darnos cuenta, ni siquiera te regalé un anillo. —Saca de su bolsillo una pequeña caja negra de terciopelo. Magda se lleva las manos a la boca y se le empañan los ojos—. La primera vez que estuvimos en este jardín éramos totalmente inconscientes de que ese paseo

cambiaría nuestros destinos para siempre. Recuerdo todo lo de aquel día con increíble detalle y tengo que confesar que, cuando pienso en ello, me gusta regodearme en los momentos previos.

»Mi hermano y yo habíamos previsto esta visita para un día más tarde, pero por casualidad esa mañana nos levantamos y cambiamos nuestros planes. Estábamos justo en este mismo lugar, y la torre aquel día estaba llena de niños. A una pequeña se le cayó su espada de madera desde arriba y tú, que estabas a mi lado como una desconocida más, la pillaste al vuelo justo encima de mi cabeza. Recuerdo que cuando te miré esa primera vez a los ojos, fue como caer por la madriguera del conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*; no podía pensar con coherencia, lo único que repetía mi mente era: *Mi ha salvato una principessa*.

»No sé cuánto tiempo estuvimos mirándonos en el mundo real, antes de que pudiera articular palabra, sólo sé que en ese momento creamos un mundo nuevo donde únicamente existíamos nosotros. Los románticos lo llaman amor a primera vista o el reconocimiento de dos almas gemelas. Los científicos lo llaman química y nos explican un rollazo sobre el instinto de reproducción y las sustancias que desprende el cerebro. Si hay algo en lo que coinciden todos, y de lo que yo puedo dar fe, es que apenas necesité la quinta parte de un segundo para enamorarme perdidamente de ti. Quiero darte todo lo que pueda alcanzar, *mia principessa*, quiero jurarte aquí, en el lugar donde nos unió el destino, con nuestros amigos como testigos, que lucharé cada segundo de nuestra vida por ser digno de tu amor cada día.

Marcelo abre la cajita, saca el anillo y lo desliza por el trémulo dedo de una llorosa y emocionadísima Magda.

Los demás no nos quedamos atrás; todos, en mayor o menor medida, tenemos los ojos bañados en lágrimas. Inconscientemente, mi mirada busca la de Sergio, que está mirándome también con el rostro cargado de emociones. Yo, conmovida por lo que acaba de pasar, con la sensación de haber sido testigo, por primera vez en mi vida, de que el amor verdadero existe más allá de la ficción, no aparto la mirada y me pregunto por qué no podrá ser así de sencillo para todos.

—Magda, ¿quieres casarte conmigo... mañana?

Los novios llaman de nuevo nuestra atención, todos nos reímos por la coletilla.

—Por supuesto que quiero —balbucea ella.

Se acercan el uno al otro, despacio. Marcelo le acaricia la cara con ternura, en un gesto cómplice que ella repite en él; parece que signifique algo especial para ellos. Se sonríen y después se entregan a un beso dulce y profundo, ajenos a los aplausos y vítores de sus amigos, perdidos en ese mundo que sólo existe para ellos.

De vuelta, me monto de nuevo en la BMW de Eric. Como todos los que vamos de paquete, me agarro al carenado de la moto; desde que, de niña, mi padre me llevaba en la suya al colegio, sé que es la postura más segura.

EL ÚLTIMO DESEO

Me acerco a la barra y pido un gin-tonic.

Son las nueve de la noche. Hace media hora que ha terminado el convite y hemos bajado al salón del sótano de la casa, convertido hoy, como por arte de magia, en un club chill out. Tiene un aspecto muy íntimo, casi encantado. Predominan los tonos violeta, el color favorito de Magda, en los distintos tipos de flores, lámparas con forma de globos en diferentes niveles, velas, incienso, telas... A lo largo de toda la habitación, arrimados contra las paredes, han colocado varios sofás y sillones junto a mesas de café, que invitan a sentarse y relajarse en grupo con las copas.

Al fondo de la sala hay montado un pequeño escenario, donde Eric, que es DJ profesional, está pinchando música rock, la favorita de los novios. Las órdenes son: nada de reguetón, pachangadas ni música electrónica esta noche (¡gracias, colegas!).

Daniela ha hecho un trabajo excelente, como siempre. Tanto aquí abajo como en la decoración del jardín, inspirada en la Toscana, la tierra de donde proviene el novio. No sé cómo no se ha vuelto loca organizando las mil cosas que hemos hecho para amenizar la comida, sin que ninguno nos enterásemos de lo que planeaban los otros. La boda ha sido todo lo que Magda y Marcelo podían desear. Nada que ver con esas celebraciones que parecen sacadas de un manual. Hemos podido ver a los novios en cada pequeño detalle. Hoy se nos han unido familiares y amigos, aunque en total no somos más de cuarenta personas.

La ceremonia ha sido muy divertida, casi recordaba más al Club de la Comedia que a otra cosa, pero sin renunciar en ningún momento al romanticismo de cuento de hadas que siempre envuelve a esta pareja. En el banquete, con cada cambio de plato, Magda y Marcelo se han sentado a una mesa diferente; luego han repartido regalos personalizados para los invitados, metiéndose con cada uno de nosotros, para terminar agradeciéndonos que hayamos formado parte de este día.

Entre el primer y el segundo plato, ellos nos han sorprendido con un número musical; y entre el segundo y el tercero, nosotros los hemos sorprendido a ellos con una *flashmob* que llevábamos meses preparando.

Lo hemos pasado en grande.

Ahora toca relajarse, o terminar de desmadrarse, en la pista de baile, eso ya a gusto del consumidor. Yo me decanto por lo primero.

—¿Qué pasa, tío? —Nico me pega un hostiÓN en la espalda, yo ni me inmuto.

—Aquí, esperando mi copa. ¿Dónde has dejado a Diana?

Nico y Diana, amigos desde hace años, llevan desde anoche sin poder quitarse las manos de encima, algo bastante raro, teniendo en cuenta que siempre se habían tratado de forma fraternal, o al menos eso creíamos todos.

—Está con las chicas. —Su mirada se desvía hacia la pista, donde ella está bailando con varias de nuestras amigas.

—Ayer flipé cuando os vi juntos, no tenía ni idea de que estabais liados —le confieso.

—Es que no lo estábamos —me aclara, encogiéndose de hombros.

—¿En serio? ¿Y cuándo ha sido?

—La primera noche aquí; nos quedamos solos en el piano y... no salió ardiendo de milagro. —Sacude las cejas con expresión lasciva—. No sé qué nos pasó; hace años que nos conocemos, pero la otra noche nos vimos con otros ojos.

—Tío, es una de las nuestras... no puedes tratarla como a cualquiera. Es una ley no escrita.

—No creo que ella tenga ninguna queja del trato recibido. —Sonríe con cara de depredador.

—Sabes a lo que me refiero, cabrón.

—Tenemos las cosas claras —afirma seguro.

—Ya... Lo de dejar las cosas claras funciona, hasta que deja de funcionar.

Él me mira, comprendiendo por dónde voy. Bueno, no es que haya que ser una lumbrera para pillarlo; desde hace cuatro meses soy un jodido amargado monotema. Al contrario de lo que piensa Dani, no he montado ningún complot contra ella con mis amigos, son ellos solos los que han decidido intervenir, probablemente como medida desesperada para que deje de darles el coñazo. No puedo culparlos.

—¿Dónde está el Rottweiler? —me pregunta, refiriéndose a Dani por su

nombre en clave.

—Al fondo a la derecha, con el Caniche Guardián —respondo sin moverme, hace tan sólo un par de minutos que lo he comprobado.

—¿Cuándo vas a intentar... domesticarlo? —Vamos improvisando las analogías sobre la marcha.

—Ayer le prometí que dejaría que se terminara el hueso. Me acercaré dentro de un rato... pero la verdad, tengo bastante claro que va a mordirme.

La camarera le pregunta a Nico qué quiere. Mi copa sigue sin aparecer.

—¿Y aquello de muerto el perro se acabó la rabia? —me pregunta él.

—¿Qué? Eso no lo he pillado.

—Sí, hombre, la ecuación de: jodido igual a desafío —añade y no veo qué tiene que ver con lo que ha dicho antes.

—No me estoy rindiendo, yo nunca me rindo —aseguro con rotundidad.

No, no voy a rendirme. Cuando hace un mes le envié el mail y no me contestó, supe que mi última oportunidad para recuperarla era ésta; y, hasta la conversación en la cabaña, me parecía que todo estaba yendo bastante bien.

Joder, cuando llegué y nos fundimos en aquel abrazo... Por un segundo pensé que no hacía falta más, que para ella también había sido el putito infierno estos meses separados. Pero no tardé en darme cuenta de que fue sólo un momento de debilidad por su parte. Aun así, hice una lectura positiva: el hecho de que mostrara debilidad hacia mí ya abría un resquicio de esperanza.

Por la noche, como ha sucedido siempre desde que la conozco, el jueguito del gato y el ratón se convirtió en un reto para mí y cuando al fin la cacé en el sofá y me confesó que no había leído el dichoso mail, el resquicio se transformó en una puerta medio abierta. En aquel preciso instante, a pesar de su hostilidad, hubo un segundo en que estuve a punto de besarla... Su mirada, su cuerpo, su respiración agitada, todas las señales me decían que se habría dejado, que en ese breve lapso de tiempo lo deseaba tanto como yo. No lo hice porque voy conociéndola y sé que, si no aclaramos las cosas antes, unos segundos de debilidad de Daniela garantiza siglos de furia, y lo que menos quería era provocar lo que pasó al día siguiente: que mi impaciencia y mi boca ganaran a mi cabeza, lo que hizo que me diera en las narices con la realidad y ella pusiera una barrera entre nosotros. Sin embargo, tengo que admitir que quizá sea lo mejor. Aunque me ha roto por dentro, mantenerme alejado para cumplir mi palabra hizo que pudiera arrancarle la promesa de que hoy hablaríamos.

Sí, va a ser difícil, pero hay esperanza. Ayer, en los jardines, tras la declaración de Marcelo, por un segundo pude volver a ver en los emocionados ojos de Dani a la mujer que se entregó a mí la noche del Vela, sin máscaras ni precauciones. Me miró con el anhelo que yo mismo siento de que esto funcione, me preguntó sin palabras por qué no podíamos ser como ellos; y tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no acercarme a ella y jurarle que sí, que podíamos, y besarla de una puta vez.

La camarera nos entrega por fin nuestras bebidas, y Nico y yo nos alejamos del bar.

—Todo saldrá bien, no estás solo en la batalla —intenta animarme él.

—No me jodas, Nico. Dejad de intervenir —le advierto, intuyendo que trama algo.

—No, amigo, yo no te jodo, esta noche mis jodiendas están todas reservadas. Para ti sólo hay... colaboraciones.

—Nico...

Pero él se escabulle entre la gente; el muy cabrón se lanza en picado a la boca de Diana, librándose así de mi derecho a réplica.

Veo a Oliver, Soraya y Jessi en un sofá, y me siento con ellos. Están hablando sobre Diana y Nico; por fin Daniela y yo hemos dejado de tener la exclusiva de los cotilleos. No les presto demasiada atención y observo a los novios bailar en el centro de la pista rodeados de amigos y familia; se los ve tan felices... Me alegro sinceramente por ellos, pero no puedo evitar sentir cierta envidia.

¡Esto es la hostia! Si hace unos meses alguien me hubiera dicho que iba a sentir celos de una pareja que estaba pasando por el aro, no tendría todos los problemas que tengo ahora, todavía estaría partiéndome el culo.

Pongo el radar por enésima vez y localizo a Dani hablando con los padres de Magda.

Está impresionante. Lleva un vestido largo rojo que le deja la espalda y parte de la cintura al descubierto: es la viva imagen de la tentación. Lo que daría por ponerle las zarpas encima...

¿Me acerco ahora? Supongo que se puede decir que, a estas alturas de la noche, sus responsabilidades han terminado, ¿no?

Estoy armándome de valor, cuando veo que Nico se acerca a ella, interrumpe la conversación y la saca a bailar. Extrañado, busco con la mirada a Diana y la encuentro hablando con Marcelo y con Magda; los tres están

mirándolos y señalando la pista y el escenario... Mierda, creo que traman algo. Me levanto para preguntárselo, pero antes de que llegue, los novios se alejan y van hacia el DJ.

—¿Estáis maquinando algo? —le pregunto a Diana cuando la alcanzo. Su sonrisa se borra de repente, convirtiéndose en un gesto culpable; huelga decir algo más—. Al final vais a joderme...

—No sé cómo podríamos joderlo más de lo que ya lo está, ni siquiera os habláis desde ayer. Se acaba el tiempo, Sergio, y...

No termina la frase. La música se detiene y, acto seguido, Magda y Marcelo suben al escenario, él, micrófono en mano:

—Un momentito de atención. —Todo el mundo se vuelve para mirarlos—. Daniela, por favor. No te muevas de ahí.

Dani se queda plantada en medio de la pista de baile. Nico ha desaparecido.

Pau sube al escenario y se coloca al lado de la pareja. Pero ¿qué coño...? No tengo ni idea de lo que está pasando, pero, pensándolo bien, me tranquiliza que el Caniche esté en el ajo. Sea lo que sea lo que tengan planeado, no debe de tener nada que ver conmigo, o él no colaboraría.

Me acerco y me coloco cerca del lateral del escenario, por detrás de Dani, para escuchar un poco mejor.

—Queríamos agradecerte todo el trabajo que has hecho este fin de semana. Magda y yo somos muy conscientes de que nada de esto habría sido posible sin ti. Mi... esposa ... —dice, mirándola a los ojos y saboreando la palabra— ... suele ser incapaz de cederle el control a nadie, y probablemente no la habría visto en mi propia boda si ella no hubiera confiado plenamente en que tú ibas a convertir este sueño en realidad. Queremos hacerte un regalo como agradecimiento. Pero no te muevas —le pide, levantando una mano—, Pau lo recogerá.

El susodicho da un paso adelante. Marcelo le pasa el micrófono a su mujer, busca algo detrás del escenario y saca una figura de bronce de unos cuarenta centímetros, que representa un hada madrina.

Magda toma la palabra:

—Hemos podido celebrar nuestra unión en el que, para nosotros, es el lugar más hermoso del mundo. Ha sido una boda perfecta y lo ha sido porque tú has estado tras cada pequeño detalle. Ha salido todo tan bien que podría

parecer fácil, podría parecer magia, pero yo más que nadie, que soy también una organizadora nata, sé que esto ha sido fruto de tu dedicación y tu trabajo. Aun así, no podemos evitar verte como un hada madrina. Sin ti y tu ayudante...

—El elfo mariposa —interviene Pau, acercándose al micro. Todos estallamos en carcajadas.

—... Sin ti y el elfo mariposa... —repite la novia riendo, mientras Marcelo le entrega el regalo a Pau— ... y, por supuesto, sin nuestros amigos y familiares más queridos, cómplices siempre en los buenos y malos momentos de nuestra vida, la felicidad de este día no habría sido completa. Al final, lo importante de verdad no es el dónde ni el cuándo, sino el con quién. —Todos aplaudimos, pero ella en seguida nos hace callar con un gesto de la mano; todavía no ha terminado—: Y como hoy desbordamos amor y agradecimiento, nos vamos a meter una vez más donde no nos llaman... Quisiéramos pedirle a nuestra hada madrina un último deseo. ¿Aceptas?

Miro a Dani y la veo asentir con la cabeza. También me doy cuenta de que Diana se ha ido acercando hasta ponerse a su lado.

«No sabes lo que haces aceptando a ciegas, cielo», pienso.

—... Es un deseo que compartimos casi todos los presentes, pero muy en especial pertenece a uno de nuestros mejores amigos. Un baile, una canción...

Mira un segundo a Eric y éste hace que la música empiece a sonar. Reconozco la canción con sólo un par de acordes: es la puta canción que lleva torturándome desde hace meses, *I Don't Want to Miss a Thing*,⁹ de Aerosmith.

Y de pronto entiendo lo que pretenden...

Nico aparece a mi lado y me agarra. Me lleva hasta donde está Dani y nos quedamos a su espalda; ella no nos ha visto.

—Os voy a cortar las pelotas a todos —lo amenazo con un hilo de voz.

Magda sigue hablando:

—... una canción que encierra un mensaje cargado de verdad. Escúchala con el corazón, por favor, y báilala con él.

Diana empieza a volver a Dani hacia mí y las expectativas hacen que esas milésimas de segundo en las que sé que ella aún no me ha visto se me hagan eternas.

Sí, lo confieso, no he estado más acojonado en toda mi vida. Mis amigos están chiflados, si la conocieran tanto como yo, sabrían que me están exponiendo a que me haga una llave de Krav Maga, me meta las pelotas por el

culo y me las corte con mis propios dientes después de sacármelas por la boca. Y lo peor de todo es que yo no me resistiría; estaría encantado de que me pusiera las manos encima, aunque fuera para caparme.

Me ve. Su expresión es seria e inescrutable. Estoy alerta. Diana y Nico desaparecen de nuestro lado. Sólo está ella. Me siento como un preso a la espera de su sentencia; y Dani sigue sin reaccionar.

De perdidos al río.

Doy un paso hacia ella, alargo las manos y las coloco en su cintura para atraerla hacia mí. Veo cómo se deshace en cuanto mis dedos tocan su piel desnuda: en este momento soy el hijo de puta más afortunado de la Tierra. Cierra los ojos, levanta las manos y las apoya en mi pecho, asciende por él despacio hasta alcanzar mi nuca, donde entrelaza los dedos. Tengo que cerrar los párpados yo también, saturado por la emoción, por las sensaciones que me provoca que me toque. Nos acercamos a ciegas, hasta que nuestros cuerpos devoran hambrientos el poco espacio que quedaba entre los dos, y entonces empezamos a movernos al ritmo de la música.

En algún recóndito lugar, mi cerebro registra que la gente ha empezado a aplaudir, pero estoy demasiado concentrado en Daniela para prestarles atención.

Su cabeza se inclina y descansa en mi pecho. Por unos segundos apoyo los labios en su pelo mientras recupero el aliento; no obstante, soy un cabrón ambicioso y temerario y quiero más....

Cojo su barbilla con la mano y se la levanto.

—Mírame, por favor —le suplico.

Bajo la mano de nuevo, acariciando con mis dedos la parte interior de su brazo y descendiendo por el perfil de su costado hasta devolverla a su lugar en su cintura. Una vez allí, no dejo de acariciar su piel, pintándola con mis huellas.

Su mirada es una combinación de vulnerabilidad y anhelo; las emociones que veo en ella me hablan, me imploran que la bese, al tiempo que me suplican que no lo haga; me confiesan que tocarme le hace el mismo daño que a mí, pero sobre todo lo demás, el deseo late en sus pupilas como si estuvieran desintegrándose en fuego... Dani es la viva imagen de la rendición. ¿Cómo no se da cuenta de que soy yo el que está subyugado por ella?

Nuestros rostros están separados apenas por unos centímetros. Su errático aliento rompe contra mis labios, provocándome, incitándome... y tengo que

hacer un esfuerzo titánico para no inclinarme y abordar esa boca que me pide a gritos que la tome. Joder, sé que es el momento perfecto, pero es la tía más jodida que conozco, un paso en falso en la dirección equivocada y, en cuanto ella sea consciente de su debilidad, se disipará entre mis brazos como si fuera de humo. Así que me limito a mirarla, a sentirla con todos mis sentidos, a intentar transmitirle con la mirada lo que significa para mí que me permita tocarla. Tarareo la canción sin dejar de mirarla a los ojos, queriendo que entienda que suscribo cada palabra, confesándole a través de la letra que sólo quiero estar con ella, en este momento y de esta manera, corazón con corazón, para siempre.

¿Cómo sería poder abrazarla sabiendo que va a quedarse para siempre?
¿Cómo sería su mirada si no tuviera ese poso de recelo?

La canción termina. Dani se detiene, veo en su rostro cómo se sacude la intensidad de lo que acabamos de vivir y se cierra. Niega con la cabeza y aparta las manos de mí, parece que tocarme la quema. Yo me resisto a soltarla.

—Tenemos que hablar —le ruego.

—Ahora no, discúlpame —responde.

Puedo percibir en su voz las lágrimas contenidas, por eso la suelto y dejo que huya de mí.

Corre hacia la escalera.

Los demás están bailando, en apariencia han dejado de prestarnos atención y yo tampoco se la presto a ellos. Hasta que Dani desaparece de mi vista, no reacciono y decido seguirla. Tenemos que hablar ya.

El Caniche me intercepta.

—Pau... —le advierto.

—Creo que ha ido a la piscina. Pero dale un poco de ventaja, que parezca que he intentado retenerte —me indica.

—De acuerdo, iré despacio, pero déjame pasar.

—Sergio... —duda un momento antes de seguir, pero cuando lo hace, su voz es firme—: No le hagas daño. Sé que parece una mujer de hierro, pero...

—Ya le he hecho daño, Pau. Llevo meses haciéndoselo, lo sé porque a mí me duele igual. Lo que quiero es parar ya.

Él asiente y sonrío.

—Entonces, suerte, colega, vas a necesitarla. —Me da una ligera palmada en el hombro.

—Gracias.

Se aparta de la escalera; yo la subo frenando mis ganas de correr, sin tener ni puta idea de cómo voy a abordar esto.

Busco a Dani por el jardín, pero no la veo. Rodeo la casa de huéspedes y luego subo hasta la piscina. Nada. Estoy a punto de rendirme cuando me fijo en la cabaña; las luces están apagadas, pero tengo un presentimiento. Me acerco y empujo la puerta con cuidado, no está cerrada.

La habitación está a oscuras, pero la luz que entra del jardín por la ventana ilumina su silueta: está hecha un ovillo en el sofá y no me ha oído entrar.

—Dani...

Se sobresalta y del susto se pone de pie, enjugándose las lágrimas con exasperación.

—Por si no te habías dado cuenta, estaba huyendo de ti —me espeta a la defensiva.

—Me he dado cuenta y te aseguro que he tenido que pedir ayuda para que me sacaran a Pau de encima, pero el pobre era sólo un caniche contra una jauría de pitbulls.

Frunce el ceño. No le hace ni pizca de gracia mi broma, de hecho parece realmente cabreada.

«¡Para de hacer el idiota, tío!», me digo.

—Estoy en territorio enemigo —se lamenta.

—No quieres verlo, pero en realidad no es así.

—Estoy saliendo con alguien, Sergio —me suelta a bocajarro—. Verte me lo ha removido todo, es verdad, pero es más por el mal recuerdo de lo que pasó que por otra cosa...

—¿Qué? —le pregunto en shock, esto no me lo esperaba.

—Salgo con otro hombre —repite—, uno que no piensa que necesito que me juren amor eterno en la segunda cita.

La culpabilidad retuerce mi estómago al escucharla. Joder... Sabe cómo dar en el blanco. Frunzo el ceño cuando el recuerdo de algo que me contaron hace algún tiempo se me atraganta.

—¿No estarás saliendo con Borja?

—¿Qué? ¿Cómo...?

—Un colega me contó que os vio juntos hace unos meses en una fiesta.

No creí a Eric cuando me lo dijo, a pesar de que yo mismo los había visto tonteando el día de la fiesta del barco; me pareció que era imposible que

Daniela pudiera aguantar a un tío como ése.

—Sí, salgo con él —confirma.

Las tripas me hierven, la rabia acelera mi riego sanguíneo. Con él no, no puedo creerlo, tiene que estar mintiendo.

—No te ofendas, en realidad es un halago, no creo que seas el perfil de mujer que le gusta —señalo con inquina.

—¿Lo conoces... bien? —me pregunta perpleja.

—Antes nos movíamos por los mismos... círculos y conocí a alguna «novia» suya. Teníamos adicciones en común; de hecho, que yo sepa, él sigue teniéndolas.

Contiene el aire, por un momento parece algo desconcertada, pero en seguida vuelve a adoptar una actitud defensiva.

—Tienes razón, puede que yo no dé el perfil, pero a Borja lo vuelven loco los desafíos. Sabe cómo sacar lo mejor de mí y estoy descubriendo cosas muy interesantes a su lado.

Joder... Me siento como si me hubiera atravesado el pecho con las dos manos y estuviera intentando exprimirme con ellas los pulmones. Está saliendo con el cabronazo más grande que conozco.

¿Y ya está? ¿Así termina todo? No sé cómo reaccionar; tengo ganas de darle un puñetazo a la pared que tenemos detrás, de salir corriendo y no parar hasta encontrar al Borja de los cojones y reventarle la cara, a él y a mí mismo, por haberla cagado tanto, por haber empujado a Dani a sus brazos.

—¿Me dejas tranquila ahora? —me pregunta con actitud orgullosa.

Aprieto los puños y la miro sin responder; cabreado, frustrado... celoso como nunca. Me viene a la mente una imagen de ella dejándose tocar por ese hijo de puta. Mierda, sé cómo trata a las mujeres. Me mata imaginarlos juntos, no soy capaz de ver a Daniela sometándose a ese cerdo.

—¿... o quieres que te cuente los detalles?

¡Basta!

Doy un paso hacia ella, pillándola desprevenida. Le agarro el pelo en un puño a la altura de su nuca y, antes de que pueda seguir hablando, le callo la boca con un beso, mientras con mi otra mano la afianzo contra mi cuerpo. Muevo mis labios hambrientos sobre los suyos estáticos, volcando en el beso toda mi frustración, mi deseo, mi desesperación... El dolor que siento me ahoga y su boca es lo único que puede devolverme el aire que me falta.

Ella apenas tarda un segundo en reaccionar.

Sus manos se aferran también a mi pelo con rabia, con fuerza, y cuando creo que va a pegarme una patada en los huevos, abre los labios y arrasa el interior de mi boca con su lengua, con una furia equivalente a la mía.

SIN CONTROL

Su inesperada respuesta prende una pira en mi interior y calcina por completo mi control.

Lamo desesperado su lengua, sus labios, su mandíbula... Sin dejar de besarla, me inclino para subirle la falda, la alzo sobre mis caderas y ella, que continúa agarrada a mi pelo, me rodea con las piernas. Camino a ciegas hasta encontrar un apoyo y continuamos arrasando nuestros labios con violencia.

Temeroso hasta de que el aire que respira la haga reaccionar y desaparecer, no le doy tregua. Necesito poseer cada pedacito de su ser, colmarla de mí de tal forma que no tenga tiempo de pensar en nada más que en absorber el placer que le doy.

Le desgarró las medias, le aparto las bragas y hundo un dedo en su interior. Ya está húmeda y preparada. La sostengo con la presión de mi cuerpo y libero mi miembro hambriento.

La penetro...

Ambos apartamos nuestros labios para llenar la habitación de gemidos. La afianzo bien y voy abriéndome paso en su interior. Nuestras desquiciadas miradas se enlazan, enfebrecidas de pasión y ferocidad. Flexiono las piernas, las estiro y empujo despacio, disfrutando de cada milímetro de avance dentro de ella y de sus gestos de placer. Su interior me abrasa por completo. Me quedo clavado en lo más hondo de su cuerpo y libero mis manos.

Le bajo los tirantes del vestido, saco sus pechos y los llevo hacia mis labios; sus pezones están duros e hinchados: son una delicia. Los muerdo, los absorbo, los saboreo mientras Dani se retuerce y mueve las caderas buscando la fricción que le estoy negando.

Llevo una mano a su clítoris y se lo acaricio con suavidad. Cuando sus uñas trazan surcos sobre la piel de mis hombros, sé que he de empezar a moverme.

Lamo sus labios, la miro a los ojos y embisto con violencia. Lamo, miro y embisto... cada vez más fuerte, más rápido, hasta que sólo me da tiempo a resollar contra la piel de su cuello, mientras le hago el amor a un ritmo inhumano.

Dani ha apoyado la cabeza y las manos contra la pared y asciende y desciende por ella impulsada por mis salvajes acometidas, gritando y temblando.

Enardecido, busco en las profundidades de su cuerpo el lugar donde poder alcanzarla; las sienes me palpitan, todos mis músculos están tensos por el esfuerzo, mi corazón está a punto de reventar y, a pesar del alivio que me causa sentirme al límite de mi resistencia, a pesar de la excitación por notar su cuerpo adherido al mío, calcinándome contra su piel como si estuviera fundiéndome en lava, aunque verla totalmente enajenada por el placer que experimenta en mis brazos me parezca la razón por la que nací, hay un vacío corrosivo en mi corazón, un dolor que me llena de rabia y que me impele a llegar más hondo, una necesidad irracional e imperativa de rompernos a ambos, como si ésa fuera la única manera de apresar su alma para poder atarla a la mía. Me siento al borde de la locura y tengo la absoluta certeza de que lo único que puede salvarme es saber que me ama con la misma desesperación con la que yo la amo.

Noto que contiene el aire unos segundos antes de que su cavidad empiece a palpar a mi alrededor. Joder... Tengo que hacer un esfuerzo titánico para no correrme con ella. Cuando noto que sus extremidades se relajan, la cojo en brazos y la llevo al dormitorio. La deposito con cuidado en la cama.

Exhausta, abre los brazos en cruz con los ojos cerrados, su pecho sube y baja a un ritmo frenético. La desvisto deprisa para no dejar que salga de su semiinconsciencia postorgásmica. No importa lo mucho que me duela tenerla sólo a medias... no tenerla de ningún modo sería infinitamente peor. Si enloquecerla de deseo es el único modo, pasaré el resto de mi vida enardeciendo su cuerpo.

Cuando la tengo gloriosamente desnuda ante mí, subo por los pies de la cama. Me recreo abriéndole despacio las piernas y exponiendo su sexo ante mis ojos. Famélico, me muerdo el labio con lujuria antes de hundir la cabeza en sus inflamados y enrojecidos pliegues. No puedo evitar sentir que soy un profano codiciando a su diosa. Beso y lamo su tierna carne con cuidado, consciente del castigo al que acabo de someterla, entreteniéndome en su

vértice. Sus caderas no tardan en resucitar, en bailar contra mi cara; su respiración agitada se transforma en un lamento continuo de placer y, al notar sus manos en mi cabeza presionándome contra ella, chupo más fuerte.

De nuevo está cerca del clímax, sus piernas empiezan a temblar, y en ese momento me detengo. La oigo maldecir, pero no le hago caso. Me recreo en morder suavemente sus caderas, su pubis, lamer su ombligo; subo a sus pechos y me doy un pequeño festín con ellos. Luego acaricio con la punta de mi lengua la abertura de sus labios y después le beso la mandíbula.

Dani jadea. Yo la miro; sus ojos nublados de deseo me imploran que la libere, su cuerpo está totalmente rendido a mí...

Pero no es suficiente...

Apoyo los codos a ambos lados de su cabeza, entierro mis manos temblorosas en su pelo y contemplo su rostro, busco en sus ojos algo que me guíe... y sólo consigo perderme más. Mirarla me emociona y me asfixia. No, no puedo... estoy engañándome. Tocarla sabiendo que no es mía convierte cada segundo en prestado, hace que naufrague en la anticipación del dolor de la pérdida y me impide sumergirme en el privilegio de su entrega. Y me aborrezco por ello.

Ella alza sus manos hacia mi cara, me acaricia las mejillas despacio y después me araña la barbilla. Sus ojos pierden algo del velo de excitación y se enfocan en los míos. Primero me miran turbados, para convertirse después en anhelo y ternura.

¿Qué estás pensando, mi amor? ¿Sientes lo mismo que yo?

Sé que debería seguir, reavivar las llamas, pero me he quedado colgado de su mirada, desconcertado, sin saber cómo interpretarla. Dos lágrimas resbalan por sus mejillas y me acerco a besarlas. ¿Cómo podemos hacernos tanto daño? Sus lágrimas me escuecen más que cualquiera de mis heridas. Ella está tan perdida como yo, pero no tengo ni puta idea de cuáles son sus miedos. Me muero de ganas de confesarle que la quiero, de suplicarle que lo deje todo, que lo deje a él y se quede conmigo para siempre. Pero soy un cobarde y temo que mis palabras sean la mecha que espolee su huida. ¿Y si ésta es la última vez que la tengo?

Ella se incorpora, me empuja con cuidado, guiándome para que me ponga boca arriba en la cama y luego se tumba sobre mí. Siento su piel sobre la mía e intento memorizar su peso contra cada uno de mis músculos. Enmarca mis mejillas con sus manos y empieza a besar mi rostro con una dulzura que nunca

he conocido, que me rompe el corazón. Me acaricia los brazos, el pecho, el cuello... Cierro los ojos para sentirla mejor, haciendo el mayor esfuerzo por concentrarme en cada segundo que me regala, en absorber con conciencia absoluta cómo me hacen sentir sus dedos sobre mi piel, ignorando el hecho de que cada roce podría ser el último.

Entonces, como si de pronto comprendiera el lenguaje de sus caricias, me doy cuenta de que sus manos y sus labios me están prometiendo que no va a ir a ninguna parte, que, por algún motivo, ha decidido quedarse aquí, conmigo. Abro los ojos, buscando esperanzado la confirmación a ese pensamiento, y sus labios me sonrían. No, ya no está conmigo bajo los efectos de la enajenación del deseo, y a pesar de ello, no se ha ido. Beso su sonrisa y nuestros labios se rozan, recreándose en la sensación de sentirse. Dani elimina los restos de mi rabia, mi impotencia y mi urgencia con el suave toque de sus dedos y la calidez de sus besos. Vuelve a levantar la mirada y la fija en la mía; le sonrío agradecido y ella me devuelve el gesto, antes de que sus labios resbalen a mi pecho.

¿Y si fuera posible?

Esto deja de ponerse tierno...

Dani ha descendido hasta arrodillarse entre mis piernas y está lamiendo mi estómago, evitando meticulosamente mi erección, sólo el movimiento de su pelo la roza de vez en cuando. Cierro los ojos y aprieto los puños. Ella me acaricia las piernas y me las besa, me araña el interior de los muslos... y mi polla salta desesperada, dolorida y llorando al sentirse ignorada. Todos mis sentidos y mis pensamientos se diluyen en el torrente de mi riego sanguíneo y desembocan en mi glande expectante. La tengo tan dura como una puta barra de acero y con cada palpitación se hincha más y más hasta el punto de que creo que me va a reventar. Y ella sigue torturándome...

Siento por fin el ardor de su aliento y dejo de respirar. Nos quedamos quietos, ella respirando sobre mi pene y yo esperando casi al borde de las lágrimas. Alzo las caderas y ella se aparta.

—Chiss... quieto —susurra la muy zorra.

Y me castiga volviendo a mordisquear mi ingle, con la cara prácticamente pegada a mis pelotas.

Bajo una mano para tocarme yo mismo; mi nivel de excitación es asfixiante, la necesidad de liberación insoportable, pero ella me la intercepta y me la vuelve a dejar encima de la cama.

Jodida mujer...

Estoy a punto de suplicarle que me toque o que me deje, cuando noto la humedad de su lengua sobre la base de mi tronco. Me da una larga y lentísima lametada hasta llegar a la cima y por fin cierra sus labios alrededor de mi férrea erección. Se la introduce despacio, succionando, emitiendo un bajo ronroneo que reverbera en ella de forma deliciosa. La acoge por completo en su cálida y húmeda boca y la aguanta ahí durante unos segundos, haciéndome notar su garganta, antes de empezar a marcar un ritmo cadencioso de subidas y bajadas que me hace perder la razón...

Joder... Mierda... Voy a...

Dani se detiene. Alzo la cabeza para mirarla y me sonrío perversa, con esos labios rojos e hinchados que me vuelven loco. Joder, es una puta diosa cruel e irresistible. Le sonrío también y dejo caer con fuerza mi cabeza contra la almohada.

Trepa por mi cuerpo. Cuando está a mi alcance, mis brazos se cierran alrededor de su cintura y mis manos abarcan su culo, guiándola para poder penetrarla al fin. Pero ella se sienta sobre mí y frota su húmeda excitación por toda mi longitud, haciéndome resbalar por sus calientes labios sin introducirme en su cuerpo. Besa profunda y concienzudamente mi boca, tentándome y torturándome un poquito más. Y yo me rindo hambriento de ella, devorando su lengua y su deliciosa saliva, hasta que un movimiento certero de cadera me quita la respiración y decido retomar el control.

Me incorporo sin soltarla. Dani se agarra a mi cuello, la alzo y empuño mi falo en busca de su entrada. Ella no se hace de rogar más y empieza a describir círculos con las caderas, engulléndome lentamente con cada giro. Yo me muevo desde abajo con la misma cadencia. Nos abrazamos, fundimos nuestros labios, nuestra piel y nuestros sexos en una danza lenta, íntima y sincronizada. El sentido del tacto se amplifica hasta tal punto que el mínimo roce me quita el aliento, somos un solo cuerpo en éxtasis ascendente.

—Joder... es demasiado... —exclama de pronto en mi boca.

Se tensa entre mis brazos y sus movimientos se vuelven erráticos. La sujeto con firmeza y, sin dejar de moverme dentro de ella, me arrodillo. Sus manos y sus uñas resbalan de mis hombros y tengo que sostenerla con fuerza para que no se caiga cuando todo su cuerpo se arquea hacia atrás. Su boca se abre en un grito mudo y empieza a temblar por dentro y por fuera. Su imagen en plena liberación es lo más hermoso que he visto en mi vida. Me muerdo el

labio con fuerza, intentando contener mi propia explosión para no perder el ritmo y que ella no se caiga de ese orgasmo que parece eterno. Pero no consigo controlarme, verla en ese estado es superior a mis fuerzas y me deshago dentro de ella.

Consigo apartarme a un lado para no aplastarla con mi cuerpo cuando nos derrumbamos en los pies de la cama. Agotados, desmadejados sin resuello, ambos empapados en sudor.

Todavía tratando de recuperar el aliento, abro los ojos y me encuentro con los suyos, húmedos de nuevo. Me dedica una preciosa sonrisa satisfecha y agotada. Yo me arrastro como puedo para acercarme a ella y, cuando llego, se acurruca contra mi pecho. Envuelvo sus hombros en un abrazo y enredo mis piernas con las suyas. Deposito un beso en su pelo, cierro los ojos y sincronizo mi respiración con la suya. Estoy agotado tanto física como emocionalmente. No quiero pensar más, sólo quiero que se detenga el mundo justo en este instante en que, con ella refugiada en mis brazos, por fin la siento mía por completo.

Estar en el cielo debe de parecerse mucho a esto.

Me despierta el frío en mi espalda, en contraste con el calor de mi pecho. Desorientado, bajo la mirada y veo a Dani contra mí, escondida del mundo. Sonrío. Miro por la ventana y veo que el cielo empieza a clarear, se oyen los pájaros cantándole a la mañana. Levanto la cabeza e, intentando no mover el resto de mi cuerpo, localizo el edredón hecho una bola a mi espalda. Estiro un brazo con cuidado para no despertarla; ella se remueve y se enrosca como un bicho bola contra mi cuerpo. Con un movimiento rápido, nos tapo a los dos y vuelvo a encerrarla entre mis brazos.

Beso su nuca y cierro los ojos para sentirla mejor; no quiero dormirme, maldigo cada segundo que he perdido inconsciente a su lado. Me concentro en el alivio de sentirla, en su respiración, en las partes de su piel que están tocando la mía, en lo frágil que parece engullida por mi cuerpo...

Dani se despierta, alza la cabeza y abre los ojos con dificultad, también confusa. Está muy graciosa con toda la pintura de ojos corrida. Le sonrío divertido; ella frunce el ceño, tratando de enfocarme. Me acojono de repente. ¿Y si éste es el momento en que sale corriendo? ¿Y si todo lo de anoche sólo

fue un espejismo? Mi mente se inunda de recuerdos de la cantidad de veces que he puesto una excusa para escabullirme de la cama de alguna mujer con la que, después de haber pasado la noche, no me apetecía pasar la mañana, y hoy tengo pánico de estar en el otro lado. Así que, sin pensarlo demasiado, hago lo único que sé que funciona con ella.

Me inclino y lleno sus labios de pequeños bocaditos, saboreando con mi lengua y atrapando con mis dientes cada pequeña y deliciosa porción; desciendo por su cuello y subo por él hasta llegar detrás de su oreja. Su cuerpo empieza a retorcerse levemente y de su garganta sale un leve ronroneo. Bajo una mano hasta su muslo y se lo acaricio, antes de agarrarle una pierna y pasármela por encima de la cadera. Ambos nos acomodamos a la vez para que nuestros sexos se rocen.

Jadea en voz alta.

Ya la tengo.

Retozamos en la cama con besos, miradas y caricias somnolientas que van despertando poco a poco nuestra excitación. Deslizo mi mano hasta su clítoris y la toco con mimo, pequeños círculos que activan su cuerpo hasta tensarlo; ella busca a tientas mi erección. Nos masturbamos uno al otro durante un largo rato.

—Sergio... —pronuncia mi nombre en tono de súplica y oírlo me estremece de arriba abajo.

—¿Qué deseas, Daniela? —susurro en su oído, saboreando su nombre.

—A ti dentro de mí —responde con voz ronca, mientras su cuerpo se arquea bajo el roce más rápido de mis dedos.

Me incorporo sin dejar de acariciarla, deposito un beso en sus labios y me arrodillo entre sus piernas; apoyo sus talones en mis hombros y la penetro muy despacio, apenas un centímetro, retirándome y deslizándome cada vez un poquito más adentro.

—Dios... Sergio...

—¿Te gusta así?

—Me matas...

—A mí también me mata. Joder... te siento tan caliente.

—Me quemas...

Contemplo sus manos acariciándose el vientre. Cierra los ojos y llega hasta sus pezones; se los pellizca y estira al ritmo de mis pausadas embestidas.

—Menudo espectáculo —susurro, mordiéndome el labio para contener

mis ganas de empujar dentro de ella como un poseso.

Dani sonrío con malicia, abre los ojos y se humedece los labios. Se ríe al ver mi reacción y yo la embisto con fuerza por sorpresa, cambiando su sonrisa por una mueca de dolor y placer.

—Cabrón —me insulta, girando las caderas para recibirme mejor.

Ahora soy yo el que sonrío triunfante.

Ella levanta una ceja, baja las piernas de mis hombros y se incorpora, lanzándose sobre mí y tratando de derribarme sin lograrlo. Nos abrazamos, ambos ahora de rodillas en la cama, entre risas y lujuria. La miro con devoción. Se acerca a mis labios y me los lame de arriba abajo, como hizo el día que nos conocimos. Yo frunzo el ceño, sintiendo el amargo peso de los recuerdos, y los espanto enredando mi lengua con la suya. Ponemos todos los sentidos en ese beso caliente y profundo, de lenguas, labios y miradas, sentimientos a flor de piel y deseo desbordado.

Alzo una rodilla y apoyo un pie sobre la cama, acaricio su muslo y le levanto la pierna contraria; nos movemos para acoplar nuestros cuerpos con una penetración lenta e intensa. Conectados, profundamente abrazados y meciéndonos sin prisa, la siento en todas partes. No dejamos de mirarnos a los ojos con las frentes unidas, compartiendo aliento, sudor y suspiros.

Joder... su mirada vuelve a convencerme de que esto es real, de que es imposible que ella no sienta lo mismo que yo.

—Te he necesitado tanto... —confieso, totalmente embriagado por tenerla.

—Y yo a ti —musita.

La sujeto de los tobillos y vuelvo a tumbarla en la cama cubriéndola con mi cuerpo; ella me envuelve con brazos y piernas. La beso profundamente, emocionado por su confesión, pletórico de esperanza.

—Más fuerte —me pide.

Y retomo el ritmo salvaje, empujando en su interior como un loco, perdido ya por completo en el placer.

—Joder... joder, Sergio. Me rompes... Sigue... Más fuerte... Sergio... — exige en un lamento, recibiendo mis estocadas con el contraataque de sus caderas.

Sigo impulsándome dentro de ella, sudando y sin aliento, hasta que su cuerpo se arquea como traspasado por un rayo y sus uñas se clavan en la piel de mi espalda. Contemplarla hace que mi cuerpo reciba la misma descarga

eléctrica que ha atravesado el suyo y a ambos nos fulmina un intenso orgasmo que nos deja sin respiración.

Me derrumbo a un lado de la cama. Los dos jadeamos agotados. Estoy mareado del esfuerzo y, aunque lucho contra el sopor que me engulle, me cuesta no quedarme dormido de nuevo.

Ella se tumba frente a mí, yo apoyo una mano en su cintura y siento que me mira. No quiero dormirme. ¿Qué me pasa? Tenemos que hablar.

—No quiero perderte, Daniela... —musito, antes de que el peso de mis párpados derrote mi voluntad, secuestrando el «te quiero» que pugnaba por salir y desterrándolo a mi inconsciencia.

LÁGRIMAS SOBRE EL PAPEL

Cierro la puerta de casa, dejo la maleta y el bolso tirados en el pasillo y camino hasta derrumbarme en el sofá. Son las once de la noche y estoy reventada después de lo que me parecen mil horas de viaje. Es difícilísimo salir huyendo del Périgord; si tengo que volver algún día, alquilaré un coche.

—¿Dani? —Sandra sale de su habitación y, cuando me ve, se abalanza al sofá para abrazarme—. ¡Pensaba que no llegabas hasta mañana!

—Cambio de planes. —Correspondo a su abrazo con infinito cariño, sintiéndome a salvo y en casa—. ¡Te he echado muchísimo de menos! ¿Qué hacías en la cama a esta hora?

De pronto se abre la puerta de la habitación de Sandra y sale un tío al que no había visto en mi vida. Nos saluda con la mano sin decir nada y ambas le devolvemos el gesto: yo, pasmada; mi amiga, con indiferente naturalidad. Él camina hasta desaparecer por el pasillo. Lo oigo abrir y cerrar la puerta de la calle.

Miro a Sandra con cara interrogativa.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta ella a mí.

—Pues que acaba de irse un tío de casa y parece que ha salido de tu habitación.

—No, mujer, qué ha pasado en Francia. Eso sólo era un mal ligue, he olvidado su nombre a la tercera embestida, que ha sido exactamente la misma en la que se ha corrido.

—Qué suerte tienes últimamente, amiga.

—Ya te digo, menuda racha... Voy a tener que prepararles un cuestionario o pedirles referencias antes de llevármelos a la cama, para no perder el tiempo. Pero ¡no me líes! Francia. Sergio. ¡Cuéntamelo todo!

—Pues mira, estoy más o menos como tu mal ligue cuando vuelva a casa.

—¿Con cargo de conciencia por haber dejado a alguien insatisfecho?

—Más o menos...

—¿¡Qué!?! ¡Dani, por Dios, suéltalo todo ya!

—Anoche me acosté con Sergio —confieso; ella, lejos de sorprenderse, se muestra ilusionada con la noticia— y se podría decir que esta mañana me he escapado de la cama y he corrido hasta llegar aquí.

—¿Te has ido sin decirle nada a nadie?

—Prácticamente... Todo el mundo dormía, así que he despertado a Pau y le he pedido que les dijera a todos que había tenido una emergencia familiar.

—Pero... ¿por qué? —pregunta horrorizada.

—Porque ha sido... demasiado, Sandra. Me he pasado todo el fin de semana evitándolo, consciente de que si me tocaba no sería capaz de decirle que no, y al final anoche me pilló por sorpresa. Cuando me rendí a él, me justifiqué ante mí misma diciéndome que sólo sería una noche, la última noche, que no podía dolerme más de lo que ya me dolía.

Un par de lágrimas resbalan por mis mejillas, abriéndoles paso a las demás.

—Pero él... joder, tal vez es que ya no me acordaba —continúo—. El problema con Sergio es que nunca es sólo sexo, con él siempre es mucho más. Por cómo me trata, por cómo me mira... Con su mirada me promete cosas que en el fondo sé que no siente, pero anoche volví a enredarme en ellas, quise jugar a que me las creía y me sentí liberada. Hicimos el amor como si realmente sintiéramos cada roce en el corazón. Es tan fácil con él...

»Pero yo no puedo permitirme creer en más mentiras por mucho que lo desee. No podía enfrentarme al momento de vestirnos y arriesgarme a ver que sus ojos perdían ese brillo con el que me mira cuando por fin me consigue... Si me hubiera quedado un solo minuto más entre sus brazos, habría sido capaz de ceder a que tuviéramos una relación exclusivamente sexual con tal de no perderlo. —Hago un gesto con los dedos—. Estoy a esto de engancharme irremediabilmente; de aceptar lo que sea que quiera darme con la esperanza de que algún día se enamore de mí de verdad... Soy patética.

Sandra no ha dejado de negar con la cabeza a lo largo de toda mi confesión.

—Pero ¿es que no habéis hablado? —pregunta incrédula.

—No, yo no quería hablar con él. Era lo que él pretendía cuando anoche vino a buscarme a la cabaña, pero no le di ocasión. Me puse a la defensiva y le dije que no quería nada con él y... que salía con Borja.

—¿Que le dijiste qué?

—Lo primero que se me pasó por la cabeza. Acabábamos de bailar juntos

una canción preciosa, tras una encerrona de los novios, y se había cargado todas mis resistencias... Cuando la música terminó, salí huyendo y él me encontró llorando. ¿Qué iba a decirle? En ese momento no podía sentirme más vulnerable, así que intenté espantarlo.

—¿Y se lo tragó?

—En realidad fue él quien le puso nombre al «otro». Parece ser que alguno de sus amigos nos vio a Borja y a mí en la fiesta del concierto. Para más inri, Sergio conoce a Borja de antes, lo suficiente como para saber el tipo de sexo que practica... Así que la mentira se lio y a mí se me fue la mano intentando hacer sangre para alejarlo de allí. Pero él reaccionó al revés, se cabreó y en vez de dejarme en paz, me besó.

—Y ahí ya no pudiste resistirte —afirma ella.

—Justo ahí. Estar cerca de él es una lucha constante entre lo que deseo hacer y lo que sé que no debo; es como si tras años sin probar el dulce, me pusieras delante el brownie más delicioso del mundo, con helado de vainilla y chocolate caliente, y me dijeras que si me lo como me va a doler la barriga después.

—Eres idiota, amiga —sentencia Sandra de repente.

—¿Qué?

Se levanta sin decir nada más, va hacia su habitación y vuelve con un folio impreso en la mano.

—Lee esto.

Cojo el folio, preguntándole con la mirada qué es; ella me lo señala con la cabeza de forma imperativa.

—¡Es el mail de Sergio! No lo borraste —la acuso al mirarlo.

—Sí lo borré, pero antes me lo reenvié. Y ahora, o lo lees, o te lo cuento yo y después dejo de ser tu amiga.

Abro los ojos desmesuradamente ante su falsa amenaza.

—Calla y lee —me ordena.

Obedezco:

De: Sergio Ballester

Para: Daniela Camps

Sábado, 22 de mayo, 02.36

Asunto: Inevitable

Sé que quieres olvidarme, y quería respetarlo. Sé que te hice mucho daño aquella maldita tarde y me dejaste muy claro que no querías saber nada más de mí.

Sé que mañana me arrepentiré de haberte escrito...

He intentado olvidarte, te juro que lo he intentado de casi todas las formas posibles... Pero no sé hacerlo. No me sale, es como intentar olvidarme de quién soy.

Mi vida de pronto se ha convertido en un traje que no me encaja... Si intento mirar a otra mujer, conocerla o tocarla, todo mi cuerpo se tensa como si lo estuviera obligando a hacer algo para lo que no ha sido creado. ¿No te parece jodidamente gracioso que discutiéramos porque no fui capaz de ofrecerte una relación exclusiva y que ahora yo no sea capaz de tocar a otra? Yo me troncho.

Te tengo presente cada segundo del día, constantemente añoro tus besos, la sensación de tenerte en mis brazos. Tu ausencia es lacerante. Lo que me hiciste sentir la noche del Vela fue tanto, significó TANTO; jamás he sido más feliz. Te juro que tengo la absoluta certeza de que eres la única que puede volver a hacerme sentir algo así. He intentado obviarlo, me esfuerzo cada segundo del día para hacerlo, pero esta noche no puedo.

El recuerdo de tu imagen alejándose de mí es el peor de mis demonios, jamás me había sentido tan impotente como cuando me percaté de que no había forma humana de retenerte. Maldita tarde... maldita boca la mía, malditos miedos y maldito orgullo. Debería haberte bajado la luna tan sólo con que la hubieras mirado... Pero no, desprecié jurarte amor eterno como si me lo estuvieras pidiendo, y con ello me condené a echarte de menos para siempre.

Estoy sentado en mi salón, a oscuras sobre la alfombra en la que estuvimos juntos, parece que haga siglos de aquello... Y, agotado de luchar contra tu recuerdo, he decidido dejar de ignorar el dolor que me causa haberte perdido. ¿Y sabes de qué me he dado cuenta? De que nunca fue el reto, de que ni siquiera fue el deseo... Eres simplemente tú.

Estoy perdidamente enamorado de ti, Daniela.

Sólo quiero decirte una cosa más, y sé que es posible que sea lo único que debería haber escrito: LO SIENTO. Siento cada una de mis palabras que te hirieron, cada una de las lágrimas que hayas derramado por mí, incluso todas estas palabras inútiles que puede que sólo sirvan para hacernos más daño. LO SIENTO, LO SIENTO, LO SIENTO...

Una lágrima mía cae sobre el papel, formando un círculo gris y húmedo sobre el último «lo siento».

—Pero... ¿esto...? —titubeo, enjugándome la cara y los ojos.

—Su mirada no te engaña, Dani, te dice lo que siente, que es exactamente lo mismo que sientes tú.

—Joder... no puedo creerlo... Es... Joder... —Me pongo de pie y empiezo a pasear por la habitación, intentando encajar las piezas de todo lo que ha pasado, con la nueva información, intentando pensar que sus palabras son ciertas. Y a pesar de que, de pronto, todo lo que he vivido este fin de semana tiene más sentido, no puedo creerlo. Hacerlo me causaría demasiado daño...

—Te has estado haciendo tan fuerte para que esto no te afecte, que has terminado por no ser capaz de ver lo que pasa delante de tus narices. Sergio la cagó en su día, sí, y por lo visto se arrepintió incluso antes de perderte de vista. Pero tú te cerraste en banda y no quisiste saber nada de él. ¿Qué creías que pretendían todos sus amigos con las encerronas? ¿Qué creías que quería decirte él?

—He estado demasiado ocupada analizándome a mí misma para protegerme, como para plantearme nada de eso. Yo... supongo que pensaba que pretendía lo de siempre, hacerme caer.

—¿Crees que hubiera movilizado a todos sus amigos sólo para echarte otro polvo?

—Joder... sí. Creer cualquier otra cosa es... es demasiado... arriesgado.

—Daniela, ¿desde cuándo eres una cobarde?

—Desde que me rompieron el corazón y fui consciente de lo muchísimo que dolía —respondo con convicción—, desde que dejé de reconocerme en el espejo y tuve que reconstruirme lágrima a lágrima.

Sandra no se amedranta con mis palabras:

—¿Y prefieres no creértelo? ¿Te parece que es mejor ignorar que él te quiere y que tú le quieres a él? —pregunta exasperada.

—Dame un momento, ¿vale? Por favor. Necesito un momento.

Me siento de nuevo en el sofá. Sandra desaparece en su habitación y más tarde oigo cómo se mete en la cocina.

Releo el mail. Tres, cinco, diez veces.

Mi compañera reaparece al cabo de un rato en el salón con dos tazas de té.

—Dios, Sandra, lo he dejado tirado en la cama y he desaparecido. Joder, lo último que me ha dicho antes de que me escapara era que no quería perderme. —Me oculto la cara con las manos—. Si esto es verdad, la he fastidiado bien.

—Ya no vale la pena lamentarse por eso. Él también tiene su parte de culpa, debería habértelo dicho, joder.

—No le he dado oportunidad, ninguna oportunidad. Me he escabullido de cada una de ellas. He sido una idiota, debería haberme dado cuenta, pero me cagaba de miedo sólo con plantearme la posibilidad de creer que él hubiera cambiado y que luego fuera mentira. Aquella noche en el Vela me hizo sentir lo mismo y luego mira lo que pasó.

—Porque seguramente ya estaba enamorado de ti, pero todavía no se había atrevido a reconocérselo a sí mismo.

—Voy a llamarlo —decido, poniéndome de pie y yendo en busca del bolso que he dejado tirado en el recibidor.

Cojo el móvil, tengo llamadas perdidas de Magda, de Sergio y de Pau.

Escucho los mensajes:

«Hola, cielo, soy Magda. Pau me ha dicho que has tenido que irte por una

emergencia familiar. Espero que no sea nada. Quería darte las gracias de nuevo por todo, espero que podamos vernos cuando vuelva de luna de miel. Un beso».

El buzón de voz salta de la amable voz de Magda a la furiosa de Sergio:

«Joder, Dani, ¿Por qué coño te has ido así?», vocifera.

Después silencio, sólo lo oigo resoplar y, de fondo, barullo y altavoces anunciando salidas de trenes en francés. ¿Ha ido a la estación de Burdeos?

«Tendría que haberte atado a la jodida cama. ¿De verdad te era tan insoportable quedarte? ¿Has vuelto corriendo a los brazos de ese cabronazo? ¿De verdad lo prefieres a él? Pensaba que lo de anoche había sido especial también para ti.» Suspira tratando de calmarse. «Está bien, bueno, voy a tener que asumirlo, ¿no? No puedo pasarme toda la puta vida persiguiéndote y rezando para que no te me escapes de nuevo. Supongo que perdí mi oportunidad hace meses y lo de ayer sólo fue un desliz. No te preocupes, no le diré nada a tu novio, aunque sé que a Borja no le importaría, no eres la primera tía a la que nos follamos los dos.»

El mensaje termina ahí. Cierro los ojos y aprieto los párpados con fuerza, encajando el golpe. Salta el siguiente:

«Lo siento, no debería haber dicho eso. Perdóname. Espero que seas muy feliz, Daniela; lo deseo de corazón».

Hay un silencio de varios segundos y, cuando creo que no va a decir nada más, oigo su voz rota susurrando «Te quiero», y un ruido extraño termina con la línea en silencio.

Ha dicho que me quiere...

En un buzón de voz y con inequívoco tono de despedida, pero ¡me ha dicho que me quiere!

Las lágrimas ya han desbordado mis ojos cuando escucho el mensaje de mi ayudante:

«Supongo que estarás en el avión. ¿O te ha encontrado Sergio? Si estás con él, contesta en cuanto escuches este mensaje. Si no, avísame de que has llegado bien, ¿vale? Bufff. La has liado parda, cariño. En un principio ha colado lo de la emergencia, hasta que ha aparecido Sergio y se ha puesto hecho un energúmeno cuando le he dicho que te habías ido. Ha empezado a buscarte por toda la casa llamándote a gritos, hasta que lo ha comprobado por sí mismo. Él no se ha tragado lo de la emergencia, ha dicho, y cito: “La puta emergencia era escaparse de mí, como siempre”. No repetiré la cantidad de

insultos que te ha dedicado, porque quiero conservar mi trabajo, pero estaba realmente cabreado. Al final ha cogido la moto y se ha pirado. Nadie sabe dónde está. Ya ha pasado la furgó a recoger las maletas, todos estamos preparados para salir, pero estamos esperando a tener noticias vuestras. Yo al final volveré en la moto con Eric. Dime algo en cuanto puedas, porfa. Un beso».

Cuelgo el móvil y llamo a Sergio. Me salta directamente el mensaje de que está apagado o fuera de cobertura y no me da la opción de dejar un mensaje.

Llamo a Pau y me salta el contestador. ¡Mierda! Llamo a todos los números que tengo de los amigos de Sergio: Magda, Marcelo y Nico. Nadie me lo coge.

Me estoy poniendo histérica.

Vuelvo al salón.

—¿Qué pasa? —pregunta Sandra.

Le cuento lo de los mensajes que he escuchado y que nadie me coge el teléfono.

—Estarán de vuelta, Dani. ¿A qué hora ha sido la última llamada?

—Sergio me ha llamado a las dos de la tarde. Joder, estaba marchándome de Burdeos en ese mismo momento. Y Pau me ha llamado a las tres.

—Sergio habrá vuelto a la casa y los demás se habrán puesto en camino. En la moto no pueden coger el móvil.

—Es verdad, tienes razón. Voy a dejarle un mensaje a Pau.

Telefoneo y le pido que me llame y me cuente qué ha pasado en cuanto escuche mi mensaje.

—Vete a dormir, Dani. Y deja de pensar o te volverás loca, ya lo pensarás mañana —me aconseja mi amiga.

Su expresión a lo Scarlett me saca una sonrisa, la primera en mucho rato.

—Voy a darme una ducha primero. Acuéstate, Sandra, es tardísimo y mañana trabajas.

—Hoy duermo contigo, te espero en la cama.

ABRIENDO LOS OJOS

Me despierto abrazada a mi amiga. No sé qué hora es, pero todavía es de noche. Me estoy acomodando para seguir durmiendo, cuando de pronto mi cerebro vuelca encima de mí toda la información de la noche anterior.

Me incorporo en la cama de golpe. Sandra se remueve, pero no se despierta. Cojo el móvil y miro la hora: las cuatro de la madrugada. Tengo un mensaje de voz de Pau, me lo ha enviado a la una:

«Acabamos de llegar a Barna. Sergio no ha vuelto con nosotros, pero habló con Soraya y dijo que se iba a quedar por la zona unos días más. Mañana te llamo y te cuento los detalles. Buenas noches, jefa».

¿Se queda por la zona unos días más? ¡Mierda!

Me levanto de la cama y voy a la cocina para tomarme un vaso de agua. Mientras bebo me doy cuenta de que todavía llevo el móvil en la mano.

¡A tomar por culo! Me da igual la hora, no puedo esperar más: voy a llamarlo.

Marco el número de Sergio, decidida a pedirle perdón por lo de mi huida, a contarle que he leído su mail, a decirle que Borja es un cerdo al que no tocaría ni con un palo... pero me salta otra vez el mensaje de que está apagado o fuera de cobertura.

¡Mierda!

Bueno, ya lo llamaré mañana.

Vuelvo a la habitación. Sobre la mesilla está el papel con su mail impreso, lo acaricio lentamente con un dedo y una ligera corriente eléctrica atraviesa mi brazo; me estremezco al sentir el poder de las palabras que encierra en él. Lo cojo, lo estrecho contra mi pecho y me tumbo en la cama. No puedo sentirme más ñoña. Me percató de que sus palabras, sumadas a lo vivido este fin de semana, están empezando a calar en mí, a pesar de que reconocerlo todavía abre un pozo de angustia en mis entrañas. Sigo teniendo miedo.

Mi mente, en estado de vigilia, se pierde en fantasías y recuerdos. Sus ojos azules invaden mi mente y revivo las mil veces que anoche me dijeron que me querían sin palabras y que yo me negué a creerlos; recuerdo un momento en concreto en el que me pareció que Sergio se rompía. Su expresión de dolor me conmovió, se me clavó en el alma, pero ni siquiera en ese instante me atreví a pensar que eran mis propias defensas las que le estaban haciendo daño.

No sé qué me llevo a reaccionar como lo hice, supongo que después del increíble placer que me había regalado, mis sentimientos estaban tan desnudos como yo, y por eso me permití tocarlo despojada de todas mis reticencias, dejándome llevar por lo que siento por él. Tal vez mi mente se negara a creer lo que ahora empieza a parecerme evidente, pero mi piel sí lo hacía. Si pienso en lo que pasó anoche, eliminando de la ecuación mis miedos y creyendo en lo que Sergio me decía con su mirada, sus besos y sus caricias, soy capaz de darme cuenta de lo realmente especial que fue. Joder, de hecho fue una puta declaración de amor en braille.

¡Dios mío! Si realmente siente lo que dice en este correo, no puedo ni imaginar el daño que he tenido que hacerle al escaparme como lo he hecho...

«Pensaba que lo de anoche había sido especial también para ti.» Sus palabras se me clavan en el corazón, me pongo en su lugar y me rompo en mil pedazos. Odio cada segundo que pasa sin que pueda decirle que sí, que lo fue, ¡que estoy enamorada de él!

El timbre de la puerta de casa me despierta a las nueve y media de la mañana. Sandra ya no está, se habrá ido a trabajar; veo que me ha dejado un vaso de zumo en la mesilla de noche con un pósit pegado en el que ha dibujado un corazón. No se puede ser más bonita.

Me lo bebo, mientras arrastro los pies como una zombi hacia la puerta. A medio pasillo se me ocurre que puede ser Sergio y el corazón me sube a la garganta, casi impidiendo que pase el aire. Echo a correr.

—¡Hola, jefa! —me saluda Pau—. Joder, qué cara, yo también me alegro de verte.

—Perdona, pensaba que... No importa. Me alegra muchísimo verte, de verdad. Pasa, te prepararé un café.

Vamos juntos a la cocina. Una vez allí, dejo el vaso de zumo en el fregadero, pego el pósito en el armario y preparo la cafetera.

—Perdona por haberte dejado ayer con el marrón de recoger —me disculpo—. ¿Fue todo bien?

—Claro, lo teníamos todo listo a las once. No es la primera vez que me quedo a cerrar, Dani.

—¿Magda se tomó muy mal que desapareciera sin despedirme? —le pregunto y caigo en que me da miedo preguntarle lo que realmente quiero saber.

—Hombre, al principio no, sólo se preocupó por si era algo grave. Pero después... —deja la frase sin terminar.

Deposito un par de tazas de café humeante delante de cada uno, saco unas Oreos que he encontrado en el armario y tomo asiento frente a él.

—Joder... no lo pensé —confieso.

—Estabas desencajada —dice, queriendo exculparme—. ¿Qué pasó?

Me encojo de hombros un segundo y, tras un suspiro, le cuento todo lo sucedido esa noche, incluida la vuelta a casa, la revelación del correo electrónico y mi llamada infructuosa a altas horas de la madrugada.

Él escucha asintiendo en silencio y cuando termino, sin hacer ningún comentario, continúa con su parte de la historia:

—Cuando Sergio apareció en la casa, se desató el caos. Yo estaba fumando en la terraza con Eric, Soraya y Nico. Cuando lo vieron llegar, Eric hizo una broma sobre que esa noche había dormido solo... Sergio no le hizo ni caso: se lo veía molesto y triste. Me preguntó dónde estabas. Cuando le dije que habías tenido que irte por una emergencia familiar no se lo tragó ni por un segundo. Tendrías que haber visto su expresión, creo que hasta retrocedí algunos pasos del miedo que daba.

»Se lanzó dentro de la casa y empezó a recorrerla entera, llamándote. Magda intentó explicarle también que habías tenido que irte y entonces fue cuando Sergio soltó que la única emergencia que tenías era huir de él. Ella intentó defenderte, pero entonces Sergio le dijo que habíais pasado la noche juntos y le preguntó si creía que era normal que te hubieras ido de su cama sin despertarlo, sin dejarle una nota, como si no hubiera pasado nada entre vosotros. La idea de que te habías ido por él empezó a cuajar entre los demás.

»Sergio subió a su habitación, cogió la chaqueta y el casco y se piró, sin atender a ninguno de los que intentaron interponerse en su camino y sin dar

explicaciones. Teníamos previsto salir a la una, pero cuando llegó la hora, Sergio no había vuelto.

—Me dejó un mensaje en el contestador cerca de la una. Por el sonido de fondo creo que estaba en la estación de Saint-Jean. ¡Mi tren salió justo a esa hora! Si alguna vez tuviéramos un poquito de suerte, podríamos habernos encontrado —me lamento.

—Claro y tú seguramente le habrías dejado explicarse.

—Joder... no lo sé, es posible que no. ¿Cómo coño soy tan obtusa a veces?

—Ni idea, cariño, de verdad que me sorprendes cada día.

—No te pases —le advierto, aunque mi voz suena más lastimera que amenazante.

Pau asiente con una sonrisa triste y prosigue:

—Yo te escribí cerca de las dos y pocos minutos después Sergio llamó desde una cabina telefónica a Soraya. Ella nos dijo que se le había roto el móvil, que sentía haber retrasado el viaje y que nos marcháramos sin él.

—Entonces, ¿se ha quedado en Francia solo y sin móvil? ¿Y no sabemos cuándo volverá?

Pau asiente apesadumbrado.

—¿Y ahora qué hago yo? —pregunto desesperada.

—Esperar, es lo único que puedes hacer.

Me levanto de la silla, necesito moverme, me siento encerrada. Pau me sigue al comedor, donde paseo arriba y abajo y dejo explotar mi frustración:

—Pero... mierda, joder, está muy enfadado conmigo. En su mensaje decía que iba a rendirse, que tenía que aceptar que yo era imposible... ¿Y si se ha quedado allí con la intención de olvidarse de mí?

—Lo siento, cielo, pero eso es precisamente lo que parece, lo que creen todos sus amigos.

—Amigos que ahora deben de odiarme.

—No, eso no. Están decepcionados con la situación y se sienten culpables por cómo ha terminado, pero no te odian... Saben que él te hizo daño; por lo que entendí ayer, todos están enterados de que Sergio la cagó hace unos meses contigo, parece que lleva lamentándose desde entonces. Por eso, cuando les contó que intentaría recuperarte este fin de semana, se pusieron todos de acuerdo para daros un empujoncito.

—¿Empujoncito? —repito, levantando una ceja—. Si llegan a empujar más fuerte llego a la luna.

—Además de ser contraproducente... hicieron que te pusieras más a la defensiva.

—¿Cómo ha podido salir todo tan mal? —me lamento.

—¿En serio no pensaste que Sergio podía estar pidiéndote otra oportunidad? Joder, Dani, se le notaba a la legua.

Me dejó caer a su lado en el sofá, me pasó un par de veces las manos por la cara antes de levantar la vista hacia él y responderle:

—Llevo meses recomponiéndome por culpa de Sergio. Apareció en mi vida para destrozar todo lo que había sido hasta entonces, una mujer segura y fuerte, volviéndome frágil para romperme después. Si soy justa, tal vez él no tenga la culpa de no haber cumplido mis expectativas; yo misma le dije que no creía en las relaciones y después quise con él algo que no había querido nunca con nadie. Pero el poder que tiene para herirme es innegable y es de lo que he estado intentando protegerme. No voy a culparme por cuidar de mí, Pau.

»Él me ofrecía una relación en la que yo tenía que aceptar que se acostara con quien le diera la gana; y yo no podía hacerlo. Ya lo había visto con otra dos veces y tenía muy claro que me moriría de celos. Yo lo quería todo y Sergio me dejó clarísimo que no queríamos lo mismo. Era absurdo seguir jugando a su juego.

»Sí, me di cuenta de que quería otra oportunidad, pero ¿otra oportunidad para qué? Su comportamiento este fin de semana no ha sido distinto del que siempre ha tenido conmigo. Él siempre ha utilizado todas sus armas. Desde que al muy cabezota se le metió entre ceja y ceja que tenía que conseguirme a cualquier precio, siempre me ha tratado como si yo fuera especial para él. Y si entonces consiguió engañarme haciéndome creer que quería algo más, ¿por qué ahora iba a ser diferente?

Pau asiente con la cabeza y levanta las manos en señal de rendición.

—Entonces, ¿qué vas a hacer ahora? —pregunta.

—Bueno, tal vez no sea tan malo que se haya tomado unos días. Me dará tiempo a plantearme qué quiero hacer yo, qué me conviene...

—¿Qué te conviene? —me corta—. Me parece bien que pienses en lo que quieras, pero esta vez tienes que hacerlo con el corazón, Dani. Te escucho y consigues que entienda tus motivos; sin embargo, el resultado es el que es: te has empeñado en reflexionar sólo con la cabeza en un intento de protegerte,

pero si lo piensas bien, nada más te ha servido para sabotearte a ti misma. En realidad, lo único que has hecho ha sido alzar una muralla entre tú y el tío del que estás enamorada, y al que se le nota a la legua que también lo está de ti.

»¿Sabes qué me dijo después del baile? ¿Cuando le pedí que no te hiciera daño? Me dijo que sabía que llevaba haciéndotelo desde hacía meses y que lo único que quería era parar ya.

Suspiro profundamente. Sus palabras hacen que me sienta culpable y feliz, y ambas emociones son igual de intensas.

Cuando Pau se marcha a la facultad, me preparo una taza de té y me siento en el sofá.

Los nervios anidan en mi estómago como enjambres de avispas y cada sentimiento es diferente. Estoy asustada, preocupada, arrepentida, nerviosa, impaciente, emocionada... A la esperanza la tengo atada y amordazada en una esquina de mi corazón y, aun así, está dando saltos. La que está más desatada es mi imaginación, que no deja de lanzarme mil escenas de reencuentros, donde Sergio me recibe con los brazos abiertos y todo termina bien, sin reproches.

Sí, estoy pensando con el corazón y me da un miedo de cojones.

Mi parte cerebral, que intenta pisar el freno, me advierte que puede que no sea todo tan fácil, me recuerda que él estará muy dolido conmigo, que ahora mismo sigue creyendo que estoy saliendo con un tío al que aborrece, al que aborrecemos ambos; es posible que hasta crea que lo dejé tirado por él...

No, no va a ser tan fácil. Tendrá que dejar que me explique y sé que, sólo con eso, ya le estaré pidiendo más de lo que yo le concedí a él.

La parte de mí que se siente culpable por no haberlo dejado explicarse, por haber huido de su cama, por no haber tenido en cuenta sus sentimientos (y un largo etcétera) me dice que estos días van a ser mi merecida penitencia por la pesadilla que ha tenido que pasar él.

Joder, si supiera que iba a servir de algo, le haría señales de humo desde mi ventana; de hecho, tengo ganas de hacerlas aunque sepa que no servirán de nada.

«Paciencia, Dani.»

PERDIENDO EL RUMBO

¿Sabéis lo que se siente al ir a doscientos por hora, subido en una BMW, con la noche engullendo el asfalto? La oscuridad te envuelve y parece que vuelas sobre la nada, rompes la resistencia del aire y la arrollas, la atraviesas; es una sensación de poder contra los elementos. Dominas la máquina, ella te domina a ti y te vuelves uno con ella, te sientes libre, te sientes pájaro.

Antes pensaba que ésa era la manera de conseguirlo todo en la vida: mirar hacia delante, apretar el acelerador y no perder de vista la meta sin importar los obstáculos que tuvieras que esquivar por el camino. Ahora ya no sé qué pensar... Por mucho que continúe hacia delante, que intente encontrar el rumbo, no puedo deshacerme de la sensación de que estoy dejando la meta a mis espaldas. Hay momentos en los que quiero creer que si me alejo lo suficiente de ella podré olvidarla, de que esta sensación de libertad logrará llevar todas mis anclas. Pero en el fondo sé que me engaño y lo peor es que esta situación ha despertado esa voz oscura que dormía en mi interior, que intenta convencerme de que sí hay una manera, de que conozco lo único que realmente conseguiría cerrar este vacío que se ha abierto en mi pecho, que me haría volar lo bastante lejos como para olvidarme de todo... Pero ¿durante cuánto tiempo?

Llevo siete horas conduciendo desde Burdeos cuando entro en la ciudad de Luxemburgo. Son las nueve y media de la noche. Me detengo delante del primer bar que veo abierto y entro. Es un club con restaurante y *lounge*, con paredes de ladrillo blanco y decorado con cortinas de cuentas. Me gusta. Busco la mesa más apartada y, cuando se acerca el camarero, pido una cerveza y le señalo al azar un plato de la carta; temo que me diga que es tarde para cenar, pero él asiente y se marcha. Me apoyo contra el respaldo del sofá, dejando que mis músculos se olviden de la postura a la que los he tenido sometidos las últimas horas.

Como y bebo en silencio, esforzándome por mirar a mi alrededor e ignorar mis propios problemas. Hay una mesa al fondo llena de tías; hablan francés y ríen bastante alto. Los ojos de una de ellas coinciden con los míos, no los desvía, levanta su copa y sonrío. Yo le devuelvo el gesto, pero aparto la mirada en seguida. No quiero líos, preciosa.

Cuando termino la cena, paso a la zona del *lounge*, decorada con farolillos rojos; me siento a la barra y me pido un Johnnie Walker.

No soy capaz de controlar mis pensamientos, estoy bien jodido. Mi mente vuela hacia el recuerdo del cuerpo desnudo de Daniela entre mis brazos, agotada después de hacer el amor, y la sensación de que se disipó entre mis dedos como si fuera humo vuelve a invadirme, angustiándome. Por un segundo creí que la tenía, por un segundo me permití creer que todo podría solucionarse entre nosotros.

Me cuesta entender qué la hace querer estar con Borja; cómo la Daniela guerrera y de fuego que conozco, la misma que se deshace en ternura y deseo lánguido entre mis brazos, es compatible con ese gilipollas.

Mi mente se remonta a hace tres años, cuando mi vida era un descontrol de drogas, sexo y estrés; a una noche de las muchas que coincidí con Borja en un club privado de Barna que ambos solíamos frecuentar, en el que podías meterte una raya en la misma barra, sin que nadie te mirara mal. Yo había ido con Verónica, mi compañera de desfases y curro, y estábamos en un reservado con un grupo numeroso de gente que fue disolviéndose hasta que nos quedamos solos con Borja y su pareja. Los cuatro estábamos muy pasados de vueltas. Él me estaba contando que su chica, a la que llamaba Glup, en realidad no se llamaba así:

—La he rebautizado yo, ese nombre es más apropiado para ella, ¿verdad, Glup?

—Sí, señor —respondió su compañera, sonriendo sin timidez, pero sin mirarlo a los ojos.

—Cuéntale a nuestro amigo por qué te lo puse.

Ella sí elevó la vista para mirarme a mí; era una muchacha de no más de veinte años, de tez morena y ojos verdes muy claros, casi amarillos; su expresión era calmada e incluso divertida cuando me contó sin ruborizarse:

—Porque cuando se corre en mi boca me lo trago todo de golpe, sin arcadas ni nada.

—Si me dejas a tu amiga, dejo que te lo demuestre —me propuso Borja.

—Mi amiga hace lo que le da la gana a ella —contesté a la defensiva, pero Verónica ya estaba levantándose y sentándose a su lado.

Borja se inclinó un momento hacia el oído de Glup, le habló bajito, pero no lo suficiente como para que yo no lo oyera.

—Eres mía, animalito, y quiero que satisfagas a nuestro amigo para complacerme a mí. No puedes correrte —le ordenó, antes de darle un pico rápido y volverse hacia Verónica.

Quiero creer que en algún momento pensé en negarme, pero estaba demasiado excitado, borracho y drogado para hacerlo rápido y, antes de que me diera tiempo a reaccionar, Glup ya tenía su mano en mi entrepierna y yo había perdido mi poca capacidad de razonar.

Su actitud conmigo estaba muy lejos de ser sumisa. Sus besos eran profundos, provocativos y calientes; sus manos, enredaderas que parecían trepar y expandirse por todas partes. Se sentó a horcajadas sobre mí, contoneándose sobre mi regazo como una serpiente, mientras con una de sus mil manos me desabrochaba la bragueta.

—Voy a metérmela un poquito antes de chupártela, me gusta que sepa a mí —susurró en mi oído, antes de invadirlo con su lengua.

No sé si llegué a responder, sólo sé que al momento tenía a la pequeña serpiente de ojos amarillos enroscándose en mi polla, retorciéndose de placer, y yo sólo podía pensar en devorar los negros pezones que exhibía delante de mi cara.

Tengo imágenes distorsionada de todo aquello. Imágenes que vienen y van y que, según iba transcurriendo la noche, se convierten en lagunas de recuerdos difusos o me deslumbran bajo los latigazos de placer iluminados por la coca.

La chica sentada a mi lado, con su cabeza inclinada sobre mi regazo, comiéndomela mientras yo esnifaba otra raya sobre la piel morena y perfecta de su espalda.

Mi cabeza golpeando la pared de atrás, impulsada por el tiro de coca que subía como una bala de mi nariz a mi cerebro: instantánea, volviéndolo todo más brillante; mi sangre, impulsada por ella, bombeando en mi miembro, poniéndomela tan dura que dolía; y su boquita caliente volviéndome loco, su lengua bífida lamiendo y envolviendo mis hinchadas venas, como si pudiera penetrarlas e inyectarme su veneno de fuego en ellas.

Glup haciendo honor a su nombre, llevándome hasta el fondo de su

garganta y engullendo mi semen cuando me rompí en mil pedazos al correrme.

A pesar de que ahora pueda parecerme hasta cierto punto censurable todo lo que pasó, nunca tuve la impresión de que aquella incauta sin nombre hiciera nada en contra de su voluntad; más bien fui yo quien se quedó con el extraño sabor de boca de haber formado parte de un juego sexual que no iba conmigo. Aunque tengo que reconocer que el recuerdo sigue excitándome: fue una de las mejores mamadas de mi vida.

A la mañana siguiente me desperté con Verónica en el sofá de mi casa, ambos vestidos y resacosos; ninguno de los dos recordaba cómo habíamos llegado hasta allí. Días más tarde, al rememorar aquel episodio, le pregunté a mi amiga por qué una mujer aceptaba que un hombre la tratara como si fuera un juguete de su propiedad. Ella sonrió con malicia. Su respuesta, dijo, estaba avalada por el conocimiento de causa:

—Cuando un hombre es capaz de excitar a una mujer hasta el punto de hacerla enloquecer, cuando es capaz de llevar tu placer hasta cotas inimaginables tan sólo con el morbo que desprende su voz... entonces esa mujer es capaz de cualquier cosa por volver a disfrutar de él. Borja es el puto dios del sexo.

He de decir que, a pesar de sus tajantes declaraciones, se proclamó lesbiana irreversible —uso sus propias palabras— semanas después, declarando que no había nada mejor para una loca del coño como ella que buscar otro coño con el que enloquecer.

Adoraba a Verónica, y no soy el único; ella fue la que me presentó a Soraya como su novia tiempo después y me consta que ambos la echamos de menos. Es una de las amistades a las que tuve que renunciar cuando me rehabilité.

Por un instante, pienso lo que daría ahora mismo por una noche loca con Verónica que me permitiera dejar de imaginar a Daniela con un apodo ridículo, haciendo lo que sea que a Borja le apetezca; o declarando que es el puto dios del sexo y que lo prefiere a él porque es mucho mejor amante que yo. Tengo que agradecerle que tuviera la delicadeza de no decírmelo a la cara, o quizá no le di la oportunidad, cuando mi rabia atacó su boca evitando que me contara los detalles...

Apuro las gotas de whisky que quedan en mi copa y levanto la mano reclamando otro, el camarero se acerca y me la rellena.

A pesar de que la sombra de la fama de Borja mine mi confianza, tengo que concederme a mí mismo que yo también afecto a Daniela. Puede que no sea un cabrón morboso dominante y que no pueda imaginarme tocándola de otra manera que no sea venerando cada pedacito de su piel, pero también tengo el poder de hacerle perder el control. Sé que goza conmigo. La imagen de su cuerpo arqueándose sobre mí, perdida en su orgasmo, envía un latigazo a mi miembro, provocándome una fugaz semierección.

¿En serio sólo fue sexo para ella? No, no pudo serlo... No, la noche de la cabaña hubo algo más, no pude malinterpretar hasta tal punto sus miradas y sus caricias. Un día antes me había confesado que le había hecho mucho daño y que no iba a permitir que se lo hiciera otra vez.

¿Soy un mierda por encontrar consuelo en ello?

Joder, recordar cómo la traté aquel día me duele más que imaginarla con el idiota ése... y ya es decir muchísimo. Aun hoy, después de las miles de vueltas que le he dado durante todo este tiempo, me sigo preguntando cómo pude ser tan gilipollas. Pasé con ella la mejor noche de mi vida, fui consciente de que había despertado en mí algo que no había sentido nunca, una euforia que me llenaba infinitamente más que cualquier otra cosa en el mundo. Ni las drogas ni la velocidad ni el deporte... nada puede compararse con la sensación que provoca Dani en mí cuando sus ojos se clavan en los míos; el placer que siento cuando la veo estremecerse por mis caricias supera incluso el de mi propia liberación. Su sonrisa es el mejor viaje; sus retos el mayor subidón de adrenalina; enterrarme en ella es alcanzar el paraíso. Aquella noche lo tenía claro, ¿qué otras pruebas necesitaba?

Pero al día siguiente, hablando con Nico, quise quitarle importancia ante sus ojos y los míos. Disfrazado con la fanfarronería de haber conseguido tirarme a la tía que llevaba meses dándome esquinazo, que se había autoproclamado imposible para mí, no quise ver que Daniela era mucho más que un buen polvo. Quise retenerla, al mismo tiempo que pretendía conservar la libertad que celosamente había preservado con mis otras relaciones; y cuando ella me presionó para que tomara una decisión que implicaba reconocer unos sentimientos a los que me acojonaba poner nombre, reaccioné de la peor manera: a la defensiva y vacilándole.

Si tuviera el poder de borrar una mala decisión de mi vida, y he tomado muchas, elegiría sin dudarle cerrar la puta boca en aquel justo momento.

Si yo soy incapaz de perdonarme, ¿cómo va a perdonarme ella? Daniela

no es de las que dan segundas oportunidades y a mí ya me ha habido dado tres. Merezco que haya desaparecido así de mi lado, incluso merecería que lo hubiera hecho por venganza, aunque dudo que haya sido por eso. Más bien creo que, tal como temí durante toda la noche, sea porque se arrepintió de haber vuelto a caer en las redes del cabrón que había despreciado estar a su lado. O, peor aún, porque realmente esté enamorándose de Borja y se arrepintiera de haberlo engañado conmigo.

En realidad da igual, sea lo que sea, está claro que lo que anoche pasó entre nosotros, por su parte sólo fue un momento de debilidad.

Voy a tener que ir haciéndome a la idea.

Y únicamente con pensarlo se me revuelve el estómago y me falta el aire...

—Hola —me saluda alguien a mi derecha.

Me vuelvo y veo a la francesita que me ha mirado antes mientras cenaba. Es un bombón de ojos enormes, labios carnosos y curvas de vértigo.

—Hola.

—Mis amigas han apostado conmigo a que no soy capaz de darte un beso en menos de dos minutos.

—Lo siento, preciosa, no es nada personal, pero vas a perder.

Bebo de un trago lo que queda de mi copa, dejo un par de billetes sobre la barra y me marcho de allí en busca de un lugar donde pasar la noche.

Por la mañana temprano doy una vuelta por la ciudad. Paseo por sus calles y visito Le Chemin de la Corniche, dicen que es uno de los miradores más hermosos de Europa y el que tiene las mejores vistas de la ciudad. A las ocho estoy de vuelta en la autopista, después de comprobar que no tengo humor para turismo. No tengo un destino decidido e improvisado sobre la marcha en cada intersección.

Conducir libera algo mi mente de mi calvario. Por eso sigo adelante hasta que el hambre, mi vejiga o el combustible me obligan a detenerme.

Entro en Múnich a las dos de la tarde. Aparco la moto y hago algún estiramiento para recuperar la flexibilidad de los músculos. Lo que daría por una horita de machaque...

Me doy cuenta de que estoy justo delante de un gimnasio y sin pensarlo mucho, entro. Hablo con el chico de recepción y le cuento que estoy de viaje y que quiero hacer ejercicio sólo hoy. El alemán, que rompe el estereotipo de cuadrado y hosco, adivina que soy español y me invita a entrar gratis.

—Día de prueba —chapurrea en mi idioma.

Una vez en el vestuario, abro la mochila, agradecido de que una de las tres mudas que llevo sea ropa deportiva. Me enchufo el mp4 con AC/DC y me voy a la sala de máquinas.

Después de una hora, estoy en la peck-deck pensando en lo conveniente que hubiera sido comer algo antes, cuando me percató de que en la ab swing de enfrente hay una chiquilla pelirroja que no me quita los ojos de encima. Sonríe por cortesía cuando veo que, al pillarla, ella no retira la mirada; la chica, seria, no se inmuta. ¿Se está haciendo la interesante? Pues que se busque otro objetivo.

Acabo la serie y me acerco al pasillo por una barrita energética. De hecho, decido comprar varias para llevarlas de reserva en la mochila.

Por la noche, mientras ceno en el hotel, vuelvo a sentir el nudo de ansiedad en mi estómago. Intento no pensar en Daniela, pero aunque consigo contener la avalancha de autorreproches, su ausencia y su pérdida siguen siendo ácido que deshace mis tripas. Vuelvo a tener ganas de huir, montarme en la moto y correr lo bastante rápido como para dejar mi mente atrás... No lo hago porque sé que es un riesgo conducir sin dormir y, aunque no lo parezca, me estoy esforzando mucho por no ceder a ese estado de inapetencia por la vida al que todos mis instintos quieren arrastrarme.

Dejo la cena a medias con intención de subir a la habitación, pero al pasar por la puerta algo me incita a salir.

Doy un pequeño paseo. Estoy cerca de una zona de clubes y entro en el primero que pilla. La música house golpea mis oídos, es tan fuerte y tan intensa que casi acalla las voces en mi cabeza; eso está bien. Me siento en una esquina de la barra y cuando por fin me atienden, pido dos gin-tonics, no quiero perder el tiempo esperando el próximo. Me bebo el primero como si acabara de llegar de una travesía del desierto.

Empiezo a mirar a la gente. Me siento rabioso; estoy estresado como hacía muchísimo tiempo que no lo estaba y mi cuerpo me está pidiendo el remedio que utilizaba tiempo atrás para ese mismo problema. No me atrevo ni a nombrarlo, pero mi mente ha entrado en fase de autoconvencimiento e

intenta hacerme ver las ventajas, susurrándome de forma sibilina que si me rindo encontraré el alivio que tanto anhelo. No voy a hacerle caso, no necesito luchar contra más mierdas y sé que ésta abriría una puerta muy peligrosa. Está descartado, me intento convencer.

Pero necesito encontrar algo que me distraiga y lo único que se me ocurre es el sexo.

De pronto veo a la chica de este mediodía en el gimnasio, la pelirroja que no sonreía. Le hago un examen rápido: vestido corto y ajustado, cuerpo deportivo, pequeños pechos, labios bonitos; lleva el pelo recogido en una apretada coleta. Es joven, no le echo más de veinticinco. Fijo mi mirada en ella hasta que la nota, se vuelve y me ve. Le sostengo la mirada, esta vez yo tampoco sonrío, sólo le dejo claro que la he visto y que estoy interesado. Me muerdo el labio y vuelvo a recorrer su cuerpo con la mirada, ahora que sé que me ve.

Ella pierde el compás de la música y su cuerpo empieza a moverse a otro ritmo, más lento, más sensual: es una invitación. Me termino el segundo gin-tonic de un trago, me levanto y me acerco despacio, sin perder el contacto visual. Ella deja de bailar, sólo me espera, seria, pero con la expectación reflejada en su mirada. Me detengo frente a ella, invadiendo su espacio personal aunque sin tocarla. La chica entreabre los labios y respira profundamente; puedo ver el deseo en su mirada. Ya es mía.

Despacio, paso una mano por su cintura, acariciándola; reduzco el espacio que nos separa y empiezo a moverme contra su cuerpo a un ritmo lento. Ella sube las manos a mi nuca y me sigue el paso. En realidad no estamos bailando, sino en los preliminares del sexo. No dejamos de devorarnos con los ojos. Ambos queremos lo mismo. Sus caderas se adelantan y se presiona contra mi polla; yo aprieto mi pecho contra el suyo. Hunde una mano en mi pelo, mientras mis manos se despliegan en la parte baja de su espalda y la aprieto más contra mí. Nos restregamos; mi erección despierta y se lo hago notar.

Y ahí está, su primera sonrisa, una sonrisa triunfal, de cazadora. Yo le correspondo admitiendo ser la presa. Me inclino y tiento su boca con mis labios; su lengua es la primera en buscarme y yo no me hago de rogar. Mis manos bajan a su culo y la empujo contra mi pelvis. Seguimos fingiendo que bailamos, aunque no creo que engañemos a nadie.

Da un paso atrás y me coge de la mano para conducirme a un rincón. Se

apoya contra la pared y yo contra ella. Nos besamos con lujuria y nos metemos mano mutuamente, sin remilgos. Ella acaricia mi erección sobre mis pantalones, al tiempo que yo cuelo una mano bajo sus bragas, penetrando con un dedo su húmedo coño. Ella echa la cabeza hacia atrás... y una visión de Daniela haciendo el mismo gesto me sacude. ¡Mierda! Vuelvo a su boca desesperado, buscando las diferencias, queriendo quedarme con esta desconocida. Sus besos son violentos y húmedos, no lentos y sensuales; me puedo quedar con eso.

—*My hotel is near here* —le susurro.

—*Okey* —acepta.

La chica habla con una amiga y luego vamos juntos hacia la salida cogidos de la mano.

Por el camino no hablamos, ni yo quiero hacerlo ni tampoco nos da mucho tiempo, es sólo una manzana.

En el ascensor del hotel me pongo detrás de ella y ataco su cuello mientras mis manos exploran toda su anatomía y su trasero se restriega contra mi erección.

En la habitación nos desnudamos el uno al otro sin demasiados aspavientos por ninguna de las dos partes. Caminando entre besos, nos dejamos caer sobre la cama. Chupo sus tentadores pechos, pequeños con grandes y exigentes pezones; su piel tiene un ligero sabor a vainilla. Abarco su pubis con una mano, exploro su interior y recojo su humedad para después frotar su clítoris despacio, dándole tiempo a responder. Ella va acariciando mi pene, regalándome los oídos con suaves gemidos.

—*Fuck me, now* —me exige, retorciéndose bajo mis caricias.

Sé que está cerca, así que no le hago caso.

Aumento la velocidad de mis dedos y consigo que se corra; todavía no ha terminado su orgasmo cuando me pongo un condón y la penetro. Adoro entrar en el cuerpo de una mujer cuando su coño todavía palpita; me estrangula y me libera, dejándome entrar a trompicones. Al sentir mi invasión, sus contracciones se revitalizan, sus gritos me animan a empujar más fuerte. Cierro los ojos y la imagen de Dani vuelve a joderme. Mi polla va a su bola, y se pone más dura ante su imagen favorita; esa parte de mí no sabe nada de sentimientos. Abro los ojos de nuevo, buscando a la pelirroja, queriendo conectar con la mujer que está regalándome su cuerpo en este momento. Pero ella está perdida en su propio placer, no puede rescatarme. Mi erección

empieza a flaquear. ¡No! ¡Ni se te ocurra dejarme ahora! Intento concentrarme en la chica, pero la tristeza se está expandiendo inexorable por mi cerebro... Cierro los ojos y echo mano de lo único que puede salvarme en esta situación: imagino que es a Dani a quien penetro, que son sus jadeos los que colman mis oídos; imagino que la castigo embistiéndola sin piedad por haber huido de mí. Y entonces, el recuerdo de su voz pidiéndome que se lo haga más fuerte, hace que mi cuerpo se tense; encuentro la liberación reteniendo su nombre.

Estoy bien jodido.

Salgo de la ducha y veo a la pelirroja desperezándose, destapada y totalmente desnuda. Se le ha soltado el pelo y ahora es una nube de rizos alocados sobre su cabeza.

Me mira y me sonrío.

—Buenos dí... *Sorry, good morning* —se corrige.

—¿Cómo que *sorry*? ¿Eres española?

—¡Joder, si hablas mi idioma! —exclama.

—Soy de Barcelona.

—¡No jodas! Yo soy de Málaga. ¡Hay que joderse, yo que creía que me había ligado a mi primer alemán! —Se ríe.

Parece que ya no le duelen las sonrisas, no hay rastro de la chica misteriosa y seria de anoche.

—Ayer tú también me pareciste muy alemana, con toda esa seriedad.

—Me mimetizo con el ambiente —contesta divertida, dándole a su voz un tono misterioso—. Es mi método de caza aquí.

Se me escapa una carcajada.

—Funciona —le concedo. Alargo una mano hacia ella—. Sergio.

—Carolina, es un verdadero placer conocerte —responde, estrechándomela.

¿Y ahora qué hago yo con esta tía?

—Me marcho hoy —le advierto, encogiéndome de hombros.

—¿Se te han terminado las vacaciones? —pregunta, poniéndose las manos tras la cabeza, sin importarle estar desnuda y sin demostrar ninguna intención de moverse.

—Estoy de paso.

—¿Y cuál es el destino?

«Lejos», pienso.

—Improviso.

—Entonces no te esperan en ninguna parte. Quédate un día más. Toco en una banda y tenemos actuación esta noche. Me encantaría que vinieras. Música, cerveza, fiesta y un buen polvo para terminar —añade traviesa, guiñándome un ojo—. Me gustaría mucho repetir.

—En verdad no soy muy buena compañía, pelirroja.

Se levanta, me coge la cara entre las manos y me mira muy fijamente a los ojos, buscando algo. Tiene los ojos azules más claros que he visto en mi vida. Su escrutinio me remueve algo por dentro.

—Ya veo... Lo siento —dice con tono triste de repente.

Se me encogen las tripas y frunzo el ceño.

—¿Qué es lo que ves?

—Veo que estás perdidamente enamorado y que te han roto el corazón. Acabas de asumir la pérdida después de haber peleado con uñas y dientes por ella. Las heridas están en carne viva, son muy recientes. Veo que estás perdido y que quieres perderte todavía más de lo que lo estás. —Sus ojos reflejan de pronto mi sufrimiento.

Sus palabras han sido como echar sal a mis heridas. La pelirroja se abraza a mí con fuerza y yo me quedo a cuadros. Pero en seguida siento algo extraño: su energía y su empatía me envuelven, me desarman, y le devuelvo el abrazo aceptando su consuelo.

—Quédate conmigo esta noche. Haré que te olvides de ella unas horas, te lo prometo. Es lo único que puedo ofrecerte. Te va a costar sacártela del corazón, está muy arraigada. Pero de ese modo se empieza, dejándola salir a ratitos.

—Pero ¿tú eres una brujilla o algo así? —le suelto cuando dejamos de abrazarnos, queriendo sacudirme de encima la intensidad que se ha creado en la habitación.

—Algo así —contesta, guiñándome un ojo—. Soy la primera, ¿verdad?

—¿La primera? —repito extrañado.

—La primera después de ella.

—Sí —confieso, y os juro que no tengo ni puta idea de por qué lo hago.

Tal vez porque, a pesar de lo joven que parece, me hace sentir que sabe de lo que habla. Es una sensación parecida a cuando un médico te pide detalles

escabrosos de tu vida y confías ciegamente en que esa información le va a servir para su diagnóstico; o algo así, no lo sé... Todo es muy raro.

—¿Pensaste en ella anoche, mientras me follabas?

Joder...

—Intenté no hacerlo.

—No te preocupes, es natural que lo hagas. No te sientas culpable por ello, pero intenta grabar otras caras en las situaciones que te recuerden a ella; déjala entrar en tu cabeza sin pelear, sin enfadarte contigo, y luego la despides y vuelves a la realidad. Se irá poco a poco. Lo importante es que no dejes de intentar seguir con tu vida por eso. Y el sexo es bueno para olvidar, aunque te recuerde a ella, no siempre será así.

No sé cómo coño dejo que me convenza para quedarme, pero lo hago.

Bajamos a desayunar juntos. Allí me pregunta si he visto la ciudad y cuando le respondo que no, se ofrece a enseñármela. Me dejo llevar; por primera vez desde que empecé a huir me siento cómodo, y es liberador.

Carolina es un torbellino. Damos una vuelta por el centro, vamos de un punto turístico a otro, parando en un bar diferente en cada lugar. De barrio en barrio y de cerveza en cerveza me cuenta que lleva viviendo aquí cuatro meses, haciendo un curso de verano para perfeccionar el idioma; este viernes termina y vuelve a Málaga para pasar el resto del verano, pero en septiembre se muda a Darmstadt para estudiar con una beca Erasmus. Tiene sólo diecinueve años; soy un jodido asaltacunas. Su grupo de música se llama Orgasmus, y lo forman ella y cuatro más del curso de idiomas: una chilena, un holandés, un francés y un italiano.

—Como en el chiste —afirma, guiñándome un ojo.

Empezaron a hacer el tonto con la guitarra en el apartamento compartido y ahora cantan en clubes pequeños, donde no les pagan nada, pero se lo pasan bien. Ella es la cantante, junto al holandés.

Decidimos comer a la una, porque hasta a mí, que tengo una alta tolerancia al alcohol, empieza a hacerme falta meter algo en el estómago para compensarlo. Me lleva a un restaurante poco turístico de menús, no hay mucha gente.

Tras pagar la cuenta, me excuso un momento para ir al baño.

Estoy orinando cuando ella se cuele dentro.

—¿Qué haces?

—Un exorcismo —responde.

Se moja las manos y, cuando termino de mear, me las pasa por la polla.

—Estás loca —le espeto, demasiado sorprendido para reaccionar.

—Ven.

Con la chorra fuera, me arrastra a un retrete. Baja la tapa, se sienta y se la mete en la boca. Joder, no tarda en ponérmela dura; sabe lo que hace. Me mira a través de sus largas pestañas mientras me la chupa sin demasiadas florituras: dentro fuera, dentro fuera, y ritmo ascendente.

El placer está demasiado ligado a Dani, así que no puedo evitar rememorar cuando, hace tan sólo dos días, era ella quien lo hacía. Cierro los ojos y la veo...

—Mírame a mí —me pide Carolina, apartándose sólo un segundo para hablar.

Asiento y obedezco, recordando sus palabras de esta mañana.

Sigue con su cometido, muy aplicada.

—Voy a correrme —le advierto.

Ella pasa a masturbarme con la mano sin perder el ritmo, mientras se contorsiona hasta quitarse la camiseta con la otra mano. No lleva sujetador y me ofrece sus tetas para que me corra en ellas. La imagen me excita, es lo que necesitaba para explotar.

Se levanta y yo la beso agradecido. Luego, con papel de váter, la limpio antes de abrazarla y besarla otra vez. La apoyo contra la puerta y meto una mano en sus bragas.

—No hace falta —me comenta.

—Creo que nunca me habían hecho una mamada por compasión. No sé cómo sentirme...

—¿Mamada por compasión? No te equivoques, catalán, me pones muy burra. El de anoche fue el mejor polvo de mi vida.

Levanto una ceja, no es que me aplicara demasiado. Ella se da cuenta.

—Tengo diecinueve años, sólo me he acostado con niños —aclara, encogiéndose de hombros.

—¿Me echaste el ojo pensando en hacértelo con un madurito? —le pregunto, conteniendo la risa.

—Te eché el ojo porque estás que rompes. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro —contesto.

Ella sonrío, como si mi edad la complaciera.

—Realmente has debido de estar sólo con niños si piensas que puedes

hacerme una mamada y yo no tengo por qué devolverte el favor. Nunca dejo a deber un orgasmo; y tú no deberías permitirlo, pelirroja. —Cuando alcanzo su interior, la noto mojada—. ¿Te ha puesto cachonda chupármela?

Sus pezones se contraen como respuesta a mi pregunta, mostrándome que le gusta que le hablen sucio.

—Mucho —dice entrecortadamente.

Doblo los dedos en su interior y presiono su clítoris con la palma de la mano.

—¿Te ha gustado mi polla?

—Tienes... una polla... preciosa.

—¿Te apetece que ahora sea yo el que pruebe tu coñito? Todavía no me he presentado como es debido.

Ella responde con un gemido, asintiendo rápido con la cabeza.

Me acuclillo, le subo una pierna al inodoro y le aparto las bragas. (No, no puedo confirmar si las pelirrojas lo son en todas partes, porque no tiene ni un solo pelo ahí abajo.) Acaricio despacio el interior de sus muslos con la nariz hasta llegar a su sexo.

—Mmm... —murmuro.

Sus piernas empiezan a temblar.

Apoyo la boca sobre su vértice y dejo que mi lengua recorra su sexo de abajo arriba; su orgasmo se desata de forma inmediata. Me apresuro a penetrarla de nuevo con un dedo y chupo más fuerte. Ella termina de explotar con una mano en la boca, ahogando sus gritos. Cuando deja de palpar, me incorporo y la beso de nuevo.

—Estaba muy excitada —confiesa sonriendo, medio disculpándose, con el rubor del orgasmo cubriendo sus simpáticas pecas.

—Eso es un cumplido para mí —le aseguro.

Salimos del restaurante, tomamos un segundo postre entre risas y la acompaño a su piso compartido para que se cambie.

Por el camino me cuenta su historia:

—Estuve saliendo con uno de mis compañeros, el Holandés; no se llama así, pero en el piso nos hemos puesto todos el mote de nuestros países. Me lío... El caso es que estuvimos acostándonos durante el primer mes que vivimos juntos y todo era ideal, al menos en mi cabeza, pero un buen día él se trajo a otra tía a casa y se enrolló con ella delante de mis narices. Después no me dio

ninguna explicación. Le encargué al Italiano, que es con quien me llevo mejor, que le preguntara y le dijo que yo sólo era un rollo y que no tenía por qué justificarse ante mí.

—Cabrón —mascullo.

—Yo estaba muy colada por él... de hecho, nos hemos enrollado varias veces más después de aquello. Me siento como un títere sin voluntad en sus manos. Y él parece encantado de saber que me tiene cuando quiere, de que estoy esperando una señal para ir y aliviarlo. Lo peor es que tiene razón, pero estoy tan encoñada que me deja sin orgullo cada vez que me sonrío —admite.

—Lo siento —le digo, apoyándole una mano en el hombro. No sé qué más decir. Me jode sobremanera haberme visto reflejado en ese capullo.

—Como tú y yo tenemos clara cuál es nuestra situación... —empieza a decir.

—¿Y cuál es nuestra situación según tú? —la interrumpo.

—Bueno, anoche se demostró que nos atraíamos. Y hoy sabemos que ambos estamos tocados por otras historias. Esto durará sólo unos días, si es que consigo liarte para que te quedes también mañana. Podemos ayudarnos a sobrellevarlo mutuamente. Somos folladesconocidos en terapia de polvos.

Río ante su explícita definición.

—Buen análisis de las circunstancias.

—Entonces, ¿te parecería muy mal que te pidiera que fueras especialmente cariñoso en presencia del Holandés? Sé que es posible que no le afecte... pero necesito que crea que ya no me importa, para dejar de sentirme una mierda cuando está delante, para recuperar algo de mi orgullo.

Su petición hace que me acuerde de Soraya y es la primera vez que alguno de mis amigos acude a mi mente desde que me fui. He estado tan ofuscado...

—Ningún problema, cielo. No te me vas a poder quitar de encima.

Carolina aplaude emocionada y da un saltito para darme un pico de agradecimiento.

La cojo de la cintura, la atraigo hacia mí y hacemos el resto del camino agarrados.

El concierto ha estado genial. Es un grupo cañero y ruidoso, de los que combinan estrofas lentas con estribillos que explotan en guitarras electrónicas. Carolina hace las partes lentas, con su voz aguda, dulce y casi infantil. El *mardito* Holandés, (así lo llamamos ahora), canta en las partes cañeras, con una voz que parece hecha para el heavy metal; tiene talento el cabrón. Realmente me han sorprendido muy gratamente.

Los músicos bajan del escenario y empiezan a desmontar algunos instrumentos, mientras otro grupo va tomando posesión del espacio con los suyos.

Le doy un trago a mi copa. Estoy sentado en una banqueta larga que rodea toda la pared, cubierta con cojines; no es demasiado cómoda, la verdad. Comparto mesa con amigos de Carolina y de sus compañeros, aunque no he cruzado con ellos más palabras que el saludo de presentación.

El vacío que deja la música es sustituido por ruidos de bar, y la euforia del rock se evapora dando paso a mis malditos recuerdos. Bueno, recuerdos... más bien a mi imaginación retorciéndolos y contaminándolos, sustituyéndome por el puto Borja en ellos.

Mierda. Espero que Carolina vuelva pronto, ella consigue que me evada de toda mi mierda. Soy consciente de que ése ha sido mi objetivo desde que salí corriendo de Burdeos: intentar huir de lo que siento, y aquí por fin he encontrado la manera, dejándome llevar por este pedacito de vida extraño y alejado de la mía, en un lugar perdido, donde lo único que me recuerda a *ella* soy yo mismo.

Uno de los tíos que está sentado conmigo me hace una señal para que le preste atención y con gesto interrogativo me señala el baño con la cabeza, tras enseñarme bajo la mesa una bolsita de polvo blanco. El corazón me da un vuelco y tengo que reconocer que en la décima de segundo que tardo en negarme me lo planteo muy seriamente. Un tiro ahora mismo sería la mejor manera de deshacerme de todo lo que me desquicia por dentro... El recuerdo de la euforia, de la sensación de libertad, me tienta.

Él se encoge de hombros y se retira junto con otro al baño, y yo tengo que agarrarme a mi asiento para no seguirlos.

Sería tan fácil... Siento que tengo tan poco que perder ahora mismo...

Pero sé que sólo será una fase, Dani no me dolerá para siempre. Se trata de caminar paso a paso, aunque sienta que me muero en cada uno de ellos, hasta conseguir que otros recuerdos sustituyan a los de ahora.

Empieza a tocar el otro grupo, y Carolina y el resto de la banda se acercan a nuestra mesa. Ella se acurruca a mi lado y me sonríe. Yo la cojo de la cintura, la siento en mi regazo y la beso como si su boca pudiera salvarme de todo: de la tentaci3n de la coca, de las pesadillas con Dani y de los millones de pasos que me quedan por recorrer para tan s3lo empezar a olvidarla.

Carolina me coge del pelo con fuerza y me devuelve el beso con la misma pasi3n. Parece entender mi necesidad. Cuando se separa de mis labios, clava sus preocupados ojos azules en los m3os y me mira como esta ma1ana, hurgando en mi alma.

—Tranquilo, tranquilo... —me susurra al o3do. Baja una mano y me masajea el pecho.

Yo asiento. Ella sonríe y, sin abandonar mi regazo, cambia de tema como si no hubiera pasado nada:

—¿Te ha gustado el concierto?

—Son ais de puta madre y tienes una voz preciosa. Esa boquita no hace mías que darme sorpresas. —Le sonrío de manera lobuna.

Ella se muerde el labio, traviesa.

Una amiga la llama, ella se sienta a mi lado y coge la copa que le ofrece. Me vuelvo y veo al Holand es mirándome con cara de perro. Vaya, parece que al final s3 que le afecta vernos juntos y que no le interesa nada disimularlo. «No me tientes, t3o», pienso, mientras le sostengo la mirada, desafiándolo. Una buena pelea me vendría de puta madre para destensarme, pero no quiero forzar a la chica a tomar partido.

Esa noche, Carolina vuelve a pasarla conmigo en el hotel. El sexo con ella, su forma tan natural de comportarse y entender por lo que estoy pasando, y el hecho de que ambos estemos viviendo algo parecido, lo hace todo mías sencillo. Nos ayudamos mutuamente. Ya me ha convencido para que me quede hasta el viernes. Es una lianta.

Por la ma1ana, recojo la habitaci3n para mudarme a su apartamento.

—¿T u no tienes clase? —le pregunto de camino a la moto.

—Estoy haciendo novillos —admite.

—Mierda, soy una mala influencia para ti.

—No te preocupes, papi, ya se han terminado los exámenes, y lo cierto es que hablo alemán de puta madre. Además, practicamos hablando con camareros, ¿no? Es mucho mejor que la teoría. ¿Te apetece acompa1arme

luego a practicar el idioma en el gimnasio? Puedo decirte cómo se llama cada músculo.

En su casa, Carolina se cambia y pone una lavadora con mi ropa. En el gimnasio le cuento cómo me gano la vida y le recomiendo las máquinas que más le convienen para las zonas que ella quiere trabajar.

Mierda. No he pensado en mi gimnasio en todos estos días. Le pedí a mi madre que le dijera a Amélie que se ocupara de todo y no la he llamado ni una sola vez. Da igual, se apañarán sin mí; todavía me da vértigo pensar siquiera en contactar con la realidad.

Después de un par de horas de máquinas, y de echar un polvo bastante guarro en el baño antes de ducharnos, Carolina y yo nos entregamos a hacer turismo de bar. A este paso conoceré todos los garitos de Múnich.

Al caer la noche, volvemos entre risas a su piso, donde nada más atravesar la puerta, el *mardito* Holandés nos fulmina con la mirada. Cenamos todos juntos. Por suerte, el único capullo es él: los demás son muy enrollados.

Antes de dormir, Carolina y yo nos dedicamos a follar ruidosamente, dedicándole ambos, intencionadamente, cada gemido que le arranco al cabrón que se atrevió a despreciar a esta monada de niña. Me aplico para que éste sí sea el mejor polvo de su vida, al menos hasta el momento. Espero que alguna vez encuentre a alguien que se lo haga incluso mejor que yo. Ella se lo merece.

Son las cinco de la madrugada del viernes. Carolina está arreglándose, en veinte minutos salimos para España. La llevaré a Barcelona y allí cogerá el AVE.

Anoche el Holandés (ella le ha retirado el título de *mardito*, aunque a mi juicio se lo merece) se le declaró y le dijo que, al verla conmigo, se había dado cuenta de lo mucho que le gustaba. Ella me lo contó después emocionadísima, orgullosa de haberle dicho que ya hablarían en septiembre, pero que tenía mucho que aprender durante estos meses si quería volver a tocarle un pelo. Yo quise irme al hotel para no entrometerme si iban a arreglarlo, pero no me dejó, me dijo que quería seguir conmigo y yo accedí encantado, porque la verdad es que siento que la necesito.

Son quince horas hasta Barna y el tren de Carolina no sale hasta el domingo a las dos de la tarde, así que no tenemos más plan de viaje que llegar a tiempo a la estación de Sants.

Aunque no haya prisa, ir despacio y parar por parar no es lo mío. He pactado con ella que me hará una señal cuando quiera que nos detengamos, por lo que sea y tantas veces como quiera; y le he advertido que yo, por voluntad propia, sólo lo haré cuando tenga que echar gasolina.

Carolina aguanta la primera tirada de cuatro horas. Paramos en un área de servicio suiza. Después de ir al baño y comer, paseamos por los alrededores para estirar las piernas, mientras nos tomamos una Coca-Cola.

—¡Tengo que entrar otra vez! No he comprado un recuerdo de Suiza.

—¿Para recordar los quince minutos que estuviste en un área de servicio?

—Joder, Sergio, no seas aguafiestas. Es mi primera vez en Suiza. Me recordará el viaje que hicimos juntos. ¿Te parece poco?

—No. Creo que hasta yo compraré un imán para la nevera. —Pretendo hacer una broma, pero se me va la mano con el sarcasmo.

Viajar en esta dirección me agria el carácter.

Carolina pone los ojos en blanco e ignora el tono de mi comentario.

—¡Tengo una idea! Podríamos hacer que valiera la pena recordar el viaje. Paramos a ver una ciudad de cada país que crucemos, damos una vuelta por ella, nos hacemos fotos y echamos un polvo —propone entusiasmada.

Empiezo a plantearme que no ha sido buena decisión proponerle este viaje. No estoy de humor para turismo y menos para echarle un polvo a nadie.

—¿Y todo eso para justificar un imán de nevera? No hace falta, no necesitas mi aprobación para llevarte la tienda de *souvenirs* entera, sólo ten en cuenta que vamos en moto y que lo que compres tiene que caber en la mochila que ayer tardamos dos horas en cerrar.

—Es verdad. Bueno, compraré un recuerdo pequeñito —conviene, haciendo un puchero.

Mierda. ¿He sido muy borde?

—Lo siento, pelirroja. —Me paro, la abrazo y le beso la coronilla—. Estoy nervioso por la vuelta y lo estoy pagando contigo. La verdad es que es una idea preciosa, pero preferiría hacer el viaje con las mínimas paradas posibles. ¿Has visto *El Señor de los Anillos*? —Me mira extrañada y asiente—. Pues me siento como si nos acercáramos a Mordor, el anillo tira de mí y cuanto más cerca estoy, más capullo me vuelvo.

Ella se ríe.

—Entonces será mejor hacerte caso y parar lo mínimo posible, para no tener que aguantar este humor de Gollum desanillado que se te ha puesto.

La animo a entrar a comprarse algo y la espero en la moto. Cuando sale, da una vuelta mostrándome que, sea lo que sea que ha comprado, no ocupa sitio.

Reanudamos el viaje.

Mi humor se va ensombreciendo cada vez más según avanzamos. En un principio pienso que es porque temo lo que me espera cuando llegue, pero al final me doy cuenta de que en realidad no me espera nada; lo que temo ya me ha alcanzado por el camino. Estos días en Múnich han sido un falso refugio. Pensaba que Carolina era la fuerza que me mantenía más o menos a salvo, creo que en el fondo le propuse este viaje pensando que si no me separaba de ella conservaría parte de esa fuerza. Sin embargo, ahora soy consciente de que no era sólo por ella.

En Múnich he inventado una vida en la que, a pesar de que el dolor estuviera presente y latente, podía esquivar las consecuencias de la pérdida; pero ha sido salir de allí y volver a la realidad. El peso de saber que tengo que reconstruir mi vida sin el objetivo que lleva moviéndome desde aquel 15 de enero en que Dani lo cambió todo, se me antoja insoportable. Y aunque intento convencerme de que la situación no es tan diferente de estos tres últimos meses en los que no he sabido nada de ella, en el fondo sé que he perdido lo único que me mantenía cuerdo: la esperanza.

La autocompasión da un giro inesperado en mis tripas cuando atravesamos la frontera francesa y de pronto me percató de que no debería haberme permitido el lujo de intentar huir de este dolor. Arrastro en mi currículum demasiadas malas experiencias por querer evadirme de la realidad, refugiándome en las drogas para tapan los huecos y no caerme en ellos. Tengo que afrontar esto como si Daniela fuera una adicción, con ganas de desintoxicarme, y llevo cinco días haciendo precisamente lo contrario, intentando olvidar en vez de enfrentarme al problema. Y lo que es peor, desconectado de la gente que me quiere, la que de verdad puede ayudarme.

Joder... mi madre, Soraya, Nico... Es posible que estén preocupados.

Detengo la moto. Carolina me lo agradece con un gesto de la mano, mientras corre hacia el lavabo del área de servicio apretando las piernas. Cuando sale, olvido reñirla por no haberme hecho parar antes y le pido

prestado el móvil para llamar a mi madre; ella vuelve dentro para comprar unas Coca-Colas.

—¿Sí?

—¿Mamá?

—¡Sergio! Dios... —gime con alivio, haciéndome sentir el peor hijo del mundo—. ¿Dónde estás?

—Estoy bien, de camino a casa.

—Gracias a Dios. Nico y Soraya no hacen más que llamar por si sé algo de ti. Intentan disimular, pero están muy preocupados. ¿Qué ha pasado, Sergio? Porque si sólo te hubieras ido para desconectar unos días, como me dijiste, no recibiría sin parar llamadas de tus amigos... ¡Hasta la secretaria de tu padre ha preguntado por ti! No tenía ni idea de que la conocieras... No entiendo nada.

—¿Abril?

—Sí.

—Tenemos una... amiga en común. La chica que organizó la inauguración, ¿te acuerdas?

—Ah, sí. Daniela, ¿no? Es la misma chica que organizaba la boda.

—Sí —respondo, sin saber qué más decir.

En el teléfono, el silencio parece esperar algo más de mí, pero mi madre está demasiado preocupada y su radar para intuir relaciones está desconectado.

—¿Qué es lo que ha pasado, cielo? —me pregunta.

—Te lo cuento cuando llegue a casa, ¿vale? Pero no te preocupes, estoy bien, te lo garantizo.

—¿Seguro, Sergio? ¿No habrás...? —Y deja la pregunta colgando en la línea, sin atreverse a plantearla; aunque tampoco hace falta.

—No, mamá, no tiene nada que ver con las drogas. Tranquila, de verdad. Es normal que mis amigos estén preocupados; siento no haberlo previsto. Los dejé tirados de malas maneras en Francia, pero sólo he estado viajando en moto unos días. Mañana por la noche me paso por casa y te lo cuento todo.

La oigo suspirar aliviada.

—De acuerdo. Perdona, cariño, pero es que he tenido demasiados días para montarme películas.

—Siento no haberte llamado antes.

—Tener dos hijos perdidos y desconectados por el mundo es demasiado para mí —se lamenta ella.

—¿No te ha llamado el enano?

—Sí, he hablado hoy con él. Me ha contado que están en trámites para instalar una consulta de medicina natural y estudiando un proyecto para abrir un comedor social... Todo cosas preciosas y loables, que no lo dejarán venir a casa tampoco este verano. Estoy tratando de convencer a tu padre para viajar allí...

—¿A la India en agosto? Os vais a derretir, mamá.

—Ya... Eso dice él. Pero en realidad allí en agosto hace menos calor que en junio.

—Lo que no quita que siga haciendo mucho calor... —Carolina aparece con las dos latas y me ofrece una—. Bueno, mamá, hablamos mañana, ¿vale? Hemos parado sólo un momento para reponer fuerzas, pero si queremos llegar mañana tenemos que salir ya.

—¿Hemos?

Joder, las caza al vuelo. El radar vuelve a funcionarle.

—Sí, bueno... Viajo con una amiga que conocí en Múnich.

—¿Una chica? —pregunta extrañada, y juro que en los dos segundos que guarda silencio puedo oír por el teléfono cómo giran los engranajes de su cerebro—. ¿Te has peleado con Soraya? ¿Por eso dejaste tirados a tus amigos?

—Mamá, Soraya es sólo una amiga, te lo he dicho mil veces. Mañana hablamos y te cuento hasta lo que he comido estos días, pero ahora tengo que dejarte.

—Vaaale —conviene con retintín—. Te quiero, cielo. Ve con mucho cuidadito, por favor. Y si me mandas aunque sea un mensajito de vez en cuando, estaré más tranquila.

—De acuerdo. Te quiero, mamá.

ROTOS

Los días pasan despacio y yo me comporto como una autómeta, estoy en continuo estado de espera. Mi cabeza no deja de darle vueltas a la situación, a pesar de que sé que no hay ninguna salida inmediata.

Llamé a Nico el lunes por la tarde, pero no me supo dar más información de la que me había dado ya Pau, le pedí que me avisara cuando tuviera noticias. Fue amable y me prometió que lo haría, pero no hizo preguntas. Por su forma de hablarme, creí notar que estaba dolido por lo que le había hecho a su amigo, y sentí sus silencios cargados de reproches mudos. Lo entiendo mejor que nadie, si alguien putea a mis amigas, también me importan una mierda sus razones.

El martes intercambiamos mensajes.

Nico:

Sergio se ha tomado unas vacaciones. Está de ruta por Europa; ni idea de cuándo vuelve.

Yo:

¿Sabe que lo estoy buscando?

Nico:

No. No he hablado con él. Nos hemos enterado a través de su madre. Yo me marcho a Lucca el viernes; de todas formas, si me entero de algo más te aviso. Perdona que me meta una vez más donde no me llaman, no creas que no he aprendido la lección, pero espero que, sea para lo que sea que lo estés buscando, tengas en cuenta que ahora no está bien.

Yo:

Mi intención, si él quisiera, es que por fin estemos bien los dos. Gracias, Nico.

Miércoles, jueves y sin noticias de Sergio. ¿De verdad no habla con nadie? Y de pronto se me ocurre: habrá que acudir a la fuente más cercana. No me cuesta demasiado convencer a Abril para que le pregunte a su jefe. Entre mis amigas ya no hay bandos a favor o en contra de Sergio, ahora ambas están de mi lado. Pero tampoco consigue más información, parece como si a Sergio se lo hubiese tragado la tierra.

El domingo me despierta una llamada a las ocho de la mañana.

—¿Sí?

—Daniela, soy Nico.

Me incorporo en la cama, la emoción disipa a manotazos mi habitual sopor matutino.

—¿Ya ha vuelto?

—No. —Resopla—. No sabía si debía llamarte, pero como estabas esperando a que lo hiciera... Sergio está bien, ¿vale?, pero ayer tuvo un accidente de tráfico.

—¡Dios mío! —exclamo aterrorizada—. ¿Qué...? Dios... —La voz me tiembla, las lágrimas brotan de mis ojos.

—Tranquila, Dani. Está bien, de verdad, no corre peligro, sólo se ha fracturado la tibia y el peroné. Ayer lo operaron y el pronóstico es bueno, se recuperará por completo con un poco de rehabilitación.

—¿Dónde está? —pregunto con un hilo de voz, dándome cuenta de que la estoy perdiendo.

—En el hospital Center de Perpiñán, estaba volviendo a casa.

—Joder... ¿Seguro que no corre peligro? ¿Estás allí?

—Respira, Dani —me pide, al oír mi aliento entrecortado—. Yo estoy en casa de mis padres, en Italia; sus padres están con él. Es su madre quien me ha informado y estaba tranquila. Y si Maribel está tranquila, es que realmente está bien.

—Vale —musito.

—No sé nada más, Dani —dice apesadumbrado.

—Vale —repito—. Muchas gracias por llamarme, Nico.

Al colgar me percato de que me tiembla todo el cuerpo. A pesar de sus palabras tranquilizadoras, el nudo que tengo en la garganta está estrangulándome. Me muero de preocupación. Camino como un león enjaulado por mi habitación, con los músculos crispados de impotencia. Tengo que hacer algo... necesito comprobar con mis propios ojos que está bien.

Me ducho, meto unas mudas que ni miro ni sé para qué las quiero en una bolsa de viaje y cuando voy a salir de casa me acuerdo de mi compañera de piso.

Entro en su dormitorio.

—Sandra —la llamo bajito.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta confusa.

—Me voy a Perpiñán, Sergio ha tenido un accidente.

—Joder, ¿está bien?

Enciende la luz de la mesilla y se incorpora.

—No lo sé, me han dicho que se ha roto una pierna... Pero... tengo que ir.

Se levanta, se acerca hacia mí y apoya una mano en mi brazo.

—¿Y tú cómo estás?

Suspiro y los ojos se me entelan de lágrimas.

—Asustada y muy preocupada...

Mi amiga me abraza, yo le devuelvo el gesto agradecida, aunque también impaciente, necesito irme ya.

—Espera, te acompaño.

—No, no hace falta, de corazón.

—Estás demasiado nerviosa para ir sola.

—Son sólo dos horas de coche y estoy bien. Te lo agradezco muchísimo, pero prefiero que no vengas, de verdad. Me voy ya.

—¿Necesitas algo? —se rinde Sandra al fin.

—No. Te mando mensaje cuando llegue.

—Vale, cariño. Ten cuidado.

Hago el viaje en silencio. La necesidad física y vital de ver a Sergio con mis propios ojos es asfixiante. La angustia de la culpabilidad me rompe por dentro, no dejo de decirme que él no habría estado allí si yo no me hubiera escapado de su cama... Joder, yo tengo la culpa. Intento contener las lágrimas que me impedirían conducir y llegar hasta él y las cambio por más presión en el nudo de la garganta.

Hasta que llego a Perpiñán, después de poco más de dos horas de viaje, no

me doy cuenta de que no tengo ni puta idea de dónde está el hospital. Detengo el coche, pregunto y sigo las indicaciones.

Entro en el centro, corro a recepción y espero impaciente mi turno; cuando me dicen dónde está Sergio, vuelo hacia su habitación.

Me detengo en la puerta. Desde fuera reconozco a su padre, apoyado en la pared, mirando hacia la cama. Sergio está tumbado con la cabeza vuelta hacia el lado de la ventana, por lo que no le veo la cara. Tiene la pierna fracturada tapada con la sábana, pero se le nota el bulto de la escayola; no lleva camiseta (y no me extraña, aquí hace un calor del demonio), sólo unas vendas que le cubren el hombro y el antebrazo. Está hablando con una chiquilla pelirroja vestida con un pijama, a la que veo sentarse en una silla a su lado. Debe de estar ingresada también, lleva vendado el mismo brazo que él.

El alivio que siento hace que se me aflojen las piernas. Está ahí, está vivo; roto, pero entero... Mi corazón quiere empujarme dentro de la habitación, lanzarme a su cama y que lo llene de besos. Pero a pesar de la inmensa alegría por verlo bien, no puedo evitar la angustia por saber que no puedo, que no tengo derecho, que yo soy la que lo ha empujado a esa cama.

Me quedo donde estoy, sintiéndome algo incómoda al darme cuenta de que estoy fisgando sin haberme hecho notar, pero sin poder moverme.

—Gracias a Dios que estás bien —oigo que le dice Sergio a la chica, acariciándole la cara con la mano derecha.

—Los médicos dicen que es un milagro. Me han hecho mil pruebas, pero sólo tengo quemaduras y cortes en el lado izquierdo. Me darán el alta ahora... Tengo que volver a mi habitación en seguida —le responde ella.

—Dios... menos mal —repite él—. Joder, si llega a pasarte algo...

—No ha dejado de preguntar por ti desde que se despertó y no nos creía cuando le decíamos que estabas bien —cuenta la voz de alguien que no logro ver desde aquí, aunque imagino que será su madre.

Ellos no se vuelven, continúan mirándose el uno al otro, como si no se creyeran que se están viendo.

El corazón me late tan fuerte que temo que el ruido termine delatándome, así que me lo tapo con la mano. Entiendo que la chica debió de sufrir el accidente con él y que Sergio se siente responsable de lo que le ha pasado. Aun así, la escena me parece extraña, hay algo que no me encaja, o que me resisto a entender.

—Estás hecho una pena —le comenta ella, acariciándole el pelo.

—Si tú estás bien, yo estoy en el cielo, pelirroja. —Su voz suena cargada de emoción, al borde de las lágrimas—. Si llega a pasarte algo me muero. Lo siento muchísimo.

—Tranquilo. —La chica se levanta de la silla, se agacha a su lado con cuidado y apoya su frente en la de él—. Ya ha pasado todo, estamos vivos.

Sergio levanta una mano, la posa en su mejilla, la atrae hacia él y apoya sus labios en los de ella.

Y yo tengo que dejar de mirar.

Me aparto del hueco de la puerta y apoyo la espalda contra la pared de al lado, intentando asimilar lo que está pasando. Cierro los ojos, cojo aire profundamente y me concentro en que mi corazón vuelva a latir. Están juntos... Por un momento me permito sentir la decepción; no con él, que está es su legítimo derecho de haber encontrado a alguien estos días; de hecho, yo le di todos los motivos del mundo para que se esforzara en olvidarme. Estoy decepcionada conmigo misma por haber llegado tarde, por haber sido tan cobarde... Me merezco perderlo. En realidad, he sido yo la que ha provocado toda esta mierda.

Lo importante ahora es que Sergio esté bien, es lo único que importa, me repito.

Estoy planteándome muy seriamente dar media vuelta y volver a casa, ahora que he comprobado que está a salvo, cuando oigo una voz a mi lado:

—¿Hola?

Me sobresalto, abro los ojos y encuentro ante mí a la madre de Sergio, a la que reconozco del día de la fiesta.

—Hola, soy Daniela. Soy amiga de Sergio —me presento precipitadamente.

Maribel estrecha los ojos, buscándome en su memoria.

—¡La organizadora de eventos!

—La misma.

—¿Y has venido desde Barcelona? —pregunta sorprendida.

Yo asiento con la cabeza como respuesta.

—¿No te han dicho que probablemente mañana lo trasladen allí? —dice la mujer.

—No. Esta mañana he hablado con Nico y no me ha dicho nada.

—Culpa mía. Como estaba en Lucca no se lo he dicho. He estado todo el rato convenciéndolo para que no viniera. Hacía meses que no veía a sus

padres.

—¿Cómo está Sergio? —le digo.

—Lo más grave es la rotura de la tibia y el peroné, pero lo operaron anoche y todo ha salido bien. Ahora hay que esperar a que le hagan más pruebas. Tiene una contusión en el hombro y toda la parte izquierda del cuerpo magullada. Aun así, han tenido mucha suerte, no hay ningún daño irreparable.

Suspiro aliviada, el aire de mis pulmones mueve todas las emociones que he estado conteniendo para no derrumbarme e impactan contra mi pecho, llenando mis ojos de lágrimas. He pasado tantísimo miedo...

Maribel me acaricia el brazo.

—Está fuera de peligro —me asegura, mirándome con ternura.

Me seco las lágrimas y respiro hondo; tengo que tratar de calmarme.

—¿Se sabe qué pasó?

—Un perro apareció en la calzada y al esquivarlo se salió de la carretera. Gracias al cielo no había vallas laterales, se fue campo a través por una zona de arbustos.

La chica pelirroja sale en ese momento y nos saluda con una sonrisa. Maribel se ofrece a acompañarla a su habitación; no obstante, antes de echar a andar se vuelve de nuevo hacia mí.

—Pasa —me anima, señalando la puerta con la cabeza.

El corazón se me sube a la garganta. Obedezco porque ya no tengo escapatoria posible. De pronto todas las preguntas que no me he hecho por el camino se derraman en mi cerebro: ¿querrá verme? ¿Qué voy a decirle? Joder, me he plantado aquí sin pensar en nada...

Cuando entro en la habitación, él continúa vuelto hacia la ventana.

Su padre me saluda, yo respondo y, al oírme, Sergio vuelve la cara y me mira muy sorprendido y con semblante hosco. A pesar de que me duele su gesto, sólo puedo prestarle atención al aspecto de su rostro, tiene el lado izquierdo hinchado y amoratado.

—Dani, ¿qué haces aquí...? —empieza a decir, pero no le doy tiempo a terminar.

Me llevo una mano a la boca de la impresión y dos enormes lágrimas resbalan de mis ojos.

—¡Hey! Vamos... —me anima, suavizando su expresión y mostrando un conato de sonrisa—. ¿Tan feo estoy?

Niego con la cabeza, mientras lucho con todas mis fuerzas para no

ponerme a sollozar.

—Ven aquí —me pide, alargando la mano hacia mí. Intenta incorporarse, pero al segundo se derrumba de nuevo en la cama con un gesto de dolor.

Corro a su lado. Se ha llevado la mano derecha al hombro izquierdo.

—¿Estás bien? —le digo.

—Me duele el hombro cuando me muevo, pero se me olvida constantemente —me explica, luego mira a su padre—. Papá, ¿por qué no aprovecháis que estoy acompañado, y mamá y tú vais a comer algo y me miráis lo del móvil? Daniela se quedará conmigo hasta que volváis. No te escaparás esta vez, ¿verdad? —me pregunta.

Yo me tapo la cara y, sin poder contenerme más, me echo a llorar como una niña.

—Dani... Dani, era una broma, mujer. No me hagas moverme otra vez, por favor.

No tendría que haber entrado. Está clarísimo que no se alegra de verme, todo es demasiado reciente. Mis ganas de echar a correr son tan fuertes como las de quedarme. Pero no, no voy a hacerlo. «Afronta las consecuencias de tus actos, Dani, y no vuelvas a huir nunca más», me digo.

Cuando levanto la cabeza estamos solos en la habitación; su padre ha cerrado la puerta. Me seco las lágrimas y trato de calmarme conteniendo la respiración.

Examino a Sergio de arriba abajo, haciendo inventario de daños. Me siento incómoda por su rechazo implícito, pero asumo y acepto que me lo merezco. Él, por su parte, me mira entre divertido y preocupado.

Me acerco más y le cojo la mano con cuidado.

—¿Cómo te sientes?

—Un poco roto por todas partes, pero nada que no tenga arreglo con un poco de paciencia. Es lo bueno que tenemos las personas: si no la palma en el intento, curarse sólo es cuestión de tiempo.

No puedo evitar pensar que está refiriéndose a algo más que sus heridas físicas...

—Siento haberme marchado así, lo siento muchísimo —le suelto a bocajarro.

Su expresión cambia y se pone muy serio. Aprieta la mandíbula, asiente y cierra los ojos. Y su expresión de dolor es más aguda que la de antes, cuando se ha movido. Me rompe el corazón.

Me muero por besarlo, me muero por confesarle que lo quiero con locura, que lo de Borja es una mentira y que huí porque soy una cobarde; una cobarde que en vez de luchar por lo que quiere se marcha para que no le hagan daño. Pero soy consciente de que éste no es el mejor momento para decir todo eso. El accidente, la chica... No, no podemos tener esta conversación ahora. Lo importante es que se recupere. Además, si él quiere olvidarme está en su legítimo derecho.

Pero tampoco es justo que no se lo diga, ¿no? Es imposible que me haya olvidado en una semana, ¿verdad? Por mucho empeño que le haya puesto, por mucho rencor que me guarde, aunque ya haya otra a su lado...

Sacudo la cabeza intentando librarme de estos pensamientos. Lo que cuenta es que estamos aquí, que Sergio está bien y que tengo la oportunidad de pedirle disculpas sin que él salga corriendo.

Vale, eso ha sido un poco cruel...

Le suelto la mano y le acaricio el pelo.

—¡Hey! —lo llamo. Sergio vuelve a mirarme—. ¿Podemos ser amigos? ¿Podrás perdonarme? —le ruego.

—Claro —afirma, forzando una sonrisa.

La puerta de la habitación se abre y yo escondo corriendo la mano en el bolsillo de mis vaqueros, como si tocarlo estuviera prohibido. Aparece una chica alta, con media melena castaña y ondulada y cara de duendecilla; lleva el uniforme de las ambulancias.

Se acerca a él con una sonrisa encantadora y le pregunta en francés cómo se encuentra.

Sergio me mira a mí, no entiende ni papa.

—Pregunta si estás bien —le traduzco.

Vuelve a mirarla y asiente con la cabeza.

Hago de intérprete. Ha venido porque los padres de Sergio le han dicho que él quería verla. Sergio le pregunta si sabe qué pasó con el perro al que casi atropella, puesto que no está seguro de no haberle hecho daño. La chica nos explica que lo encontró la policía cerca del lugar del accidente, que sólo estaba asustado y que lo llevaron a una protectora; nos facilita el nombre. Por último, Sergio le da las gracias por cómo los atendieron a su amiga y a él, algo que también hago de mi parte.

Cuando la sanitaria se marcha, Sergio suspira.

—Parece que no he causado ninguna desgracia irreparable —comenta

aliviado, sonriéndome—. Si estuviera en condiciones, me llevaría al pobre chucho a casa. No lo atropellé, pero seguro que casi me lo cargo del susto.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

—Piénsalo bien, cuidar un perro no es ningún juego. Pero si quieres, yo puedo acercarme al refugio e intentarlo. Si dejan que me lo lleve, te lo cuido hasta que estés en casa.

Me sonrío con la mirada iluminada con la ilusión de un niño.

—¿Harías eso por mí?

«Haría cualquier cosa por ti», respondo mentalmente, pero me limito a devolverle la sonrisa y a asentir.

—Te lo agradecería muchísimo —admite él—. Seguro que ambos te lo agradecemos.

Vuelve a abrirse la puerta y una enfermera entra con un carrito lleno de bandejas; deja una sobre la mesa, nos sonrío y vuelve a marcharse.

Sin decir nada, acerco la mesa con ruedas a la cama, cojo la servilleta y se la pongo en el cuello. No tendré derecho, pero si Sergio no me detiene, nadie me va a impedir mimarlo. Empiezo a remover y soplar el puré color calabaza que hay en el plato.

—¿Vas a darme de comer? —comenta divertido.

—Sí. Y vas a ser un buen chico y a comértelo todo muy bien —lo alecciono muy seria, acercándole la cuchara a la boca y disimulando el pánico que tengo a su reacción.

Él la abre y come.

—Yo siempre me lo como todo muy bien —declara a media voz después de tragar, de forma sugerente y dejándome con la cuchara llena a medio camino.

Su mirada de pirata y su sonrisa sinvergüenza acaban de resurgir de sus cenizas, y mi cuerpo reacciona a ellas como siempre.

Joder... me está siguiendo el juego. De pronto es el Sergio de siempre mirándome como siempre.

—Puedo dar fe —afirmo con picardía, cuando me recupero de la sorpresa; acabo de recorrer el camino que faltaba hasta su boca con la comida.

Mi pulso ha empezado a fallar, no apunto bien y le mancho los labios de puré. Tengo que contenerme para no limpiárselos con la lengua. Al final es la suya la que sale, haciéndome todavía más difícil.

—Dani, ¿te estás poniendo cachonda dándome de comer? —me pregunta con sorna, provocándome.

Me doy cuenta de que me he delatado quedándome embobada mirando sus labios mientras me mordisqueaba el mío. Me inclino hacia él, acercándome más de lo necesario, cojo la esquina de la servilleta y le limpio la boca despacio. Después dejo caer la servilleta y repito el gesto con mi pulgar.

—Eso sería demasiado pervertido por mi parte, ¿no crees? —le comento sin negarlo, mirándolo a través de las pestañas.

Desliza la mirada de mi rostro al escote de mi camiseta de tirantes, relamiéndose.

—Si entra mi madre ahora, ¿vas a explicarle tú por qué hay una tienda de campaña en mi cama?

Abro los ojos horrorizada, lo miro y compruebo que es verdad.

—Joder, Sergio, ¡piensa en otra cosa!

Cojo un panfleto que encuentro en la mesilla y empiezo a abanicarle la entrepierna. Sí, así, como lo cuento.

Él estalla en una carcajada, a la que le sigue inmediatamente un aullido.

—Mierda, Sergio, ¿estás bien? —le pregunto, sin poder parar de reír.

—Joder, cómo duele —gruñe entre risas.

—¿El hombro, la pierna o la polla? —Juro que lo último se me escapa.

Vuelve a combinar la risa con los quejidos.

—El hombro —contesta finalmente—. Lo de abanicarme los bajos ha funcionado, aunque sólo sea por lo que duele reírse.

—Lo siento —me disculpo, cogiendo aire para conseguir detener la risa.

La puerta se abre y aparece de nuevo la chica pelirroja. Mi humor cae fulminado en el acto; por un momento me había olvidado de ella... Me siento una zorra culpable.

Ella nos mira a ambos divertida.

—¿Estás entreteniendo a mi chico favorito? —dice sonriendo.

Soy capaz de ver que no hay malicia ni en su mirada ni en su pregunta, no está marcando territorio, sino contenta de verlo sonreír. Pero su comentario me molesta sobremanera.

—Carolina, ella es Daniela.

La cara de horror de Carolina cuando oye mi nombre no tiene precio. Está claro que Sergio le ha hablado de mí, y nada bonito, a juzgar por su reacción.

Doy un paso hacia delante, la saludo y le doy dos besos; educación ante todo.

—Yo... Eeeh... ¿Vuelvo más tarde? —le propone a Sergio con la cara desenchajada.

—No, tranquila —respondo yo y luego me dirijo a él—: Ahora que estás acompañado, si te parece bien me paso por el refugio. Cuando sepa algo, te mando un mensaje.

—No tengo móvil.

—Mierda, es verdad.

—Apunta el de mi madre y luego me llamas.

Me dicta el número y lo introduzco en mi agenda. Después, algo incómoda, me acerco, le doy un beso en la frente, esquivo su mirada y me marcho de allí.

Cierro la puerta al salir y, de nuevo, me derrumbo contra la pared de al lado. La adrenalina y la excitación que han despertado nuestras provocaciones están quemándose en el fuego de los celos. Joder, me habré portado como el culo, pero me hierven las entrañas al pensar que ahora mismo puede estar besándola a ella. ¿A qué estábamos jugando? Supongo que a lo de siempre. Al menos sé que eso no ha cambiado...

Le pregunto a la encargada de la recepción si sabe dónde está el refugio de animales; no lo sabe, pero se molesta en buscar los datos en su ordenador. Salgo de allí con el teléfono, la dirección y las indicaciones para llegar, ¡qué chica más maja!

Decido llamar primero, sé que en las protectoras trabajan voluntarios y que no siempre están.

—*Bonjour*.

—Hola, me llamo Daniela. ¿Hablo con el refugio de animales? —pregunto en francés.

—Habla con Silvie, del refugio de animales.

—Me han dicho que ayer por la noche llevaron allí un perro que se vio implicado en un accidente... —¡Mierda!, Sergio no me ha dicho cómo es.

—Sí, pobrecito, estaba muy asustado, casi lo atropellan —contesta.

Menos mal, sabe de qué perro hablo.

—¿Puedo acercarme a verlo?

—Yo estoy en el refugio ahora, si quieres...

—Sí, estoy allí en diez minutos.

Cuando llego, me recibe una chica rubia y pecosa que me conduce hasta el pobre animal a través de un gran patio lleno de jaulas.

—Está atado a un poste, no tenemos sitio, pero al menos hay un poco de sombra —se disculpa.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Es enorme!

El chucho, de color canela y de dimensiones gigantescas, levanta su enorme cabeza y me mira con unos ojos tristes enmarcados en sendas manchas de color chocolate. Yo me acuclillo y le rasco detrás de la oreja, él mueve la cola con timidez.

—Debe de ser un cruce entre mastín y san bernardo —comenta la voluntaria.

—Soy amiga del chico que casi lo atropella anoche —le explico—. Está en el hospital; me ha enviado para asegurarse de que no le había hecho daño. Está muy preocupado por él.

—Está bien: viejo, triste, flacucho y asustado, pero bien. Esta mañana lo he llevado al veterinario y también lo hemos bañado, estaba hecho un asquito. Tu amigo ¿cómo está?

El perro se pone de pie, se estira perezosamente, se acerca a mí y apoya su cabeza en mi regazo para que siga rascándole; yo me siento en el suelo, pues me duelen las rodillas.

—Magullado. Se ha roto una pierna, pero también está bien. El caso es que... le gustaría adoptarlo para compensarle el susto. Pero somos de Barcelona...

Silvie mira al perro y luego me mira a mí.

—¿Queréis adoptarlo? ¿Hoy?

Pienso aclararle que es sólo Sergio el que lo va a adoptar, pero el plural me suena tan bien que no lo hago.

—Si es posible.

—No solemos hacer las cosas así; sin embargo, no tiene microchip y con su perfil casi seguro que es un perro abandonado. Lo cierto es que creo que si tú no te lo llevas hoy, probablemente morirá aquí de tristeza o de viejo.

—Así les habrá tocado a los dos la lotería —le sonrío.

—Si apareciera el dueño buscándolo, tendríais que devolverlo...

—Por supuesto, yo misma vendría a traerlo.

—En realidad no creo que pase, pero tengo que advertirte por si acaso. Lo que sí debéis tener en cuenta es que es un perro mayor, tendrá ocho o nueve

años. Llévalo a vuestro veterinario el lunes para que lo vacunen y le hagan una analítica. Los perros de esta raza, y con esta edad, suelen ser muy tranquilos y agradecidos, os desbordará de amor, seguro; no obstante, también tenéis que estar dispuestos a aceptar los posibles achaques que tenga. Cuando se adopta hay que ser responsable, si no pensáis comprometeros con él de por vida, prefiero que se quede aquí.

—No creo que haya problema, pero ¿puedo llamar a mi amigo para consultárselo?

—Por supuesto.

Silvie se aleja para darme intimidad y entra en una de las jaulas.

Llamo al teléfono de Maribel; responde Sergio. Le cuento lo que me ha explicado la chica de la protectora.

—Me comprometo a cuidarlo en lo bueno y en lo malo, hasta que la muerte nos separe —me dice él con tonillo de bodorrio.

—Hablo en serio, Sergio. Yo misma me aseguraré de que lo hagas.

—Me parece perfecto, puedes ser la madrina si quieres. ¿Qué va a decir Sandra cuando aparezcas con un oso por casa?

—Me va a matar.

—Oye, sé que es mucho pedir y sólo es una idea, pero ¿qué te parece si lo llevas directamente a mi casa? Duermes allí esta noche y, en cuanto nosotros lleguemos mañana, ya no tienes que preocuparte por él, mi madre se encargará de cuidarlo hasta que me den el alta. Así no mareamos al perro llevándolo de una casa a otra.

—Por mí no hay problema. Además, mañana por la mañana no trabajo, puedo llevarlo al veterinario.

—¡Genial! Después me pasas la factura.

—Claro. Dentro de un rato paso por el hospital y que alguien me baje las llaves.

—Dani.

—¿Sí?

—¿Has estado con él?

—Ahora mismo estoy rascándole la cabeza, la tiene sobre mis piernas y está babeándome el pantalón. Es un amor.

—Lo que es es un perro con suerte.

Silvie me da los papeles de adopción para que los firme y decido ponerlo a mi nombre para que sea más sencillo. Me pregunta cómo vamos a llamarlo...

Se me ha olvidado preguntarle a Sergio, pero al mirarlo pienso que sólo puede llamarse *Sansón*.

La chica me regala una correa, una bolsita de comida y una red para el coche que encuentra por el almacén. Yo quiero pagárselo, pero no me deja, dice que son donaciones, por lo que termino metiendo cincuenta euros en un bote de donativos que tiene sobre la mesa.

Me ayuda a preparar el coche —plegamos los asientos traseros, extendemos una manta en el suelo e instalamos la red— y, cuando lo tenemos todo preparado, vamos a por *Sansón*.

No habíamos contado con que él se negara a subir al coche...

Le ponemos la correa. Silvie entra y estira, pero *Sansón* se ha sentado delante de la puerta y no hay dios que lo mueva.

Entro yo también y pruebo a engañarlo con carantoñas:

—Ven, grandullón, vamos, ven que te rasco la cabeza...

Él mueve ligeramente la cola y se limita a mirarme con los párpados a media asta.

Silvie baja del coche, se planta a su lado y coge aire profundamente, irguiéndose mientras lo hace. Tengo que hacer un esfuerzo para no reírme, parece que esté preparándose para levitar. Después le ordena con voz firme y tranquila:

—Arriba.

El perro decide tumbarse en el suelo justo en ese momento.

Ambas nos miramos.

—¿Tienes comida? —le pregunto.

—Un bocadillo de frankfurt...

Va a buscarlo y, cuando vuelve, sube al coche y saca la salchicha del pan. La menea delante del chuchó, al que se le ponen los ojos como platos y, de un salto, entra al coche y se sienta delante de ella, meneando la cola. No hace ningún gesto para intentar coger la salchicha, sólo la mira fijamente, con una lengua de medio metro colgando de su boca.

—Podrías volver a meterla en el bocadillo... —le digo a Silvie, preocupada por que se va a quedar sin comida.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —le propone al perro—. Media para ti y media para mí.

Parte la salchicha y deja la mitad en el suelo. Él se sienta y se la queda mirando sin acercarse, hasta que se nos ocurre darle permiso; entonces se

tumba para comérsela con una parsimonia muy impropia de un can.

Cuando llego al hospital, mando un mensaje y al momento aparece Maribel en la puerta.

—Sube, yo me quedo con él.

—No dejes que baje del coche, por favor, ha costado un mundo subirlo.

Voy a la habitación. Sergio está solo. Su aspecto vuelve a golpearme como la primera vez, pero ahora lo disimulo mejor.

—¿Cómo ha ido? —se interesa.

—Estupendamente. Lo tengo roncando en la parte de atrás del coche.

—Muchas gracias por esto.

—Tranquilo, para eso están los amigos, ¿no?

—Claro —responde, pero la sonrisa se resbala un poco de sus labios.

—En realidad estoy encantada de poder hacer esto por ti —confieso—, y aún me parece poco...

—¿A qué te refieres? —pregunta con el ceño fruncido.

—Yo soy la responsable del accidente —le suelto de repente y las lágrimas vuelven a rebosar de mis ojos—. ¿Es que no lo ves? Si no fuera por lo que pasó entre nosotros en Beynac, tú no estarías hoy aquí. Casi... ¡casi te mato!

—Y estás intentando compensarme —concluye muy serio.

—Sé que no puedo hacer nada para cambiar lo que pasó..., ¡ojalá pudiera! Pero si se te ocurre cualquier cosa que pueda hacer ahora para ayudarte, para que te sientas más cómodo... lo que sea, por favor, dímelo.

—No tienes por qué hacer nada, Dani, tú no eres la responsable del accidente. Era yo el que conducía la moto, yo el que decidió perderse por Europa, y yo el que reaccionó mal esquivando al perro.

—Él se te apareció de repente, no podrías haber hecho nada mejor.

—Es posible, no lo sé. Lo único que sé es que estas cosas son una lotería. Entiendo perfectamente cómo te sientes, porque yo también me siento culpable y responsable de haber jugado con una vida que no era la mía... Pero en ningún momento se me ha pasado por la cabeza que tú tuvieras la culpa. Esto no tiene nada que ver contigo, de verdad. En realidad, tampoco la tengo yo... Desde que me he despertado de la operación estoy torturándome con las mil cosas que

podría haber hecho para no coincidir en ese momento con el perro en la carretera: y si hubiera hecho una parada antes, y si no hubiera corrido tanto, y si hubiera girado a la derecha en vez de la izquierda..., pero lo cierto es que da igual, ya ha pasado; buscar culpables no va a arreglarme la pierna ni a quitarle el susto a Carolina. Lo importante es que estamos vivos y que hay que seguir hacia delante.

Asiento, comprendiendo lo que quiere decir, aunque la sensación de impotencia no se me pasa.

—Aun así...

—¡No me debes nada! —me espeta cortante.

—De acuerdo —convengo, confusa por su reacción—. Entonces me ofrezco sólo porque te... aprecio. Tengo un perro en el maletero y no voy a dejarlo tirado porque tú creas que no te debo nada.

—Perdóname. —Su rostro se descompone y se pasa una mano por la cara—. El dolor me hace perder los nervios.

—Tranquilo, no pasa nada. En realidad haces bien en aprovecharte de las pocas ganas de pegarte que tengo ahora mismo. Puede que sea la única oportunidad que tengas en la vida de ser borde conmigo sin que yo me defienda —respondo, intentando rebajar con humor la extraña tensión que se ha creado—. ¿Quieres que llame a la enfermera?

—Así que te doy tanta lástima que no puedo hacer nada para cabrearte. —Su tono es irónico, pero hay todavía algo de enfado en él.

—Tengo debilidad por los hombretones rotos. No hay nada que puedas hacer para que se me quiten las ganas que tengo de estrecharte contra mis pechos protectores —bromeo.

—Mira, a eso no diría que no —contesta, sonriendo de repente.

¡Menudos cambios de humor!

—Era una metáfora, capullo —replico divertida.

—¡Ésta es mi chica!

Un silencio se hace de repente en la habitación. Yo intento recuperarme de lo que su última frase le ha hecho a mi corazón. Él permanece con aire ausente.

—Tengo que irme —reacciono al fin.

—Las llaves están en ese cajón. —Señala con la mano buena.

Cojo el llavero y me lo meto en el bolsillo de los vaqueros.

—¿Me llamas cuando llegues a casa? Toma, éste es mi nuevo número hasta que recupere el anterior. —Me pasa un papel.

—¿Alguna restricción? —le pregunto.

—¿Qué?

—Para el oso, ¿alguna zona a la que no deba dejarlo entrar?

—El perro y tú estáis en vuestra casa, sin restricciones.

—Nos vemos mañana —me despido, acercándome y besándole la coronilla.

—¿Me lo prometes? —me pregunta y de pronto parece muy vulnerable.

¿Él quiere verme otra vez?

—Te lo prometo.

—Gracias de nuevo. Por venir, por todo...

—Gracias a ti por no echarme de una patada.

Asiente con una sonrisa triste y yo le lanzo un beso desde la puerta antes de irme.

Aparco en el jardín, al lado de la puerta de la casa, y abro el maletero. *Sansón* baja en cuanto le hago una señal y se queda a mi lado, quieto.

Decido dar un paseo por el exterior para que vaya haciéndose con el terreno, ya que no se aventura a apartarse de mi lado. Es la primera vez que paseo por aquí. Es un jardín sencillo, con cerezos y manzanos por todas partes y flores silvestres a su sombra. Exceptuando la entrada empedrada que lleva a la puerta del ascensor del *parking*, el resto está sembrado de césped bien cuidado. En la parte trasera hay una piscina y una zona de barbacoa. *Sansón* me sigue casi pegado a mi pierna, olisqueando el suelo por el que pasamos, pero más pendiente de mí que de lo que nos rodea. Encuentro un palo, se lo tiro y lo miro. Él me mira a mí también, parece estar preguntándome qué hago. Vale, no es perro de palos.

—¿Mejor pelotas? —le pregunto.

Y juro que niega con la cabeza, diría que hasta con aire condescendiente...

Entramos en la casa; los recuerdos me atenazan en cada habitación. Casi puedo oír el eco de la lluvia golpeando los cristales y el crepitar de la chimenea; puedo sentir aquella excitación desmedida, la ilusión precavida que iba creciendo en mi pecho con cada mirada de Sergio, con cada una de las palabras con las que confesaba sin tapujos cuánto me deseaba... Y vuelvo a arrepentirme, por enésima vez, de no haberme dejado llevar entonces.

Sansón me acompaña en mi paseo de recuerdos y cuando llego a la cocina saco un plato hondo y le echo un poco de comida. Acaricio la isla y rememoro las risas que Sergio y yo compartimos mientras cocinábamos: la persecución con las manos manchadas de harina, el jueguito en el suelo, provocándonos y tentándonos, tragándonos las ganas sin esconderlas.

Y en ese momento decido que voy a luchar por él. Tal vez lo de la chica pelirroja sólo sea un rollo, quizá no... Mierda, siempre he evitado meterme en medio si sabía que había otra mujer, pero lo que ha pasado en el hospital, su mirada cuando me ha pedido que le prometiera que nos veríamos de nuevo, me dice que todavía no se ha olvidado de mí, que todavía hay esperanza para nosotros. Y si no, al menos esta vez no será porque yo no me exponga, al menos habré luchado por lo que quiero.

Con una sonrisa nostálgica, me acomodo en la alfombra del salón y la acaricio, apilo unos cuantos cojines y me recuesto en ellos. *Sansón* viene, se tumba a mi lado y, empujando con el hocico, mete la cabeza debajo de mi mano para que lo acaricie.

—No eres tú listo ni nada.

Saco el móvil con la mano libre y le escribo como puedo un mensaje a Sergio:

Ya estamos en tu casa. En la alfombra del salón para más señas. El perro babea menos de lo que lo hacías tú la última vez que estuve aquí. ¿Cómo estás?

Lo envío, sin poder evitar una sonrisa traviesa. Me mordisqueo el labio mientras espero.

Sergio:

Me alegro, le tengo aprecio a esa alfombra. Acaban de decirme que todas las pruebas están bien, me trasladarán esta misma tarde a Barcelona. Mañana por la mañana mi madre te liberará de mi castillo.

No... no quiero que nadie me libere.

Yo:

La verdad es que estoy muy cómoda en tu castillo. ¿Sin restricciones significa que puedo bañarme desnuda en tu piscina?

Hay un largo silencio en el que yo miro el móvil y las agujas del reloj de la pared se vuelven a cada movimiento más ruidosas; mi buen humor se evapora a cada segundo que pasa, hasta que me arrepiento de haberle escrito eso. Me he dejado llevar por mis propias esperanzas...

El teléfono suena, la pantalla me dice que es Sergio. Mi corazón se acelera...

—Hola —respondo.

—Hola. Perdona, pero... no puedo seguir jugando a esto, Dani. Me confundes, me mandas señales contradictorias y yo estoy demasiado hecho polvo para saber encajarlo. Me siento tentado; sin embargo sé que no me conviene. Agradezco tu ayuda, pero no quiero tu compasión. Llevo todos estos días tratando de convencerme de que esto se había terminado, de que en Beynac fui yo el que forzó la situación ignorando tus más que claras intenciones de pasar de mí. Pensaba que lo había entendido, había asumido que lo preferías a él... No quiero jugar a dos bandas, Dani. Y tú tampoco querías, así empezó toda esta mierda, si no recuerdo mal. Si no puede ser, tenemos que pasar página, hay otras personas en nuestras vidas.

Tiene razón. Entiendo que esa chica es más importante para él de lo que yo pensaba, entiendo que ha encontrado la manera de rehacer su vida con ella, que su cuerpo ya le permite tocar a otra...

El mundo se me cae a los pies.

—Lo siento —me disculpo, en vez de ponerme a la defensiva, aunque sé que no he sido la única que ha dado señales contradictorias—. Me he dejado llevar por los recuerdos que me trae tu casa. No quiero jugar a dos bandas, seguro que ella no se lo merece.

—He estado pensando en lo que me has dicho y creo que, aunque sí me gustaría que seamos amigos, de momento deberíamos mantenernos alejados el uno del otro una temporada...

—Lo entiendo.

Cuando cuelgo el teléfono, el vacío se extiende de mi pecho al resto de mi cuerpo, continúa por la habitación, me rodea y me ahoga. Cierro los ojos y con el movimiento de mis párpados espoleo dos lágrimas atascadas; no lloro mucho más, más bien las lágrimas caen solas... Ésta es la sensación de la que he estado protegiéndome desde que conozco a Sergio, del miedo a las ilusiones rotas, del miedo a volver a sentir su rechazo...

El perro se acerca más a mí sin levantarse y empieza a lamer mis saladas

mejillas. Lo aparto, lo beso en la cabeza y él la apoya en mi brazo. Me abrazo a él, lo acaricio, me aferro a su cuerpo como si pudiera evitar que me tragara el agujero que se ha abierto en la alfombra y que está tirando de mí, un agujero lleno de nada que, como en *La historia interminable*, va a engullirme sin remedio.

DÉJATE LLEVAR

Ha pasado un mes desde el accidente.

Estoy en el salón de mi casa, sentado en mi nuevo sofá con *Sansón* tumbado a mi lado. Mi preciosa alfombra peluda ya no está, pasó a mejor vida el primer día que dejamos al perro solo; mi madre se encontró su cadáver descuartizado el martes por la mañana. Me contó que encontró a *Sansón* durmiendo sobre su sádica hazaña con una cara tan triste que fue incapaz de reñirlo. La verdad es que con la pata chungueta, el sofá es lo mejor. No me hubiera podido levantar del suelo, aunque habría preferido encontrar una solución menos drástica.

Nuestros primeros días juntos no fueron fáciles. Sé que el perro no podía acordarse de mí, la última vez que me vio yo era una flecha motorizada con casco, pero me miró desde el primer momento con desconfianza. Se pasó toda la tarde de una habitación a otra, buscando algo por la casa... En un primer momento quise pensar que buscaba a mi madre, pero cuando ella vino él siguió igual.

Me temo que busca a Daniela... «Lo siento, chico, qué vas a contarme a mí. Lo sé, es ese tipo de mujer que deja una huella indeleble.»

Al final he conseguido ganarme su confianza. Todo empezó a cambiar el día en que decidí salir al jardín a jugar con una pelota que él lleva a todas partes. Se la tiré un par de veces y ambas tuve que ir a buscarla yo; juro que vi cómo se reía de mí cuando lo hacía. Creo que le gusto desde entonces... eso o le doy pena, no lo tengo claro. El muy cabrón me la sigue trayendo de vez en cuando para verme ir a buscarla y descojonarse de mí; y yo lo hago encantado para hacerlo feliz.

El caso es que ahora es mi fiel compañero, me hace reír y me da paz, cariño y compañía silenciosa. Adoptarlo es una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida, aunque sé que nuestro camino juntos será corto. Daniela me dejó una nota con indicaciones para ir a recoger los resultados de la analítica; resulta que *Sansón* es diabético y tengo que inyectarle insulina todos

los días. El veterinario me dijo que, con suerte, estaría conmigo un par de años. Sé que será duro para mí, pero me reconforta saber que la recta final de su vida la pasará en un hogar donde lo quieren.

Hay un momento del día en que agradezco especialmente su compañía: cuando mi madre se va por la tarde, después de acompañarme a rehabilitación. Tras el paseo de rigor de *Sansón* lloriqueando por el salón y la cocina buscando a Dani, ambos nos acurrucamos en el sofá y nuestras mentes se pierden juntas mirando al vacío, echándola de menos.

Seguimos en contacto; ella me manda mensajes una vez a la semana preguntándome por el perro y por mi pierna. Son mensajes breves, sin juegos ni piques, sólo intercambio de información, en los que, como mucho, compartimos algunas risas por algo que haya hecho el chucho. A veces me dice que echa de menos a *Sansón* y me pide que le dé un beso de su parte. Y a mí me gusta leer esos mensajes pensando que se refiere a los dos.

No sé si hice lo correcto pidiéndole espacio... Lo dudo todos los días, sobre todo por las mañanas, cuando me despierto al lado de un viejo peludo que ronca más que yo; y también por las tardes, cuando ambos nos sentamos para nuestro ritual diario de echarla de menos juntos. Aun así, no está siendo tan doloroso como pensaba. Haberme jodido la pierna ayuda; la rehabilitación hace que durante unas horas al día me preocupe sólo de mí mismo. Y cuando llego a casa y mi mente vaga sin remedio por su recuerdo, me reconforta pensar que no soy el único gilipollas de la Tierra que la extraña.

Tal vez debería haber dejado que siguiera rondándonos. Sé que *Sansón* hubiera estado de acuerdo con eso; de hecho, si supiera que el culpable de que no encuentre a Daniela soy yo, seguro que me odiaría sin remedio. Sí, podría haber dejado que ella nos mimara a ambos; a mí por compasión, explotando la culpabilidad que en el hospital demostró que sentía respecto a mi accidente, y a *Sansón* por el cariño que le tiene.

Pero en Perpiñán quedó claro que somos incapaces de estar juntos sin caer en la tentación de provocarnos. No quiero seguir sintiendo que sólo puedo tenerla a medias. Así que estoy siguiendo el protocolo de desintoxicación: alejarme lo máximo de la tentación hasta que sienta que puedo controlarla. Aunque en este caso tengo serias dudas de llegar a conseguirlo.

Llaman a la puerta.

Cojo la muleta y me dirijo a abrir.

—Hola, guapo —me saluda Soraya, dándome un pico.

—Buenas, preciosa.

—Tienes que hacerme un favor —me pide de camino al salón—. No puedo más con la prima de Jessi. Lleva dos semanas sin despegarse de nosotras y ya sabes que mi casa es un estudio de mierda; dormimos las tres en la misma habitación. ¡Y yo necesito echar un puto polvo con mi novia ya! Sácala esta noche, la invitas a cenar, luego la llevas al teatro... —busca algo en su bolso y me pone unas entradas en la mano— ... y al final de la noche, si te mola, te la tiras, te aseguro que está buenísima.

»Además, tú tienes que salir ya de tu cueva, que van a salirte champiñones ahí abajo de no usarla. A ver si tengo suerte, os moláis y os pasáis la semana que le queda en Barna follando como locos en «tu» casa.

—Joder, nena... no me apetece nada.

—Vale, pues no te la folles, pero por favor, por favor, distráela esta noche. Ya he reservado una suite en el Punt 14. Recuerda que me presté voluntaria para sacar a tu oso a correr por la montaña todos los fines de semana... yo no tengo la culpa de que sea un vago y se tumbe a dormir al sol. Y las entradas son para un concierto de Coque Malla, ¡a ti te gusta Coque Malla!

—Esta tarde vienen Nico y Diana a verme, no los veo desde Beynac.

—Pues los despachas antes de las siete, ya ves qué problema, mañana los invitas a comer y listos.

Pongo los ojos en blanco, pero al final accedo. Me pasa el teléfono, llamo a la prima y quedamos para esta tarde.

—Me quedo a comer, que Jessi aguante un rato sola a su prima.

—No me la estás pintando nada bien...

—No me hagas caso, la chica es encantadora, es mi frustración sexual la que habla.

—Pues has venido al lugar adecuado.

—Echa un polvo también, hazme caso.

Acabamos de terminar de comer cuando llegan Nico y Diana y salimos todos a la terraza para tomar el café. Han pasado el verano juntos. Si Di ha conseguido aguantar a la *mamma* un mes entero, es que deben de ir en serio.

Nos reímos un rato con sus aventuras de vacaciones y después vuelvo a escuchar los desternillantes lloriqueos de mi amiga por su forzosa abstinencia sexual.

Un par de horas más tarde, Soraya se despide y Diana decide acompañarla al coche y llevarse a *Sansón* con ellas.

—¿Y tú, cabronazo, no vas a contarme nada? —me suelta Nico cuando nos quedamos solos—. ¿Estás por fin con Daniela?

—¿Con Daniela? No, no estoy con Daniela.

Me mira asombrado.

—¿Por qué?

—Porque se escapó de mi cama en Beynac, ¿recuerdas?

—Pero yo hablé con ella y...

—Vino al hospital a verme cuando tuve el accidente. Se sentía culpable, se le había metido en la cabeza que si no fuera por ella no lo habría tenido. Y a todo esto, ¿por qué la avisaste?

—Estuvo acosándome desde que llegué a Barcelona preguntándome cuándo volvías; quería hablar contigo y parecía impaciente. Le prometí que la avisaría cuando llegaras. No quería meterme más en tu vida, pero no pude evitar advertirle que no te puteara. Y ella me insinuó que lo que quería era... arreglar lo vuestro.

—La entenderías mal —respondo, sin poder creer lo que dice.

—Espera, tengo los mensajes aquí. —Nico saca el móvil, los busca y me deja leerlos:

Nico:

... Perdona que me meta una vez más donde no me llaman, no creas que no he aprendido la lección, pero espero que, sea para lo que sea que lo estés buscando, tengas en cuenta que ahora no está bien.

Dani:

Mi intención, si él quisiera, es que por fin estemos bien los dos.

—Joder... Sí que lo parece...

—¿Qué pasó? —me pregunta Nico.

De pronto recuerdo cuánto me extrañó que mi madre me dijera que Abril había preguntado por mí, se me había olvidado tras el accidente. Y empiezo a encajar algunas piezas: que Dani viniera a verme al hospital, su cambio de actitud... Quizá no fuera sólo culpabilidad, pero ¿por qué no habló conmigo entonces?

—Carolina... —susurro.

—¿Qué?

—Cuando llegó al hospital, debió de pensar que Carolina y yo estábamos juntos.

—¿Quién coño es Carolina?

—No puede ser... ¿Y Borja? —sigo elucubrando, él no encaja en la ecuación.

—¿Quién coño es Borja?

—Borja es el tío con el que sale Daniela. Eric los vio enrollándose en aquel concierto. Daniela me dijo que estaban juntos desde entonces.

—¿El cabrón dominante? —aventura él.

—¿Lo conoces?

—¿Qué cabrón dominante? ¿Habláis de Borja? —interviene Diana, que acaba de volver y se ha acercado sin hacer ruido.

—Sergio dice que Daniela sale con él —le explica Nico.

—¿Con Borja? ¿Dani? No le pega nada de nada —responde ella.

—Eric los vio liándose en un concierto hace meses —le digo.

—¡No jodas! —exclama Diana—. Pero... no pueden estar saliendo. ¿Cuándo fue ese concierto?

—Creo que en mayo —contesto—. ¿Tú también conoces a Borja?

—No personalmente, pero tengo una amiga que se enrollaba con él de vez en cuando. Me contó que Borja se había mudado a Nueva York a finales de mayo, después de que una tía lo humillara en público. Fue la comidilla de todos durante unas semanas. Mi amiga no lo vio, pero por lo visto había una foto que corría como la pólvora por los móviles de la gente guay de Barna. Espera, creo que me la mandó.

Diana saca su móvil y se pone a buscar.

—¿Eres gente guay de Barna? —bromea Nico.

—Si Borja se fue a Nueva York en mayo, no podía estar saliendo con Dani en julio, a no ser que tengan una relación a distancia... —cavila ella, mientras trastea el móvil—. ¡Coño! ¡Joder!

—¿Qué? —preguntamos Nico y yo a la vez.

—Mira. —Me pasa el teléfono.

En la foto de la pantalla veo al cabronazo de mis pesadillas en una postura extraña, con las rodillas flexionadas; se ve cómo le están retorciendo el brazo por la espalda y a una rubia que, aunque él le tapa media cara, no me queda duda de quién es. Joder, creo que hasta reconozco la ropa que lleva.

—¡Coño! ¡Es Dani! —exclama Nico al verla.

—¿Estás seguro de que te dijo que estaba con él? —me pregunta Diana.

—Sí, me lo dijo el día de la boda, cuando fui a buscarla a la cabaña.

—Igual te mintió —deduce Nico.

—Seguro que lo hizo para que la dejaras en paz —resuelve su chica—. Es imposible que este cabronazo quisiera saber nada de ella después de que lo humillara en público de esta manera.

—Pues ya podría haberse inventado otro novio que... ¡Mierda! Dani no me dijo que saliera con Borja, en realidad fui yo quien le preguntó si salía con él; ella lo afirmó, extrañada de que lo conociera. —Me paso las manos por el pelo, pensando en todas las putas películas que llevo montándome este tiempo—. Joder, y si me mintió... ¿por qué se fue entonces?

—Tendría miedo de que le hicieras daño —sugiere Diana.

El recuerdo de sus palabras me viene a la mente: «Deja de reírte, gilipollas. Esto ya no es un juego. Me hiciste mucho daño, ¿sabes? Y no voy a dejar que me lo hagas otra vez».

—Mierda —repito—, tiene sentido. Pero si huyó de mí por miedo a que le hiciera daño, ¿qué la hizo cambiar de opinión al día siguiente?

—Quizá se arrepintió. —Nico se encoge de hombros.

—Tal vez fue el mensaje que dejé en su contestador... —presupongo, no muy convencido.

—Antes de que estrellaras tu móvil contra una pared de la estación —apuntilla mi amigo.

—Justo antes —asiento distraído—. Entonces ella quería hablar conmigo antes del accidente, y cuando vino al hospital para hacerlo, se encontró con Carolina y pensó que estaba con ella... Por eso no me dijo nada.

—¿Quién coño es Carolina? —pregunta Nico de nuevo.

Suena la alarma de mi móvil.

—¡Joder, la prima! Me había olvidado de ella. Tengo que irme. ¡Me cago en mi estampa...! —maldigo, poniéndome de pie.

—Nosotros tenemos que marcharnos también, hemos quedado a cenar con mi madre —comenta Diana.

—¡Qué marrón, tío! —se apiada de mí mi amigo, mientras entramos en el salón—. ¿Y qué vas a hacer con Dani?

—No lo sé...

La prima viene a buscarme a casa a las ocho, ya que yo no puedo conducir. Ha empezado a llover a cántaros y tengo que hacer malabarismos para apañarme con la muleta, el paraguas y abrir la puerta de fuera. Se presenta y, casi de inmediato, olvido su nombre. Camino de Barcelona, me pregunta por mi accidente y por llenar el silencio se lo cuento con pelos y señales, incluida la historia de *Sansón*. En el restaurante, ella me habla de su vida en Londres y de su trabajo, pero sólo cazo datos inconexos.

No puedo dejar de pensar en Dani. La conversación de esta tarde ha descornado las cortinas de mi esperanza, llenándolo todo de luz; no puedo dejar de imaginar que vuelvo a tenerla en mis brazos, conscientes de que es sólo mía, de que yo sólo soy suyo.

La prima no parece darse cuenta de que estoy en otro mundo, parlotea y se toca el pelo sin parar. En un momento dado, apoya una mano sobre la mía encima de la mesa y me la acaricia con los dedos... sólo entonces me doy cuenta de que está intentando coquetear conmigo. Retiro la mano y tomo el control de la conversación. Empiezo a relatarle mi vida como método defensivo. Lo suelto todo sobre mi relación con Daniela. La chica me escucha y, cuando pillá que en realidad le estoy contando que estoy enamorado de otra mujer, parece decepcionada; pero según avanzo en la historia se interesa e incluso interviene un par de veces para meterse con la actitud de Dani conmigo. No sé cómo pasa, pero acabo esforzándome para hacerle entender que yo soy el cabronazo de la historia.

—Vale, no te digo que no, pero ella podría haberte dado algo de tiempo para aclararte en vez de ser tan radical.

—Que sea tan radical es una de las cosas que me vuelven loco de Dani. No se le puede pedir a alguien que deje de ser como es, cuando eso es justo lo que te enamoró. Supongo que lo que hay que hacer es aprender a encajar con esa parte de ella.

Llegamos al teatro donde va a tener lugar el concierto. Han transformado el patio de butacas en una especie de café-teatro y hay mesas redondas por todas partes. La nuestra está en primera fila. Las mesas son de seis, así que un grupo de cuatro amigas se sientan con nosotros. Esto es estar bien acompañado.

Una de ellas nos pide que les hagamos una foto, cojo la cámara y, cuando ven que mi acompañante se aparta, la invitan a posar con ellas. Se presentan y gracias a ellas consigo enterarme por fin de que la prima se llama Pilar. Ésta se incorpora a la conversación de las chicas, que no dejan de hablar de un viaje que planean hacer juntas a Londres.

Se apagan las luces, en el escenario se encienden unos focos sobre los músicos que alumbraba también la primera fila; empiezan a tocar *Déjate llevar*.¹⁰ La vista se me va a las mesas de la izquierda, que también han quedado en parte bajo los focos.

Y la veo...

Dani está dos mesas más allá y también me ha visto.

Nuestras miradas se enganchan sin remedio, mi corazón se detiene y, pasada la sorpresa inicial, ella ilumina la sala con una pequeña sonrisa que yo le devuelvo. El gesto apenas dura unos segundos, nuestras sonrisas desaparecen llevándose con ellas las máscaras y, de pronto, sus ojos son un libro abierto para mí: me hablan de miedos, pero también de ilusiones. Me dicen que me ha echado de menos y me hablan de amor... Yo repito en voz baja el estribillo que da título a la canción, moviendo los labios para que ella lo entienda; Dani asiente. Ambos nos emocionamos, puedo ver desde la distancia cómo sus ojos empiezan a brillar.

La canción termina.

Ella hace un gesto con la cabeza que no entiendo y, justo cuando voy a preguntarle, las luces se apagan.

Cuando se encienden de nuevo, ya no está.

Me levanto, le explico apresuradamente a Pilar que tengo que irme y salgo del teatro justo cuando empiezan a tocar *No puedo vivir sin ti*.¹¹

Llego fuera y no la veo. Me aventuro bajo la tormenta y miro a ambos lados, tratando de encontrarla a través de la cortina de agua.

¿Dónde estás, Daniela?

EL ÚLTIMO GOLPE

La luz se apaga. Me levanto y me dirijo a la puerta por la parte izquierda del teatro.

El corazón me martillea los tímpanos y casi no puedo oír nada más. Necesito salir de aquí, comprobar a unos centímetros de Sergio si he interpretado bien todo lo que nuestras miradas se han dicho en la distancia; eso si no me desmayo por el camino, me falta el aire...

—¡Daniela!

Noto unos toquecitos en la espalda y me vuelvo. Delante tengo a Carlos, la cita que me había arreglado Pau. Mierda, me había olvidado de él.

—¿Estás bien? —me pregunta Carlos.

La luz del escenario se enciende de nuevo. Mis ojos se desvían hacia la mesa de Sergio, que se sorprende al no verme.

—Tengo que irme —respondo distraída.

—¿Te vas?

—Sí.

—Te acompaño.

—No, de verdad, quédate —le suplico, mirándolo ahora a los ojos.

—No, no, te llevo a casa.

Veo a Sergio pasar por el otro extremo de la sala. No me ha visto. ¡Joder!

—¿Qué pasa? —pregunta Pau, que ha venido a rescatarme.

—Dani se va, la acompaño a casa —insiste el cabezota de Carlos.

—De eso nada —le dice mi amigo—, tú tienes que llevarnos luego a aquel bar. Dani vive aquí al lado, puede llegar sola.

—Pero...

Yo resoplo angustiada.

—Tío, que no le interesas, joder —le suelta Pau a bocajarro—. Anda, Dani, márchate. Espero tener mañana buenas noticias —me susurra al oído cuando me besa.

—Gracias, eres mi héroe.

—Yo te lo explico... —echo a correr hacia la puerta.

Salgo del teatro.

Mierda, ¿dónde se ha metido? Está lloviendo como si se hubiera roto el cielo y en tan sólo dos segundos tengo el pelo y la ropa chorreando.

Miro hacia los dos lados, me parece ver que alguien corpulento dobla la esquina derecha y salgo corriendo hacia allí, pero cuando llego veo que no es él. No lleva muleta.

De repente, alguien me atrapa y tira de mi muñeca. Me asusto, grito y reacciono con un acto reflejo: doy rápido un paso hacia atrás para asegurar la postura y lanzo una patada hacia el estómago de mi atacante.

Me doy cuenta de que es Sergio cuando ya es demasiado tarde. Sale despedido hacia atrás, pierde la muleta y se estrella contra la pared.

—¡Joder, mierda, lo siento! ¿Estás bien?

Me abalanzo hacia él y lo ayudo a recuperar el equilibrio apoyándose en la pared.

—Estoy... bien... —dice sin resuello, sosteniéndose el estómago.

Recojo la muleta del suelo y se la devuelvo.

Él me mira con cara de cordero degollado.

Intento aguantar la risa, ¡lo juro!, pero no puedo.

—Qué cabrona. —Se ríe también.

—Lo siento de verdad.

Me aparto el pelo mojado de la cara.

Él vuelve a apoyarse sobre el pie bueno y la muleta, y descansa la espalda contra la pared. Me coge de la cintura y me acerca de un tirón.

Nos miramos a los ojos, sonriendo todavía; es una sensación tan extraña, es como si de repente habláramos el mismo idioma. Nos miramos tan fijamente, de manera tan intensa, que mis lágrimas se unen a la lluvia que moja mi cara. No tengo ni idea de por qué, pero sé que él lo sabe... Cuando no puedo soportarlo más, bajo la vista hacia sus labios. Sergio se acerca más y acaricia mi nariz con la suya.

—No me ataques, voy a besarte.

—Como si no supieras que ya no tengo escapatoria —replico.

—¿No? —pregunta juguetón, mientras continúa acariciándome con la nariz—. ¿Tampoco puedes pensar en otra cosa que no sea besarme cuando me tienes cerca?

—No, no es por tus besos, aunque sin duda son los mejores que he

probado nunca.

No disimula su complacencia al escuchar mis palabras.

—¿Entonces?

—Es por cómo me miras.

Sin cerrar los ojos, nos acercamos más. Sergio bebe la lluvia de mis labios y yo siento que me fallan las piernas con ese simple roce que dispara mi corazón. Joder, lo que siento es tan grande que creo que podría volar... Él se aventura a succionar mi labio inferior con los suyos y luego se separa. Me mira con adoración, con ese deseo inconmensurable con el que siempre me atraviesa, que espolea el mío.

Me lanzo de nuevo a su boca, busco el calor de su lengua y me pierdo en su delicioso sabor a pecado; las enlazamos, saboreamos ese beso con intencionada lentitud, regodeándonos en la tortura exquisita de contener el fuego que sabemos que en cualquier momento puede abrasarnos. Su mano se desliza desde mi cintura, perfila despacio la curva de mi trasero y se introduce entre mis piernas. Me lamento de impaciencia y excitación en su boca. Él se separa de nuevo, satisfecho de oírme jadear, se ríe de mí un segundo, pero en seguida adopta un gesto serio.

Me pongo de puntillas para besarle de nuevo, pero él me esquiva, mirándome divertido.

—¿Qué? —le pregunto, medio fingiendo estar enfadada por que me niegue sus labios.

—¿Qué de qué? —responde, riéndose de mí.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le contesto con chulería, sonriendo también.

—Tú, yo. Lo tontos que somos —dice, encogiéndose de hombros. Y luego añade muy serio—: Se acabaron los juegos.

—Se acabaron los miedos —le prometo.

—Y las suposiciones.

—Y salir huyendo.

Vuelve a inclinarse hacia mis labios, deposita un beso suave y delicioso, y luego vuelve a apartarse para poder mirarme.

—Te quiero con locura, Daniela —declara con pasión, casi como si le doliera la confesión.

Subo las manos hasta su cuello y enredo los dedos en su pelo, conmovida por sus emociones, saturada por mis propios sentimientos.

—Te quiero sin remedio —confieso—. Aunque, sinceramente, creo que acabaremos matándonos. ¿Dejarás de provocarme?

—Nunca. Y tú, ¿seguirás reaccionando como si fueras una mecha buscando calor?

—Puedes apostar por ello.

—Eso espero...

Sergio tira su muleta al suelo, me rodea la cintura con los brazos y me alza, colocando mi cabeza por encima de la suya. Devoro desde arriba su boca con pasión, con hambre, como si fuera a acabarse el mundo y éste fuese el último beso de la humanidad.

Dura minutos, prende cada parte de nuestros cuerpos y ni la lluvia consigue ahogarlo. Y cuando la necesidad de sentirlo dentro de mi cuerpo se vuelve locura, me obligo a separarme.

—Vámonos, por favor.

—Te follaría aquí mismo —gruñe él con el ceño fruncido, totalmente perdido ya, y luego acaricia mi garganta con sus dientes.

—Y yo estoy a un beso de permitirlo. Por eso, vámonos.

Me baja. Recojo su muleta, pero no se la doy.

—Apóyate en mí —le pido.

La excitación se apaga levemente en sus ojos y le cede paso a la emoción. Me rodea los hombros con un brazo, pero no caminamos.

—Esto no es un sueño, ¿verdad? Me has dicho que me quieres —me recuerda con ternura.

—Te quiero.

—Joder... lo has dicho otra vez.

Me atrae de nuevo y me abraza con fuerza, haciéndome sentir todo su cuerpo contra el mío. Le rodeo la cintura con los brazos y me acurruco contra él. Puedo sentir su corazón en mi mejilla, golpeando de forma salvaje, susurrándome promesas preciosas; el mío late con la misma fuerza, queriendo escapar de mi pecho y unirse al suyo. Su olor, que se ha mezclado con el de la lluvia, me llena, me posee, y siento que el alivio infinito de tenerlo se dispara por todo mi cuerpo.

Sólo tengo ganas de llorar, no soy capaz de contener todos mis sentimientos. Lo muchísimo que lo he echado de menos, asumir que todo terminó y que empieza de nuevo, todo este amor, toda esta felicidad que no me cabe en el cuerpo, que me supera.

Siento sus labios sobre mi pelo y cierro los ojos con fuerza, aferrándome con uñas y dientes a este momento, queriendo que no desaparezca nunca. Quiero pasar el resto de mi vida cobijada en su cuerpo bajo la lluvia; quiero que mi corazón no vuelva a latir solo nunca más.

—Me desbordas —susurra.

Con esfuerzo, levanto el rostro de su pecho y me sorprendo al ver que sus ojos también están empañados de lágrimas. Me muerdo el labio, sin saber qué añadir a eso, no existen las palabras... Niego con la cabeza, frustrada por no saber cómo expresarlo...

—Lo sé —afirma, entendiéndome. Me seca las lágrimas y sonrío con ternura, con tanto amor...—. Vamos o acabaremos ahogándonos.

Y pienso que si alguien pudiera garantizarme que ahogándonos quedaríamos suspendidos en el limbo para siempre, juntos, sintiendo esto que siento, moriría ahora mismo con él.

Caminamos abrazados hasta llegar a mi coche, que no está lejos del teatro; de camino lo devoro sin disimulo con los ojos. Lleva una camisa blanca de manga corta, que se pega a su cuerpo de forma tentadora, marcando todos sus músculos.

—Tú estás igual. —Sonríe.

Me miro y me ahueco la ropa, que se me había quedado pegada a los pechos, transparentando mis pezones erectos a través de la ropa interior y del vestido camisero color crema.

—Debería haberme callado —murmura él, haciendo un puchero.

Lo ayudo a subir al coche y le paso la muleta cuando se encaja dentro.

—¿A mi casa? Hay alguien allí que también te echa mucho de menos —propone Sergio cuando cierro la puerta.

—Yo también lo he echado mucho de menos... He echado de menos a mis dos sansones.

—Me alegra saberlo, no sabes lo jodido que es sentirse celoso de un perro.

Miro a mi enorme hombre dentro de mi coche enano y me río.

—No te muevas mucho, no lo vayas a hacer saltar por los aires... —le pido antes de arrancar.

—Las mujeres y sus coches de juguete —comenta, recordando lo que me dijo al principio de conocernos. Mira la lluvia un momento y luego vuelve a mirarme a mí—. Estamos donde al principio, pero esta vez no te dejaré

escapar.

—Nunca más. Lo juro.

—No tendrás motivos —asegura.

Ya no hay dolor en su rostro ni remordimiento en mi corazón cuando hablamos de ello.

Me incorporo al tráfico y le doy al *play*. Coque Malla nos hace un bis de *No puedo vivir sin ti*,¹² ahora sólo para nosotros.

Al entrar en su casa, los atronadores ladridos roncos y graves de *Sansón* nos taladran los oídos.

—¡No lo había oído ladrar nunca! —grita Sergio por encima del estruendo.

¿Cómo podría describir lo que se siente cuando un perro del tamaño de un oso corre hacia ti a toda velocidad, con una lengua que casi arrastra por el suelo botando fuera de su boca? Hoy estoy falta de vocabulario.

Gracias al cielo, cuando llega a mi lado se limita a menear la cola y a empujarme las manos con el hocico, exigiendo mimos.

Me arrodillo en el suelo y me dedico a intercalar abrazos y caricias. Él me llena la cara de lametones.

—¡Ay, mi hombretón, cuánto te he echado de menos! Sí, sí, yo también te quiero —le digo entre risas.

—Genial, ya la he perdido... —oigo reírse a Sergio.

Desaparece en el baño, mientras *Sansón* y yo seguimos haciéndonos carantoñas.

Cuando reaparece, lo único que lleva puesto es una toalla enrollada en la cintura y otra en la mano. Me quedo embobada, con la boca abierta, y un empujón de la cabeza de *Sansón* me pilla despistada y me tira de culo al suelo.

—Eh, *Sansón* te la ha devuelto —se ríe Sergio, alargando la mano para ayudarme—. ¿Te has hecho daño?

—No, estoy bien.

Me levanto y me lo como con los ojos.

—Hay que quitarse esa ropa mojada —declara muy serio, fingiendo preocupación, pero sin poder ocultar al pirata codicioso que lleva dentro.

Se apoya contra la pared, deja la muleta y cuelga la toalla sobrante en ella. Me agarra del cinturón y tira hacia él; después, me lo desabrocha y lo deja caer al suelo. Mi vestido tiene una hilera de botones de arriba abajo, que nunca uso porque es más fácil quitárselo por la cabeza, pero Sergio parece estar disfrutando con cada uno que desabrocha, así que lo dejo hacer. Su sonrisa lobuna se amplía más con cada botón y me mira como si estuviera deleitándose al desenvolver un precioso regalo. Se relame y las llamas que prenden en mi vientre recorren mi piel, abrasándola. Tengo que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no arrancarme lo que me queda.

—Mmm... preciosa —murmura, cuando me baja el empapado vestido por los brazos.

Estudia mi conjunto de ropa interior, de color rosa palo y encaje negro, con una mirada glotona. Incluso lo oigo tragar saliva.

—Quítatelo —me pide.

Debería echarle bronca por estar forzando la pierna sin muleta, pero me callo, ya le enseñaré a esa Daniela mañana...

Doy un paso atrás, me desabrocho el sujetador y lo tiro sobre la pila de ropa mojada.

—Te toca —le digo.

Con media sonrisa, desliza una mano por su estómago, en un claro gesto para provocarme, y con un dedo se deshace el nudo de la toalla, que cae a plomo a sus pies.

Está desnudo y su erección se alza orgullosa entre sus piernas. Se me hace la boca agua...

Con una rapidez que delata mis ganas, me quito las bragas y las lanzo no sé dónde de una patada. No ha quedado muy sexi, pero no me importa.

Sergio coge la toalla que cuelga de la muleta y me la pasa.

—Sécate despacio y no dejes de mirarme —murmura con voz ronca.

—Vale, pero tócate mientras me miras.

Me seco ante su atenta mirada, mientras mis entrañas se retuercen viendo a este hombre, hermoso y sexy, masturbándose para mí.

Cuando dejo caer la toalla, él me coge de la mano y me lleva a la escalera, que subimos despacio hasta llegar a su dormitorio.

—Túmbate —me ordena.

Lo hago en el centro de la cama, con las rodillas juntas y las piernas flexionadas y, anticipándome a sus órdenes, las abro despacio y me acaricio.

Un solo roce bajo su atenta mirada y el placer lanza una descarga eléctrica hacia todas mis extremidades, colapsando mis músculos y obligándome a arquearme. Estoy tan excitada...

—Joder, eres una puta valquiria —masculla entre dientes.

Se sube de rodillas al pie de la cama y gatea rápido hasta que nuestros ojos están a la misma altura.

—Y eres toda para mí —añade con una sonrisa codiciosa.

—Sólo para ti —confirmo.

—Y yo sólo para ti —susurra—. Lo fui desde el primer momento en que me pateaste el culo.

—Te mola que te den caña, no lo niegues —le suelto con malicia.

—No lo niego. Y ahora, calla y bésame.

No le hago caso. Con cuidado de no hacerle daño, lo rodeo con mis piernas y me impulso para hacernos rodar y que sea él quien quede tumbado en la cama.

—Chico duro, recuerda que estás convaleciente.

Sin responder, sube una mano hasta mi nuca y me empuja hacia su boca hambrienta. Se terminaron los juegos, no podemos tentarnos más. Sergio desata todo el poder de su pasión con sus labios y su lengua, en un beso tan caliente como el mismo infierno. Nuestros sexos se buscan casi con voluntad propia; lo hundo en mi cuerpo y el latigazo de placer es sublime cuando mi interior cede ante su carne. Deja de besarme.

—Mírame, no dejes de mirarme —me suplica.

Apoyo las manos en su pecho y lo cabalgo, despacio primero, mientras él acaricia cada pedacito que alcanza de mi piel. La neblina de placer y deseo a través de la que me mira, me hace acelerar, aumentando mi necesidad casi vital de alcanzar el clímax. No tardamos mucho; estallo en mil fragmentos de cristal y casi inmediatamente puedo notar los espasmos de su abrasador orgasmo quemándome las entrañas.

Jadeamos exhaustos. He caído sobre su pecho. Sus manos me acarician la espalda con la delicadeza de una pluma.

—Te amo, mi niña, mi guerrera... —confiesa, besándome el pelo.

Yo levanto la cabeza para mirarlo, sonrío perezosa y respondo con un gruñido cariñoso, no tengo fuerza para más.

MI VALQUIRIA

Me he despertado con un hambre atroz. Aun así, he tardado cerca de veinte minutos en levantarme, totalmente idiotizado contemplando a Daniela durmiendo en mi cama, oliéndola de vez en cuando, con cuidado de no despertarla. Todavía me cuesta creer que esté aquí.

Sansón es quien me ha convencido de abandonar la cama. Ha asomado el hocico por la puerta y ha emitido un pequeño gemido. Suelo sacarlo a pasear a las ocho y ya son las diez. Se ha portado bien esta noche. En algún momento he temido que acabáramos siendo tres en la cama, pero ni siquiera ha entrado en la habitación; creo que ha dormido en el pasillo, ya que podía oír sus ronquidos desde el dormitorio. Espero que Dani no haya pensado que era yo...

Me levanto, le doy los buenos días con un par de palmaditas en la cabeza y me voy al baño. Cuando estoy listo para salir, me encuentro al muy cabrón subido en la cama como si hubiera estado esperando su turno. No ha despertado a Dani, sólo se ha tumbado a su lado y la mira con ojillos de enamorado. Hay que joderse con el perro... Le hago una señal y baja a regañadientes. Mi chica... «mi chica», qué bien suena. Mi chica preciosa no se despierta, parece que tiene el sueño profundo.

Paso por la cocina, cojo un plátano y salimos a la calle. A pesar de mi paso, al estilo Semana Santa por la muleta, no tardamos mucho en volver. *Sansón* no se anda con tonterías, sabe a qué sale y va al grano.

Después de darle de comer, me pongo a cocinar unos huevos Vendetta —no se llaman así en realidad, pero como aprendí a hacerlos viendo esa peli, los he rebautizado—. Pretendo hacer el desayuno y subírselo a Dani a la cama, pero antes de terminar la oigo entrar en la cocina.

Lleva puesta una camiseta mía que le queda enorme. Está toda despeinada, tiene los ojos medio cerrados y nublados y camina con paso tambaleante. No puede estar más mona.

—Humgrrr —dice, o gruñe, no lo tengo claro.

Me acerco a ella conteniendo la risa, mi instinto me advierte que sería muy peligroso hacer cachondeo en su estado, la rodeo con un brazo y le doy un beso. Un beso de verdad, demostrándole lo mucho que me alegro de verla. Sus manos, inertes a los costados, van cobrando vida, y cuando aparto mis labios de los suyos, las tengo en mi cabeza.

—Te quiero —declara en cuanto libero su boca, sonriéndome y con los ojos llenos de vida.

—Ahora sí parece despierta.

—Buena técnica, colega, tienes que contársela a Sandra.

Se me escapa una carcajada.

—Creo que prefiero mantenerla en secreto.

Empieza a olfatear y se acerca a la sartén.

—¡Qué pinta!

—¿Tienes hambre? Iba a subirte ahora el desayuno.

—Estoy hambrienta; de hecho, creo que ha sido el olor lo que me ha arrastrado hasta aquí; bueno, el olor y una imagen mental involuntaria de ti preparando el desayuno con sólo un delantal puesto —confiesa, mirando con pena mi ropa.

—He sacado a pasear al oso y suelo vestirme primero, no quiero que ninguna dama se desmaye a mi paso.

—Bien pensado.

Me ayuda a sacar los platos y a servir los huevos. Cuando lo tenemos todo listo, nos sentamos a la isla de la cocina. Desayunamos saboreando la comida y devorándonos el uno al otro todavía con ojos incrédulos.

—¿Qué pasó anoche? —me pregunta de repente.

—Anoche sucedieron muchas cosas —le respondo, recordándola desnuda cabalgándome.

¡Qué imagen! Un día de éstos le saco una foto y me hago un póster. Un día de éstos... Todavía me cuesta creer que pueda permitirme pensar que estará aquí conmigo mañana y pasado...

—Sé lo que estás pensando, canalla —me dice con esa mirada que incita al pecado—. Luego. Me refiero a qué sucedió anoche en el teatro... Todavía no lo entiendo, sólo sé que te miré y de pronto supe que tú tampoco entendías por qué estábamos en mesas diferentes. Pensaba que te habías cansado de intentarlo...

—Nunca me cansé de intentarlo. Me rendí cuando pensé que te habías

enamorado de otro tío que te ofrecía algo que yo no podía darte. Me alejé cuando vi que éramos incapaces de dejar de provocarnos, cuando creí que volvías a acercarte a mí sólo porque te sentías culpable de mi accidente. Me daba miedo terminar convirtiéndome en «el otro» y tenerte sólo a medias, alguien con quien echar un polvo, pero que no podía darte todo lo que necesitabas... Conozco la fama de Borja.

—¿Su fama de flipado, creído y machista venido a más, sin instinto de supervivencia?

Me río de su descripción, que confirma mi teoría de que era imposible que Dani estuviera con un tío así, aunque en el momento en que respondo todo mi humor desaparece:

—No, su fama de dios del sexo morboso, según varias amigas mías.

—Eres muchísimo mejor amante que él, Sergio —asevera, adivinando mi inseguridad—. Tú me das mil veces más morbo. En realidad, sólo pasé con él una noche, y porque estaba borracha y desesperada por hacer algo que te alejara de mi cabeza... En cuanto tuve ocasión de hablar con él y conocerlo un poquito, lo mandé a la mierda.

Asiento sin querer profundizar en el tema. A pesar de que sus palabras han aplacado mis temores más ocultos, no quiero ahondar demasiado en el pensamiento de que se acostaron, aunque fuera sólo una vez...

—Lo sé. Ayer por la tarde llegó Nico de viaje y me contó lo de vuestros mensajes cuando yo estaba perdido por Europa. También me enteré de que Borja se fue a vivir a Nueva York en mayo, después de que tú le humillaras en público.

—¿Cómo sabes eso? —me pregunta sorprendida.

—Alguien os hizo una foto justo en ese momento, la imagen ha ido corriendo de móvil en móvil entre la peña... Diana dice que se rumorea que el tío abandonó el país por lo avergonzado que se sentía. ¡Cómo me habría gustado verlo en directo!

—Te aseguro que se lo buscó. No te imaginas las cosas que me dijo el muy idiota —afirma ella, levantando una ceja y mostrándome la indignación que todavía siente al recordar el incidente.

—Puedo imaginármelo, créeme. Lo que no entiendo es cómo pude tragarme que estabais juntos. No hay ni una puta fibra de sumisa en ti. Eres una jodida guerrera. —Le acaricio la mano y añado—: Mi valquiria.

Dani sonrío, juraría que algo avergonzada, pero sobre todo halagada.

Luego un pensamiento le roba la sonrisa.

—¿No estás enfadado conmigo por mentirte en la boda?

—Estar sin ti ha sido un puto infierno. Cuando ayer me enteré de que era mentira que salieras con el tío más repugnante que conozco, me pareció la mejor noticia del mundo. No me importa que me mintieras en su momento, ambos nos hemos engañado, mutuamente y a nosotros mismos, pero ya no importa. Lo único que me importa es que estás aquí conmigo, que me has dicho que me quieres... —le cojo una mano y le beso los nudillos— ... y que me sorprende cada día necesitándote, queriéndote y deseándote más.

»No me lo has pedido, no me lo pediste nunca en realidad, pero hoy necesito jurarte amor eterno. Sé que no soy capaz de amar a otra mujer, lo supe desde aquel día que me dejaste plantado en la calle y tuve que permitir que te marcharas con las lágrimas que mi cobardía había puesto en tus ojos, consciente de que dejar que te alejaras de mí me partía el corazón, pero sin saber qué hacer para retenerte. En realidad, creo que me enamoré de ti el primer día, pero me costó darme cuenta, me costó muy caro darme cuenta.

Daniela se levanta de su taburete, se cuela entre mis piernas y me besa de forma lenta y dulce. Luego se disculpa:

—Siento habértelo puesto tan difícil, pero me hacías sentir tan vulnerable... Jamás nadie había tenido tanto poder sobre mí como tú. Eres capaz de hacerme perder la cabeza con tan sólo un roce de tus labios, puedes hundirme en la miseria únicamente con una palabra o un mal gesto. Mi voluntad está a merced de tus deseos y eso da mucho miedo... Yo tampoco sé decirte cuándo pasó, pero el día que me percaté de que tenías mi corazón sangrando y desvalido en tus manos y que con la más leve presión de tus dedos podías destruirlo, decidí huir de ti para que, si lo hacías, al menos pudiera conservar mi orgullo intacto.

Apoyo las manos sobre su corazón, sus latidos martillean contra ellas.

—En ningún sitio estará más a salvo que en mis manos. Te lo juro. —Daniela cierra los ojos y dos pesadas lágrimas ruedan por sus mejillas. Yo añado—: El mío también está en las tuyas.

Le cojo una mano y la apoyo sobre mi pecho.

—El tuyo es tan fuerte comparado con el mío... —susurra angustiada, abriendo los ojos de nuevo—. Has peleado lo increíble por mí. No puedes imaginarte lo mucho que admiro tu tenacidad. Después de leer el mail...

—¿Leíste el mail?

—Sandra lo guardó sin decirme nada. Me obligó a leerlo cuando le expliqué lo que había pasado en Beynac.

—Recuérdame que le regale un jamón.

—Le compraremos dos —puntualiza ella sonriendo.

—Perdona, continúa.

—Pues, después de leerlo y ser consciente de que tú...

Deja la frase en el aire, como si no se atreviera a decir lo que sigue en voz alta.

—Y darte cuenta de que estoy locamente enamorado de ti —termino por ella—, puedes decirlo, Dani.

—Después de leerlo —continúa, evitando decirlo—, imaginé el daño que debí de hacerte marchándome de aquella manera, cómo me habría sentido yo en tu lugar, y se me partió el alma.

—Yo te hice el mismo daño aquel día en El Calafate, y fue por lo mismo: por orgullo y por miedo, por querer agarrarme a la libertad de la que tanto presumía. Como si fuera algo que yo hubiera controlado hasta ese momento... ¡Qué idiota! —Me río con amargura—. Al final, ya lo ves, nos sentimos culpables por las mismas cosas.

—Es cierto... —conviene pensativa.

—Tenemos que olvidarlo y empezar de nuevo.

—¿Olvidarlo? Eso me suena de algo. Y creo que fuiste tú quien dijo que lo mejor era asumir las consecuencias de nuestros actos y vivir con ellas. No, en realidad creo que es bueno que empecemos nuestra relación con una gran mochila de errores a nuestras espaldas —asegura—. Puede que eso nos haga ser más sinceros en el futuro, más sensibles a la hora de detectar cuándo estamos malinterpretando las cosas. Sabemos lo que duele no estar juntos y eso hará más fácil luchar por nosotros.

»Yo lo que necesito es pedirte perdón, necesito que me perdones por haber puesto mi orgullo por encima de mis sentimientos, por haber cuidado de mí por encima de todo, sin ponerme en tu lugar.

—Estás perdonada. ¿Me perdonas tú a mí por haber sido un capullo?

—Buen resumen. —Ríe—. Estás perdonado. Nuestra relación es perfecta tal como es, desde el día que nos conocimos hasta hoy hemos estado construyendo esto —sentencia, señalándonos.

—Y a partir de hoy será más perfecta todavía.

—Vamos a discutir igual —me advierte ella por enésima vez, levantando

una ceja.

—Por supuesto, eso forma parte de lo perfecto que será.

Dani se ríe y su risa sacude algo en mi pecho, algo que me hace sentir un puto dios. Pero todavía hay una cosa que me angustia, algo que falta...

—Dímelo —le pido con gravedad, necesitando escucharlo.

—Te quiero.

Llevo las manos a sus mejillas y le beso los labios suavemente, pero me separo en seguida y la miro con intensidad a los ojos.

—Adoro que me lo digas, pero no es eso lo que necesito ahora... y tú sabes a lo que me refiero.

Sus ojos se llenan de lágrimas, comprendiéndome.

—Dímelo, Dani. Créetelo, no hay verdad más grande en mi vida. Dime que la ves, necesito saber que la sientes.

—Me quieres —afirma con un hilo de voz. Y me asusta verla tan vulnerable, nunca se ha mostrado así ante mí.

—¿Cómo te quiero? —la presiono un poco más.

—Me quieres con locura.

—Como un puto loco, Dani. Te amo tanto que siento que no soy otra cosa, que he nacido para complacerte, que tu risa es mi oxígeno, que tu placer es ahora el mío. Que quiero beber de tu boca para siempre, latir con tu corazón. Quiero... quiero vivir dentro de ti sólo para estar más cerca, sólo para sentir que estoy entero.

—Vale. —Aprieta los labios con fuerza y asiente, las aletas de la nariz se le agitan desesperadas, sus labios y su barbilla tiemblan. Está aguantando las ganas de echarse a llorar.

—Llora si lo necesitas, cariño. Ven, yo estoy aquí para sostenerte cuando flaquees. Eso no te hará menos fuerte, sólo más humana.

Dani se apoya en mi pecho y estalla en llanto. La rodeo con mis brazos, escondiéndola de todos menos de mí. Y llora como nunca he visto llorar a nadie. La entiendo, entiendo que reconocer que la quiero le duela, entiendo que le cueste deshacerse de todas las barreras que han estado protegiéndola. Eso no la hace menos guerrera, todo lo contrario: los guerreros saben que para pelear hay que proteger su punto débil del enemigo; ahora sólo necesita que su instinto asuma que yo no soy ese enemigo, que no lo he sido nunca. Comprender que has estado luchando contra la persona que más te ama tiene que ser duro.

Entiendo que le cueste, aunque me duela en el alma cualquier sombra de duda. Sonrío contra su pelo y le susurro:

—Tengo toda la vida para demostrártelo. No importa lo que cueste, ya sabes que adoro los retos.

La oigo reír entre sollozos. Levanta la cabeza algo más calmada y respira hondo. Me apresuro a besar sus lágrimas, su rostro, su boca...

Me pierdo en sus labios... Nuestras lenguas son de fuego y nuestra saliva, queroseno. Sus manos se aferran a mi pelo como si fuera a caerse si no se sujeta con fuerza. Yo llevo las mías a la parte baja de su espalda y la aprieto contra mí, deseando que sienta cuánto la necesito. Ella me quita la camiseta y nos volvemos a besar en cuanto me libera. Me recorre los músculos del pecho con las manos, poniéndome la piel de gallina; las mías se cuelan debajo de sus bragas, aprieto sus glúteos y la empujo contra mi erección. Me levanto e intento cogerla en volandas, pero no sé muy bien qué pasa que se disuelve entre mis brazos y se aleja de mí. Me duele que haga eso...

—No, Sergio. La pierna.

—Joder, Dani... —le suplico.

—Vamos a la cama.

—Quiero follarte aquí, sobre la encimera, no puedo esperar a llegar a la cama —digo frunciendo el ceño.

—Y yo quiero que me folles en la encimera miles de veces, pero para eso hay que cuidar ahora de tu pierna. —Alarga una mano hacia mí y yo se la cojo a regañadientes, realmente cabreado—. Recoge la muleta o agárrate de mí, pero no apoyes peso en la pierna.

—Pareces mi madre... —protesto, eligiendo la muleta para poder meterle mano con la otra mano.

—Dentro de cinco minutos vas a tener tu polla metida en mi boca, espero que entonces retires eso que has dicho.

—Lo retiro ahora mismo —me apresuro a responder. Mi mal humor ha desaparecido de golpe.

No llegamos a la habitación, pues ella se desvía hacia el salón.

—¿Qué coño es eso? —pregunta, dándose cuenta de los cambios.

—*Sansón* se comió la alfombra y he tenido que comprarme un sofá.

—¿Y dónde lo has comprado, en la sección del Oeste de Port Aventura? No será de vaca de verdad...

La empujo para que caiga sobre mi jodido sofá, que, por cierto, me

encanta; ya he tenido suficiente con las críticas de mi madre... Me quito los pantalones, arrastrando con ellos los calzoncillos. Rodeo mi erección con una mano y me acaricio despacio de arriba abajo, sabiendo lo mucho que la pone verme hacer eso.

—No, es sintético. Pero no pierdas de vista el objetivo, cielo: mi polla en tu boca. Céntrate en eso, luego ya si acaso hablamos de decoración. —Me tiro a su lado, cojo mi camiseta (la que ella lleva puesta) y se la quito.

Cuando veo aparecer su rostro, descubro sus pupilas hirviendo de furia y excitación. Joder, lo que fluye por mi erección no es sangre, sino titanio líquido. ¿Qué coño me pasa? Verla cabreada me excita más allá de la razón, carga todo mi cuerpo de adrenalina.

—Pues creo que voy a cambiar de enfoque, gilipollas.

Se levanta y se quita las bragas muy despacio, y se queda completamente desnuda. Me empuja de forma brusca hasta que estoy tumbado boca arriba en el sofá. Mi curiosidad me impide resistirme. Sólo tiene cuidado cuando me acomoda la pierna chungueta, pero luego me dirige una mirada de diosa iracunda que hace que toda la masa corporal que pierden mis huevos al encogerse, se traduzca en un incremento de la presión sanguínea de mi verga. Conseguiré que me explote...

Con una sonrisa malvada camina despacio hacia al extremo del sofá donde tengo la cabeza, y a medida que avanza me araña la pierna, mi erección, el estómago y el pecho. Se inclina para llevar sus manos a mis mejillas. Mis ojos se pierden en sus preciosas tetas tentándome, pero ella me sostiene la cabeza con firmeza y me hace mirarla a la cara.

—Has sido muy grosero... —musita en un excitante tono de voz—. Vas a tener que redimirte. No te muevas.

Levanta una pierna y la pasa por encima de mi cabeza, apoya la rodilla al lado de mi cuello, me agarra del pelo con fuerza, inmovilizándome, y después sube la otra pierna. Se coloca con cuidado sobre mi cara, hasta que lo único que alcanzan a ver mis ojos es su jugoso coño depilado al alcance de mi boca. Su olor me está volviendo completamente loco, estoy desesperado e impaciente por hundirme en su interior. Se acerca lentamente y se balancea sinuosa, empapando mis labios con sus jugos, moviendo mi cabeza a su voluntad y manteniéndola a la distancia justa para que no pueda saborearla más que lamiendo mis propios labios.

—Cómeme —exige con lujuria, al tiempo que me empuja contra ella.

Abro la boca y abarco todo lo que puedo con ella: lamo, absorbo, me embebo con su poderosa esencia, dejo que su sabor se derrame en mi lengua y baje por mi garganta; mi piel se eriza al sentirlo, atravesada por un latigazo de placer y excitación. Llevo las manos a su trasero y la empujo más hacia mí, para luego devorarla hambriento con labios y lengua. La acaricio con la barbilla y la nariz, y ella baila sobre mi cara, dirigiendo mi boca, mientras mis oídos se deleitan con sus delirantes gemidos.

La alzo levemente y empapo su ano con el cóctel de su humedad y mi saliva. Daniela grita cuando, acto seguido, introduzco mi dedo pulgar en él, a la vez que penetro su sexo con mi lengua. Sus manos desaparecen de mi pelo, su dedo corazón acaricia su clítoris con desesperación. Está cerca. Alza las caderas levemente y luego desciende al ritmo de la invasión de mi dedo, contoneándose con los círculos que trazo con mi lengua en su interior.

—Joder... Sergio... No puedo... —jadea.

Aumento el ritmo y tengo el lujo de presenciar en primer plano cómo se contrae por el orgasmo. Succiono con ímpetu y ella se aprieta contra mi cara, restregándose sin tapujos; yo sigo penetrando su culo y me ahogo en su sexo palpitante, demasiado excitado para necesitar oxígeno. Sus lamentos y su increíble abandono al placer me llevan al borde de mi propio orgasmo.

—Fóllame ahora —le suplico, queriendo sentir los últimos latigazos de sus contracciones.

Desciende con celeridad por mi cuerpo y se empala de un solo empellón. Apenas se mueve, únicamente sus caderas se balancean de forma inconsciente, como si supiera lo que quiero.

Dios... verla desnuda, empapada en sudor, completamente entregada a su propio goce, con la cabeza caída hacia atrás y la boca entreabierta, buscando desesperada el aire que le roba el placer... Sentir su interior, todavía latiendo con fuerza, ahogando mi polla... Es demasiado. Y me abandono por completo al éxtasis al que me aboca el suyo.

Ella abre los ojos y los clava en los míos, percatándose de mi orgasmo, y se balancea y contrae mientras me descargo en sus entrañas.

—¡La hostia! —gruño, después de que su cuerpo se desmorone sobre el mío.

Ambos boqueamos para recuperar el aliento.

—La puta hostia —confirma ella, todavía sin resuello.

—Creo que empiezo a verle las ventajas a lo de ser un lisiado.

—No eres un lisiado, eres mi pirata con pata de palo. Y aún no has visto nada, amor.

—¿Amor?

—Mi amor.

—Me quieres sin remedio —afirmo, sintiendo de golpe la felicidad de esa certeza.

—Me quieres como un jodido loco —responde ella sonriendo, esta vez sin miedo, esta vez creyendo cada palabra, dejándome ver lo feliz que se siente porque sabe que la amo.

Asciende un poco más por mi cuerpo, colocando su frente bajo el hueco de mi cuello. Yo la abrazo y ella se acomoda en mi pecho.

—Cuando me abrazas así, siento como si te cerraras alrededor de mi cuerpo y te convirtieras en mi refugio. Haces que me sienta segura, como si en tus brazos no pudieran alcanzarme mis propios demonios. Siento que vas a cuidar de mí y me gusta la sensación, aunque nunca he sentido antes que lo necesitara. Es muy extraño...

—¿Es una sensación agradable?

—Es reconfortante, pero me desconcierta, me hace sentir que necesito cosas que creía no necesitar...

—Pues no pienses en ello, sólo déjate llevar.

EPÍLOGO

—Sergio —susurro, meneándole ligeramente—. Sergio, el niño.

Él ni se inmuta y yo no sé de qué coño me extraño. Me levanto, maldiciéndolo entre dientes, y doy los tres pasos que me separan de la pequeña cuna.

—Ya está, chiss, Gabriel, ya está... —Cojo a mi pequeño en brazos y lo mezo con cariño; se calla de inmediato—. Tienes que dejarme descansar, cielo.

Miro la hora en el despertador de la mesilla: son las tres y media de la madrugada, sólo he dormido treinta minutos desde la última vez que le he dado el pecho.

Me lo llevo a su habitación y allí le cambio el pañal, que aparece totalmente limpio. Después bailo con él un ratito por el pasillo, mientras le canto para que se duerma, y también para calmarme yo.

Es curioso cómo pueden converger en mis tripas el amor infinito que siento por este enano gritón, a pesar de lo muchísimo que me putea por las noches, y el odio irracional que siento ahora mismo por mi marido, incapaz de despertarse para atenderlo.

Creo que cuando las mujeres parimos, además de desprendernos del bebé y de la placenta, hay algo más que perdemos y que nadie ve. Estoy convencida de que tiene que ser algo físico, algo que antes nos hacía dormir a pierna suelta y que después de ser madres desaparece y nos hace levantarnos al oír a cualquier bebé que lllore en cinco kilómetros a la redonda. Pero ese algo no se limita a desaparecer cuando nosotras lo perdemos, no, es como un gusano que reptaba por la sala de partos y se introduce dentro del padre; no encuentro otra explicación. Antes Sergio abría los ojos con el menor de los suspiros, ahora el cabronazo cae en coma y no hay quien lo despierte.

Mi mente deja de menear con la enorme cuchara de palo mi caldero hirviente de resentimientos cuando mis ojos resbalan hacia la esquina de *Sansón*. Suspiro echándolo por enésima vez de menos; seguro que él me

habría hecho compañía en mis noches en vela. Hace dos años que nos dejó y todavía sentimos el enorme vacío como si fuera una herida en carne viva.

Gabriel se ha dormido.

Con sumo cuidado, vuelvo a dejarlo en la cuna con mi cuerpo pegado al suyo. Cuando me separo, dejo una mano apoyada en su barriguita durante unos segundos, para que la pérdida de calor sea gradual. Vuelvo a la cama rogando a todos los dioses conocidos y por conocer que me deje dormir al menos dos horas seguidas, no pido más.

Me cuesta coger el sueño, estoy demasiado cabreada con Sergio, acurrucado tranquilamente en su lado de la cama como si el ser indefenso de la cuna no tuviera nada que ver con él. ¿Qué pasaría si yo no estuviera? ¿Gabriel se pasaría la noche llorando?

Hace tan sólo dos meses que nació y está siendo realmente duro. A veces creo que me he perdido totalmente en él, este pequeñajo absorbe toda mi atención, mi energía, mi amor y mi paciencia.

Los aullidos del bebé demonio me despiertan por quinta vez esta noche. Me incorporo estilo vampiro y veo a Sergio de pie ante la cuna.

—Descansa, cielo, yo me ocupo.

Miro el despertador y veo que son las siete y veinte. Me desplomo de nuevo contra el colchón. ¡Estoy tan agotada...! Pero no puedo dormir, mi nuevo oído supersónico está pendiente de analizar cada sonido que viene de la habitación de al lado. Oigo el cajón y espero que Sergio se haya vuelto hacia él con una mano aguantando al bebé, que puede rodar en tan sólo un segundo de despiste. ¿Qué le estará poniendo? Seguro que la ropa no combina ni de coña...

¡Mierda de cabeza! ¡Cállate ya!

Me doy cuenta de que he conseguido dormirme cuando los aullidos me despiertan otra vez.

—Cariño, creo que tiene hambre —anuncia Sergio en un susurro.

Sé que tiene razón, pero no puedo evitar que me hierva la sangre cada vez que alguien decide por mí cómo usar mi cuerpo...

—Pónmelo aquí —le pido sin abrir los ojos.

El movimiento de la cama me indica que Sergio se ha echado en ella. Me pongo de lado y me levanto la camiseta de manga corta para destaparme un pecho. Siento un pequeño latigazo de dolor cuando el bebé se engancha; le meto un dedo en la boca para desprenderlo y me lo acerco de nuevo, empujándole la barbillita hacia abajo para que se agarre con la boca bien abierta y no me haga daño. Suspiro.

—¿Todavía te duele?

—Cada vez menos —contesto, luego cierro los ojos de nuevo.

He dejado a Gabriel durmiendo en la cama, parapetado con almohadas a modo de muralla. Me llevo el escucha conmigo y me doy una ducha. Bajo al piso de abajo y voy directamente a la cocina para prepararme un café descafeinado.

Sergio llega cinco minutos después. Ha salido a correr y está sudando. Se quita la camiseta de esa forma tan suya, agarrándola por la parte de atrás y sacándosela por la cabeza, que hace que todos los músculos de su pecho y sus brazos se marquen. Incontables veces, ante esta misma imagen, he terminado follándomelo en la cocina; de hecho, más de una vez, a la vuelta de sus carreras, lo he recibido desnuda, sentada sobre la encimera con las piernas abiertas, para que terminara su entrenamiento con mi ejercicio favorito. Me encantaba engancharme en su sudor, ensuciarme de él e impregnarme en su olor mientras empujaba dentro de mí con esa lentitud malvada y concienzuda primero, salvaje y descontrolada después; y en esa mirada de adoración y pecado con la que me mantenía presa durante todo lo que duraba el sexo.

Nada.

Ahora lo veo y no siento ni una pizquita de deseo. Otra cosa que debió de desprenderse de mi vagina en el parto. Suspiro resignada. Él se me acerca y me da un beso en la mejilla, que medio rehúyo para que no me ensucie, pues acabo de ducharme. Lo oigo suspirar, se ha dado cuenta.

Se prepara una taza de café del bueno, del que despierta, y se sienta frente a mí.

—Cielo... —dice en un tono que me parece recriminatorio.

La ira quema en mi pecho como llamaradas de fuego.

—Cielo, ¿qué? —pregunto a la defensiva.

Él no se amedrenta.

—¿Qué es lo que te pasa? No puedes imaginarte lo que me duele cómo me tratas.

—¿Cómo te trato?

—Me esquivas, me miras mal e incluso a veces pones cara de asco cuando te toco. Llevo desde que nació el niño callándome, porque sé que estás sometida a mucho estrés, pero empiezo a temer que me odies de verdad.

—¡Perfecto, lo que me faltaba! —le espeto cabreada—. Mira, tengo un bebé que depende exclusivamente de mí para mantenerse con vida. No necesito a otro ser humano añadiendo presión, tengo más que suficiente con cuidar de Gabriel.

—No depende exclusivamente de ti —me responde con calma.

—¿Ah, no? ¿Y por qué es ésa la sensación que tengo?

—Porque eres la única que puede alimentarlo.

—¿Y todo lo demás? Te aseguro que anoche no necesitaba alimentarse cada media hora, y tú no te despertaste ni una sola vez.

—No puedes culparme por no despertarme, no lo hago queriendo, despiértame tú.

—Lo intento, pero caes como un saco muerto, tío. Así que sí, te culpo, te odio porque me doy cuenta de que ser padres no es lo mismo para ti que para mí. Si es justo o no me da exactamente igual, porque es lo que siento. ¿Qué pasaría si yo no estuviera? ¿El niño berrearía toda la noche y tú dormirías a pierna suelta? Yo soy quien lo viste, quien lo pasea y le canta, soy quien lo cambia la mayoría de las veces. —Las lágrimas estrangulan mi voz antes de empezar a derramarse de mis ojos.

Encima esto... No he llorado tanto en mi puta vida como en estos últimos meses. Me escondo tras mis manos.

—Dani... —Lo oigo acercarse; mi cuerpo se tensa.

Sergio me hace levantar la cabeza y me coge la cara entre las manos. Cuando abro los ojos, veo que también está llorando y el corazón se me encoge un poquito.

—Cuando me ocupo del niño estás pendiente de cada uno de mis movimientos: criticas cómo lo cojo, criticas cómo lo visto, cómo lo cambio... Tu mirada está constantemente juzgándome y condenándome, diciéndome que lo que hago está mal y que no es suficiente. Me estoy volviendo loco.

Mis lágrimas se transforman en tormenta, sus reproches me hacen daño porque están cargados de verdad.

—¿Y eso hace que Gabriel deje de necesitar que se ocupen de él? —replico—. Sigue siendo tu responsabilidad tanto como la mía. Yo puedo ser

una puta bruja, vale, pero eso no te da derecho más que a enfadarte conmigo.

—Vale, de acuerdo... Tampoco lo estoy manejando bien. Pero el problema es que para ti sólo existe el bebé y para mí somos tres.

—No tengo tiempo ni fuerzas para nada más...

—Pues hablemos, lleguemos a un acuerdo de cómo hacerlo, de cómo compartirlo. Tú parece haber recibido un puto manual, pero yo estoy perdido. Si quieres dejo de ir a trabajar o reduzco mi jornada, puedo hacerlo; si quieres duermo sentado en una silla para despertarme por las noches, o en otra habitación con el bebé y sólo te lo llevo cuando tenga que comer... No me conviertas en tu enemigo, cariño. Sé que estás agotada y que esto es muy duro para ti, pero yo me siento tan perdido... No sé qué hacer, sólo siento que te pierdo y eso me mata.

Sergio me rodea la cintura con gesto vacilante, trasmitiéndome su temor a que lo rechace y yo me levanto del taburete y me echo en sus brazos. Me abraza; me abraza con fuerza y yo me aferro a él como si me fuera la vida en ello. El muro que nos separaba se desploma y puedo sentirlo de nuevo. Joder... lo he echado tanto de menos... Levanto la frente y me acurruco bajo su cuello.

—Lo siento —consigo decir cuando mis sollozos se calman.

—Yo también lo siento —responde él.

El pequeño *walkie* irrumpe de pronto en un berrido. Se acabó el descanso.

—Voy yo —se ofrece Sergio.

—No, dúchate. Seguro que quiere comer, antes se ha dormido sin terminar.

Aunque rápido, nos besamos de manera tierna, con un beso cargado de todo lo que nos falta por decir, un beso que acelera mi corazón como hacía tiempo que no lo hacía.

Cambio a Gabriel de arriba abajo mientras él protesta airado porque no le estoy dando la teta. Le pongo sólo una braguita sobre el pañal, me quito la camiseta y lo pongo sobre mi piel; se calma de inmediato, aunque al sentir mi calor, su boquita rastreadora no deja de buscar su objetivo. Me tumbo en la cama de lado y lo acerco a mi pecho, pegando su pequeño cuerpecito al mío. Es tan bonito, tan pequeño...

Lo que siento por él va más allá del amor, es un instinto de protección salvaje que me hace estar segura de que haría cualquier cosa por mantenerlo a salvo, podría enfrentarme a todas las fuerzas de la naturaleza y salir victoriosa, y al mismo tiempo me mantiene en un constante estado de alerta y

de miedo, por si algún peligro lo acecha y no soy capaz de verlo... Podré estar agotada, podré sentir que me he perdido en sus necesidades, a veces incluso me siento su esclava, pero nada puede nublar el inmenso amor que siento por él.

Sergio sale del baño con una toalla alrededor de la cintura y el pelo mojado. Nos sonrío con cariño y un poso de tristeza que soy consciente de que yo he puesto ahí y que, ahora que sé cómo se siente, me duele.

Se quita la toalla, se pone unos calzoncillos y se acuesta en la cama. Se acerca hasta pegar su pecho a la espalda del bebé, coloca la cabeza al lado de la mía y enreda nuestros pies.

—No sabes cómo siento no haber sabido hacerlo mejor —se disculpa de nuevo.

—Hoy lo has hecho muy bien. —Le sonrío, queriendo quitarle la carga de culpabilidad que le he echado a las espaldas; quitándome también la mía, porque ya tengo bastante con lo que llevo encima como para revolcarme en ella—. Supongo que será cuestión de ir probando hasta encontrar la manera en que los dos nos sintamos cómodos con la nueva situación. A veces me frustró y no sé cómo manejarlo. Si a eso le sumas las horas sin dormir, el cansancio, el descontrol de hormonas... Siento decirte que estás viviendo en un polvorín, y que eres el único que tengo a mano para descargar mi ira, porque con el pequeñín no puedo. Tendrás que tener mucha paciencia conmigo.

—¿Acaso no la he tenido siempre?

—¿Siempre? No sé de lo que hablas. Antes de que llegara Gabriel yo era la mujer más dulce del mundo —afirmo con sarcasmo.

—No. —Niega con la cabeza—. Mírate, nunca has sido más dulce que en este momento.

Me acaricia el pelo y en mi vientre se despiertan esas ansias dormidas de besarlo. Él debe de verlas en mis ojos, porque de pronto también vuelve su sonrisa de pirata y, sin vacilar, se inclina un poquito más y me acaricia los labios con los suyos con delicadeza, con mucha dulzura, y con una pasión escondida que logra que resucite mi diosa exánime del deseo. Vuelvo a necesitarlo como lo necesitaba hace tan sólo unos meses, aunque a mí me parezca que hace siglos, que fue en otra vida.

—Te amo como un loco —declara, separándose apenas unos milímetros de mi boca.

—¿A pesar de todo?

—Más que nunca. No lo dudes.
—Me amas sin remedio —contesto con una sonrisa.
—¿Y tú? —pregunta, temeroso de nuevo.
—No lo dudas tú tampoco, mi vida, por favor. Te quiero muchísimo, sólo me está costando regularme con mi nuevo amor.
—Esperaré lo que haga falta, ya lo sabes. Siempre.

Han pasado dos semanas desde la charla que tuvimos y las cosas van mucho mejor. He tenido que convencer a Sergio de que no duerma en la butaca de al lado de la cuna. Al principio intentó dormitar conmigo durante el día para no estar tan cansado por la noche, pero no funcionó; su sueño sigue pareciéndose a un coma profundo. Supongo que es normal, su subconsciente le dice que el niño no lo necesita porque yo estoy aquí, y no atiende a razones. Pero ahora estoy casi segura de que, si yo no estuviera, él sí se despertaría.

He aprendido a no odiarlo. Si estoy muy agotada por la noche, tengo permiso para hacer lo que haga falta para despertarlo: taparle la nariz, pincharlo con un lápiz, saltar sobre su barriga... No voy a mentir, encuentro un malvado desahogo en esa violencia nocturna, que me viene de perlas para liberar tensiones. A veces, durante el día, me encuentro tramando putaditas para hacerle por la noche. Y a él le parece bien.

Siempre que está en casa, que ahora es más a menudo, porque ha reducido su horario laboral, estamos juntos mientras le doy el pecho a Gabriel, disfrutando de ese momento piel con piel a tres, una experiencia que nos hace mucho bien a todos. Además, si Sergio puede evitarlo, yo no toco un pañal. Por mi parte, he dejado de criticarlo por todo, he asumido que cuando el niño está a su cargo, las cosas se hacen a su manera y, aunque al principio me costó procesarlo (de hecho, ahora hago paquetitos con la ropa para que mis ojos no tengan que sufrir el impacto de sus combinaciones), una vez lo asumí ha sido toda una liberación. Gabriel está a salvo con su padre, no necesitan que yo los vigile; algo tan fácil y tan complicado de aceptar.

Sí, han pasado dos semanas desde la charla que tuvimos y todo el resentimiento se ha evaporado. La burbuja de ese amor descomunal en la que durante estos últimos meses habíamos vivido Gabriel y yo solos, se ha hecho más grande y ahora cabemos los tres.

Suena el timbre de la puerta.

—¿Esperamos a alguien? —pregunta Sergio desde el salón, mientras va a abrir.

—Sí —respondo desde el baño, terminando de maquillarme a escondidas.

Salgo al salón y saludo y beso a todos mis amigos: Abril, Robert, Sandra, David y Adrián. Este último es el más nuevo del grupo y desde hace unos meses «compañero de piso» de Sandra y David... No preguntéis, es una larga y complicada historia.

Sergio me mira extrañado y cuando repara en mi indumentaria, un vestido color humo, vaporoso y muy sexy, abre los ojos de forma desmesurada. Creo que lleva demasiado tiempo viéndome con sus camisetas.

—¿Qué pasa? ¿Y por qué te vistes así cuando no puedo arrancarte el vestido con los dientes?

—Porque vas a poder —contesto con una sonrisa, satisfecha con su reacción—. Ellos son nuestros niños.

—Hemos venido en manada, porque vamos a enseñarle a tu hijo lo que es una buena juerga —declara Adrián.

—¿Dónde está el kit de supervivencia? —pregunta Robert, el hermano pequeño de Sergio, acercándose a mí.

Vamos a la cocina y le doy instrucciones de cómo calentar las bolsitas de leche materna que hay en el congelador.

—¿Lo has entendido todo? Cualquier cosa rara me llamáis, ¿vale?

De pronto estoy ansiosa. Nunca me he separado de Gabriel y ahora me estoy planteando si no debería haberle pedido a mi suegra que se quedara con él, por mucho que Robert y Abril insistieran en hacerse cargo ellos.

—Tranquila —me calma Robert sonriéndome enternecido y acariciándome el brazo—, no es del primer bebé del que me ocupó. Y Gabriel me adora, ya lo sabes.

La verdad es que siempre que su tío lo coge en brazos, el niño se calma automáticamente. De hecho, la única vez que Gabriel ha dormido cinco horas seguidas fue una tarde en la que estuvo acostado sobre su pecho, mientras hacíamos un maratón de *El Señor de los Anillos*. Más de una vez le he suplicado que se mude a vivir con nosotros, pero parece que no me toma en serio.

—Vale. —Cojo aire y lo suelto despacio, intentando calmarme.

Volvemos al salón.

—¿Todo controlado? —pregunta Abril.

Robert asiente; yo suspiro.

Sergio se ha cambiado de ropa y ahora lleva una camisa blanca de manga corta y unos vaqueros. Está muy muy sexi.

—Vámonos antes de que me entre el pánico —le pido.

—¿Te fías de ellos?

Miro a mis amigos y asiento. Son un montón de manos para un solo bebé. Estará a salvo.

—Sí, confío en ellos.

Nos despedimos de todos.

Sandra me susurra al oído mientras nos abrazamos:

—Disfruta, cielo. Sé que es difícil, pero el bebé estará perfectamente con nosotros.

—¿Puedes ir mandándome mensajes y fotos al grupo de Las mosqueperras? Lo silenciaré y no responderé, pero creo que estaré más tranquila. Y si hay algo importante, me llamas.

—Vale. Pero intenta no mirarlos, ¿vale? Hazlo sólo en caso de máxima necesidad —accede a regañadientes.

—Te quiero.

Sergio se me acerca con una sonrisa enorme, me pone una mano en la cintura y vamos hacia el aparcamiento.

Una vez allí, lo detengo cuando se acerca a su coche.

—En el mío —afirmo.

—¿En el de juguete? —protesta.

—Hace más de dos meses que no conduzco, lo necesito. —Agrando los ojos al estilo del gato de *Shrek* y hago un puchero pequeño.

—De acuerdo —cede.

Salimos del garaje y me dirijo a la autopista.

Cuanto más me alejo de casa, más me aprieta la ansiedad en la boca del estómago. Desde que nació no me he separado nunca tanto de Gabriel. Es como si todavía nos uniera un cordón umbilical invisible y estuviera llegando al límite de su elasticidad...

—¿Adónde vamos? —me pregunta Sergio cuando pasamos de largo Gavà.

—Un poquito de paciencia. —Me esfuerzo en ocultar mis nervios.

Lo miro. Está emocionado y no puede dejar de sonreír. Tan guapo...

¿Cómo pude dejar de sentir atracción por este hombre? La felicidad y el deseo que veo en sus ojos hacen que me relaje y me relama. Y entonces caigo en la cuenta: ¡voy a tirarme a mi marido después de más de dos meses de abstinencia! Los nervios de la boca del estómago resbalan hasta mi bajo vientre y explotan convirtiéndose en mariposas. Aferro con fuerza el volante, me muerdo el labio y aprieto los muslos para contener la sensación de vacío palpitante que se ha desatado entre mis piernas.

—¿Estás bien? ¿Estás nerviosa por separarte de él? —me pregunta.

Niego con la cabeza, me detengo en un semáforo y me vuelvo despacio para mirarlo.

—¡Joder! Acabas de provocarme una erección con esa mirada, nena.

Sonrío de forma malévola, bajo los ojos por su cuerpo hasta comprobar que dice la verdad y vuelvo a los suyos.

—¿Tienes claro ahora en qué estoy pensando? —le interrogo.

—Cristalino. ¿Falta mucho para llegar?

—Ya casi estamos...

—¿Vamos al Vela? —adivina, cuando llegamos a la Barceloneta.

Yo le sonrío sin responderle.

Veo un sitio libre justo al final de la zona azul y, a pesar de que aún queda un poco para llegar al hotel, decido aparcar el coche para que demos un paseo por la orilla del mar.

Saco una pequeña bolsa de viaje del maletero y se la tiendo a Sergio.

—¿Un paseo por la playa? —le propongo.

Él no me hace caso, deja caer la bolsa al suelo y se abalanza contra mí hasta tenerme sujeta entre su cuerpo y el coche. Dios... sus labios y su lengua poseen mi boca de forma exigente, rozando la desesperación. Sus caderas empujan su erección contra mi vientre y las alas de las mariposas que se agitaban hace tan sólo un momento en mi interior, estallan en llamas y propagan el incendio a cada folículo de mi piel. Nunca he estado tan excitada.

Sergio me levanta una pierna y me la sujeta contra su cadera, después flexiona las rodillas y clava el bulto que esconde en sus vaqueros justo en mi clítoris. Le arañó la nuca, mi boca se vuelve tan feroz como la suya y mis caderas empiezan a bailar para disfrutar de su roce.

—Señores —oímos decir, pero no hacemos ni caso—. ¡Señores, por favor!

Sergio interrumpe el beso, aunque durante unos segundos no podemos

dejar de mirarnos a los ojos; nuestras pupilas están unidas, nadando en lujuria. Luego, él da un paso atrás y se vuelve hacia el molesto intruso para fulminarlo con la mirada. Yo no puedo, no soy capaz de dejar de mirar a mi hombre.

—Vaya, gracias por su atención, señor —dice el espontáneo inoportuno con bastante mala hostia—. Documentación.

¡Joder, es un poli!

—¿Es ilegal besar a mi mujer? —replica Sergio, al tiempo que busca su cartera y le entrega el DNI.

¡Cállate! Sergio. ¡Por Dios!

—Eso estaba un poco más allá de un beso. Usted también, señora —me pide.

Abro la puerta de atrás del coche, donde había dejado el bolso, me agacho con lentitud para sacar la cartera y después camino hacia el hombre mirándolo a través de las pestañas de forma sutil.

—Lo lamento mucho, agente —me disculpo melosa, tendiéndole mi carnet. ¿Aquí se los llama también agentes o lo he sacado de las pelis americanas? Él no me corrige—. Se nos ha ido de las manos...

El poli me da un disimulado repaso de arriba abajo y traga saliva. Tengo ganas de sonreír. Ver cómo afecto a un hombre que no es mi marido me hace sentir poderosa.

—La próxima vez intenten no ser tan efusivos en un sitio tan transitado o los multarán por escándalo público. Un peatón los ha visto y se ha quejado. En este barrio están un poquito cansados del trajín de la noche —nos reprende a media voz, ya sin hostilidad en su tono.

—Tiene razón, lo siento mucho. Ya nos vamos, en realidad estamos alojados en el Vela. Es nuestro aniversario —me invento.

—Felicidades. —El hombre hace un gesto amable con la cabeza—. Vayan.

—Muchas gracias, agente —le digo con una media sonrisa que él me devuelve.

—Buenas noches —se despide Sergio, acercándose a mí y apoyando una mano en mi cintura.

Nos damos la vuelta y nos dirigimos muy quietecitos y formales hacia la playa, donde nos quitamos los zapatos, los metemos dentro de la bolsa que Sergio lleva colgada del hombro y hundimos los pies en la arena templada y húmeda al encaminarnos hacia la orilla.

No aguantamos mucho más y ambos estallamos en carcajadas.

—¡Joder, qué marrón! —exclama Sergio entre risas.

—Ha habido un momento, cuando le has contestado, que nos he visto pasando la noche en el calabozo por desacato a la autoridad.

—Yo también, por eso he dejado que tú salvaras la situación. Sabía que lo harías mejor que yo y no me he equivocado. Aunque si hubiéramos compartido celda... podríamos haberle enseñado qué es un escándalo público de verdad. —Aun en la oscuridad puedo ver sus ojos brillando tan vivos como el mar bajo la luna.

No soportamos mirarnos... Nos detenemos y volvemos a besarnos como locos.

—Para, para —le pido—. ¡Intentemos llegar al hotel, por Dios!

—Voy a explotar, Daniela —declara con voz grave. Mira al frente y fulmina con la mirada los cien metros que nos separan del Vela—. Y tú en plan: «Sí, señor agente», «Lo siento, señor agente», «Lo que usted diga, señor agente». Me has puesto muy muy malo y me temo que al señor agente también.

—¿Estás celoso? —le pregunto.

—No, cielo. La verdad es que me pone cachondísimo verte seducir a otros tíos sabiendo que eres sólo mía. Me hace recordar por qué caí a tus pies el primer día y que soy un jodido afortunado por haberte conseguido.

—Para ser exactos, no caíste a mis pies, cariño, yo te tiré ahí.

—Llevas meses sin entrenar, seguro que ahora no podrías.

—¿Lo dices en serio? —lo reto con chulería, a punto de recoger el guante. Luego veo su sonrisa desafiante y entiendo lo que pretende—. Tú lo que quieres es que nos demos un revolcón en la arena y echar un polvo ya. Buen intento, amigo, pero hasta el hotel no hay más paradas.

—¿Cuándo coño has aprendido a controlar tu pronto? —me pregunta, arrugando el ceño.

Yo le sonrío con suficiencia como respuesta. Él se detiene.

—Sube a caballito —dice.

—¿Qué?

—Si no puedo follarte aquí y ahora, necesito un poco de ejercicio. Sube a mi espalda y correremos hasta el Vela.

Salto sobre él, que me agarra las piernas, mientras le rodeo el cuello con los brazos.

Río como una niña cuando echa a correr por la orilla del mar, salpicándome el trasero de vez en cuando.

—¡Me encanta! —le grito, sin dejar de reír.

Cuando llegamos a la escalera que da acceso al Vela, estamos hechos un desastre, ambos con la ropa arrugada y mojada. Nos cogemos de la mano. Al entrar veo en el reflejo del cristal lo despeinada que estoy e intento arreglarlo como puedo, mientras nos dirigimos a recepción.

Después de los trámites necesarios para registrarnos, subimos en el ascensor acompañados de cuatro personas más. Sergio se apoya en la pared del fondo y yo me apoyo en él. Su mano se cuelga entre nuestros cuerpos, bajo la falda del vestido y bajo mis bragas... Me acaricia el trasero y profundiza hasta llegar a mi húmedo sexo. Intento controlar la respiración para no gemir en el pequeño, abarrotado y silencioso cubículo. Él describe pequeños círculos sobre mi entrada, introduciendo la yema del dedo dentro de mí.

El ascensor se detiene y dos de las personas se bajan. Creo que dan las buenas noches y que Sergio les devuelve el saludo; yo no puedo. Seguimos subiendo. Él sigue masturbándose. Volvemos a detenernos, baja la otra pareja. Cuando las puertas se cierran, me introduce dos dedos hasta el fondo; mi lamento rebota en el ascensor. Él me sujeta de los pechos y mueve los dedos dentro de mí con fuerza.

Las puertas se abren, es nuestra planta. Saca los dedos, me coge de la mano y me arrastra hacia la habitación. Yo soy una puñetera masa de gelatina temblando de deseo, mientras él se vuelve y me sonrío con malicia. Abre la puerta y entra. Yo la cierro, tiro de su mano para atraerlo hacia mí y lo lanzo contra la pared de la entrada para besarlo, sujeto su erección y se la aprieto.

—Señora, eso ha ido mucho más allá de un beso —me reprende muy serio, al cabo de unos segundos, separándose de su cuerpo.

—No lo lamento, señor agente.

—¿Que no lo lamenta? Desacato y resistencia a la autoridad. Voy a tener que detenerla, cachearla y... castigarla.

—Lo que usted diga, señor agente.

Me acaricia los brazos con el dorso de los dedos, descendiendo por ellos.

—Manos arriba y no deje de mirarme a los ojos, señora —me manda con voz ronca.

Agarra el bajo de mi vestido y me lo sube despacio; acaba por sacármelo por la cabeza y tirarlo al suelo. No bajo los brazos, no me lo ha ordenado. Él acaricia ahora, de forma ascendente, mis axilas hasta llegar a mis muñecas y desciende de nuevo con lentitud. Cuando llega a mi cintura me estremezco,

cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás al tiempo que se me escapa un gemido. Hace horas que no doy de mamar, los pechos empiezan a dolerme y la excitación lo está empeorando.

—Míreme —me ordena.

Obedezco.

Se agacha y me baja las bragas despacio, arrodillándose delante de mí.

—Abra las piernas.

Cuando lo hago, me las acaricia por la parte interior, subiendo lentamente hasta mis ingles. Sus ojos azules no abandonan los míos cuando su boca se abre y su lengua perfila y penetra mis labios vaginales, recorriéndolos de abajo arriba, entreteniéndose cuando llega a mi palpitante nudo de nervios.

—Aquí abajo tiene una bomba, señora, voy a tener que desactivarla.

Yo respondo con un lamento desesperado, mi cerebro no da para más.

Su lengua lame mi pubis, mi ombligo... Se incorpora despacio y sigue lamiendo mi estómago, el valle entre mis pechos, mi garganta, hasta llegar a mi boca e introducirse entre mis labios. Nos dedicamos a saborear nuestras lenguas; él me alza sin interrumpir la tarea de nuestras afanadas bocas y camina hasta dejarme a los pies de la cama.

—Tumbese —me pide.

Me doy la vuelta y trepo por la cama a cuatro patas.

—¡Alto! No se mueva —me exige.

Vuelvo la cabeza sin moverme y observo cómo se desnuda con celeridad, mientras sus ojos van de los míos a mi trasero, devorándome con la vista.

—Eres preciosa, Daniela.

Y él está tan bueno... Joder, ahora mismo, con el sudor perlado su piel y su respiración acelerada, parece uno de los guerreros de la peli *300*.

Se sube también a la cama y acaricia con su palma mi trasero y mi sexo. Luego me sorprende con un fuerte azote, cuyo eco reverbera en mi interior, haciendo que mi sexo suplique más.

—No se pase, señor agente —murmuro, intentando sonar amenazante, pero mi excitación es más que palpable en mi voz.

—¿O qué? —pregunta.

Vuelve a golpearme, esta vez sobre el sexo. Mi fuerte gemido me delata... No me da tiempo a protestar, porque en seguida noto su polla colocarse entre mis pliegues. Me penetra despacio, moviendo mis caderas con los dedos clavados en ellas.

—¿Estás bien, Dani? ¿Te duele?

¿Que si me duele? ¿A qué viene esa pregunta? Y entonces caigo, es la primera vez después del parto.

—No me duele nada, me encanta —lo tranquilizo.

En realidad, quiero gritarle que me la meta toda ya, porque la necesidad de sentirlo enterrado en mí es desgarradora, pero al mismo tiempo me regodeo en mi propia desesperación, disfrutando del deseo que prende todo mi cuerpo.

Siento su dedo colarse por mi agujero trasero.

—Esta noche voy a follarte por todas partes, Daniela —promete, antes de impulsar su erección hasta el fondo de mi cuerpo.

Y yo estoy desesperada por que lo haga. Quisiera que pudiera penetrar todos mis agujeros: mi boca, mi sexo y mi culo, todos a la vez. Lo quiero en todas partes, colapsándome.

Bombea despacio, con una mano trabajando en mi trasero y la otra sobre mi clítoris. Yo no puedo dejar de contraer los músculos y de menear las caderas para sentirlo más, en todos los rincones secretos de mi cuerpo. Estoy a punto de explotar.

—Sergio... más fuerte, rómpeme —le suplico, cuando siento como si cada célula de mi cuerpo irradiara luz. Estoy a punto de estallar en miles de pedazos.

Él obedece: mueve las caderas y me perfora con su polla a un ritmo enloquecido. Yo arqueo mi cuerpo para estrellarme también con todas mis fuerzas contra él. Grito, aunque no me oigo. Todos mis sentidos se han desvanecido, dejo de ser corpórea, soy energía pura implosionando en un placer salvaje que no conoce límites, que cada vez es más intenso. Me esfuerzo por seguir respirando, por seguir sintiéndolo. Mi cuerpo empieza a moverse espasmódicamente, mis gritos me irritan la garganta. Las rodillas me fallan y me derrumbo contra la cama, perdiendo a Sergio. No puedo ni abrir los ojos, mi sexo sigue palpitando, pero empiezo a recuperar los sentidos. Noto que él me desabrocha el sujetador, luego me da la vuelta y termina de quitármelo.

—Dios, Dani, mira.

Mis pechos están desbordando leche. Me duelen muchísimo y los siento como una piedra. Sergio me los sujeta con las manos y empieza a lamerlos.

—Me duelen... —susurro.

Él los aprieta con cuidado, yo cierro los ojos y siento dolor y alivio al

mismo tiempo. Su boca se cierne sobre uno de mis pezones. Siento cómo succiona y otro latigazo de placer me atraviesa. Con la otra mano me masajea el otro pecho también y la leche sale disparada, mojándonos a ambos.

No puedo dejar de mirarlo, fascinada y avergonzada al mismo tiempo, con una extraña sensación de culpabilidad pellizcándome el estómago.

—¿No te da asco? —le pregunto.

—¿Asco? ¿Estás loca? No hay nada que salga de ti que pueda darme asco. ¿Te da asco a ti que lo haga?

—Me alivia, pero también me excita, y no sé si debería. Lo siento... sucio.

—Me encanta ser sucio contigo. —Cambia al otro pecho, que está empapado por lo que ha ido sacando de él y lo lame despacio hasta culminar en mi pezón—. Si te gusta, disfruta, cariño. No pienses, sólo siéntelo.

Una de sus manos se cuela entre mis piernas y acaricia mi sexo a la vez que sigue mamando de mí. Y yo le hago caso y me dedico sólo a sentirlo, a gozar de sus labios y de su mano.

Cuando abandona mi pecho, se acerca a mi boca y yo lo beso con pasión, con una desesperación renovada por volver a sentirlo dentro de mí. Él me ayuda a incorporarme. Se sienta sobre los talones. Yo me pongo de rodillas, me agarro de su cuello sujeta por sus fuertes brazos, e introduzco su durísima erección en mí. Hacemos el amor despacio, mientras Sergio no deja de acariciarme la espalda y el cuello. No dejamos de besarnos, de sentir cada roce de nuestra piel.

—Mírame —ruega en mis labios.

Separamos las cabezas lo justo para hacerlo, aunque nuestros alientos se siguen besando. Me sumerjo en la profundidad de sus ojos azules, en el amor y la devoción que me transmiten, y siento mi propio amor más fuerte que nunca, lo siento crecer en mi pecho, hacerse más grande que yo; supera incluso lo que sentía cuando nos conocimos, es más grande que el día en que dejé de resistirme a la idea de que él me amaba, más que el día de nuestra boda o en nuestra luna de miel.

Y en ese instante tengo una revelación: entiendo que el amor es algo vivo, que puede encogerse hasta ser tan pequeño que te cuesta verlo, pero también puede volver a crecer y hacerse más inmenso de lo que era. Sólo hay que dejar que los obstáculos te hagan más fuerte, atreverse a volver a mirarse a los ojos y conectar con el alma del otro.

—Te amo —susurra Sergio entre gemidos.

—Te amo —respondo.

Mis lágrimas desbordan mis ojos de tanta emoción, de tanto amor, y en ese preciso momento estallamos juntos. Ambos absorbemos el placer del orgasmo de forma lenta, sin dejar de mirarnos.

Tras unos minutos abrazados, logro recuperar el dominio de mi cuerpo y me escabullo de sus brazos para buscar mi móvil. Cuando lo tengo, regreso a la cama.

—Has aguantado mucho más de lo que pensaba —me comenta con una sonrisa—. ¿Cómo va todo?

No hay llamadas perdidas. Menos mal. Entro en el grupo de WhatsApp que compartimos Abril, Sandra y yo. Un globito azul me indica que tengo veinte mensajes. Me acomodo para que Sergio pueda ver también la pantalla del móvil. Mis amigas me han enviado un montón de fotos: Abril alimentando a Gabriel. David soplándole en la barriga. Robert tumbado en el sofá, con su sobrino sobre su pecho desnudo, mirándose el uno al otro con adoración. Adrián cambiando un pañal con cara de asco. Sandra bañando a Gabriel con la camiseta empapada. Las últimas son de hace diez minutos: la primera es de Gabriel durmiendo en su cuna; la segunda de los petardos de mis amigos desmadejados sobre los sofás, despeinados, descamisados y con cara de agotados. Y un último mensaje:

¿Cómo hacéis esto vosotros solos? A partir de hoy sois nuestros héroes. Disfrutad de la noche libre.

Sergio y yo nos reímos y nos damos un beso tierno.

—Sé que había prometido follarte por todas partes, pero se me ha ocurrido algo mucho mejor... ¡dormir el resto de la noche de un tirón!

—¿Mejor que follarme el culo y la boca?

—No me jodas, Daniela, que me retracto.

—No, no lo hagas, por favor —me rindo entre risas—. Necesito dormir más que el aire que respiro.

—Creo que hoy lo conseguirás. En serio, me ha sorprendido mucho que hayas logrado pasar dos horas sin mirar el teléfono. Cuando veníamos hacia aquí, hacía apuestas conmigo mismo y no creía que pasaras más de una hora fuera de casa.

—Hombre de poca fe. Tú consigues que me olvide de todo.

—No sabes lo feliz que me siento por poder volver a hacer que te olvides de todo cuando te beso, de que otra vez me vuelvas loco cuando me tocas. Gracias por este regalo, gracias por volver a mí.

—Has sido tú, Sergio, sólo tú. Has conseguido conquistarme una vez más, que vuelva a sentir que somos un equipo. Gracias por no rendirte nunca, por saber siempre qué hay que hacer para salvarnos, por responder a nuestra última charla tan bien y cubrir todas nuestras necesidades, las de los tres.

—Y si en algún momento vuelvo a escaquearme, por favor, patéame el culo sin miramientos.

—Lo haré con enorme placer.

Me acurruco contra su pecho y me refugio en sus brazos. Mis ojos empiezan a cerrarse. La respiración de Sergio se vuelve cada vez más regular.

—Una cosa más —digo.

—¿Mmm? —pregunta él, ya medio dormido.

—No es por cómo me besas.

—Tampoco es por cómo me tocas —apunta él, con una sonrisa en la voz.

Y ambos susurramos a la vez:

—Es por cómo me miras.

Agradecimientos

Una de las cosas que más me gustan en la vida es dar las gracias. Dar las gracias es mi manera de sacar aire para no explotar cuando vuestro cariño, vuestra ayuda o vuestro amor hace que parezca que me estáis inflando el corazón como si fuese una colchoneta de playa.

GRACIAS...

A Nuria Poveda y Diana Alonso. Mis dos espoleadoras de musas, mis acompañantes y colaboradoras en la creación de todo lo que escribo. Gracias por acompañarme capítulo a capítulo con ánimos, halagos, garrotes e insultos, y convertir cada párrafo en un recuerdo de colores paralelo a nuestra amistad y recíproca admiración. No quiero aprender a escribir sin vosotras. Nury, por esa ventana por la que siempre me dices que me seguirías sin ver lo que hay detrás. Eres mi alegría. Di, porque para nuestros corazones el armario de Narnia sí funciona. ¡OS QUIERO!

A Irene y Emili. Por ser los acompañantes perfectos en esta aventura, por vuestro apoyo incondicional en forma de tiempo, ánimo, paciencia, cariño, lectura y comentarios. Irene, «iremos juntas donde haya que ir»... ¡Siempre! Emili, de una u otra manera, siempre te querré con todo mi corazón, gracias por respetar todas mis versiones.

A mi madre. Por su radiante orgullo, por releerme una y otra vez y, sobre todo, por su enorme amor.

A Toni Alcocer. Mi psicólogo, y para mi corazón, que no entiende de roles, también amigo. Por tu magia y tu apoyo, por hacerme pensar y pensar... Por enseñarme la salida de la mesa bajo la que siempre quiero esconderme y tenderme la mano para que salga, ahora sé que da igual lo que haya fuera, me has enseñado que puedo enfrentarme a todo.

A Vane Acebedo. Por tu apoyo incondicional, porque aunque hayan pasado los días de locuras, siempre nos quedarán los maratones en mi sofá, y porque juntas seguiremos esperando a nuestro Edward lo que haga falta (bebiendo cervecitas, eso sí; aunque sea en el bar del geriátrico), porque no nos conformaremos con menos, no nos merecemos menos.

A Patricia Churriflurri y a las Bitches: Ela, Te, Dulce: por vuestro apoyo y ánimo desde la distancia física y el cerquita emocional, y a May, además, por regalarme *Víveme* e inspirar una de mis escenas favoritas de la novela. A Mayte de la Rosa, por tener siempre un achuchón preparado para mí, y a María José Morillas, por hacerme un hueco entre tus flores.

A Esther Escoriza: por volver a confiar en mí. A Norma Estrella: por tu confianza, tu dulzura y esa energía contagiosa de unicornios y arcoíris que desprendes. A Noelia Martín, M^a Luisa, Mónica, Maca Ferrerira, Nani Romero, Cecilia... y a los grupos de Facebook, especialmente a Hechizadas por los libros, Divinas lectoras e Indasex. Y a los blogs: Pattinson World, Bookceando entre letras, Porque leo lo que quiero y Palabras que plasmar: por el apoyo y, sobre todo, por el cariño.

A mis hijos, Lucía y Rubén, por respetar mis tiempos de escritura, por su inmensurable orgullo y amor, y por ser los más divertidos, los más locos, los más auténticos y los más cariñosos del mundo mundial.

A todos los músicos que salen en la novela, por las canciones que me inspiraron; y a los que tocaron en este tiempo mi alma en sus directos, muy especialmente a Extremoduro y Morel, por convertirme en instrumento, reventarme el corazón y regalarme las cuotas más altas de felicidad cuando me fundo con vuestras melodías. Amo la música por encima de todo.

A Abril y a Robert, por tanto...

A ti por invertir tu tiempo en sumergirte en esta historia, espero que hayas tenido un viaje bonito, mi mayor deseo es haber conseguido emocionarte y entretenerte.

Y a ti, que has decidido comprar y no piratear mi novela, porque me permites seguir invirtiendo mi tiempo en crear historias, y ayudas a que mi editorial siga apostando por mí.

MÁBEL MONTES
Junio de 2015



Mábel Montes ha vivido desde siempre en Gavà (Barcelona).

Es soñadora, altamente sensible, incapaz de matar a una mosca (literalmente) y amante de la música, las letras, el queso, el amor, la vida, la meditación, las emociones y los gatos. Confiesa que es contradictoria hasta rozar la incoherencia, y encima dice que le encanta, pues las emociones son las que mandan.

Se define como lectora empedernida de casi cualquier género y escritora romántica y erótica.

Introvertida, feminista, rebelde, amorosa, friki, romántica, idealista, espiritual, libre... En la actualidad está estudiando para ser facilitadora de Tantra y psicoterapeuta Gestalt. Su color es el rojo y su lugar favorito del mundo es estar entre los brazos de alguien a quien quiere.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<<http://mabelmonteszaporta.wordpress.com/>>.

Notas

1. *Lovin' You*, 1993. Capitol Records, Inc. interpretada por Minnie Riperton. (*N. de la E.*)

2. *The Boy Does Nothing*, 2008. Warner Music UK Limited, interpretada por Alesha Dixon. (N. de la E.)

3. *La vereda de la puerta de atrás*, 2002. Dro East West S. A., interpretada por Extremoduro. (N. de la E.)

4. *Hot N Cold*, 2008. Capitol Music Group, a division of Capitol Records, LLC. Interpretada por Katy Perry. (*N. de la E.*)

5. *Feeling the Love*, 2004. Reactor, Licence to Palophone Records Ltd., interpretada por Reactor. (N. de la E.)

6. *Nothing Else Matters*, 1991. Universal International Music BV, interpretada por Metallica. (N. de la E.)

7. Véase la nota 6. (*N. de la E.*)

8. *Víveme*, 2003. Warner Music Group Company, interpretada por Laura Pausini y Alejandro Sanz. (N. de la E.)

9. *I Don't Want to Miss a Thing*, 1973. Sony Music Entertainment Inc., 1986 Arista Records, Inc., interpretada por Aerosmith. (N. de la E.)

10. *Déjate llevar*. 2011. Warner Music Spain, S.L. Interpretada por Coque Malla. (N. de la E.)

11. *No puedo vivir sin ti*. 2010. Warner Music Spain, S.L. Interpretada por Coque Malla. (*N. de la E.*)

12. Véase la nota 11.

Dos Sansones a los pies de Dalila
Mábel Montes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Imagen de la cubierta: Serge Lee y Susan Schmitz y Matryoha, Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Mábel Montes, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2017

ISBN: 978-84-08-17514-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

